



LO QUE
OCULTAN

LAS
Perlas

MARIÓN MARQUEZ

LO QUE OCULTAN LAS CEREZAS

Cereza Pasión 2

MARIÓN MARQUEZ

Copyright © 2016 Marión Márquez

Correcciones: Joselyn Chaves

Diseño de portada: Marión Márquez.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora, o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

www.marionmarquez.weebly.com

SINOPSIS

Ariadne Clair lleva una vida solitaria y acaba de mudarse a la gran ciudad en busca de un trabajo con el que pueda mantenerse. Cuando descubre que ha sido contratada como asistente ejecutiva de uno de los más grandes empresarios, se entera también de que al lado de esa oportunidad se presentará un gran desafío.

Su jefe, Trevor Johnson, es un hombre tan atractivo como misterioso, y parece tener un secreto que está decidido a ocultar incluso si debe poner en riesgo todas sus relaciones.

Ariadne, quien desea ayudarlo, necesita saber más sobre él, pero ¿cómo podrá lograrlo si cada vez que obtiene una respuesta surgen más preguntas? ¿Qué es realmente lo que oculta Trevor, y cómo logrará averiguarlo sin involucrarse más allá de lo profesional?

ÍNDICE

[SINOPSIS](#)

[ÍNDICE](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[EPÍLOGO](#)

Querían hablar, pero no pudieron; había lágrimas en sus ojos. Ambos estaban pálidos y delgados; pero aquellos rostros pálidos estaban iluminados con el amanecer de un nuevo futuro.

Crimen y castigo. Fiódor Dostoyevski.

CAPÍTULO 1

Trevor se estiró, y se recostó sobre el amplio respaldo del sillón en el que se encontraba, detrás de su escritorio. Su rostro lucía una expresión de obstinación típica de un niño pequeño. Y no estaba lejos de comportarse como uno, a pesar de su edad.

—Esto es muy inconveniente —comentó mientras la rubia que estaba sentada del otro lado de su escritorio se limaba las uñas y lo miraba de tanto en tanto—. Kassie, ¿qué voy a hacer? ¿Por qué tenías que embarazarte ahora?

La joven abrió los ojos como platos, al igual que la boca, y se llevó una mano a su vientre hinchado por la criatura de seis meses de gestación que llevaba dentro.

—¡Trevor! Es mi bebé del que estamos hablando.

Ella hizo un mohín y él la imitó.

—Kassie, ya lo sé. Y estoy muy feliz por ti, voy a quererlo como a uno más de mis sobrinos, pero... me has cambiado por él. ¿Qué voy a hacer sin ti?

—Solo serán unas semanas de licencia y luego volveré.

—Pero no puedes viajar conmigo. Y todavía no lo entiendo. Ese... obtuso de tu esposo... —protestó entre dientes—. Aún falta tiempo para que nazca, no entiendo su negativa a que vengas conmigo como siempre lo has hecho.

—Oh, mi querido marido es muy sobreprotector —soltó con un suspiro soñador que provocó que Trev hiciera una mueca.

—Si no confía en que yo te cuide lo suficiente, podría venir con nosotros.

Fue un último intento desesperado por convencerla, pero no funcionó. Kassie ladeó la cabeza y lo miró de la misma forma tierna en que su abuela lo habría hecho cuando era un niño.

—Trevor, sabes que no va a suceder. Te conseguiré otra para que puedas llevar contigo; yo me quedaré. Es una buena idea, me permitirá resolver cualquier problema que surja aquí y requiera de la estricta presencia de alguien. Todos sabemos que soy mucho más eficiente que tu vicepresidente.

Trevor se recostó en el sillón y giró sobre su propio eje. Kassie seguía concentrada en sus uñas mientras esperaba una respuesta de su jefe. Aunque más que su jefe, era como un hijo. Un hijo seis años mayor que ella.

Se habían conocido en un bar. Él había pasado todo el tiempo tratando de llevarla a la cama y en el camino habían terminado conociéndose mucho más de lo que cualquier pareja en un encuentro casual como ese. Al final de la noche, él había conseguido una asistente y ella un trabajo. Ninguno de los dos había vuelto a insinuar jamás que debían tener sexo.

Cuatro años después, esa sería una idea aberrante, sobre todo porque Kassandra amaba a su recién adquirido esposo, y sabía que Trev seguía enamorado de la única mujer por la que alguna vez había albergado un sentimiento romántico, aunque fuese un amor imposible, del que ya no guardaba esperanzas y al que había renunciado para siempre.

—Así que esa es mi única opción, llevar a una extraña a la casa de mi familia. ¿Cómo voy a saber, en una semana, que no será más un estorbo que la ayuda que necesito?

—Porque yo la conseguí para ti, y tú confías en mí más que en nadie en el

mundo —musitó la joven de veintiséis años alzando la barbilla en una amplia demostración de su dulzura.

Trev ladeó la cabeza y la estudió. Kassie tenía una sonrisa de victoria plantada en su rostro, era probable que hubiese trazado y puesto en marcha su plan mucho tiempo antes de que él se hubiese percatado que el problema existía.

Qué mal lo había acostumbrado. Su vida era más fácil si ella controlaba todo, ahora no tenía idea de cómo hacer cosas básicas por sí mismo. Nunca se había planteado que ella no estaría para ayudarlo. Desde que había comenzado con ese trabajo, asumido ese puesto que tenía que ser todo un honor para alguien como él, que por más que era el hijo de uno de los fundadores y dueños de la empresa, no se había sentido merecedor, Kassie había estado para ayudarlo, brindarle todo el apoyo necesario para seguir adelante.

Debería haberse casado con ella antes de que alguno la atrapara. Gran error de su parte. Ahora no solo tenía un invitado extra a lo que habían sido *sus* noches de viernes en el mismo bar en el que se habían conocido, sino que también tenía que soportar todas esas fastidiosas demandas.

—Eso quiere decir que ya la conseguiste, ¿verdad?

Kassie apretó los labios, pero no pudo ocultar su sonrisa. Terminó por asentir.

—Sí, la conseguí y la he estado entrenando desde hace quince días.

Se puso de pie ante la mirada incrédula de su jefe y se giró sobre los tacones para salir de la oficina. Lo dejaría pensando un rato, y apostaría consigo misma cuánto tiempo tardaría en aparecer ante su escritorio

exigiéndole que le dijera todo sobre la pobre jovencita que había contratado para que la sustituyera.

Además, sería un respiro. A Kassie le encantaba su trabajo, no tenía queja alguna y ganaba más que una asistente cualquiera, pero en su avanzado estado tendía a cansarse mucho y sabía que con las semanas eso iba a empeorar. Ni pensar en cuanto su bebé naciera, su licencia iba a extenderse por unos meses y no imaginaba a Trev manejándose solo por tanto tiempo.

Se volvería loco, no aguantaría ni una semana.

Ella había puesto manos a la obra incluso antes de saber que no podría viajar al pueblo de su jefe para la esperada boda. Los Johnson eran agradables, una familia grande y muy cálida. No había forma de que uno se aburriera cuando estaba cerca de ellos...

Cuatro minutos. Eso fue lo que tardó Trev en llegar después de que Kassie se sentara en su sillón y mirara el reloj de su ordenador. La joven sonrió para sus adentros, pero no quitó los ojos del monitor ni los dedos del teclado hasta que él dijo su nombre y apoyó las manos en el escritorio.

—Kassie, querida.

—¿Sí, jefe?

Los ojos de Trevor se estrecharon.

—¿Puedes explicarme de lo que hablabas antes? —La rubia ladeó la cabeza con una expresión serena en su rostro, sin decir nada—. ¿Tu suplente?

—Oh, por supuesto. ¿Qué quieres saber?

Sus ojos se movieron hacia todos lados, sin saber muy bien qué decir o qué preguntar. Aflojó los brazos, agarró una silla que había a un par de pasos y la

arrastró hasta poder sentarse frente a ella.

Kassie no era su secretaria, sino su asistente. Tenía su propia oficina, la cual se hallaba ubicada en la antesala a la de él. Todo el que quisiera llegar a Trev tenía que pasar por ahí, y para llegar a ese cuarto había que anunciarse ante Tory, la secretaria.

Entonces estaban solos en esa habitación, lo que era conveniente porque en ese momento no estaba dando la imagen de hombre de negocios que debería. Parecía más un niño confundido que otra cosa.

—No lo sé, Kass. Dímelo tú.

—Bueno, su nombre es Ariadne Clair, acaba de graduarse como Asistente Gerencial, tiene veinticinco años y es de Holbrook, Arizona.

Trevor asintió.

—¿Cómo la encontraste?

La joven se encogió de hombros.

—Fue la primera solicitud que saqué de una pila. Pero cuando la conocí supe que sería perfecta. Es muy dulce y simpática. Además, aprende rápido, con mucho entusiasmo.

—Vaya. ¿Estamos seguros que ella es la adecuada para este puesto?

—Estamos seguros. —Asintió—. Además, si vas a llevarla a tu casa, con tu familia, es muy importante que sea simpática, cálida y decente.

Él se quedó en silencio.

—Esto es difícil. ¿Qué tal si...?

Kass lo cortó levantando una mano en alto.

—Me contrataste a mí después de una noche de tragos, Trev. Mira, ¿por qué no la conoces primero y luego te formas una opinión sobre ella? Después de todo, tú eres el jefe y quien tiene la última palabra.

Ariadne había visto a su jefe muchas veces, sin embargo, estaba segura de que él no la había registrado ni una sola. Siempre estaba ocupado, siempre iba apurado, y nunca había reparado en su presencia no muy lejos de la oficina de Kassie.

Él era un hombre importante e imponente. Ariadne no tenía ni idea de cómo Kassie creía que era la adecuada para el trabajo, pero no sería ella quien lo rechazara. La paga era buena y necesitaba el dinero, ya no tenía la beca de estudios.

Ahora estaba a punto de conocerlo formalmente. Kassie la había llamado para presentarla ante el señor Johnson. Sin tocar siquiera, la joven rubia abrió la puerta y la hizo pasar.

Trevor tenía el sillón girado hacia el lado contrario del escritorio. Parecía que estaba hablando por teléfono mientras miraba hacia la ciudad por la pared de cristal.

—Otra regla —susurró Kassie—. Cuando entras, tú no tienes que llamar. Nunca, no importa con quién esté. No tengas miedo, no estarás haciendo otra cosa que no sea tu trabajo.

Asintió y lo anotó en la lista mental que se había creado con las demás reglas e indicaciones que había recibido a lo largo del tiempo que había

pasado allí, «entrenándose» en manos de la mujer que tenía al lado.

Se quedaron de pie a unos metros del escritorio, sin ser notadas. Eso le dio lugar a Ariadne para oír la conversación. Sin otra cosa que hacer, era inevitable. Y por su expresión, Kassie también estaba escuchando.

—Por supuesto que estaré allí, cariño mío. —Trevor dejó de hablar para escuchar lo que decían del otro lado de la línea—. Estoy seguro que te verás preciosa, porque tú eres preciosa.

Ari se preguntó si sería su novia. No sabía si la tenía, pero por la forma de dirigirse a ella, lo parecía.

De pronto, él soltó una carcajada.

—¡Lo sé, lo sé! Ya sé que mi prima es un poco mandona, pero tenemos que aguantarla, ¿no? Es su boda.

Trevor conservó la sonrisa mientras giraba el sofá sobre su propio eje. Si había algo que disfrutaba era hablar con Rosie. La niña era un respiro de aire fresco para sus aburridos y tediosos días. Sí, ella estaba profunda e irremediabilmente enamorada de él y no había nada que pudiera hacer para cambiar eso. Ni siquiera el tiempo que pasaba en otro continente había servido para que ella lo olvidara. Y no tenía ni idea de qué había hecho para inspirarle tal sentimiento, siempre había sido así, desde muy pequeña se había pegado a él y declarado que Trev le pertenecía. Era *su Trevvie*, y nadie sería capaz de negarlo.

Ahora lo había atrapado en una conversación que incluía una larga lista de quejas sobre la boda de Juliet.

—Lo bueno es que vas a venir, Trevvie. Te extraño mucho y mamá no me deja ir a verte, ¿por qué no puedo ir a verte? Le dije a mamá que voy a irme

contigo cuando te vuelvas a tu casa después de la boda.

Las cejas de Trev se alzaron.

—No creo que tu madre considere que eso sea una buena idea, cariño.

—¡Pero te extraño! —Oh, no. La voz de la niña comenzó a temblar, y los ojos del hombre se abrieron con miedo. ¿Iba a comenzar a llorar? Ruby le arrancaría las entrañas cuando lo viera si la hacía llorar. Rogó porque la pelirroja estuviera oyendo la conversación para que así supiera cuáles eran los motivos verdaderos del disgusto de su hija—. ¿Tú no me extrañas nada de nada, Trevvie?

—Oh, claro que te extraño, *amore mío*. Por supuesto que sí. Estaré allí muy, muy pronto, ya lo sabes. No estés triste.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea y le pareció oír la voz de Ruby a lo lejos. Enseguida, Rose volvió a hablarle.

—Me gusta ser tu *amore*, Trevvie. Mami dice que tengo que colgar, vamos a visitar al abuelo Cooper. Te quiero, Trev.

—Y yo a ti. Saluda a tu madre de mi parte.

Con un largo suspiro y una sonrisa boba terminó la llamada. No terminaba de comprender cómo él, Trevor Johnson, podía mantener una conversación así con una niña de ocho años. Sin duda se había ablandando con el paso de los años.

—Nunca conseguirás que se desprenda de ti si sigues tratándola de esa forma.

La voz cantarina de Kassie llegó a sus oídos; él apenas levantó la vista antes de devolverla al monitor.

—Lo sé, pero no soy capaz de romperle el corazón, Kass. No puedo hacerlo.

Kassie caminó hacia él y se plantó a un metro del escritorio esperando tener su atención. Trev tardó en entender la indirecta, concentrado como estaba en la tabla que analizaba, y cuando lo hizo, alzó las cejas volviendo a mirarla.

—¿Sí?

—Hay alguien a quien he traído para que conozcas —musitó con una sonrisa y se giró para llamar a la mujer que Trev no tenía ni idea de que se encontraba ahí—. Ariadne, acércate, por favor.

Ari trató de serenarse, mantener la compostura. Espalda recta, la barbilla en alto y las manos juntas por delante de la cintura. Quería verse lo más profesional posible, no quería arriesgar su puesto por lucir tan nerviosa como se sentía. Clavó los ojos en su nuevo jefe, muy consciente de que estaba estudiándola a profundidad. ¡Cielo Santo! Él era más intimidante de cerca, y ni hablar de la forma en la que la estaba mirando.

—Ella es Ariadne Clair, mi reemplazo, del que estuvimos hablando ayer.

Trev no dijo nada, solo continuó mirándola de hito en hito.

Ari lo notó, y miró a Kassie, que a su vez frunció el ceño y se aclaró la garganta.

—*Umm*, ¿Trev?

El hombre sacudió la cabeza y se puso de pie al salir de su contemplación.

—Oh, sí. Lo siento, lo siento. Me quedé pensando...

No terminó la frase con palabras, aunque sí lo hizo en su cabeza. Esa mujer era igual a Olivia, su eterno amor imposible. Era lo primero que se había cruzado en su mente cuando atisbó hacia ella. Ese cabello, ese esbelto cuerpo de aspecto frágil, sus facciones delicadas cubiertas por una piel blanca que parecía tersa y suave.

Era más joven que Liv ahora, en el presente. La Liv de James. Pero el parecido con la Olivia Gardiner del pasado, su Liv, a la que le había roto el corazón, era inmenso.

Pero no era ella, se dijo. No era ella y se estaba poniendo en ridículo frente a una desconocida.

Se puso de pie y salió desde detrás del escritorio. Caminó hacia ella, que ahora se encontraba junto a Kassie, quien no dejaba de escutarlo con la mirada, y estiró una mano para presentarse.

—Señorita Clair, es un placer. Trevor Johnson.

—Igualmente, señor Johnson.

Trevor la soltó y le sonrió. Aunque la sonrisa fue más para sí mismo, aliviado de que al menos su voz fuese distinta. No sería capaz de soportarla de otra manera. Los ojos eran de otro color, agregó también. Parecían verdes, aunque no podía estar seguro con ese corto vistazo que le había dado. De ninguna forma quería parecer un acosador.

—¿Vas a entrevistarla? —preguntó Kass interrumpiendo sus pensamientos.

Trevor ladeó la cabeza.

—Sabes que odio hacer entrevistas, para eso te pago, ¿no?

—Entre otras cosas —murmuró burlona.

—Creí que la señorita Clair ya estaba contratada.

—Sí, pero habíamos quedado de acuerdo en que la conocerías antes del viaje.

El señor Johnson hizo silencio por un momento. Las dos jóvenes lo miraron expectantes.

—¿Le has informado a la señorita Clair sobre el viaje? —Kassie asintió, y él se volvió hacia la primera—. Señorita Clair, ¿usted ha comprendido las particularidades de esto y de lo que sería su trabajo en general?

Ari asintió.

—Sí, señor. Kassie me ha dado muchas instrucciones y espero seguir aprendiendo mientras ella esté aquí para guiarme.

—¿No tienes inconvenientes para viajar? Quiero decir, puede que la fecha de regreso se extienda, nunca sé cuándo voy a regresar.

—No hay ningún inconveniente, señor —dijo Ariadne con convicción y mantuvo su expresión impassible.

—Muy bien. Entonces, vamos a dar un paseo —ordenó preparándose para salir de la oficina.

Ariadne dio un respingo, y Kassie lo miró confundida.

—¿Cancelarás tus planes para esta tarde?

—Sí, reorganiza la agenda. Iré a buscar el pedido en persona y comprobar que todo está en orden. ¿Hay algo importante?

—Oh, bien. Procura estar aquí a las cinco, tienes una teleconferencia a las cinco y cuarto.

—¿Oyó eso, señorita Clair? Uno de sus objetivos el día de hoy es hacer que estemos aquí a tiempo, Kassie no va a llamarme para recordármelo, así que estoy en sus manos si no quiero perderme la conferencia. ¿Entendido?

Era casi cómico, Ari se habría reído de no ser porque estaba demasiado nerviosa. Así que se limitó a asentir y murmurar un «sí, señor» nuevamente. ¿Y qué era lo que iban a hacer? ¿De qué tenía que ocuparse mientras estuviesen fuera de la oficina?

Oh, la incertidumbre era algo cruel.

CAPÍTULO 2

La gran ciudad bullía a esa hora de la tarde. Ariadne había seguido a su jefe por los pasillos del edificio, tomado el ascensor junto a él y terminado en el vestíbulo, ahí la había invitado a seguirlo hasta afuera, donde un coche los esperaba con la puerta abierta.

Ari no dudó que eso fuese obra de Kassie y tomó nota, una vez más.

Su naturaleza paciente la ayudó mucho. No se vio tentada a preguntar a dónde se dirigían ni una sola vez. Vio el coche alejarse, metiéndose en la marea de autos y todo tipo de transporte público que se movía a una algo lento, como era normal a esa hora y en esa zona de la ciudad. De no haber estado usando esos altos tacones que matarían a cualquiera después de varias cuadras caminando entre el gentío, habría pensado que fuese cual fuese el lugar al que se dirigían, llegarían más rápido caminando.

Trev, que no había hecho otra cosa sino observarla desde que se habían sentado, habló al cabo de unos minutos sin ver señal de impaciencia en ella.

—No nos dirigimos muy lejos, pero si puedo, evito caminar a esta hora con tanta gente. No importa cuánto tiempo haya pasado aquí, no logro acostumbrarme a su ritmo. Crecí en un pueblo muy pequeño y la ciudad más grande que había cerca no era ni un décimo de lo que es esta.

Ari sonrió.

—Kassie mencionó algo, es a ese pueblo donde tiene que viajar, ¿no es cierto?

—Exacto, estoy ansioso por volver a casa y respirar un poco. ¿Es usted de aquí, señorita Clair?

—No, señor —compuso con ese tono que Trev halló tan sereno. Era otra cosa que compartía con Olivia. Se dijo que tenía que dejar de encontrarles similitudes porque así nunca iba a conseguir dejar de mirarla—. Soy de Holbrook, un pequeño pueblo del condado de Navajo, en Arizona.

—Oh —musitó sorprendido—. ¿Cuántos habitantes tiene?

Ariadne frunció el ceño, pero la sonrisa de él la alentó a contestar.

—Bueno, cerca de cinco mil, no recuerdo el número exacto.

—Nosotros somos dos mil cuatrocientos ochenta y ocho según el último censo —apuntó—. Incluyéndome, estaba allí.

Ella asintió. No sabía qué responder, tampoco si tenía permitido reírse, que era lo que le estaba provocando esa conversación.

—¿Y no hay posibilidad de que ese número se haya incrementado en el tiempo en el que usted no ha estado allí? O reducido...

—Ni una. Me habría enterado, mi familia es grande, alguien me lo habría mencionado. Usted ya verá cómo es mi pueblo en realidad.

Para empezar, muchos chismosos, imaginó Ariadne. Él era muy presuntuoso también, aunque a otra persona podría habersele pasado un detalle minúsculo como ese.

Se guardó todos sus pensamientos y mantuvo una sonrisa sosegada.

Trev miró hacia afuera y vio que durante la conversación no habían avanzado ni una cuadra. Cielo santo, odiaba salir de la oficina a esa hora.

Suspiró, al menos podían conversar.

—¿Y qué hace una joven como tú en la gran ciudad? ¿Por qué no regresar a casa después de obtener tu título?

—No obtuve mi título aquí. Estudié en una universidad pública en Arizona. Y luego... bueno, tenía claro que no iba a quedarme ni regresar a Holbrook. Allí no había nada para mí.

Por la seriedad de sus palabras y de su rostro al pronunciarlas, Trev decidió que no sería adecuado seguir investigando por ese camino. De momento, ya lo haría después en alguna otra ocasión.

—¿Y cómo te has adaptado a la Gran Manzana?

—Bastante bien —respondió visiblemente aliviada—. Me mudé hace tres meses y medio, imagine mi felicidad cuando una semana luego de instalarme recibo el llamado de Kassie. Había calculado que pasaría al menos un mes sin trabajo. Por lo menos eso era lo que podía permitirme sin sufrir aprietos.

—¿Qué habrías hecho de no conseguir nada en un mes? ¿Regresar?

Ariadne levantó la cabeza, pero su tono de voz no varió en absoluto.

—Ya le dije que no hay lugar al que regresar, señor Johnson. Y en cuanto a su pregunta, si en un mes no conseguía nada entre todas las solicitudes para las que apliqué, imaginaba que tendría que buscar algún trabajo de mesera o de vendedora en una tienda. No podría ser tan difícil en esta ciudad y tengo algo de experiencia.

—¿Trabajaste mientras estudiabas?

—Siempre.

Trevor se obligó a recordar mirar en su archivo luego y buscar más información sobre esa misteriosa y atractiva señorita. Kassie había dicho que era cálida y simpática, ¿por qué no se estaba comportando de esa forma en absoluto? Si Kassie lo aseguraba, él le creía. No pondría en duda sus palabras, nada bueno saldría de eso. Aun así, ello implicaba que él era el culpable de que no se mostrara tal y como era.

—¿Has tenido tiempo para recorrer la ciudad? ¿Las tiendas?

¿Las tiendas? Ari se miró el conjunto negro que llevaba puesto. ¿Se vería mal? A ella le había parecido que era un buen atuendo para conocer a su jefe. Una pollera tubo casi hasta la rodilla, una blusa color miel y un saco negro a juego con la falda. Era decente y profesional.

—¿Qué tipo de tiendas, señor?

—Oh, ya sabes. *Las tiendas*. Estamos en Nueva York.

¿Por qué se sentía tan incómodo? Trevor Johnson hacía suspirar a las chicas con una mirada. Pero era obvio que esa en particular no era fácil de conquistar.

—No he tenido mucho tiempo para pasear, señor. Entre la mudanza y el nuevo trabajo, el poco tiempo que tengo libre lo uso para descansar.

—Y me temo que cuando reemplaces a Kassie estarás más ocupada aún. ¿Crees que podrás con eso?

Sin dudar ni parpadear, Ariadne asintió.

—Por supuesto, señor. Soy muy dedicada en todo lo que hago.

Trevor sonrió.

—Para empezar, tienes que dejar de llamarme *señor*. Simplemente Trev, o Trevor cuando estés enojada. Puedes dejarlo claro, tienes permiso de hacerlo.

—¿Dejar en claro que estoy enojada?

—Por supuesto, a veces sobrepaso mis límites y tienes que recordármelo. Suelo ensimismarme y lo olvido.

La joven se enderezó más, si era posible, y retrocedió de forma inconsciente.

—¿Qué tipo de límites? Es un trabajo serio, ¿verdad? Profesional.

—Oh, no, no. No me malentiendas —se apresuró a agregar Trevor después de comprender lo que ella había entendido—. Por supuesto que es un trabajo serio. Cuando hablo de límites me refiero al límite de trabajo que podría llegar a darte, a sobrecargarte. No soy el favorito de la familia, lo último que necesito es una demanda por acoso.

Las cejas de Ariadne se elevaron, pero no dijo nada. Solo asintió con la cabeza aceptando la respuesta.

No dijeron nada más hasta que se detuvieron unos cuarenta minutos después. Ari pensó que, en definitiva, habrían tardado un cuarto de ese tiempo en llegar si hubiesen caminado o tomado el transporte público.

¿A dónde se dirigían? Miró a su alrededor mientras se bajaba del coche. Estaban en plena Quinta Avenida, justo enfrente de la joyería más famosa y, probablemente, la más costosa de la ciudad, sino del mundo. ¿Allí era su cita? Se encogió de hombros en su mente y lo siguió adentro. Una de las dependientas, ataviadas en un recatado y ajustado vestido, se acercó a él apenas lo vio, reconociéndolo al instante y tratándolo con una sofisticada eficiencia que dejó a Ari asombrada. Trevor no le dio ninguna orden para que

lo esperara en algún sitio, así que lo siguió tratando de no distraerse con las grandes vitrinas.

—Tenemos todo lo que encargó, señor Johnson.

Lo hizo esperar frente a una de las tantas vitrinas de cristal y volvió enseguida con dos pequeñas cajas.

Las depositó frente a él y se retiró. Por lo visto confiaban mucho en el señor Johnson.

Él se giró y la miró.

—Ariadne, acércate. Vamos, olvida esa tonta conversación en el coche. Me expresé mal, te pido disculpas.

Cerró la distancia que los separaba y se colocó a su lado sin rechistar.

—De acuerdo, señor. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

—Puedes tutearme, yo voy a hacerlo —compuso con una sonrisa arrebatadora—. Y puedes decirme qué opinas de estos.

Abrió la primera cajita para dejar a la vista dos pendientes azules. Ari contuvo una exclamación y trató de no abrir los ojos de par en par. No supo si lo hizo bien, aunque esperaba haber sido lo más disimulada posible. Eran unos pendientes hermosos. Esplendidos. Eran pequeños y ese detalle solo los hacía más impresionantes.

—Son para la novia, me gustaría que los usara el día de la boda, aunque no estoy seguro de que lo haga.

—¿Son diamantes? —preguntó la joven señalando las pequeñas piedras que bordeaban la piedra azul más grande.

—Sí, esos son diamantes, y esta es una Tanzanita —dijo apuntando al centro.

—Son preciosos. —¿Por qué no iba a querer usarlos? Quiso preguntar, pero no lo hizo y acabó la frase allí.

—Sí, tengo buen gusto. Una de las pocas cosas buenas que le debo a mi madre; si hay algo que aprecia, son las joyas caras. —Ladeó la cabeza, y ella observó su sonrisa.

Trev, por su parte, no pudo evitar sentir un dolor profundo en el pecho al pensar en su ausente madre. Si ella lo hubiese querido un poco, si le hubiera dado mejores consejos, él podría haber sido una mejor persona. En lugar de eso, lo había hecho a un lado, concentrándose en sus viajes y en su trabajo. Incluso su padre había estado más presente; aun así, solo había empeorado todo.

Retuvo un suspiro, cerró la caja y tomó la otra. Una finísima cadena de oro con un dije con más diamantes incrustados. Tenía forma de flor, una rosa abierta de cuatro pétalos.

Tenía que valer una fortuna, pensó Ariadne. Esos dos regalos tenían que valer varios meses —quizá más de un año— de alquiler del pequeño departamento en el que ella vivía.

—¿También es para la novia? —preguntó aun si estaba segura de conocer la respuesta, sobre todo después de oír su conversación telefónica en el despacho.

Una rosa para Rose. Rose era una chica muy afortunada.

—No, este es para una persona muy especial.

Estaba claro que él le tenía mucho cariño, porque al hablar se dibujó en su perfecto rostro una sonrisa dulce y melancólica. No creía que lo notara, estaba perdido en sus pensamientos, pero a Ari le pareció notar que esperaba que ella dijera algo.

¿Sería así siempre? ¿Tendría que pasar el tiempo analizando todas sus expresiones o sus palabras intentando descifrar qué era lo que deseaba?

—Sin duda se sentirá especial con un regalo así —comentó después de considerar la respuesta.

Trev volvió a la realidad, asintió agradecido por sus palabras, y pensó en que Rosie no necesitaba que le recordaran que era especial. Al igual que su madre, ella se consideraba especial y extraordinaria por naturaleza. Y lo eran, ambas.

Ariadne, por su lado, tenía que admitir que no se sentía nada cómoda con su jefe. Él era un caballero, no había hecho ni dicho nada fuera de lugar, sin embargo, ninguno de los dos conseguía sentirse cómodo con el otro. Ella sabía que, dado el puesto al que aspiraba, eso podía ser un claro motivo de despido. Ari no podía darse el lujo de ser despedida, aunque tampoco tenía idea de cómo quitar esa tensión. No era el trabajo para el que se había preparado. Ella podía ser eficiente, pero involucrarse en todos los asuntos personales de su jefe no era una de las tareas para las que se había matado estudiando.

Salieron de la joyería y el chofer los condujo a un edificio de fachada antigua, a unas cuadras de allí, en Lexington Avenue. Cuando entraron, le quedó claro que lo único antiguo y rústico era el frente, pues por dentro nada tenía que ver con esa primera impresión. Trevor la guio a uno de los

ascensores, del cual bajó una elegante mujer que parecía salida de una revista de moda.

Ari volvió a mirar su sombrío atuendo. No solía prestar atención a la ropa que usaba, aunque procuraba verse profesional. ¿No era todo lo que importaba cuando se trabajaba en una oficina? Al parecer no. Kassie tenía cuerpo, cabello y rostro de modelo. Desde luego, vestía como una. Suspiró para sus adentros. ¿Tendría que ocuparse de eso también? Quizá cuando cubriera todos los gastos importantes que se había visto obligada a hacer para sobrevivir en una ciudad nueva, podría intentarlo.

Cuando llegaron al decimoquinto piso, la puerta del ascensor volvió a abrirse y ahí bajaron. ¿Y ahora? Se preguntó. ¿Qué era todo eso?

Parecía un club. Un sofisticado bar con una iluminación tan fuerte y fría que encandilaba los primeros segundos. Ariadne observó todo con un asombro que no pudo ocultar.

Trevor colocó una mano en su espalda y la instó a caminar a su lado.

No había mucha gente, algo normal por el horario, perfecto para sentarse a tomar un descanso y una o dos copas. Todavía quedaba una hora para volver a la oficina. ¿O eran dos? No estaba seguro, ya no recordaba lo que había dicho Kassie.

Un hombre y una mujer con un montón de papeles estaban sentados en la mesa que Trev solía ocupar. Pero era lo mejor, si quería hacerla hablar, quizá un entorno menos formal ayudaría. La barra estaría bien.

Cuando se sentaron, intentó no parecer demasiado interesado. Quería lucir

lo más despreocupado posible bajo la mirada ceñuda que ella le estaba lanzando. Sabía que la joven se preguntaba qué estaban haciendo ahí y, en parte, él tenía la misma duda. Le había ordenado al chofer llevarlos a ese sitio solo porque quería ganar más tiempo a solas, aunque estaba seguro de que no era para nada sensato. Le había prometido que todo sería profesional, pero eso desde luego no lo era.

No la estaba viendo como debería, no la veía como a su asistente, sino como a una mujer misteriosa. El misterio la hacía una mujer interesante, un desafío... y él era amante de los desafíos.

Ordenó un trago para los dos sin siquiera preguntarle y se giró hacia ella, acodando el brazo y apoyándolo en la barra.

—Puedes relajarte, no tienes que estar tan tensa todo el tiempo.

Trev curvó los labios apenas, de forma casi imperceptible, cuando Ariadne, sin cambiar la expresión dura que tenía, le contestó.

—Creí que íbamos a trabajar, señor.

—Estás trabajando.

—Ahora mismo no lo parece.

Oh, qué remilgada era. Aunque de alguna forma, solo aumentaba su atractivo.

—Me estás haciendo compañía, eso forma parte de tu trabajo.

Los ojos de la mujer se ampliaron, espantada, y hasta se puso de pie.

—Usted... —comenzó a decir, y Trevor se apresuró a levantarse.

De nuevo lo había entendido mal, y había sido su culpa. Tenía que darse un

golpe en la cabeza y ver si de esa forma comenzaba a funcionar. ¿Qué rayos estaba mal con él?

—Ariadne, por favor —casi suplicó tomándola por los brazos—. No quise ofenderte.

—No soy ninguna dama de compañía, señor Johnson. Si eso es lo que necesita, debería buscar en otro lado.

—Eso no es lo que quise decir. Por favor, siéntate —suplicó con las mejillas sonrojadas, algo molesto consigo mismo y también con ella.

Si conociera su pasado no le sorprendería que pensara eso, pero desde que se había mudado a América se había ocupado de ocultar aquello de lo que tanto se avergonzaba, y de crear una nueva reputación, limpia y respetable. Entonces, ¿por qué lo miraba de esa forma e interpretaba todo lo que decía para mal? ¿Cómo sería si supiese lo que había hecho? Y, ¿por qué lo afectaba tanto? ¿Sería ese parecido que tenía con Olivia lo que lo estaba molestando?

¿En verdad se parecía a Liv o solo era su imaginación?

—Mis disculpas, te ruego que me disculpes, eso no es para nada lo que quise decir.

Ari volvió a sentarse en el taburete y apretó los labios viendo cómo se deshacía en disculpas. Terminó conteniendo un suspiro porque de verdad parecía honesto.

—Si malentendiendo el significado de sus palabras, señor, es porque no siento que estoy trabajando. Esto. —Movi6 las manos abarcando todo lo que los rodeaba—. La joyería... ¿Cuál es mi función? No lo comprendo.

—Eres mi asistente personal, creí que Kassie te lo había explicado. No se

limita a tu trabajo en la oficina. He llamado a Kassie a las tres de la mañana porque tengo insomnio o porque me siento enfermo. Kassie se asegura de que me vea presentable antes de cada reunión, de que no olvide enviarle flores a mi madre en su cumpleaños o que las cuentas de mi departamento estén pagas antes de vencer. ¿Te contó todo eso, Ariadne?

—Sí, señor, por supuesto. Pero jamás utilizó la expresión «hacer compañía», de otra forma, lo habría considerado mejor.

—Bueno, no tengo muchos amigos en este país. —Podría decirse que, en general, él no tenía muchos amigos—. Tampoco familia. Kassie se ha convertido en una gran compañera, espero lo mismo de ti. Eso es lo que estoy buscando, una persona en la que pueda confiar.

—Como su empleada, puede confiar en mí, señor Johnson. Kassie me explicó todo lo que ella hace, y yo me esforzaré en imitarla, pero siempre dentro de un contexto laboral. Usted me paga por eso, no puede ser de otra forma.

—¿Dónde está la joven dulce y simpática que Kassie me describió? —preguntó más para sí mismo que para ella, pero lo hizo en voz alta de todos modos. La castaña lo miró sin entender, aunque no dijo nada—. ¿Estás segura de que puedes viajar conmigo? Puedes decírmelo si no te crees capaz, lo entendería. Hasta puedo darte otro puesto, no voy a despedirte.

Era una buena oferta. Ariadne consideró aceptarla y salir de esa posición en la que estaba metida. Alejarse de él, que no hacía otra cosa que hacerla sentir incómoda. Entonces, pensó en lo mucho que había deseado ponerse a prueba, poner en práctica todo lo que había aprendido en esos años de duro y

sacrificado estudio que había tenido. No sería justa consigo misma si por una nimiedad como esa, por una sensación, renunciaba a lo que podía ser la oportunidad de su vida.

—Puedo hacerlo —aseguró, y Trev se sintió aliviado al oírla.

Él no lo había dicho en serio, pero ella sí lo había tomado de esa forma. Era otra cosa que tenía que recordar, no hacer ese tipo de bromas de nuevo. Y si lanzaba un desafío, debía de estar seguro de que podía ganarlo.

—No le fallaré. Su familia no tendrá quejas de mí, ni siquiera notarán que estoy cerca.

Oh, pobrecita. No tenía ni idea. ¿Pasar desapercibida? Eso era algo imposible dentro de su familia, nadie lo permitiría jamás. Aun así, la dejaría seguir con ese pensamiento, era lo que más le convenía si quería llevarla con él. Tendría que alertar a Kassie para que no le diera información sobre los Johnson que pudiera cambiar esa forma de pensar que Ariadne tenía.

CAPÍTULO 3

Para cuando llegó el día del viaje, Ari estaba exhausta. La semana anterior, Trevor la había vuelto definitivamente loca, su jefe era una pesadilla personificada. Kassie había estado alrededor solo para guiarla, nada más, todo el peso del trabajo había recaído sobre ella, quien no estaba acostumbrada a tratar con personas tan intensas como ese hombre.

Él tenía mucha energía y le costaba seguirle el ritmo. Nunca nadie la había exasperado tanto, nadie había puesto a prueba su santa paciencia. El viaje no la había entusiasmado demasiado al principio, pero después de conocerlo, estaba ansiosa por ver a su familia. ¿Cómo tendrían que ser sus padres para que con sus treinta y dos años se comportara como un niño de seis? Un dato importante era el hecho de ser hijo único. Eso tendría que haber influido.

Trevor Johnson no caía nada mal cuando tenía la boca cerrada. Era agradable a la vista, muy agradable. Por desgracia, era un milagro que no tuviese algo para decir.

—¿No nos olvidamos de nada? —preguntó él cuando ya estaban ubicados en sus asientos, en primera clase.

Ese día se había mostrado más fastidioso de lo normal, aunque de manera diferente. Ariadne intuía que estaba nervioso por ver a su familia. Kassie le había dicho que eran especiales, todos y cada uno de ellos. Y que eran numerosos.

Además, estaba la famosa Rose. Seguro él se sentía ansioso por ver a su novia.

—Querrá decir si yo no me olvido de nada, señor —murmuró. Después se giró hacia él con una sonrisa—. Considerando que hasta armé su maleta...

Trevor le devolvió la sonrisa y relajó la espalda contra la acolchonada y cómoda butaca.

—Muy acertada, Ariadne. ¿Segura que guardaste los regalos?

—Sí, señor.

—¿Y mi ropa interior?

Ari no lo estaba mirando en ese momento, pero él sí a ella. Vio como bajaba a su regazo el celular que estaba apagando y abría los ojos de par en par. Abrió la boca por unos segundos y volvió a cerrarla antes de girarse hacia él.

—Su ropa interior está dentro de la valija, señor, junto con toda su ropa.

Trevor tuvo una carcajada por su expresión avergonzada: tenía las mejillas rojas como dos tomates. Era tan adorable y tentadora que no pudo resistirse a picarla un poquito más. Lo mismo le había sucedido toda la semana, la había presionado hasta casi hacerla explotar, pero ella no había cedido. Era o bien muy dura, o muy flexible. Ya lo descubriría.

—Verás, hay uno en especial que es mi favorito. Es rojo y la tela es suave y elástica, seguro que lo recordarás, es muy agradable al tacto.

Ari no sabía si él hablaba en serio o se estaba burlando. Trataba el tema con una naturalidad que la perturbaba, como si fuese lo mismo hablar de su ropa interior que hablar del clima o de una transacción financiera, y la contemplaba con toda calma, como si no notara que era una situación embarazosa y para nada profesional.

Ya había tenido bastante con verse obligada a empacarle todas sus pertenencias solo porque él no podía hacer que todo entrara en la maleta.

—La verdad es que no, señor —soltó de golpe y terminó por suavizar la voz al darse cuenta de su error—. Espero que esté allí y no haya quedado en su departamento.

Un departamento que ella había tenido el honor de conocer y que no había sido lo que esperaba. Había imaginado un lugar amplio, lleno de lujos y comodidades de lo más modernas; no obstante, se había sorprendido. Él vivía en uno de los barrios más exclusivos de la ciudad, en un edificio grande de fachada antigua, un sitio hermoso. Su departamento era de considerable extensión, aunque en comparación con el de ella cualquiera le resultaría inmenso, pero los lujos no abundaban, tenía todo y no le faltaba nada, incluso se notaba que allí había obrado un diseñador, y aun así no era ostentoso.

Ari se relajó una vez que el avión despegó y disfrutó de la comodidad de viajar en primera clase de un vuelo internacional. Nunca lo había hecho, apenas si había podido pagar el viaje a Nueva York desde Arizona.

Observó cómo Trevor se quitaba la campera de cuero y quedaba solo con una camiseta. Era muy distinto al traje que utilizaba todos los días, aunque en la última semana, Ari ya lo había visto con ropa de gimnasio y hasta en pijamas. Asumió que iría a ponerse cómodo y dormir el resto del camino, así que cerró los ojos planeando hacer lo mismo, pero la calma no duró demasiado.

—Ariadne —dijo Trev inclinándose hacia ella, así que no tuvo más opción que abrir los ojos.

—¿Sí, señor Johnson? —preguntó esperando que no se notara el cansancio en su voz.

—Si vas a dormir, puedes reclinar el asiento todo lo que desees o transformarlo en una cama, quizá te resulte más cómodo.

La estaba mirando con una sonrisa tan dulce que le dio vergüenza haber pensado que iba a molestarla con algún tonto pedido.

—Oh, sí, gracias —balbuceó sonrojándose por sus propios pensamientos. Alzó la cabeza y vio que en las manos tenía una carpeta de trabajo—. ¿Va a revisar eso, señor? ¿Quiere que le ayude en algo?

—Voy a leer un rato, tú descansa. Cuando lleguemos a casa aún será temprano y siempre habrá alguien molestando, vas a necesitar toda la energía que puedas almacenar —comentó lo último riendo.

—¿Y usted no va a descansar?

—No, no soy muy fan de dormir mientras viajo. Pero Ari, ¿puedo pedirte un favor?

—Por supuesto, señor —respondió enderezándose.

—Deja de llamarme señor. Yo te llamo por tu nombre, haz lo mismo —pidió con voz suave y una sonrisa arrebatadora.

—La verdad es que creo...

No la dejó continuar.

—¿Y si te ordeno que me llames por mi nombre y me tutees?

—Si lo hago, ¿no le parece que podría dar lugar a malinterpretar nuestra relación?

—Kassie siempre me ha tuteado y nuestra relación siempre ha sido clara para todos. Tú no te preocupes por eso. Lo único que pretendo es que

nosotros nos sentimos cómodos.

—Yo estoy muy cómoda...

—Pero yo no —volvió a intervenir—. Es... molesto.

Ari suspiró.

—Está bien, se... Trevor.

Él sonrió triunfal.

—Bien, ahora duerme un poco.

Cuando llegaron al aeropuerto y desembarcaron, Ari disfrutó una vez más de los privilegios del vuelo al poder recoger su maleta antes que nadie y estar libre en cuestión de minutos. Caminó junto a Trevor hasta que él se detuvo sin importarle los que iban detrás de ellos. Se vio obligada a hacer lo mismo y siguió la dirección de su mirada.

Él tenía una extraña sonrisa en su rostro y contemplaba a una mujer pelirroja que quitaba el aliento. Muchos hombres e incluso mujeres se le quedaban viendo al pasar a su lado. ¿Sería ella su novia? ¿Rosie? Por alguna razón, se la había imaginado mucho más joven. Tal vez por la conversación que había oído o porque sería alguien que se adaptaría mejor al carácter de Trevor, no estaba segura.

Después de unos segundos, comenzó a caminar de nuevo en dirección a la misma mujer.

—Ven, parece que han venido por nosotros —le dijo dándole una mirada sin borrar la sonrisa.

Ella asintió y lo siguió mientras observaba los alrededores. Estaba distraída, por eso retrocedió cuando una niña a la que no le había prestado atención antes se avanzó sobre Trev y lo abrazó. La pequeña había salido de al lado de la mujer pelirroja y al instante la identificó como su hija. Tenía que serlo, su brillante cabello era del mismo color y su piel era igual de blanca.

—¡Trevvie! —gritó la niña.

—Hola, cariño —musitó inclinándose para abrazarla.

—¡Estás aquí! —exclamó sujetándolo por el cuello, aprovechando que estaba agachado. Pareció asfixiarlo, pero Trevor no se quejó—. ¡Estoy *taaaaaan* feliz!

Ari dejó de prestarle atención cuando la mujer se acercó a ellos. Tenía una sonrisa burlona en los labios mientras miraba a Trev, quien de vez en cuando atisbaba hacia ella, pero sin ser capaz de dejar de prestarle atención a la más joven.

—Hola —saludó hablándole a ella en un susurro—. ¿Eres la novia de Trevor?

Ariadne se quedó muda, sin comprender lo que le decía. ¿Habría escuchado bien?

—Soy Ariadne Clair, el reemplazo de Kassie.

—Oh —musitó con un suspiro, estudiándola sin disimulo—. Tenía la esperanza de que esta vez fuese distinto. Así que la asistente, ¿eh? ¿Y solo eso?

—¿Perdón? —replicó con los ojos abiertos de par en par. ¿Qué estaba insinuando? ¿No era su novia de todos modos?

—Así que la respuesta es no —contestó ignorando su anterior pregunta—. Oh, lo siento, no sabes quién soy, ¿no?

Estaba casi segura de quién era, pero dado que Trevor nunca le había hablado de Rosie, y nadie le había aclarado quién era ella para su jefe, prefirió negarlo.

—Lo siento, no. Soy nueva y...

—Yo soy Ruby White, o Ruby Gardiner si quieres. Ese es mi apellido de soltera. —La interrumpió de nuevo como si no estuviera escuchando ni una palabra de las que ella decía—. ¿Podemos ponernos en marcha, por favor? —pidió mirando a Trevor—. Tenemos más de una hora de viaje por si lo has olvidado.

¿Entonces no era su novia? Y al parecer estaba casada. Pero ninguno de sus dos apellidos era Johnson, así que no era familiar.

—Ah, mi querida Ruby. No tienes idea de cómo he extrañado tus sermones, tus retos, tu mal humor, y ni hablar de esa vena mandona y bruja que tienes —compuso Trev acercándose para darle un abrazo.

Ruby dejó que la abrazara, pero enseguida lo alejó y le dedicó una sonrisa reprobatoria.

—Y yo, mi querido Trevor —musitó con sarcasmo—, no te he extrañado en absoluto.

—¡Mamá! No seas mala, pobre Trevvie —exclamó la niña que, al parecer, era la hija después de todo.

Ruby rodó los ojos.

—Él me dijo bruja y mandona, ¿a mí no me defiendes?

—Es que mami —dijo medio avergonzada—, tú eres un poco bruja y mandona. Pero Trevvie no lo dijo con mala intención, ¿verdad? Él te quiere.

Alzó sus ojos brillantes y llenos de amor hacia él, quien se puso serio y lo negó todo.

—Por supuesto, princesa. No importa lo mala que sea, la queremos de todas formas.

Ella asintió varias veces con la cabeza y le brindó una sonrisa mucho más grande y angelical.

Trevor se dirigió a Ari.

—Oh, Ariadne. Veo que has conocido a Ruby, es muy bella y parece dulce, pero ten cuidado, no te confíes porque no solo ladra, sino que también muerde.

Ari lo miró sin comprender y luego se giró hacia Ruby que estaba sonriendo. Lo que era extraño, porque a Ari le había parecido más un insulto que un elogio.

—Y este pequeño ángel de aquí —agregó después de una pausa— es Rosie.

Si lo anterior no había terminado de sorprenderla, eso la dejó sin habla. Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Rosie? ¿Rosie, Rosie?

Trev sonrió.

—La misma.

—Pero yo creí que... —Apretó los labios y se silenció a sí misma. ¿Desde cuándo se le escapaban cosas que no debía decir? Él no podía estar contagiándola tan pronto...

Rub frunció el ceño.

—¿Qué fue lo que creías? ¿Qué es lo que dijo sobre mi hija?

—Nada, nada —se apresuró a corregir, nerviosa. Lo único que faltaba era meterlo en problemas porque había malentendido todo—. Es que escuché una conversación cuando estaba con Kassie. El día que nos presentó, señor. ¿Recuerda?

Para nada afectado, Trevor asintió con una sonrisa.

—Claro y, además, Ari luego me acompañó a comprarte un regalo —le dijo a Rosie que los estudiaba con atención—. Quizá eso te confundió un poco, mis disculpas.

Ariadne asintió y miró a la famosa Rosie.

—Hola, Rosie. Es lindo conocerte al fin —dijo sonriendo.

La niña la observó fijo por unos segundos y no le devolvió el saludo. En vez de eso, se giró hacia *Trevvie* y le apretó la mano con más fuerza para llamar su atención.

—¿Por qué está ella aquí? ¿Por qué vino contigo?

Ariadne vio que Ruby miraba hacia un costado y no pudo descifrar la expresión de su rostro, pero sí la de Trevor que arrugó la frente con cierto recelo.

—Es mi asistente, Rose. Como Kassie.

—¿Y por qué Kassie no vino? Kassie me agrada.

—Kassie está embarazada y no puede viajar. Ari es su reemplazo, y no puedes saber si ella te gusta o no, porque ni siquiera la has saludado.

Eso no fue una buena idea, pensó Ariadne mientras él hablaba. Hablarle de esa forma para defenderla a ella, solo hacía que a la niña le disgustara más su presencia.

Prefirió mantenerse en silencio y no agregar nada para no empeorarlo.

—Hola —dijo Rose al fin, aunque fue más que obvio que lo hizo solo para complacer a Trevor. Enseguida volvió a alzar sus ojos hacia él—. Tenemos que ir a casa ahora, he preparado una sorpresa para ti.

Trev no sabía qué pensar sobre eso.

—¿Una sorpresa?

—Sí, me han ayudado, pero fue mi idea.

Por supuesto, pensó Ari. Le habría resultado tierna si no fuese porque ya la había marcado, y si no tenía cuidado, le haría la vida imposible.

—Sí, sí —dijo Ruby agitando la mano para ponerlos a todos en marcha—. Será mejor que vayamos saliendo de aquí, todavía tenemos que llegar al pueblo.

Ariadne se sorprendió cuando llegaron a la casa de Trevor. Era la casa de

sus padres, por lo que sabía, pero ellos no estaban en el pueblo en esos días. Siendo uno de los dueños de una empresa millonaria era extraño ver que vivían en una como la que ella, hija de un policía, tenía cuando vivía en su pueblo. Quizá un poco más grande, o tal vez era la impresión que daba al estar tan vacía.

No tuvo mucho tiempo para instalarse en la habitación que su jefe le señaló puesto que, a pesar de su reiterada negación, él insistió que tenía que acompañarlo a donde fuera que Rose y Ruby iban a llevarlo. Esta última también había insistido en que fuera con ellos, bajo ninguna circunstancia iban a dejarla abandonada en la casa, aunque ella lo habría preferido así. Estaba tan acostumbrada a estar sola que a veces hasta sentía que lo necesitaba.

Ruby los llevó a todos en su auto hasta que se detuvieron en otra casa a un par de cuadras de ahí. Parecía bastante concurrida. Había una niña y dos niños, todos pequeños —estaba casi segura de que eran menores de cinco años—, y con ellos, una mujer de cabello claro que podría ser la abuela de los chicos.

—¿Pero qué hacen aquí? —se quejó Rosie mientras se bajaba—. Tenían que estar todos adentro, era una sorpresa. ¡Abuela! ¿Por qué están aquí?

—Rosie, querida, no puedes tener a los niños encerrados, se aburren.

—Pero, abuela, era una sorpresa.

—Rosie, cariño, no te enojas con Anne. Tiene razón y tú siempre me sorprendes. No te molestes, eres mucho más linda cuando sonríes. Si frunces el ceño, te pareces demasiado a tu regañona madre.

Eso pareció calmarla y divertirla, y Trev volvió a respirar. No sabía qué era

lo que le sucedía a Rosie esa vez, estaba más nerviosa de lo normal. ¿Sería que estaba creciendo? Él siempre había creído que el enamoramiento se iría con los años, a medida que ella creciera, aun así, solo estaba empeorando. Él la quería mucho y no deseaba lastimarla, no cuando tenía tanto amor para dar, aunque a veces se preguntaba si no le haría más daño a Rose alimentando sus esperanzas que acabando con ellas lo antes posible.

Saludó a Anne, quien siempre se mostraba feliz por verlo, y él siempre se sorprendía por aquello, sin poder acostumbrarse a ser aceptado por la familia de la mujer a la que había lastimado tanto, quienes por años lo habían despreciado como se merecía. De todas las figuras maternas que había en la gran familia que se había formado, Anne era la única que solía estar presente, a la que todos sabían que podían recurrir, incluso cuando no eran sus hijos.

—Te ves muy bien, Trev. La ciudad te hace bien, pero deberías visitar a tu familia más a menudo.

—Lo sé, Anne, pero es difícil. Cada día hay más trabajo.

Ella sonrió por esa naturaleza dulce que tenía.

—A veces hay que soltar un poco el trabajo, Trevor —compuso—. No dejes que absorba toda tu vida. Mira todo esto —musitó señalando a los niños con una mano—. Tú también tienes que tenerlo, y no vas a conseguirlo encerrado en una oficina en lo alto de una torre.

A Trev lo salvó de responder un ligero tirón en el pantalón de parte de una pequeña rubia que lo contemplaba con sus grandes y bellísimos ojos celestes. Bajó la vista hacia ella y la niña sonrió y estiró los brazos hacia él. Cuando la agarró en sus brazos, enseguida lo besó en la mejilla y lo abrazó.

—OliOli, qué hermosa estás.

Olivia era la hija mayor de Emilie y Marcus. Tenía tres años y era un pequeño angelito. Era calma y pacífica, muy diferente a lo que había sido su madre. Él pensaba que era la versión rubia de la mujer a quien hacía honor con su nombre. Sus padres no podían haber hecho una mejor elección.

Ari observó desde la distancia cómo su jefe mostraba una faceta completamente distinta a la que conocía. Entre los niños que se habían acercado a saludarlo y que era obvio que le tenían mucho cariño, no parecía el empresario que la había intimidado al comienzo, o el hombre mimado para su edad que había llegado a descubrir en su primera semana de trabajo.

Ruby todavía estaba a su lado, de pie en la vereda junto al coche.

—Dime una cosa, Ariadne, ¿tienes una familia grande?

—No, la verdad es que no —respondió mirándola apenas. Intentó que no se le notara lo interesada que estaba en ver a su jefe en ese ambiente, aunque siempre evitaba hablar de su familia si podía.

La pelirroja soltó un suspiro como lo había hecho en el aeropuerto.

—Bueno, entonces espero que seas de las que se amoldan rápido, porque somos unos cuantos. Aunque no te asustes —agregó soltando una risita—, como dijo Trevor, la única que muerde aquí soy yo. Y quizá mi hija. Pero los demás... bueno, son bastante inofensivos.

Tal vez eso no fuese del todo cierto, pensó Ruby mientras la invitaba a caminar a su lado y acercarse a Anne, que ya la contemplaba con curiosidad.

CAPÍTULO 4

Ruby presentó a Ari con Anne y enseguida entraron a la casa. Trevor todavía tenía a la pequeña niña en sus brazos, mientras los otros dos niños lo avasallaban con preguntas. Por fortuna, Rose había entrado antes, de seguro para regañar al resto de los invitados.

En cuanto puso un pie dentro, Ari deseó haberse quedado en la casa de su jefe. Sola. O en Nueva York.

Había demasiadas personas, Ruby no le había mentido al decirle que eran numerosos, pero incluso con eso ella no lo había terminado de comprender.

Le llamó la atención otra mujer bella, que por lo visto abundaban, aunque no tenían ese excesivo glamour de las neoyorkinas, ni toda esa sofisticación que Ari sabía que nunca conseguiría aunque viviera allí el resto de su vida. A diferencia de Ruby, esta sí abrazó a Trevor, y él se lo devolvió sin soltar a la pequeñita.

Trev se alegró de ver a Emilie primero que a nadie. De todos, era a la que más estaba unido, quien siempre lo había entendido. Era su prima, su hermana y su mejor amiga. Incluso en el tiempo en que había hecho mucho daño, había sido su compañera. Los dos habían reconocido sus errores tiempo atrás, y ahora ella formaba una familia feliz con uno de esos a los que en su momento había odiado sin razón. Y había hecho bien pues, pese a todas sus dudas, Marcus resultó ser el hombre ideal para Em. Un rival digno para su carácter, con la suficiente madurez como para ser capaz de frenarla cuando era necesario.

—Mira a quién has encontrado —dijo ella mirando a su hija, quien parecía cómoda con la cabeza apoyada en el hombro de Trev.

—Más bien, ella me encontró a mí. No creí que me reconocería.

—¿Porque hace mucho que no vienes a visitarnos? —preguntó con un tono de reprimenda—. Pero ella te reconoce por las video llamadas. Eres su padrino y te extraña. Como yo.

Él sonrió, miró con cariño a Oli y la besó en la frente.

—Tú sabes que no puedo vivir aquí, Em. Ya no.

Emilie ya no pudo decir nada, porque su hermana llegó hasta ellos irrumpiendo con sus efusivos gritos.

—¡Trevor! —exclamó con una sonrisa, pero apenas lo miró. Estaba concentrada en la joven que él había dejado olvidada junto a Ruby y Anne—. Hasta que al fin te decides. ¡Has traído a tu novia!

¿Qué? Oh, no. Siempre, siempre Juliet metiéndose en donde no la llamaban. Y como si fuese poco, Fredric y Keaton, que llegaron detrás de ella desde la cocina, ya estaban preparados para el ataque, disfrutando de ponerlo en evidencia frente a todos.

—Ni siquiera te conozco pero ya te admiro, soportar a mi primo tiene que ser toda una hazaña.

—Oh, no. No, yo no soy... —Ariadne lo miró en busca de ayuda, pero Jules no estaba dejando que nadie pudiera defenderse.

—Soy Juliet Johnson, y estoy segura de que sabes que estás aquí para mi boda. Soy la única de la familia que queda soltera, lo que hace que después de que yo me case, tú seas la siguiente. —Le dio un abrazo tan fuerte que casi

la deja sin respiración.

—Juliet.

Trevor por fin consiguió hablar y ser escuchado.

—Ella no es mi novia, la estás incomodando. Es mi asistente y lo último que necesito es que hagas que quiera renunciar por tu acoso.

Ofendida, ella dio un paso hacia atrás, y arrugó la frente con las manos en la cadera.

—¿Tu asistente? ¿Otra más?

—Kassie no puede viajar, está embarazada.

—Bueno, bueno. No me culpes, ¿cómo iba a imaginármelo? No entiendo por qué siempre tienes que traer a alguien, con Kassie ya asumimos que era imposible que pasara algo cuando se casó con otro, pero ahora...

Señaló a Ari extendiendo una mano con la palma abierta hacia arriba.

—Lo siento —se disculpó con ella—. Pero de verdad creía que al fin nos traía buenas noticias. Y tú eres muy bonita. ¿Estás segura que solo eres su asistente? ¿Nada más, ni un poquito?

Ariadne no sonreía, tenía los ojos abiertos de par en par, y cuando le hizo la pregunta directamente a ella, solo sacudió la cabeza a ambos lados y sus labios apenas se movieron cuando habló.

—Solo soy su asistente.

—Bueno, es una pena. Pero quién sabe, todo puede pasar. Y más cuando vas a una boda.

Era una familia numerosa, y en la casa tenían una gran mesa. Era primavera y el día estaba hermoso, así que comer en el jardín trasero era un placer. Ari había conocido a todos y cada uno de los presentes, incluidos los bebés.

Emilie tenía un bebé de nueve meses que se llamaba Anthony, además de la princesa rubia que había visto antes. Su esposo, Marcus, era muy atento, aunque más callado que Fredric, el primo de Trevor, y Keaton, el futuro esposo de Juliet, que a su vez era el hermano de Marcus. Todos parecían estar emparentados de alguna forma, era confuso. Tendría que anotarlo cuando llegara a su habitación, si es que todavía no se le habían esfumado los nombres de la cabeza.

Entre todo, había algo que le había llamado la atención. Primero había conocido a James, que era el primo mayor de Trevor. James era encantador y tenía una forma de hablar que la hizo sentir cómoda al instante, quizá porque sabía cómo mantener las distancias, cosa en la que Trevor había fallado desde el comienzo.

James era el padre de Malcom, uno de los niños que había recibido a su jefe fuera de la casa, y tenía con él a Savannah, de diez meses. Luego de que se presentara y también a sus hijos, había llegado Olivia, su esposa. Ella les había sonreído a los dos y le había dado un corto abrazo a Trevor. Pero él había cambiado al verla. Ari no estuvo segura si ella o James lo notaron, pero la forma en la que los trataba a ambos, y sobre todo a ella, era inusual. Se notaba suave, dulce y mesurado, hasta parecía otro hombre, uno que estaba

luchando por controlar algunas cosas en su interior.

Después de presentarse, habían intercambiado unas palabras hasta que el padre de James avisó que la comida estaba lista y ocuparon sus lugares en la mesa. Por suerte o por desgracia, Trevor estaba a su lado, y Rose bastante lejos. La había perdido de vista hasta que se sentaron a comer, cuando sintió sus ojos clavados en ella.

—¿Estás cómoda? —preguntó él mientras todos mantenían conversaciones a su alrededor.

—Sí, señor. Perdón, Trevor. Estoy un poco abrumada, pero estoy bien.

—Debería haberte avisado, pero no quería que te sintieras nerviosa. Y perdón por lo de Juliet, lo hicieron con Kassie la primera vez también, debí suponerlo.

Ella asintió y no dijo nada más sobre el tema.

—Sigo pensando que debería haberme quedado en tu casa y ponerme en contacto con Kassie. Podría adelantar trabajo mientras tú disfrutas de tu familia.

—Habrá tiempo para eso. Hoy es un día para descansar, mañana organizaremos el trabajo. Kassie está en la oficina, por un día puede mantenerlo a raya sola.

—¿Ariadne? —La llamó Juliet que estaba sentada frente a ellos—. Oh, perdón. ¿Interrumpo algo?

Lo estaba haciendo a propósito, observó Trev. Aunque todavía no podía decidir con qué intenciones.

—No, Juliet —contestó él.

—Bien, estaba pensando que deberías venir conmigo y con Emilie mañana a la ciudad. Es linda, no tan grande como Nueva York, pero te gustará conocerla. Iremos a buscar mi vestido de novia y a comprar algunas cositas. De paso podemos conocernos, ¿qué te parece?

—Eres muy amable, Juliet. Pero me temo que no puedo, no vine de paseo, tengo que trabajar.

—Además tiene que descansar —agregó Trev—. No la atosigues, no todos pueden seguir tu ritmo y esa euforia que tienes.

—Cuando te cases lo entenderás —replicó la chica—. Pero ¿por qué no la dejas venir? Pueden trabajar por la tarde.

Trev suspiró y decidió no contestar. Juliet lo fulminó con la mirada y volvió a concentrarse en la comida, enfurruñada como cada vez que no conseguía lo que deseaba. Observó a Ari de soslayo. Era obvio que no quería tener nada que ver con la propuesta de Juliet. Era reservada en exceso y todavía seguía con la idea de hacer su trabajo y pasar desapercibida para los demás. Si hubiese sido Kassie, habría rogado por retrasar el trabajo unas horas para poder visitar la ciudad e ir de compras. Juliet seguro pensaba que Ariadne era igual, sin embargo, además de su eficiencia en el trabajo, ellas no compartían nada.

Trev se preguntaba si nadie había visto el parecido con Olivia. Al verla a ella, se había olvidado por completo de que había planeado constatar su parecido en otras áreas que no fuesen lo físico, aunque nadie parecía haberse percatado de aquello tampoco.

Como siempre, trataba de no mirar demasiado a Liv y tampoco hablar mucho con ella por miedo a decir algo inapropiado o que la hiciera sentir incómoda. Nada de eso le había importado en el pasado, había sido un idiota

con todas las letras. No estaba seguro de en qué momento se había percatado de eso, cuándo había asumido sus errores, y tampoco le importaba. Trataba de olvidarlo y seguir adelante, de ser una mejor persona, pero cuando estaba en ese maldito pueblo, con todos ellos tan cerca, se le hacía difícil soportarlo.

Era peor cuando lo trataban tan bien, como si nada hubiese ocurrido. Incluso Ruby que años atrás lo habría aplastado como a una cucaracha de haber tenido la oportunidad, ahora se comportaba amable y lo trataba como parte de la familia. James ya no desconfiaba en que fuese a intentar algo con Liv cuando estaba a menos de cien metros de ella, y lo había ayudado a ocupar el puesto que él había tenido antes de regresar al pueblo.

Sobre Olivia, nunca le había dicho que lo perdonaba, y aunque le habría gustado oír esas palabras, tampoco se había atrevido a preguntárselo una segunda vez. Ocho años atrás lo había hecho y ella se había negado con justas razones.

—¿Sabes cuándo volverá tu madre? —preguntó Juliet unos minutos después de que hubiese cortado la conversación anterior.

—No tengo idea, asumo que con la tuya, como siempre. ¿Cuándo vuelve tía Alice?

Jules soltó un bufido y puso su mejor expresión aburrida.

—¿Por qué crees que te lo pregunto? Todos saben que ninguno de nosotros la ha complacido con su elección de pareja, pero ha estado en todas las bodas, no puedo creer que no vaya a venir a la mía. Hasta tú has llegado antes que ella.

—Ella vendrá, Jules, no va a perderse la boda de su hija menor.

—Todos sabemos que no soy su favorita, puede haber decidido que no vale

la pena.

—No seas tonta, Juliet —dijo Cece, la esposa de su hermano, desde un par de sillas a la derecha—. Si vino a mi boda con tu hermano, no va a perderse la tuya. Sabes lo mucho que me odia.

—Sí, pero Fred es su pequeñito. Yo, en cambio, siempre fui un dolor de cabeza.

Trev sonrió y se inclinó hacia ella por sobre la mesa. Algunos estaban escuchando, pero los que se encontraban más alejados no habían oído nada y todavía se encontraban enfrascados en sus propias conversaciones.

—No sé por qué te haces problema por eso. Sé que es tu madre, pero si ella no te valora por quién eres, si no ve la maravillosa mujer en la que te has convertido, es su problema. Tienes a Anne, ella vale mucho más que tu madre y la mía juntas.

Juliet ladeó la cabeza y lo contempló con una sonrisa.

—¿Desde cuándo has dejado de ser un imbécil para volverte tan inteligente, primo?

Trev no tenía idea.

Las horas pasaron rápido. Habían almorzado y probado como postre una de las delicias en las que Olivia se especializaba. Luego las chicas habían vuelto a secuestrar a Ari para contarle todo sobre la boda, asumiendo que a ella le encantaría conocer todos los detalles. Trev no se había alejado mucho a pesar

de que eligió un rato para darle su regalo a Rose, que había acaparado gran parte de su tiempo con sus preguntas y comentarios para todo. También se había tomado unas copas con Fred y Keaton, que no dejaban de quejarse de lo molestas que se estaban volviendo las mujeres con la boda. No veían la hora de que esta terminara, en especial Keat, que estaba deseoso por pasar a la luna de miel.

Trev los escuchaba no muy lejos de donde estaban todas esas mujeres de las que tanto se quejaban, incluso si no podrían pasar ni un segundo de su vida sin ellas. Había estado gran parte del tiempo observando a Ariadne, que parecía escucharlas con atención, pero en cuanto pusieron a Savannah en sus brazos, la hija de Liv y James, se había olvidado de todas las demás.

Así que le gustaban los bebés. Al fin alguien había logrado llamar su atención y sacado el lado dulce que Kassie le había descrito. Además, cuando Malcom, el hermano mayor de Savannah, se acercó y se sentó a su lado para vigilar a la extraña que tenía a su hermanita, enseguida lo conquistó. Trev lo dedujo por la forma en la que le sonrió a la joven cuando dijo algo y se quedó a su lado por largo rato hablando con ella. Y era difícil hacer que un niño se mantuviera quieto por más de unos pocos minutos.

—Entonces, ¿cuál es la verdad? —preguntó Fred callando a Keaton y cambiando de tema.

—¿La verdad sobre qué? —preguntó cansado. Por la expresión de su rostro, no era una conversación de la que fuese a disfrutar.

—Con tu asistente. Es obvio que te interesa, no has dejado de mirarla desde que te has sentado aquí.

—No es que la conversación fuese muy interesante —replicó—. Y verla a ella es mucho más placentero que verte a ti o a este. —Señaló con la cabeza a

Keaton, quien atacaba su quinta porción de pastel, casi sin prestarles atención.

—Es guapa —agregó Fred obviando sus palabras anteriores.

—Sí, lo es... ¿No...? —Hizo una pausa deliberando si sería lo más conveniente—. ¿No te resulta parecida a alguien?

Fred miró a Ari sin decir nada.

—No lo sé. Ahora no me lo parece —contestó al cabo de unos momentos—. ¿A quién te hace acordar?

—No lo sé —mintió—. Hay algo en ella...

—Quizá es que necesitas llevártela a la cama —intervino Keaton terminando de masticar y dando un sorbo a su bebida—. O tal vez es mucho más que eso y de verdad te gusta.

—¿Por qué no sigues atragantándote? Nos haces un favor a todos.

El aludido soltó una risa burlona.

—Solo dices eso porque he dado en el clavo. Mírala con Savannah, parece que le gustan los niños. ¿La estás imaginando con un hijo tuyo?

—¿O solo estás imaginando cómo hacer al niño? —agregó Fred, y los dos cuñados chocaron un puño cerrado.

—Santo Dios —se quejó—, ¿por qué dicen tantas tonterías? Trabaja para mí hace una semana. Ni siquiera puedo permitirme pensar en algo así.

—¿La primera o la segunda opción?

—Ninguna —sentenció con voz grave—. No sean idiotas. Ella es una profesional, ni se les ocurra hacer ese tipo de insinuación cerca de sus oídos,

renunciaría al instante y no puedo dejar que eso suceda.

Fred alzó las manos y arrugó la frente.

—Hey, ni lo soñaríamos.

Cece volvió a unirse al grupo de las mujeres después de dejar a su hijo Clayton, de un año, dormido en una de las habitaciones de arriba, y se sentó en un sofá junto a Liv, que contemplaba a Ariadne interactuar con sus dos hijos.

—Es linda —le susurró—. Creo que encajaría en el clan Johnson Gardiner bastante bien.

Liv se rio.

—Me parece que es una afirmación apresurada. Además, ya los oíste —susurró—, solo trabajan juntos.

—Sí, pero eso se puede arreglar con un empujoncito. Juliet es la última que queda, ya no hay más bodas para planear después de ella. Tenemos que buscar algo interesante para entretenernos, desde que la guerra Gardiner Johnson se terminó, el pueblo se ha vuelto muy aburrido. Todo el mundo opina lo mismo.

—¡Hey! Nada de cuchicheos —advirtió Juliet desde el sofá de enfrente, junto a Emilie que entretenía a Anthony con un sonajero y hacía lo posible para no tener que pararse y sacarlo a pasear de nuevo, y a Ruby del otro lado con quien había estado mirando una revista de peinados para la boda—. ¿De qué hablan?

—Solo de que no habrá nada interesante para hacer luego de tu boda en este lugar. Ya no hay más parejas que casar en la familia.

La sonrisa maliciosa que se formó en la cara de Jules fue épica.

—Todavía hay un hombre soltero en la familia —comenzó mirando a Ariadne, quien había dejado de prestarles atención por completo. Frunció el ceño al no obtener respuesta y le habló dejando los rodeos atrás—. Ariadne.

—¿Sí? —preguntó levantando la cabeza, todavía sonriendo por el parloteo de Malcom acerca de su hermana menor a la que le gustaba morderle los dedos y la nariz.

—¿Sabes si Trevor tiene una novia oculta en Nueva York?

La expresión de la mujer cambió; se fijó en que cada una de ellas estaba prestándole la misma atención que Juliet.

—Oh, si fuese el caso, no podría decírtelo. Es mi jefe.

—¿Entonces dices que no tiene una novia oculta? —inquirió Emilie—. ¿Tampoco alguna mujer relevante en su vida? Ya sabes lo que queremos decir.

—Es que de verdad no sé nada. Hace una semana que empecé a trabajar y creía que Rose era su novia.

Eso provocó una carcajada colectiva.

Malcom abrió los ojos de par en par y las miró a todas como si estuviesen locas. Ari le sonrió y acarició su cabello castaño claro antes de que él se levantara y decidiera irse.

—Entonces tendremos que conseguirle una —sentenció Jules con los ojos

clavados en ella.

Ari miró hacia el lugar donde se hallaba Trevor y sus miradas se cruzaron. *Oh, no.* ¿Sabría que estaban hablando de él? Había hablado bajo, pero Juliet era escandalosa.

Por suerte, uno de sus compañeros dijo algo y él se giró hacia otro lado.

—¿Soy la única que cree que ese trío es tan extraño como aterrador? Nunca logro acostumbrarme a verlos juntos —comentó Cece dándoles un vistazo.

Ari observó un asentimiento general por parte de las demás.

—Es como Em y Ruby —agregó Juliet—. ¿Quién iba a decir que algún día estarían sentadas a un metro de distancia sin intentar arrancarse los ojos?

Ari volvió su atención a Savannah, que estaba intentando sacarle un pendiente, pero siguió pensando en que esa familia era tan grande como complicada. Quizá si alguna vez terminaba de entender lo que para ella era un misterio, llegaría a comprender a su jefe.

CAPÍTULO 5

Trevor no tendría que haberse sorprendido cuando, de camino a su casa, Ari no dijo ni una palabra. Había preferido caminar antes de que alguno de sus primos los llevaran, porque de esa manera tendrían la oportunidad de tomar de aire y despejarse después de tanto bullicio.

Él se había acostumbrado tanto a estar lejos, que terminaban por abrumarlo cuando estaban todos juntos.

Después de relajarse un poco, se dedicó a observar a su compañera de viaje que observaba todo lo que iban dejando atrás a medida que se movían.

—¿Y qué te parece? —le preguntó cuando ya no pudo mantener la boca cerrada.

Ari giró la cabeza para mirarlo.

—¿El pueblo? Es lindo, parece tranquilo. Desde luego no es Nueva York —compuso con una sonrisa.

Entonces no estaba molesta, decidió Trev. Tenía que acostumbrarse a la idea de que simplemente era callada.

—Desde luego que no —repitió—. ¿Y la familia? Creo que te han hecho ver que pasar desapercibida como querías no va a ser posible.

—Todos fueron amables y parecen una familia unida.

—Ahora lo son —murmuró él casi sin querer.

No quería develarle nada sobre el pasado oscuro de los Gardiner y los

Johnson. Con eso correría el riesgo de que se enterara de su propio pasado, y no quería que cambiara la forma en que lo veía. Lo bueno de estar en otro continente era que había podido esconderlo todo y las personas no lo conocían como el monstruo que era, sino que pensaban que era un buen ser humano.

Eso estaba bien. Lo juzgaban por lo que hacía en el ahora, en lo que resultaba ser bastante bueno, y no por lo que había hecho años atrás, cuando no tenía ni idea de lo que era la vida, el amor, la vergüenza.

Si él no hablaba o hacía preguntas, rara vez ella tomaba la iniciativa. Así que cuando no dijo nada más, volvieron a sumirse en un profundo silencio.

El cielo estaba oscuro cuando Trevor salió de la ducha, se puso un pijama y bajó a la cocina. Habían llegado a la casa más o menos una hora antes y entonces anunció que necesitaba un baño urgente para sacarse la pesadez que le habían dejado el viaje y la reunión sorpresa.

Al parecer, Ariadne había hecho lo mismo, solo que era más rápida y ya estaba sentada en la barra de desayuno de la cocina con el ordenador encendido y el cabello húmedo.

—Una ducha después de un día tan largo es una delicia, ¿no? —Ari dio un respingo al oírlo y realizó dos inhalaciones profundas para calmarse—. Oh, lo siento. Te asusté.

—Sí, estaba tan concentrada que olvidé dónde estaba —musitó con una sonrisa, y observó cómo él se paseaba con un pantalón de pijamas por la cocina y abría la heladera.

Sin nada en la parte superior.

Era obvio que no tenía pudor y estaba bastante orgulloso de su cuerpo, pero ¿era eso necesario? ¿Por qué no se daba cuenta de que era su amiga? Un jefe no andaba medio desnudo frente a su empleada.

Bajó la vista a la pantalla para seguir leyendo, aun así, le resultó un trabajo imposible con él haciendo ruido. Atisbó hacia la heladera, donde estaba todavía, y vio cómo metía y sacaba cosas después de solo mirarlas.

—Ari, ¿cuánto tiempo hace que vives sola?

—Siete años —respondió extrañada por la pregunta.

Trevor ladeó la cabeza.

—Eso es mucho tiempo. ¿Y sabes cocinar? ¿O eres una chica de *delivery*?

—Puedo cocinar casi cualquier cosa, señor —dijo y tuvo que corregirse cuando él alzó las cejas—. Trevor.

—¿Me ayudas? La señora Edison no me dejó nada listo, no sé qué pensó.

—¿La señora Edison es la cocinera?

—En parte. Fue mi niñera, cocina para quien haya en la casa, o la cuida cuando no hay nadie.

Ariadne se puso de pie y se acercó a él. Trató de no mirarlo, porque verlo demasiado podía provocar que su cabeza se viera tentada a salirse de la línea profesional que había establecido.

Buscó en la heladera y se sorprendió al ver que había de todo. Su heladera de ochenta centímetros de alto jamás se veía así de llena. Había verduras de toda clase, lácteos en abundancia, carnes de todo tipo y color. ¿En qué momento iban a comer todo eso? Estarían ahí por unos días, y no parecía que

fuesen a llegar invitados. ¿Quizá sus padres? Se supondría que estarían en la boda.

Ari no quería ni pensar en lo incómodo que sería convivir con los padres de su jefe.

—¿Qué crees que podemos preparar? —preguntó Trevor bastante perdido.

Sin querer se le escapó una risa, pero apretó los labios y se giró para mirarlo. Él estaba cerca, muy cerca detrás de su espalda, y recién en ese momento se percató de ello. Tenía un brazo levantado, apoyado en la puerta abierta de la heladera, lo que hacía que los músculos de todo su tronco se marcaran aún más.

¿Cómo no iba a querer mostrarlo? Si era perfecto. Sus manos querían moverse y tocarlo, era un impulso instintivo, pero lo resistió, como acostumbraba a resistir todo lo que se cruzaba en su camino. Tragó saliva y esperó poder calmar ese ardor que remolineaba en su pecho. Después se preparó para hablar, pidiendo no haber permanecido mucho tiempo en silencio.

—Lo que usted desee, señor. Trevor.

Trev solo rio. Era la mujer, o la persona, más extraña que hubiese conocido. ¿Quién tendría dificultad para tutearlo después de que casi se lo ordenara?

—No lo sé. Algo fácil, no quiero hacerte trabajar mucho. Pero si quieres guiarme, puedo ayudar.

Ariadne frunció el ceño y empezó a sacudir la cabeza antes de que él terminara con la frase.

—No, no. Yo puedo hacerlo, no es un trabajo. Me gusta cocinar. Si no le molesta, prefiero trabajar sola.

Dando un paso atrás, Trev movió las manos señalando toda la cocina.

—Adelante, es un placer. Yo estaré aquí, a unos metros para no molestar —dijo, y se sentó en el taburete donde ella había estado antes.

Colocó los codos sobre el desayunador y apoyó la cabeza en el dorso de las manos. Sin reparos, la vio moverse de aquí para allá y abrir puertas de las alacenas en busca de lo que necesitaba. No tenía ni idea de qué prepararía ni cómo lo haría. Era un desastre cocinando, en la ciudad tenía una cocinera y cuando ella no estaba, siempre había un número de *delivery* disponible para llamar.

Sin nada que hacer, Trevor no pudo evitar pensar en lo que toda su familia le había dicho de una forma u otra por la tarde. No había una mujer a la que imaginara atándose para pasar su vida y muchas veces eso hacía que los demás creyeran que no tenía intención de unirse a alguien. Pero él sabía muy bien que le hacía falta alguien por quien luchar, una persona por la que valiera todo el esfuerzo que hacía por ser un mejor ser humano día a día.

Si no lo hubiese arruinado diez años atrás, quizá ya tendría a la mujer de su vida convertida en su esposa. Pero por su culpa, solo por su culpa, no existía nada en el mundo que hiciera que eso fuese posible. En algún momento, también había considerado que Kassie podría haber sido la elegida. Era su mejor amiga, la única mujer fuera de su familia que lo aguantaba y quería tal y como era. Sin embargo, de nuevo, había sido tarde. Se había dado cuenta después de que anunciara su casamiento con el aburrido banquero del que estaba locamente enamorada y que no debía ser tan aburrido en la casa como lo era afuera.

Tal vez era porque el destino le tenía reservado algo mejor... Enseguida de que ese pensamiento lo atravesó, reprimió una carcajada. Si el destino le tenía preparado algo, sería un castigo por las monstruosidades que había planeado y protagonizado años atrás.

—¿Qué tal está? —preguntó Ariadne viéndolo degustar su comida. Había preparado una carne al horno y un salteado de verduras. Sencillo pero seguro, *no podía no gustarle*.

Cocinar había sido un placer si quitaba el hecho de que él la había contemplado todo el tiempo. Aun así, estaba tan extasiada por tener todo ese espacio y todos esos instrumentos que casi ni le prestó atención a la evaluación que le estaban haciendo.

Trevor tenía la boca llena y esperó a tragar, sin apresurarse, para contestar mientras ella empezaba a comer.

—Eres increíble, esto es increíble.

Ari sonrió.

—Me alegra que te guste.

—Y a ti te gusta cocinar —apuntó.

Ella asintió.

—A mi madre le gustaba cocinar, me enseñó mucho. Lo demás lo aprendí sola, a mi abuela no le gustaba la cocina.

—Entonces voy a tener que agradecerle a tu madre un día —compuso abriendo la botella de vino y sirviéndole a los dos.

Trevor frunció el ceño al percatarse de que ella había dejado de comer y lo miraba con curiosidad. Esperó a que dijera algo, pero no lo hizo. Como siempre, se mantuvo en silencio y siguió comiendo cuando él volvió a atacar.

Cuando acabaron, él se ofreció a lavar los platos o, mejor dicho, meterlos en el lavavajillas, y dejó que ella subiera a su habitación con el ordenador. Sabía que a pesar de sus órdenes estaba tratando de revisar todo lo que Kassie había ido enviando a lo largo del día, aunque era mejor no llevarle la contra y dejarla hacerlo. Que fuese tan diferente a él, no quería decir que estuviera mal.

Esa podría ser su mejor cualidad.

Ariadne estaba a punto de acostarse cuando escuchó un golpe en la puerta. ¿Todavía no se había dormido? ¿O es que ahora no sabía cómo funcionaba el lavavajillas? Eso sería un problema, porque ella tampoco. Se colocó las pantuflas y se acercó a abrir la puerta. Tenía un pijama de pantalón largo, así que no necesitaba cambiarse.

Trevor estaba, de nuevo, sin nada que le cubriera el pecho. Para cenar por lo menos había subido a colocarse una remera.

Lo miró sin decir nada después de casi chocar al abrirle, y retrocedió un paso para marcar una distancia prudente.

—Al final no lo olvidaste. Estaban en la maleta. —La expresión de desconcierto de su rostro lo obligó a explicarse—. Mi bóxer favorito. El rojo.

—Oh, eso.

¿Otra vez con ese tema? ¿Qué pretendía que le dijera? ¿Que se alegraba? No quería tener nada que ver con su ropa interior.

—Solo venía a decirte eso, para que estuvieras tranquila.

—No tiene idea de lo mucho que me ha tranquilizado, señor —compuso sin poder evitar sonreír, porque era demasiado absurdo como para contenerse—. Es un gran alivio.

Trevor soltó una carcajada.

—¡Ah! ¡Al fin! ¡Allí está! Ya me estaba empezando a preocupar.

Ariadne lo miró como si estuviese loco.

—¿Preocupar por qué?

—Es que nadie puede ser tan... calmo, así como tú. Tan estoica, fría. Y Kassie dijo que eras tan simpática que comenzaba a creer que el problema era yo. Discúlpame, pero eres un poco exasperante.

¿Ella exasperante? Su jefe tendría que mirarse al espejo.

—Solo intento ser profesional —dijo soltando un suspiro—. Y usted se esfuerza por hacer todo lo contrario. Y no lo entiendo, necesito saber cuál es mi lugar. De por sí, el trabajo es bastante inusual.

—Puedes hacer ambas cosas. Y deja de tratarme de usted, ya no te lo pido ni te lo ordeno, te lo ruego, Ari. Relájate un poco.

La joven se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta. Había pasado tanto tiempo desde que se relacionaba con alguien para algo más que trabajo que no estaba segura de si sabría cómo hacerlo.

—Puedo intentarlo un poco más —soltó al fin.

—Por supuesto que puedes.

—Sabes —dijo ella relajando los hombros—, ni siquiera sé por qué te esfuerzas tanto. Solo soy un reemplazo, cuando todo esto pase, cuando Kassie pueda ocupar su puesto de nuevo, ni siquiera me verás.

—Eso no es cierto.

—Claro que lo es —replicó enseguida—. Hablamos con Kassie de esto. Dijo que si todo está bien para cuando llegue el momento, me buscará otro lugar en la empresa o me dará una buena referencia para que me sea fácil encontrar otro trabajado parecido en alguna empresa.

Trev hizo una mueca.

—Eso es...

—Racional —musitó con frialdad—. Lo entendí desde el comienzo, acabo de salir de la universidad, mi promedio no fue ni de lejos el mejor. Esta es una oportunidad increíble para mí, no puedo pedir más.

—Supongo que tienes algo de razón. No lo había pensado así, eres un poco arisca, pero me agradas. Aunque hay algo en lo que deberías pensar, en lo que estás equivocada. No importa lo que pase mañana, lo que importa es lo que hacemos hoy. Podemos llevarnos bien más allá del trabajo.

—¿Arisca? Te juro que no es personal, Trevor. Soy poco sociable, introvertida, y lo reconozco. Pero no es algo que elegí, la vida me hizo así y no creo que pueda cambiar.

Interesado, quiso seguir hablando. Nunca habían tenido una conversación tan larga como esa y le estaba empezando a gustar.

—¿Qué te ocurrió?

—Prefiero no hablar de eso, pero voy a tener en cuenta todo lo que has dicho.

—Si lo olvidas, te lo recordaré —le advirtió dando un paso atrás y sonriendo. Era una pequeña victoria, pero victoria al fin—. Buenas noches, Ariadne.

—Buenas noches, Trevor —dijo antes de cerrar la puerta.

Trev se giró para volver a su cuarto, pero terminó dando otra vuelta para bajar al despacho de su padre en busca de un buen whiskey antes de dormir. Ari lo había dejado pensando. ¿Qué sería lo que la había marcado? Por la forma en la que lo dijo, tendría que ser importante. ¿Habría sido un hombre? ¿Un hombre la había lastimado? Si era así y se enteraba lo que él había hecho, podría dar por terminados sus intentos para acercarse a ella. Sabía cómo lo odiaban la mayoría de las mujeres cuando se enteraban, en especial después de conocer a Liv.

Era obvio, justificado, él también se odiaba a sí mismo. Y si las chicas habían tenido algún ex novio que les había roto el corazón, mucho peor.

Ahora tenía otra razón para que ella no se enterara de su pasado. No podía ser tan difícil, ¿no? Sobre todo si no tenía intención de volverse amiga de sus primas mientras estuviesen ahí, y luego, volverían a Nueva York donde él podía ser otra persona, el hombre que había creado desde cero en la ciudad, lejos de casa.

Ari se despertó temprano al día siguiente, y bajó con la computadora

portátil a la cocina para prepararse para el trabajo. Kassie debía haber mandado todo horas antes, debido a la diferencia horaria.

Sabía que Trevor, al menos, era madrugador. Lo único que podía hacer solo era levantarse temprano sin que Kassie, o ahora ella, lo llamaran.

Estaba llegando a la cocina, pensando en que podría preparar un desayuno para dos antes de comenzar a organizar el trabajo, cuando oyó voces femeninas provenientes de allí. No imaginaba que pudiese haber alguien más que la Señora Edison, así que no se detuvo a pensarlo mucho. Sin embargo, cuando llegó no había ninguna mujer que pareciera una empleada o una cocinera. Eran dos y bien arregladas, que la miraron tan sorprendidas como ella lo que estaba haciendo.

—Oh, buenos días —compuso sin saber qué hacer ni qué decir. ¿Es que él se había olvidado de avisarle algo? ¿O no sabía que tendrían visitas tampoco?

La mujer de cabello largo y oscuro sonrió y se levantó del taburete frente al desayunador.

—Ah, lo siento. ¿Tú eres la nueva asistente de mi hijo, Ariadne?

¿Era la madre de Trevor? Tendría que haberlo deducido. Ahora que lo pensaba, distinguió todos los rasgos de él en ella. Más delicados, marcadamente femeninos, pero el parecido era notable.

—Sí, señora. Lo siento, no sabía que estaría aquí. No quiero interrumpir, regresaré lue...

—Claro que no, ven. Yo soy Katherine Johnson, la madre de Trevor, por si no lo sabías. Siéntate con nosotras. No has desayunado, ¿verdad? Hemos traídos pasteles desde la ciudad, te encantarán. ¿Mi hijo aún está dormido?

—Creo que sí, señora. No lo sé.

Podría ser la madre de Trevor, pero parecía mucho más joven, o quizá solo era la impresión que le daba al verla tan arreglada. Su cabello era largo y brillante, con apenas unas ondas que no se descontrolaban, además de las uñas arregladas con hermosos y delicados anillos en los dedos. Ari se fijó que llevaba la alianza por lo que todavía debía estar casada. Y ni hablar de su ropa y zapatos, todo en ella era elegancia y prestigio.

Su sonrisa era genuina, parecía amable y Ariadne no pudo rechazarla y esconderse en su habitación como le gritaban sus instintos.

—Mira, Alice. ¿No es bonita? Mi hijo sí que sabe cómo elegir las.

La otra mujer, que tenía el cabello mucho más corto, lacio y claro, pero que poseía la misma distinción, la evaluó desde su lugar en el desayunador. Ari dejó la computadora sobre una mesilla pequeña, se sentó frente a las dos y aceptó la taza de café que le ofreció la señora Johnson.

Alice era la madre de Juliet, ¿no? Eso no lo había anotado, porque aún no la había conocido y quizá no llegaría a hacerlo.

Ahora tendría que agregarla.

—Eso no puedo negarlo. Aunque no tiene más Gardiner para escoger, no hay forma de que lo haga peor que los míos. Un placer conocerte querida, soy Alice Johnson, tía de Trevor.

—Igualmente, señora.

—¿Y cómo se ha portado? —inquirió Katherine—. En los negocios lo hace bien, eso lo sé. Pero no tengo idea de su vida además de eso.

—Tampoco yo, me temo —dijo antes de que comenzaran a interrogarla—.

Comencé hace una semana.

—Pero te trajo aquí —contraatacó la mujer.

—Porque Kassie no puede viajar, está embarazada. Ella me enseñó todo para poder hacer un trabajo aceptable aquí, el señor Johnson no tenía otra salida.

Las dos señoras se miraron y sonrieron.

—Claro que tiene opción. Podría haber venido solo, es una tonta excusa que se ha inventado para traer a alguien y no enfrentarse a la familia solo. Tú eres su escudo, como Kassie lo fue en su momento.

—Creo que estoy perdida —comentó aceptando uno de los pastelitos de chocolate que Alice le pudo enfrente.

—Bueno... —comenzó a decir la madre de su jefe cuando la voz de este mismo sonó detrás de ella.

—¡Pero qué sorpresa! Tenía la esperanza de que no vinieras, después de todo.

A ninguna de las dos pareció afectarle ese comentario. Katherine sonrió aún más al ver a su hijo, y se levantó de nuevo para darle un abrazo y revisarlo de pies a cabeza, como toda madre que pasa un tiempo sin ver a su hijo, y él, como tal, haciendo muecas por toda la atención.

—Juliet temía que no vinieras, ayer estaba muy triste —le dijo a Alice sin rodeos.

La mujer alzó las cejas.

—¿Eso dijo? Creí que estaría feliz si no aparecía, tiene a su querida Anne,

¿no?

—Ella te quiere aquí, eres su madre. Aunque la harías mucho más feliz si aceptaras a Keaton de una vez.

Kate sacudió la cabeza y frunció el ceño como si el tema le desagradara.

—Hijo, por favor. Es muy temprano para tener esta discusión, y tu tía está aquí para evitarse justamente lo mismo en su casa. Además, no aburramos a Ariadne con esto, justo cuando llegaste nos estábamos conociendo.

—Eso oí —murmuró con cansancio. Ari notó al instante que él no estaba feliz por ver a su madre.

Procuró no decir nada y mantener una expresión impasible. Trev la miró como pidiéndole disculpas y curvó los labios apenas para hacerle ver que no le importaba.

Katherine volvió a pasar por alto el comentario mordaz de su hijo y siguió con la conversación. Ari habría preferido que siguiera hablando de Trevor y no se centrara en ella, aunque tendría que haberlo predicho, pensó después. Era una extraña en su casa, que encima acompañaba a su hijo soltero.

—¿Qué opina tu familia de que te hayas ido de viaje con tu nuevo jefe? De seguro deben estar preocupados.

—¿Estás casada, Ariadne? Tú esposo debe estar mucho más preocupado — agregó Alice.

Las dos mujeres rieron con lo último. A Trev no le hizo tanta gracia y soltó un suspiro sonoro.

—No estoy casada, señora, tampoco tengo novio. Todo está bien.

—¿En serio? ¿Nada de nada?

Para nada avergonzada de admitirlo, pese a la mirada escrutadora de los dos, ella se permitió sonreír.

—Hasta hace unos meses trabajaba y estudiaba. No había tiempo para nada más, y tampoco otra opción. Tenía que trabajar para poder estudiar, y terminar mi carrera para conseguir un trabajo mejor.

Esa respuesta pareció aplacarlas y hasta sorprenderlas. La contemplaron en silencio hasta que la tía de Trevor asintió.

—Bueno, hasta que al fin aparece una joven que valga la pena. Exactamente lo que deseaba para mis hijos, tendrías que haber aparecido antes.

—Tía —gruñó Trev—, creí que era muy temprano para tener esta discusión.

—No pretendía tenerla, solo señalar que tú podrías hacerle honor a la familia. Alguien tiene que hacerlo bien y conservar el apellido como corresponde.

¿Ella estaba insinuando que...? Todos ahí tenían una obsesión con verlo casado, pensó Ariadne. Aunque era mucho más fácil de entender proviniendo de una tía y una madre. ¿Y habían dicho que ella era un escudo? Podría ser cierto, Kassie lo habría sacado de esas situaciones en un instante, ella por otra parte, no era de gran ayuda. Su método no era enfrentar las situaciones sino esconderse, lo único que podría recomendarle a él era hacer lo mismo.

Trevor Johnson, sin embargo, parecía todo un experto en el tema. Se levantó de la silla y le dio un último trago al café que su madre le había servido.

—Nos vamos al despacho. A trabajar —remarcó para que quedara claro—. Las veo más tarde.

Esperó que ella reaccionara y se levantara. Agarró el ordenador incluso antes de que Ari recordara que lo había bajado consigo, y le indicó que lo siguiera. No se detuvo hasta que estuvieron dentro de un bonito despacho, muy masculino, que olía a los libros viejos que llenaban las estanterías en las paredes.

Cuando cerró la puerta, Trev se apoyó en ella y cerró los ojos.

—Lo siento —dijo—. Mi madre es una bruja, lo sé. No creí que estarían aquí tan temprano para acorralarte de esa forma.

—A mí me pareció agradable. Las dos —respondió con sinceridad, sacándole la computadora de las manos para apoyarla sobre el escritorio y encenderla.

—No tienes que decir eso. Las conozco bien, la verdad no duele.

Evitó ocupar el lugar de su padre y se sentó al lado de ella. Acercó su propia laptop, que había dejado allí el día anterior sin utilizar, y la encendió.

—Pero digo la verdad. Parecía una madre feliz por ver a su hijo e interesada en la mujer que ha traído a casa. Asistente o lo que sea, soy una mujer.

Trev la observó pensando en la descripción que había hecho con respecto a su madre.

—Yo no creo que ella estuviera pensando en mi felicidad exactamente.

Ari estrechó los ojos, molesta.

—Es tu madre.

—Sí, es por eso que lo digo. No la conoces.

Era extraño tratar con alguien que no supiera cómo eran Katherine y Alice Johnson en verdad. Nunca había tenido que explicarlo. Y peor, que no le creyeran.

Ari rodó los ojos y habló dándole una última mirada antes de centrarse en el monitor y abandonar la charla.

—Como sea, Trevor. Es tu madre, es lo único que importa. Tienes que valorarla con todos sus defectos porque llegará el día en que ya no esté, y entonces lo lamentarás.

CAPÍTULO 6

Trevor pasó la tarde trabajando con Ari, encerrados en el despacho, y hasta le pidió a la señora Edison que les sirviera una comida en ese cuarto para no tener que encontrarse con su madre y su tía, por lo menos de momento. Se habían salvado de tener que soportar alguna otra insinuación por parte de las dos mujeres como en la mañana, pero la que había sido su niñera cuando era un niño no había dejado de guiñarle un ojo y sonreírle con picardía. Y con ella no había podido enfadarse, incluso le había devuelto una risa.

Ariadne era eficiente y hasta parecía que era quien llevaba las riendas, aunque aseguraba que era una principiante. A Trev no le parecía, pero no quería refutarle nada, pues a las mujeres era mucho mejor darles la razón siempre.

Desde que se habían sentado, algo lo había dejado pensando toda la tarde. ¿Sería eso que había dicho sobre su madre? Ella debía tener tantos secretos como él.

Por la tarde, la dejó descansando sin insistir en que lo acompañara a casa de James con quien, sin excusa, debía de tener una conversación de trabajo y pedirle su opinión. Era una decisión que podría tomar solo, pero le parecía que sería un buen gesto consultarlo con él. Después de todo, era un negocio familiar y James era el más acertado para hablarlo, aunque fuese Jamie con quien más le costaba relacionarse.

Todo sobre ellos era incómodo. De jóvenes se habían llevado bien, pero solo hasta cierto punto. Eran muy distintos, y cuando su primo había

regresado del exterior después de tantos años y se había quedado con la que había sido su chica, su primer amor, había creído que la relación ya no podía ser salvada. Aun así, el tiempo había ido aliviando todo ese peso que recaía sobre ellos, el peso del rencor, de la desconfianza y de los errores del pasado.

Estaba tan distraído cuando golpeó la puerta de la casa de James, que se sorprendió cuando Liv se asomó.

—Hola, Trevor —saludó abriendo la puerta para dejarlo pasar—. Adelante, no te esperábamos.

—¿Están ocupados? Puedo volver más tarde.

—No, no. James está en su despacho con el encargado de fumigaciones. Ya sabes cómo es eso, todos los años el mismo problema —comentó cerrando la puerta y pasando a su lado para dirigirse hacia la cocina—. Tendrá que terminar yendo a la ciudad con Marcus o mi padre y hablar con el Secretario de Medioambiente. Está muy claro que si no hay fumigación, no hay cosecha. Tantas trabas sin sentido no tienen explicación, el ochenta por ciento de las familias de este pueblo depende de la plantación y su trabajo allí.

—Lo solucionarán. —Sonrió entrando en la cocina donde estaba la pequeña Savannah sentada en su silla para comer.

Liv parecía estar trabajando en una de sus recetas. Con la llegada de su hija, había decidido que trabajar desde su casa, por lo menos hasta que la niña comenzara el preescolar.

—¿Puedo? —preguntó mirando a la bebé que ya tenía los brazos levantados hacia él y balbuceaba sin parar.

Liv soltó una risa y contestó.

—Adelante.

Trevor levantó a Savannah y la cargó dándole un beso que no fue tan bienvenido como el que la sacara de su prisión.

—¿Ya ha venido a visitarte tu abuela? ¿O has tenido suerte y aún no se ha pasado por aquí?

—Que malo eres —respondió Liv girándose por un instante—. Alice y tu madre han venido, han sido muy amables y han traído regalos para todos. ¿Puedes creerlo? Malcom estaba encantado, ahora mismo está arriba con sus juguetes nuevos. Katherine dice que no puede esperar a tener sus propios nietos.

—¿Quiere ser abuela? Es extraño, siempre me dio la impresión de que no quería ser madre.

Olivia apretó los labios con el repasador en la mano. Metió unos productos en la heladera y se acercó a él, quitándose el delantal.

—A mí me parece que no es tan así, Trev. Eres de lo único que habla, cualquier cosa le recuerda a ti. Deberías darle una oportunidad.

¿Cómo tú me la diste a mí?, quiso preguntar. Pero no tenía derecho.

El daño que su madre le había hecho con su falta de cariño y de atención cuando más la necesitaba sería algo que quizá nunca lograría sanar. El amor de una madre era una cosa que no podría encontrar en ningún otro lado, y menos a su edad.

No dijo nada, así que Liv siguió hablando y desvió el tema.

—Dijo que ahora que conoció a Ariadne tiene las esperanzas renovadas.

—Pobre Ariadne, esta mañana la agarraron de sorpresa. Un minuto tarde que hubiese llegado y me quedaba sin asistente. Pero no hay nada entre nosotros, solo trabajo.

—¿Y tampoco hay alguien más? ¿No te parece que estás muy solo, Trev? Ahora que Kassie está casada... —Él fue a abrir la boca para refutar, pero ella alzó un dedo para detenerlo—. No quiero molestarte ni entrometerme en tu vida, pero me preocupa tu... aislamiento. Cada año vienes menos a casa y si soy honesta, no sé si es el trabajo que te consume o solo es una excusa y eres tú quien quiere alejarse.

A Trevor le costaba mirarla a los ojos en cualquier situación, y cuando ella le hablaba así, como si de verdad quisiera verlo alrededor, aun sabiendo que nunca sería de la forma en que él deseaba, le hacía sentir aún más vergüenza y solo quería desaparecer.

Besó a la niña en la coronilla y la cambió de posición para que estuviera más cómoda. Era una forma de perder tiempo antes de contestar.

—No es que quiera alejarme, pero no hay nada para mí aquí más que vergüenza. Vamos Liv, todos están mejor sin mí. En Nueva York nadie me conoce, nadie sabe la clase de persona que soy o lo que hice, algunos incluso creen que soy bueno.

—Trevor, aquí está tu familia, que te quiere y se preocupa por ti. Y lo que ocurrió en el pasado no puedes ocultarlo ni borrarlo, pero tienes que seguir con tu vida y tratar de superarlo.

—¿Tú lo has hecho?

Olivia permaneció en silencio con la cabeza ladeada y los ojos fijos en él, hasta que finalmente asintió.

—Sí, pero no lo hice sola.

—James —agregó Trev.

—En parte, me ayudó mucho. Una ayuda que no sabía que necesitaba. Puede que a ti te pase lo mismo.

El pelinegro soltó una risa seca.

—No es lo mismo. No está ni cerca de ser lo mismo. ¿Podemos cambiar de tema, Liv? Por favor. Lo único que quisiera hacer es ponerme de rodillas y pedirte perdón por todo el daño que te causé, pero no tengo derecho ni siquiera a hacer eso. Así que prefiero ahorrarnos el mal momento a ambos, es lo mejor.

La expresión de pena de ella no hizo más que acrecentar la rabia que lo consumía por dentro. Le entregó a la niña y dio un paso atrás.

—Es mejor que me vaya. Dile a James que pasé, lo que quiero discutir con él puede esperar.

—No tienes que irte.

—Es mejor que lo haga. Sabemos que soy un experto en arruinarlo todo, no quiero hacer ni decir nada que pueda causarte daño o afectar a la familia. Te veo luego Liv, no te molestes —dijo viendo que ella se disponía a acompañarlo a la puerta—, conozco la salida.

Sintiéndose como un idiota, un imbécil matriculado, Trevor se alejó de la casa de su primo maldiciendo internamente y deseando golpear algo. Si pudiera darse un par de puñetazos a sí mismo, lo haría sin pensarlo.

¿Habría dejado Ariadne algo de trabajo? Rogó que sí, eso lo ayudaría a mantenerse enfocado en algo más. Enterrarse en el trabajo le ayudaba a

disipar sus emociones. Sin embargo, esa idea se esfumó cuando se encontró a pasos de la puerta del bar del pueblo. Eso era mucho mejor y más efectivo, siempre daba resultado. Miró la hora en su reloj de muñeca y se encogió de hombros. Todavía era temprano, podría tomar una copa o dos y regresar a tiempo para la cena, no tenía que dejar a Ariadne sola con su madre y su tía.

La señora Edison había dejado la cena lista, que solo necesitaba a calentarse, y se había marchado dejándola sola.

Ari lo agradeció, tener unos minutos a solas era bienvenido. Con el trabajo terminado, sacó un libro de la valija y se sentó en uno de los sofás del living dispuesta a disfrutar de una buena lectura y un momento de paz. Estuvo en eso hasta que miró el reloj que colgaba en una de las paredes y frunció el ceño al notar que ya habían pasado casi dos horas. ¿Tanto tiempo y no lo había notado?

En su departamento habría sido normal, pero en una casa ajena le resultó extraño. Más raro aún, Trevor no había llegado. ¿Se habría quedado a cenar en la casa de su primo? ¿Y las señoras Johnson tampoco llegarían? Le parecía un poco descortés, al menos podrían haberle avisado a la Señora Edison que se había esforzado tanto por hacerles esa deliciosa lasaña para cenar. Y también de parte de Trevor con ella, no tenía ninguna obligación, pero había insistido tanto en que debían de tener una mejor relación, ¿y ahora ni le avisaba para que no lo esperara a cenar?

O era muy idiota o de verdad algo le había sucedido.

Se puso de pie y soltó un suspiro dejando el libro en la mesa ratona y

caminando hasta la cocina. Había pasado mucho desde que se había preocupado por alguien que no fuese ella misma. ¿Debería llamarlo? No tenía ni idea. Quizá estaba con una mujer y sería justificable que se olvidara de todo lo demás, y si lo molestaba no sería para nada bienvenida. O hasta podría estar con amigos, lo que sería casi lo mismo.

Decidió que podía cenar sola, la hora de hacerlo había pasado y nadie le reclamaría. Además, tenía la sensación que en esa casa no eran de los que se preocupaban por juntarse y hablar de lo que habían hecho en el día.

Otra hora pasó después de que cenara sola y ordenara la cocina. Incluso metió la lasaña casi completa en la heladera, ya convencida de que nadie vendría a comer. Estaba observando que todo hubiese quedado bien, y se disponía a apagar la luz y tomar su libro para irse a la cama, cuando oyó un golpe en la entrada.

Primero dio un respingo por el susto y luego sacudió la cabeza regañándose por ser una cobarde. Se acercó a la puerta y espió por las rendijas de la ventana de al lado. ¿Ese era su jefe? ¿Qué le pasaba que no abría? Por el ruido, parecía que no podía embocar la llave en la cerradura. Con el ceño fruncido, la destrabó desde adentro y abrió para evitarle tanta lucha. Lo hizo tan de pronto que él se precipitó hacia adentro, encima de ella. Se habrían ido al piso de no ser porque Ari reaccionó rápido y retrocedió evitando su propia caída, no así la de Trevor.

—Ay, por Dios, ¿estás bien?

Era una pregunta tonta, claro estaba, pero salió de todas formas. Se agachó para ayudarlo a levantarse, porque no podía hacerlo solo, y lo tomó de un brazo para estabilizarlo.

—Creo... que me pasé de copas —balbuceó él cuando se pusieron de pie.

Ari lo entendió todo, más por el olor a alcohol y humo en sus ropas.

—Creo, señor, que está en lo correcto —masculló arrugando la nariz.

Trev soltó una risa y ladeó la cabeza para mirarla. Sin los tacones de la oficina era incluso más bajita, le llegaba unos centímetros por debajo del hombro, por eso casi tuvo que inclinarse para utilizarla de apoyo.

—Eres graciosa, Ariadne.

—No, no lo soy. Eres tú el que está borracho. ¿Cómo llegaste aquí? ¿Viniste solo? Podría haberte pasado algo.

—¿Algo como qué?

—No lo sé, algo malo. Ahora camina, tenemos que llegar a tu cuarto, estás un poco pesado. Si pudiste caminar quién sabe cuántas cuerdas, puedes subir la escalera. Vamos, muévete.

Ari se dio cuenta de que él oía la mitad de lo que le decía, quizá menos. Lo supo por la forma en que la miraba mientras movía una pierna delante de la otra para subir los escalones. Y era bueno que estuviese cooperando porque si no lo hacía, lo dejaría tirado en el piso.

Era un imbécil, ¿por qué se había preocupado por él? ¿La había dejado cenando sola para ponerse ebrio en algún asqueroso lugar? Abrió la puerta de la habitación y sin prestar atención a lo que la rodeaba, lo apresuró hasta la cama y allí lo soltó.

Él no hizo lo mismo. Cuando ella lo empujó para que cayera sobre el colchón, Trevor le rodeó la cintura con una mano, con unos reflejos que no había tenido para detener su propia caída en la entrada, y la arrastró hasta la cama con él.

Ari cayó encima de su pecho, por suerte, y no debajo. Jadeó cuando aterrizó y al instante buscó la forma de levantarse. Apoyó las manos en su pecho y buscó un punto de apoyo puesto que los pies también le habían quedado colgando, pero el agarre que él tenía era tan tenso que no podía moverse.

Trevor seguía riendo suavemente y eso generó una vibración en el tórax que se extendió por el cuerpo de ella cuando apoyó los dos antebrazos allí.

—O me sueltas ahora, o mañana por la mañana me marchó —siseó.

—El que está borracho soy yo, pero la que dice cosas sin sentido eres tú. No irás a ningún lado si no te suelto, no puedes irte, ¿no lo ves?

Ari se removió un poco más y lo único que provocó fue que la rodeara con el otro brazo, para reforzar su agarre.

Vaya, pensó Ariadne, esos músculos no solo se veían bonitos, también tenían su función.

De inmediato se arrepintió por tener pensamientos tan ridículos cuando tendría que estar pensando en cómo salir de esa. Estaba furiosa con él, pero siendo que estaba ebrio, muy ebrio, y de seguro al día siguiente no recordaría ni un ápice de todo eso, tenía que limitarse a escapar de y preparar un buen regaño para cuando estuviese sobrio. No tendría sentido desperdiciar su tiempo y sus energías en hacerlo en ese momento.

—¿Puedes dejarme salir? ¿Por favor? —pidió cortés y dejó de luchar.

Una estrategia contraria a la anterior que tampoco le funcionó. Trev que había cerrado los ojos, los volvió a abrir y sonrió de medio lado.

—No —musitó con calma—. No puedo.

—Claro que puedes, no seas idiota y suéltame. No me estoy divirtiendo.

—Yo sí —dijo riendo un poco más y cerrando los brazos en torno a ella que, frustrando sus propios planes, se había empezado a mover de nuevo. Hundió la nariz en su cabello y cuando rozó el contorno de su oreja, Ari se quedó estática y contuvo la respiración—. Hueles muy bien —susurró acariciándola con su aliento y provocándole un escalofrío que se vio obligada a reprimir.

—Tú no —gruñó—. Ya basta Trevor, esto no es gracioso.

Él ignoró lo último.

—Nunca nadie me ha dicho que huelo mal. A las chicas les gusta mi perfume.

—Bueno, ahora no hueles a perfume, sino que apesta a humo y alcohol.

Soltó otra carcajada, cerró los ojos y apoyó la barbilla sobre la cabeza de la joven para que se quedara ahí.

Luchar era cansador y más en esa posición tan incómoda. Ari se tomó un tiempo para recuperar energía y sintió cómo los brazos de él iban relajándose. Quizá se estaba durmiendo. La mano que sostenía su cabeza ya no era un impedimento para que pudiera moverla, así que decidió que si esperaba el tiempo suficiente, se dormiría y podría levantarse sin problemas.

Esperó y esperó lo que le pareció al menos media hora, pero que en verdad fueron tres o cuatro minutos. Alzó solo la cabeza y colocó las manos a los costados del cuerpo bajo el de ella.

No se encontró con sus ojos cerrados, sino con unos que estaban abiertos y tenían un brillo especial, casi... victorioso.

Abrió la boca y se impulsó hacia arriba con las manos en el colchón, pero cayó de manera estrepitosa contra él cuando volvió a apretarla con la fuerza de antes.

—¡Ay! —chilló al golpear su pecho contra el de Trevor.

Trev no le prestó atención al grito, sino a su rostro que estaba cerca, muy cerca. El calor del cuerpo de la mujer que tenía encima no había pasado desapercibido para el suyo en ningún momento, los movimientos de ella eran bastantes sensuales y en su mente todo era más una seducción que un intento de escape. Tenía los labios tan cerca, tan tentadores, que para él se estaban ofreciendo y rogaban porque los tocara. No miró los ojos de Ariadne, de haberlo hecho, habría notado que allí solo había enojo.

Con la mirada nublada, alzó una mano y enterró los dedos en su cabello para atraerla hacia él, que también dobló el cuello para levantar la cabeza y poder besarla.

Que la besara fue lo último que Ari pensó que haría. Todo había pasado tan rápido y ella estaba tan enojada y concentrada en desprenderse de su jefe a toda costa, que cuando su boca tocó la de Trevor se quedó paralizada. Los dientes de él encerraron su labio inferior y tiraron con suavidad antes de deslizar la lengua por ese mismo lugar. Fue un contacto tan dulce que Ariadne se rindió por un segundo y bajó las defensas. Sin embargo, Trevor usó la mano que no tenía entre su cabello, para buscar a tientas la curva de su trasero y darle un apretón. Fue con eso que ella volvió a reaccionar.

Juntó todas sus fuerzas, que parecieron multiplicarse por el estímulo, y tampoco le importó golpearlo cuando por fin apoyó las manos en su pecho, y clavó una rodilla sobre las piernas de él para tomar impulso y separarse.

Lo logró.

Soltó un suspiro de alivio cuando sus pies tocaron el suelo y se colocó las manos en la cadera mientras observaba su expresión risueña y satisfecha.

Tenía los ojos cerrados.

—Trevor —dijo picándole la rodilla con un dedo.

No hubo respuesta alguna y volvió a intentarlo.

—Trevor.

Increíble. ¿Ahora estaba dormido? Soltó un bufido, incrédula.

Él estaba dormido como un bebé y ella estaba exhausta. Y por algún motivo, se temía que conciliar el sueño no sería una tarea fácil.

CAPÍTULO 7

—Buenos días, querida.

La señora Johnson, la madre de Trevor, estaba desayunando y hablando por teléfono, pero igual se tomó su tiempo para saludarla con una sonrisa radiante.

—Buenos días, señora Johnson. —Ari le sonrió, un poco extrañada por la expresión de total felicidad de la mujer, y pasó a su lado para servirse una taza de café de la máquina ultra moderna que tenían en la casa.

Katherine siguió hablando por teléfono un minuto más y cortó.

—Mi esposo siempre ocupado, si no lo presiono es capaz de perderse la boda. Ya se había olvidado, ¿puedes creerlo?

Ari alzó las cejas y soltó una risa.

—La verdad es que sí, ahora sé de dónde lo ha heredado Trevor.

—Sí, pero para eso estamos las mujeres, ¿no? Sé que mi hijo es un poco difícil, pero tú pareces del tipo que puede llegar a controlarlo. Además, me agradas mucho más que la anterior, Kassie no era mala, pero le hacía falta algo, no lo sé. Quizá era demasiado parecida a él.

—Kassie sigue siendo su asistente, señora. Ya le dije que yo soy solo una suplente hasta que ella pueda volver.

La mujer sacudió una mano, restándole importancia, y volvió a sonreír como lo había hecho antes.

—Yo no hablo solo de trabajo. Los vi anoche.

Ariadne retrocedió tanto que tuvo que sujetarse del borde del desayunador para no caerse del taburete. Katherine disfrutó al verla tan sorprendida. Ari se dio cuenta de que con eso, que no fue más que por la impresión, había dado a entender otra cosa.

—Ay, señora Johnson, no es lo que usted piensa.

—Dime Katherine, por favor. Y no te preocupes, no tienes que darme explicaciones.

—Es que no lo entiende. Su hijo —dijo apretando los dientes y pensando en soltarle algo como: «Su hijo es un irresponsable, imprudente, engreído y arrogante imbécil», pero no lo hizo y lo cambió por otras palabras—. Su hijo llegó anoche muy ebrio, lleno de olor a humo y casi sin poder sostenerse. Tuve que ayudarlo a subir las escaleras para que encontrara su cuarto, y allí fue muy...

Grosero no era la palabra adecuada, así que la frase quedó en el aire porque Katherine soltó una risa antes de que ella pudiese completarla.

—Ay, pobre niña. —Enseguida hizo un mohín—. Y yo que tenía esperanzas.

—No fue nada gracioso. Y no entiendo por qué se fue a beber así, se suponía que iría a la casa de su primo para consultar su opinión sobre un nuevo distribuidor. No quiero ser indiscreta, pero ¿su hijo es alcohólico? —inquirió acercándose a ella y bajando la voz.

La expresión de la mujer cambió.

—No, no es eso. ¿Dices que fue a casa de James? —Ari asintió—.

Entonces es eso. Verás, él y Olivia tienen un pasado. ¿No sabes nada sobre el tema?

¿Trevor y Olivia? Ella había visto algo extraño, más en él que en ella, pero no habría imaginado algo así. Era la esposa de su primo, después de todo.

—Oh, no. ¿Piensa que algo ocurrió anoche?

Kate suspiró.

—No lo creo, Trev ya no es el mismo, no creo que hayan tenido problemas. Pero hay mucha historia detrás de esto, Ariadne, no es tan sencillo.

—Comprendo —asintió y no dijo nada más con la esperanza de desviar el tema. Se sentía mal hablar de él a sus espaldas.

Por fortuna, la tía de Trevor entró a la cocina y las dos mujeres comenzaron a programar lo que harían en el día. Decían tener más visitas que hacer y regalos que repartir, aunque en la mayoría de las casas que nombraban siempre había alguien que les desagradaba.

Ari terminó de desayunar lo más rápido posible y se retiró al mismo estudio donde había estado trabajando el día anterior.

Llegado el mediodía, Ariadne había terminado con casi todo lo que Kassie le había enviado, que en realidad era poco. Había imprimido lo que Trevor tendría que revisar por él mismo y firmar, para que luego ella pudiese escanearlos y mandarlos de vuelta.

Sabía que, de nuevo, estaba sola en la casa. Trevor no contaba, no parecía que fuese a levantarse nunca, y prefería que fuese así. Si no estaba presente, no tenía que recordar la noche anterior y todo era más fácil.

Por supuesto, no tuvo tanta suerte.

Estaba ordenando la última pila de papeles cuando su jefe cruzó el umbral inundando la sala con su perfume.

—Buenos días, señor —dijo casi sin mirarlo. Si no podía dejar de sentir su delicioso aroma, al menos iba a evitar ver su rostro.

Se había bañado, tenía el cabello húmedo y la camiseta ajustada le quedaba a la perfección. ¿Por qué no podía ser feo? ¿Por qué no podía tener veinte kilos de más? O medir veinticinco centímetros menos que ella. Eso definitivamente funcionaría.

Trev frunció el ceño y caminó despacio hacia Ariadne, que seguía ordenando como si él no estuviese presente. Los hechos de la noche pasada le eran confusos. Recordaba haber tomado la horrible decisión de entrar al bar, y después de eso todo había ocurrido tan rápido que era borroso. Ni siquiera recordaba cómo había llegado a su casa ni a su cama.

Tenía una resaca espantosa y le dolía todo el cuerpo. Además, era mediodía. ¡Mediodía! Había dormido toda la santa mañana, y en su nueva vida, eso era aborrecible.

—No me despertaste —dijo con una pincelada de desaprobación.

La respuesta de la joven no se hizo esperar.

—Creí que preferiría dormir, señor.

Trev conocía bien ese tono afilado de las mujeres. Todas lo utilizaban en

algún momento, sin importar lo diferentes que fueran. También era una verdad universal que cuando eras el obvio destinatario de esa expresión, *algo* habías hecho mal.

No le costó deducir que *algo* había ocurrido la noche anterior, pero por más que lo intentaba no podía recordar qué. ¿Habría hablado de más? ¿O cometido alguna imprudencia?

—Aquí dejo todo lo que tiene que releer. Necesitan su firman. Las tres primeras son las más urgentes, las demás no tanto —explicó ella ante su silencio—. Ahora, si no me necesita, iré a tomar mi almuerzo. Mi trabajo aquí ha terminado por hoy.

Esperó una respuesta por su parte, pero Trevor no había oído ni una palabra relacionada al trabajo. Seguía dando vueltas en su cabeza con respecto a la noche anterior, tenía sus ojos fijos en ella y los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Puedo ir a almorzar, señor? —repitió más molesta aún.

Trev quiso bufar. Tenía que ser grave, la situación era crítica y a la vez de lo más cómica. Era graciosa cuando estaba enojada y lo demostraba.

—Sí, sí. Ve, por favor. No quiero atrasarte más —musitó pensando en que si se quedaba solo, tal vez lograría algún avance.

Ari no perdió tiempo para huir, y él se quedó en soledad, sentado en el sofá con las piernas estiradas hacia adelante. Tampoco funcionó.

Tendría que recurrir a la segunda opción. La menos agradable: preguntar.

Ari se había sentado a almorzar en una mesa puesta para dos. La señora Edison había hecho bien su trabajo de nuevo, había dejado todo preparado a sabiendas de que ni su madre ni su tía estarían presentes.

Trev se detuvo a observarla apoyado en el marco de la puerta mientras no lo notaban. Ariadne miraba la televisión, un canal de noticias americano, y parecía disfrutar de la comida tanto como la había visto disfrutar de cocinar la primera noche. Eso era algo que sí tenía en común con Olivia.

Con tan solo pensarlo, quiso golpearle su ya dolorida cabeza contra la pared. ¡Tenía que dejar de pensar en Olivia! Y mucho más, dejar de comparar a Ari con ella. No tenía ningún sentido pero, por todos los santos, ¿por qué de todas las mujeres de Nueva York tenía una asistente que era tan parecida físicamente a la mujer de sus sueños y sus pesadillas?

Era un mal karma. Un castigo personificado en una mujer inocente y hermosa, que nada tenía que ver con sus demonios internos.

Dio un paso adelante y entró al comedor, ahora sí llamando su atención. Ariadne lo miró, aunque sin asomo de ninguna expresión cariñosa. Trev alzó las manos y puso su mejor expresión de cachorrito.

—Ya sé que estás molesta conmigo. —Ella alzó las cejas, y él corrigió—. Muy molesta.

—Y no tienes idea de por qué, ¿verdad? —Trev sacudió la cabeza y ella apretó los labios—. Me lo imaginaba.

—Creo que anoche me pasé de copas.

Eso la hizo soltar una risa.

—Fue exactamente lo que dijiste después de caer de rodillas al piso cuando te abrí la puerta.

Trev apretó los ojos y se los cubrió con una mano. ¿Qué otra cosa habría dicho?

—No sé por qué ahora me da risa, anoche no fue divertido. —Ari no pudo evitar reír por su expresión. Parecía que habían intercambiado roles—. Aunque a ti te lo parecía.

Trevor entrecerró los ojos.

—Y tú estás muy divertida ahora.

—Bueno, tu sufrimiento me es placentero después de lo que me hiciste pasar.

Cada vez más preocupado, porque sabía que era un desastre cuando estaba ebrio, volvió a arriesgarse a preguntar.

—¿Qué fue lo que hice?

Ariadne se puso de pie.

—¿Sabes? Hasta hace un rato te lo habría dicho. Lo había planeado, la verdad. Pero ahora, viéndote, creo que es mejor que te quedes con la duda. Si tú no lo recuerdas, yo tampoco voy a decírtelo.

—No seas cruel. No es justo.

—Claro que lo es. Y que me haya reído no quiere decir que no siga furiosa contigo. A veces eres un idiota, ¿no? —Pasó a su lado y se dirigió a la cocina. Trev la siguió casi pisándole los talones.

—Sí, y lo reconozco. Pero hace muchísimo tiempo que no tomaba tanto.

Fue un tropiezo, te lo juro. No volverá a suceder. —Ella no le respondió y siguió caminando—. ¿A dónde vas? ¿Puedes detenerte para que hablemos, por favor?

—Voy a servirte la comida. Si recuerdas bien, estoy aquí para hacer un trabajo.

—No *ese* trabajo.

—Pero voy a hacerlo de todas formas —dijo y se detuvo. Se giró hacia él, y Trev casi chocó contra ella.

Se frenó en seco y apoyó las manos en la cintura de Ari para no perder el equilibrio. La chica lo fulminó con la mirada y las retiró de a poco, con lentitud. A pesar de todo lo que estaba ocurriendo, le divertía molestarla.

Lo que ella iba a decirle cuando se giró pareció olvidársele con ese acto imprevisto, así que no dijo nada y se acercó al horno.

—No, no. Deja que yo lo haga.

—¿Seguro que puedes? ¿No tienes miedo a quemarte?

Eso lo hizo soltar una carcajada. ¿La pacífica y respetuosa Ariadne lo estaba atacando?

—Estás más que furiosa.

—Y tú muy receptivo.

Trev se colocó las manos en los bolsillos y se plantó delante del horno para cortarle el paso.

—Ariadne, por favor. Si no vas a decirme nada, al menos déjame disculparme apropiadamente.

—Un *lo siento* no va ayudarte. Además, ni siquiera lo recuerdas, no tiene sentido.

Él decidió ignorarla.

—Deja que te invite a cenar, ¿qué te parece? —Ariadne estrechó los ojos y se cruzó de brazos. Trev puso su expresión más dulce—. Vamos, dijiste que intentarías ser más amigable.

—No trates de dar vuelta esto y hacerme sentir culpable, no va a funcionar. Yo te di un voto de confianza y tú lo arruinaste al minuto.

—Te advertí que sucedería desde un principio. Soy un profesional en arruinarlo todo. —Dio un paso hacia adelante y se inclinó apenas hacia ella, conservando las manos en los bolsillos del pantalón—. No puedo evitarlo.

Ella no lo creía así, pero Trevor tenía una forma de hablar cuando lo hacía con verdaderas intenciones, cuando no se estaba comportando como un imbécil, que calaba profundo dentro de una persona. Quizá era su mejor cualidad, una que aprovechaba a la hora de hacer negocios y que no debería utilizar de la misma forma cuando estaba tratando algo a nivel personal, pero que funcionaba.

Después de lo que la señora Johnson le había contado, había sentido un poco de pena por él, no podía negárselo a sí misma. No debía ser nada placentero ver a la mujer por la que había tenido sentimientos, o incluso una relación en el pasado, casada con su primo. James le había parecido tan amable, ¿cómo había podido hacer algo así? ¿Y Olivia tampoco tenía conciencia? Era extraño que siguieran viviendo en ese pueblo después de lo sucedido, eran el tipo de escándalos que condenaban a todos por generaciones...

Pero no quería que sus pensamientos la traicionaran, se ablandara con él y terminase excusando su comportamiento.

Su horrible, grosero y reprobable comportamiento.

—No necesito que me lleves a cenar. Me conformo con saber que no se volverá a repetir porque serás más prudente y sabrás controlarte como el hombre adulto y responsable que eres.

Trev hizo una mueca.

—Bueno —dijo alargando la primera sílaba—. Tus palabras son muy halagadoras, pero no creo estar a la altura de tus expectativas.

Ari pensó que sus expectativas no eran para nada altas, pero no lo dijo, decidió ser más suave. Bajó los hombros que había tenido tan tensos hasta el momento, y sonrió.

—Yo creo que sí —compuso tocando apenas su brazo y dándose la vuelta para volver al comedor a terminar de almorzar.

La noche anterior había aprendido muchas cosas sobre su jefe, utilizar esos nuevos conocimientos le daría algo de ventaja con respecto a la relación que mantenían. Una relación que se balanceaba entre lo profesional y lo personal. Y ella no podía permitirse perder el trabajo, no se había rendido jamás y había pasado por cosas peores. No le suponía sacrificio alguno quedarse, sino todo lo contrario.

Trevor no tardó en sentarse en la mesa con un plato lleno de comida. Estuvo a punto de soltar un comentario con respecto a eso, *se había servido solo, tenía que ser un milagro*, pero no lo hizo. En cambio, se preguntó qué pasaba con ella ese día, y arrugó la frente. No era su estilo picar a las personas, pero se había levantado con un humor especial y daba gracias

porque su víctima fuese al mismo tiempo el único culpable.

Fue extraño que él no hablara, solo comió en silencio y miró las noticias junto a Ari, que no se levantó a pesar de haber terminado.

Hasta que sonó el timbre. A Trevor no pareció gustarle nada, incluso sin saber de quién se trataba.

—¿Quieres que abra? —preguntó viendo que él no parecía tener apuro para ponerse de pie.

Trev terminó por suspirar y levantarse sin ganas.

—No, yo lo haré. Espero que sea breve, sea quien sea.

Ari se dispuso a ordenar la mesa y llevar todo a la cocina, y fue cuando estuvo ahí, más cerca de la entrada, que oyó la voz de su jefe junto a la de otro hombre. Se apresuró a meter todo al lavavajillas y lo dejó así, sin saber cómo encenderlo ni perder el tiempo en estudiar el aparato. No quería molestar, así que decidió recoger su celular en el comedor y subir a su cuarto. Pensó que podría cambiarse y salir a caminar por el pueblo, tal vez acercarse a las famosas plantaciones de cerezas.

Pero cuando llegó al comedor, se topó directamente con Trevor y los recién llegados.

James estaba allí y también Rose.

Oh, no. De haberlo sabido antes, se habría escondido. Resignada, puso su mejor semblante y se acercó a los quienes ya la habían visto.

—Buenas tardes, James. Hola, Rosie.

James era tan guapo como simpático y agradable, pero Rose jamás le

regalaría una sonrisa. Tenía a Trevor agarrado de una mano y estaba apoyada en su costado.

—Buenas tardes, Ariadne. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias.

—James está aquí para hablar de trabajo, anoche al final no pude encontrarlo. ¿Pasamos al despacho? —le dijo directamente a él—. Rose, cariño, ¿por qué no te quedas con Ariadne un rato? O puedes mirar tele en la sala, si quieres.

A la niña no le pareció esa idea, pero por lo visto sabía cómo comportarse (delante de él, al menos), así que sonrió —a Trevor, claro— y alzó la cabeza hacia Ari.

—Me quedaré con ella —dijo, y provocó la misma reacción de temor en los dos adultos.

James arrugó la frente.

—Pórtate bien, Rosie, por favor.

—Sí, tío —prometió con monotonía.

Trev hizo que James lo siguiera, no sin antes lanzarle una mirada de disculpa a Ari.

Ella pensó que, aunque se le hubiesen arruinado los planes de momento, podría ser interesante pasar un rato con la niña.

—¿Y qué estabas haciendo con Trevvie? —preguntó Rose cuando estuvieron solas.

—Almorzábamos. ¿Quieres comer algo? La señora Edison trajo una tarta

de chocolate en la heladera, luce deliciosa.

—No, gracias —compuso sin dejar de mirarla. Ari asintió, incómoda—. ¿Y qué iban a hacer ahora con Trevvie? ¿Siempre están encerrados trabajando? No ha ido a visitarme y mamá dice que es porque tiene mucho trabajo.

Pensó en decirle que Trevor ya no tenía trabajo y ese día podría visitarla toda la tarde, pero le pareció que, a pesar de ser una excelente idea para vengarse de él, no estaría bien de su parte.

—Bueno, yo ya terminé con mi trabajo de hoy, pero Trevor tiene que revisar algunas cosas todavía.

Rosie suspiró y bajó los hombros.

—¿Por qué todos tienen que trabajar tanto? Mi papá también trabaja todo el día, pero al menos no está tan lejos siempre. ¿Es tan lindo Nueva York?

Ari se permitió sonreír porque le agradó ver otra parte de ella. Era una niña como todas, que extrañaba a su amor platónico y no comprendía nada del mundo de los adultos.

—Es una ciudad muy grande, con muchas personas. No creo que sea tan linda, pero es un lugar muy importante para que la empresa de tu familia siga creciendo.

Rosie se quedó pensando hasta que pareció hacer a un lado esa idea.

—No me caes tan mal —decidió de la nada—. Y si no vas a quitarme a Trevvie, entonces podemos ser amigas.

Ariadne soltó una risa y movió una silla para sentarse.

—Ni siquiera soñaría con robarte a Trevor, Rosie.

La niña levantó las cejas, como si le costara creerle.

—Trev es muy guapo.

—Sí, lo es. Pero es mi jefe.

—Pero viajaste con él. Y vives aquí, y comen juntos. Y vas a ir a la boda de tía Juliet con él.

—Bueno, entonces, diré que somos compañeros. ¿Te parece bien esa respuesta? No me gusta tu Trevvie, no voy a intentar quitártelo, Rosie. Te lo prometo.

La pelirroja asintió.

—Está bien, te creo, pero si lo haces voy a ser muy mala contigo. Trevvie va a esperarme y nos vamos a casar cuando yo sea más grande.

Ariadne extendió una mano hacia ella, conteniendo una sonrisa. Trevor tenía grandes problemas, y pobrecilla la mujer que intentase aventurarse en ese camino.

—Comprendido.

Rose se la estrechó y selló el trato.

—No tengo ganas de mirar televisión, siempre me envían a mirar televisión. Si somos amigas, ¿podemos hacer algo juntas?

—Bueno, pensaba dar una vuelta por el pueblo. ¿Crees que te dejen acompañarme? Tal vez tú me puedes guiar, me gustaría ver las plantaciones.

—Están muy lejos para ir caminando, y no me gusta caminar tanto. Si sabes conducir...

—Ah, no creo que sea buena idea. Lo haremos en otra ocasión —agregó ella. Hacía años que no conducía un auto, desde que había aprendido a hacerlo cuando todavía vivía en su pueblo. Odiaba tanto los coches que el transporte público era su salvación—. Seguro que Trevor irá algún día antes de marcharnos.

—Y yo puedo ir con ustedes. —Sonrió la más pequeña—. Es un lugar muy romántico.

—¿De verdad?

Rosie corrió otra silla y se sentó junto a ella, entusiasmada.

—Sí, mi tío James le pidió casamiento a mi tía Liv allí. Yo no había nacido, pero ella me contó. ¿No es romántico?

Sintiéndose extraña de nuevo por la mención de esa pareja, Ari sintió otra punzada de pena por Trevor. No era difícil imaginar por qué pasaba tanto tiempo lejos.

Volvió a la realidad, le sonrió a Rosie y coincidió.

—Muy romántico.

—Yo quiero que Trevvie me lo pida así también. ¿Tú cómo quieres que tu novio te pida que te cases con él?

—No lo sé, no tengo novio.

—¿Tu mamá tampoco te deja?

Ari apoyó los codos en las rodillas y se corrió el cabello hacia un costado.

—Tampoco tengo mamá. Lo que sucede es que todavía no conocí a nadie que me guste, Rosie. Eso es todo.

La niña abrió los ojos como platos y se levantó de la silla.

—¿No tienes mamá? ¿Por qué?

—Se murió hace unos años.

Enseguida se arrepintió de habérselo dicho. ¿Estaba bien que se lo dijera de esa forma o no era adecuado para su edad?

Rosie se paró frente a ella con los ojitos llenos de preocupación.

—¿Y la extrañas mucho?

—Sí, pero ya me acostumbré. Yo creo que ella es feliz donde está, con mi papá y mi hermanito, así que ya no me pongo triste cuando pienso en ellos.

—¿Tu papá y tu hermanito también se murieron? ¿Todos juntos?

Ari asintió, y le corrió el cabello de la frente porque le provocó ternura la forma en la que la estaba observando.

—No te pongas triste tú, fue hace mucho tiempo.

—Pero te quedaste solita.

—Bueno, viví un tiempo con mis abuelos, así que no estuve sola del todo. No te preocupes por mí, ¿por qué no vamos a comer un poco de postre? Me muero de ganas por probar esa tarta, estaba muy tentadora.

Rosie no se dejó distraer, aunque no agregó nada más. Se puso de puntillas y aprovechando que Ariadne estaba sentada e inclinada hacia abajo, le dio un abrazo con todo el amor que solo un niño podría transmitir.

Ari se lo devolvió, conmovida.

Cuando se retiró, Rose le sonrió y la tomó de la mano para llevarla a la

cocina.

Así que dejar en claro que no tenía nada con Trevor era lo único que necesitaba para tener una pequeña amiga, y un malentendido como los que a Trevor le gustaba crear, sería todo lo que necesitaría para tener una nueva enemiga.

CAPÍTULO 8

Trevor caminaba detrás de James en dirección al comedor cuando su primo cruzó un brazo delante de él para impedirle que siguiera avanzando. Algo confundido, alzó la cabeza hacia él y siguió la línea de su mirada.

Como a James, lo que encontró también lo dejó de piedra.

Ariadne y Rosie estaban sentadas en la mesa comiendo tarta de chocolate y charlando amablemente. ¡Y él había pasado todo el tiempo preocupado por lo que Rosie pudiera haberle estado haciendo o diciendo a Ariadne! Después de todo, la niña era igual a su madre.

—Ella es increíble —dijo James incrédulo—. ¿Cómo lo hizo?

—Sí, lo es. —Sonrió Trev orgulloso.

—Tu madre y la mía están convencidas de que tienes algo con ella, y si no es así, ellas se van a encargar de eso. Como conquistó a Rosie, las conquistó a ellas.

—Una domadora de brujas —canturreó.

James asintió coincidiendo con él.

—Una chica peligrosa, deberías tener cuidado.

Por el tono en que lo dijo, Trev supo que James no estaba yendo en otra dirección que no fuera la misma que su madre y su tía.

Cuando llegaron junto a las damas, Rosie fue la primera en percatarse de su presencia. Se levantó enseguida, de un salto, y corrió hasta él con una gran

sonrisa dibujada en su rostro.

—Ariadne y yo somos amigas ahora —anunció a los dos, en especial a Trevvie.

—Eso es genial, cariño.

—Sí, Ari no tiene novio, ¿sabías?

Trevor no tenía ni idea de qué tenía eso que ver con que Ariadne pasara de estar en su lista negra a convertirse en su mejor amiga. Cualquiera habría dicho que sería más un obstáculo que una ayuda.

—¿Y por qué eso es importante, Rosie?

—No es importante, Trevvie, es triste. Está solita, es triste estar solo. Sin mamá, sin papá, sin su hermanito. Todos están en el cielo y ella se quedó sin nadie.

—¿Qué?

No comprendía lo que la niña estaba diciendo. Miró a Ari en busca de una explicación, sin embargo, ella se había puesto de pie y miraba fijo a Rose.

—Rosie... —lo dijo casi rogando para que se detuviera y dejara de hablar, pero la aludida no lo tomó de esa forma y continuó.

—El tío Brad también está solo en la ciudad. Voy a llamarlo esta noche, si él y Ari se conocen y se enamoran, entonces ella ya no va a estar sola y puede pensar en dónde quiere que su novio le pida que se casen.

Eso los distrajo todavía más.

Ariadne estuvo agradecida porque el tema se hubiera desviado lejos de su familia. De haber sabido que Rose hablaría, no le habría mencionado nada.

Había los últimos cuarenta minutos hablando sobre el famoso tío Brad. Era el hermano de su padre y tampoco tenía novia. Ari no tenía interés en conocer a nadie, pero llevarle la contraria a la pequeña era trabajo imposible.

—¿Brad? —Se carcajeó James—. ¿De dónde sacas tantas ideas locas, Rosie?

—No es una idea loca, tío James. Mi tío Brad es guapo, y Ari también. Y va a venir para la boda.

James miró a Ariadne, quien se encogió de hombros, resignada. Trevor frunció el entrecejo y los observó a todos, uno por uno. ¿Por qué era el único al que no le parecía una idea para nada divertida? Brad bien podría aprovechar la situación, siempre lo hacía. No era un mal hombre, aun así, era un mujeriego incurable, y siendo cierto que Ariadne era hermosa, no dudaría en sacarle partido a la situación.

La pobre Rosie era demasiado inocente como para ver el verdadero peligro.

—Voy a llamar a mi tío esta noche, Ari. Y le voy a decir todo.

Ariadne sonrió con cariño y ladeó la cabeza apoyándose apenas en el borde de la mesa.

—Estoy segura de que tu tío es muy guapo, Rosie, pero quizá...

Rose interrumpió.

—Te va a gustar —declaró acercándose a ella y tomándole la mano. A Trev le sorprendió que lo soltara a él de forma voluntaria, sin que nadie se lo ordenase—. Y tú a él. Entonces te vas a mudar a la ciudad y estarás más cerca de aquí para visitarte siempre. Y te puedo compartir a mi mamá para que no

extrañes tanto a la tuya, y mi hermanito y yo seremos tus hermanos.

Solo los niños podían tener tantas buenas intenciones detrás de sus actos. Ari casi perdió una lágrima mientras lo pensaba y se agachaba para abrazar a la pequeña pelirroja.

—Eres muy dulce, gracias.

Cuando se levantó, James ya no sonreía, y no se atrevió a mirar a Trevor. Era justamente eso lo que odiaba y el por qué se había mudado de su estúpido pueblo. Esa horrible mirada de lástima que todos le daban cuando se enteraban de la verdad.

—Lo siento —musitó James—. Estoy seguro de que ella no tiene intención de hacerte sentir mal y remover tu dolor.

Ari sonrió, aunque la expresión no llegó a sus ojos.

—Por supuesto que no, ya lo sé. Es adorable.

Eso lo hizo reír de nuevo.

—Es una definición que no muchos le darían.

Tampoco lo habría hecho Ariadne un par de horas antes si se lo preguntaban.

Jamie continuó después de una pausa.

—Deberían cenar con nosotros esta noche. Liv me pidió que los invitara, tu madre y la mía estarán también. ¿Qué dices? —le habló a Trevor, pero este estaba ocupado dándole vueltas en su cabeza a lo que acababa de enterarse, y le costó reaccionar.

—¿Esta noche? —inquirió solo para hacer tiempo mientras pensaba en una

excusa. Una cena en la misma mesa que Olivia después de lo que había ocurrido la tarde anterior era lo último que necesitaba—. Lo siento, no puedo.

—Vamos, ¿qué tienes que hacer a esa hora un día como hoy? ¿Más trabajo?

Entonces lo recordó.

—Ariadne y yo vamos a salir a cenar. Ya habíamos quedado, lo siento. Será para la próxima.

Ariadne clavó una mirada furiosa en él, pero tuvo que disimular cuando James se giró hacia ella. Tampoco podía dejarlo en evidencia, como un mentiroso, así que tendría que mentir también para cubrirlo, incluso si no le gustaba ser usada como un escudo. Exactamente lo que Katherine había dicho que era.

—Es cierto, me lo debe. Tengo muchas ganas de recorrer el pueblo antes de irme.

—¡Es cierto! —exclamó Rosie, que no deseaba ser dejada de lado—. Y también quiere conocer las plantaciones, y yo voy a ir con ustedes. ¿Verdad, Ari?

—Exacto —contestó la castaña—. Trevor nos va a llevar a ambas.

—También voy a invitar a mi tío Brad.

—¿Por qué? —preguntó Trev sin poder resistirlo, a sabiendas de que había algo más detrás de esa idea. Ariadne se mofaba de él, pero no tenía idea de que cuando Rose le comentara esa idea a su madre, ella sería la perjudicada.

Después, él tendría que ocuparse de que Brad no aprovecharse las buenas intenciones de todas las mujeres de su familia.

—Porque es un lugar muy... —Rose se cortó sola y apretó los labios con una sonrisa confidente hacia Ari—. No importa, Trevvie.

Así que ahora tenían secretos de chicas, era increíble. Le sonrió a Rose, la besó en la frente y dejó que ella se lo devolviera en la mejilla.

James se despidió y la pelirroja lo siguió a regañadientes, reacia a marcharse.

Trev cerró la puerta, aliviado por haber sobrevivido a eso sin ninguna discusión ni momento incómodo. Su primo se había dado cuenta de que no deseaba ir a cenar a su casa, pero lo había dejado pasar. Y si Liv le había dicho algo acerca de la conversación del día anterior, tampoco lo había mencionado.

Cuando él regresó, Ariadne se había sentado en una silla y estaba sola, con la mirada perdida.

—Así que tenemos una cita para esta noche, después de todo —mencionó con un ánimo que no poseía.

—Señor Johnson, es usted un tramposo de lo peor —contestó levantando la vista y sonriendo apenas.

Al parecer, no era el único al que le había cambiado el humor luego esa visita imprevista. De repente, los había envuelto cierta melancolía que los dos intentaban ocultar sin suerte.

—Pero aún tienes que cenar conmigo esta noche. Te comprometiste.

Eso no era cierto, más bien todo lo contrario. Aun así, hablar de su familia la había dejado con un malestar y una tristeza que le quitaron las ganas de un

enfrentamiento verbal con su jefe.

—Supongo que tendré que cumplir, entonces.

A Trevor no le quedó más salida que llevarla a cenar a algunos de los bares del pueblo. Habría elegido el que se encontraba en la entrada, lejos de los chismosos, pero estaba cerrado por refacciones. No tuvo otra opción más que invitarla al que estaba justo en el centro, que era el único abierto un día entre semana. No había mucho para elegir, no era un pueblo que se renovara, las familias tenían sus negocios, los hijos seguían las tradiciones y continuaban con el trabajo de los padres.

Él era un ejemplo de eso, aunque había logrado salir del pueblo y no quedarse atascado ahí, no era algo que todos desearan o tuviesen la suerte de cumplir.

Por fortuna, el local estaba casi vacío. No había ningún cliente, solo la camarera y el resto de los empleados que no eran más que el cocinero y la dueña.

Ari miró todo a su alrededor, ¿sería eso bueno o malo? ¿Debería haber dejado que la llevara a cenar a la ciudad? ¿Por qué tenía la sospecha que el pueblo entero se enteraría de que estuvieron juntos y conocerían todos los detalles de su conversación?

—Si me dejas, voy a pedir por ambos. Conozco las especialidades —ofreció Trev.

—Adelante —murmuró estudiando a la mesera cuando se acercó a la mesa. Parecía que conocía a Trevor, y por la forma en la que pestañaba y le hablaba pasando de ella por completo, intuyó que, o bien habían tenido algo, o era otra fan de su jefe, al igual que Rosie.

—Fuimos compañeros en el colegio —explicó él cuando la mujer se fue, sin necesidad de que Ari tuviese que preguntar.

—No tienes que explicarlo —compuso más animada que por la tarde—. Esto no es una cita ni nada parecido.

Trev también había experimentado una mejoría y recuperado su humor.

—Claro que lo es. Te invité a cenar, es una cita.

—No. No lo es —replicó, y volvió a hablar antes de que él tuviese la oportunidad de contrariarla—. De verdad me gustaría conocer las plantaciones, ¿crees que puedo ir antes de que nos vayamos?

—Mañana es la boda, es allí. Hay un sector que se utiliza para realizar fiestas exclusivamente. Podemos recorrerla si nos aburrimos, a los forasteros le fascinan las plantaciones. En especial en esta época, las plantas están cubiertas de flores. Juliet eligió bien.

—Un escenario romántico.

—Supongo —respondió mirándola extrañado.

Ari captó esa mirada al instante y la interpretó correctamente.

—No son mis palabras, Rosie lo dijo. El lugar más romántico del mundo. Se supone que tienes que proponerle casamiento ahí. Así que recuérdalo, tienes quince años para organizarlo todo.

—No es gracioso —gruñó hundiéndose en la silla.

¿Cómo iba a librarse de todo ese amor de Rosie sin lastimarla? Cada día que pasaba se convencía más de que no iba a cambiar su forma de parecer por sí misma. Y los mayores tampoco ayudaban, se divertían a su costa sin tener en cuenta los sentimientos de la niña.

Sabía que cuando lograra que Rose lo viera con otros ojos, su odio o angustia no duraría para siempre, pero no quería que tuviese que pasar por eso ni un segundo. No quería que una mujer, cualquiera fuera su edad, derramase ni una lágrima más por él. No lo valía.

Ariadne percibió su inquietud y se lamentó. Estaba claro que no podía ser ni un poco mala con él sin sentirse arrepentida al verlo sufrir. ¿Por qué tenía que poseer esos ojos de cachorrito tan cautivadores?

—Lo siento. Fue una mala broma. Es muy tierno ver lo enamorada que está de ti.

—Lo sé.

—Deberías sentirte orgulloso de despertar tanto amor en una niña. No es nada común.

—¿Sabes? Nunca entendí por qué. ¿Por qué yo?

—Los niños tienen una forma muy especial de ver la vida, es una pena que cuando crecemos choquemos con la realidad y nos volvamos todos tan...

—¿Amargados?

—Iba a decir desengañados, pero en la mayoría de los casos no hay mucha diferencia, ¿verdad?

Trev se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en la mesa todavía libre, y descansó la cabeza sobre las manos.

—No lo sé, ¿qué hay de ti? ¿Cuál es la historia de Ariadne Clair? Nunca hemos hablado de eso.

—Porque no hay mucho que decir —contestó, y Trev advirtió el cambio en su actitud. No le gustaba hablar de ella, estaba claro—. Te hable sobre mí el primer día.

—Rosie dijo algo hoy que me dejó desconcertado. Cuando hablamos noches atrás, no me dijiste que tu madre...

Ariadne levantó las cejas y se cruzó de brazos. Era lo que siempre ocurría cuando se llegaba a ese tema. La gente pensaba que si decía la palabra se rompería. Entonces, acabó la frase por él.

—¿Estaba muerta? No lo dije, creí que lo sabías.

—¿Por qué debería?

—Me contrataste y me trajiste aquí con toda tu familia. Pensé que me investigarías, no lo sé. Tampoco es algo de lo que me guste hablar.

Ella tenía toda la razón, pero él confiaba en todo lo que Kassie decía, no había tenido razón para investigarla por su cuenta.

—Lo sé, lo siento.

Ari suspiró.

—No tienes por qué, recordarlos no es un delito. Fue un accidente de coche, algo de lo más común para las estadísticas. Una noche horrible, lluviosa y fría. Nadie tuvo la culpa y a la vez todos la tuvieron. Quizá papá

debió bajar más la velocidad, tal vez el otro conductor debió de hacer lo mismo. O quién sabe, nada de eso habría podido evitarlo.

—¿Tu papá también estaba allí?

Trevor recordó lo que había dicho Rose. Sin mamá, ni papá, ni hermanito. ¿Sería posible? ¿Los había perdido a todos?

—Todos estábamos allí. Mamá, papá, Alex y yo. Pasé meses en el hospital, semanas sin despertar y cuando lo hice, mi mundo había cambiado por completo. Recuperarme fue todavía más duro.

Él no podía imaginarlo, algo tan trágico estaba fuera de su entendimiento. Había pasado la mitad de su vida sintiendo lástima por lo que le tocaba vivir, sin fijarse en que había personas en situaciones mucho peores que la suya.

Que tus padres no te quisieran lo suficiente no se podía comparar a que sí lo hicieran —como tenía la sensación de que era el caso de Ari— y que no vivieran el tiempo necesario como para ver los frutos de su amor.

—¿Y cómo lo hiciste?

—¿Recuperarme? —preguntó distraída con sus recuerdos—. En lo físico fue mucho más fácil que en otros aspectos. Tuve mucho apoyo por parte de mis abuelos. Les debo mucho y los extraño más que a mis padres.

¿Ellos también habían muerto? No se atrevió a preguntar.

—¿Cuántos años tenías?

—Trece. Alex tenía cuatro.

Como Trev no supo qué decir, los dos terminaron guardando silencio. Ella vio delante de sus ojos la sonrisa de un niño travieso con la boca llena de

chocolate.

Inhaló profundamente y sacudió la cabeza antes de derramar alguna lágrima.

—Es por esto que no me gusta hablar sobre el tema. Todo el mundo se deprime cuando lo hago.

—Es muy triste —reconoció—. Y ni siquiera los conocí.

—Sí, lo es. Pero si viviera pensando en lo triste que es, jamás habría llegado tan lejos. ¿Ahora entiendes por qué este trabajo es tan importante para mí? No es un juego. Todo lo que tengo en esta vida me lo he ganado sola, no porque así lo deseara, sino porque no había más opciones. Trabajé para estudiar y tener una carrera, tardé el doble de tiempo en terminarla, pero lo hice. Ni siquiera era lo que deseaba, pero nunca me sentí más orgullosa de mí misma que cuando tuve el título en mis manos. Este es el siguiente paso.

—Y no te lo he puesto fácil.

—Nada es fácil. Tampoco deseo que lo sea, no valdría la pena. Y no creas que con esto pretendo dar lástima.

Trevor sonrió.

—Jamás lo habría pensado.

—Después de todo esto, ¿me dejas decirte algo?

—Lo que quieras —respondió sin poder dejar de mirarla. Estaba viendo a otra mujer. Una que sin otra cosa que no fuese la verdad, lo había dejado embelesado.

Una mujer de las que creyó que nunca más encontraría.

—Sentirse orgulloso de uno mismo es una sensación que no tiene

comparación. —Bajó la voz y se aproximó a él inclinándose por sobre la mesa—. Cura muchos males, Trevor, deberías intentarlo, serías un poquito más feliz.

Su expresión se volvió amarga.

—Algunos no tenemos ninguna razón para sentirnos orgullosos de nosotros mismos, Ari. Ni para hacer sentir orgulloso a nadie.

La joven arrugó la frente y le dio un apretón en la mano antes de volver a sentarse bien, pues la camarera había llegado con la comida, no sin antes decir algo para cerrar la conversación, al menos por esa noche.

—Entonces, deberías trabajar más duro para conseguirlo. Nada es imposible, son pocas las cosas que no tienen solución en la vida.

CAPÍTULO 9

Ariadne se despertó la mañana de la boda más temprano de lo usual. Sabía que ese día no trabajarían porque tenían que prepararse para la ceremonia, pero no había creído que comenzarían tan temprano. Oyó los ruidos provenientes del pasillo, pero continuó refugiada bajo las cobijas y cerró los ojos esperando volver a dormirse un rato más.

No duró mucho tiempo. Un golpe en la puerta la obligó a levantarse y abrir.

¿Trevor estaría preparándose tan temprano? Tenía que ser una broma. ¿Qué más que cambiarse tendría que hacer un hombre? Y todos los días usaba un traje, no debería representarle un problema.

Se colocó las pantuflas y casi se arrastró a la puerta. Se sorprendió al ver que no era su jefe quien estaba allí, sino su madre.

—¡Buenos días, Ariadne! —saludó con otra de sus sonrisas radiantes.

—Señora Johnson —respondió mucho menos animada, adormilada—. Buenos días. ¿Trevor me está buscando?

—Mi hijo está durmiendo, mejor así, hay que dejarlo para que no moleste. Pero Alice y yo estamos comenzando a prepararnos, vengo a invitarte. Tenemos una sorpresa para ti. Ven, vamos a mi habitación.

Ari se miró los pies y el pijama.

—Uhm...

—Así estás bien, luego regresas, te bañas y vuelves para que empecemos a ayudarte. Va a ser muy divertido y vas a quedar preciosa. Vamos a hacer que mi hijo se caiga de espaldas.

De nuevo con lo mismo. Ariadne no pudo evitar ponerse a la defensiva, cosa que no le resultó difícil teniendo en cuenta para qué la habían despertado.

—Señora Johnson —dijo con toda la amabilidad que pudo reunir—. Me gustaría que entendiera que no tengo ninguna intención de impresionar a nadie en otro ámbito que no sea el profesional.

Katherine era incluso más terca que ella. Ari se encontró pensando en que podría llegar a comprender a Trev cuando decía que su madre no era la más receptiva de todas.

—Querida, si no le das una oportunidad, nunca verás lo maravilloso que es mi hijo. —Hizo una pausa, pero volvió a hablar antes de que Ari pudiese refutarle—. Como sea, tienes que ver lo que compramos para ti.

No le quedó más remedio que seguirla hasta el cuarto. Entró y se encontró con Alice, que la saludó tan efusivamente como su cuñada. Después, pusieron frente a ella el vestido más hermoso que hubiese visto jamás. Era sencillo, para nada extravagante, pero con solo verlo se podía notar la delicadeza de la tela con la que estaba hecho.

—¿Qué te parece? —preguntó Alice extendiéndoselo y mostrándolo por ambos lados.

Era largo, de un color que se confundía entre verde agua y celeste. Con la cintura alta y una caída perfecta, plisado, lleno de pequeños pliegues. Cerrado en el cuello y con una cinta para atarlo por detrás, sin mangas. La espalda

quedaba descubierta desde la cintura hacia arriba.

—Es muy hermoso, señora Johnson. Va a quedarle precioso.

Las dos mujeres soltaron una carcajada.

—Ay, cariño, esto no es para mí. Es para ti.

—¿Para mí? Yo ya tengo un vestido.

Katherine soltó un suspiro. Tenía una forma muy particular de descartar las palabras de los demás cuando no iban acorde a sus ideas.

—Pero este es perfecto, apenas lo vimos pensamos en ti, tienes que usarlo. Hasta te compramos zapatos a juego. No podemos devolverlo, seguro que puedes usar tu otro vestido en alguna fiesta en Nueva York.

La verdad era que el vestido y los zapatos que había llevado eran un préstamo de Kassie. Ella no tenía dinero para gastar en esas cosas, tampoco lugares a los que llevarlos... Y ese vestido era tan bello. Dudaba que en su vida tuviese oportunidad de llevar algo así si llegaba a poder permitírselo. Además, se conocía bien y sabía que si llegase a ahorrar para comprarse algo distinto elegiría mil veces un libro a un vestido.

—Supongo que puedo usarlo si me entra —terminó por decir.

—Te quedará perfecto, ya verás. Después de desayunar comenzaremos a arreglarnos todas juntas. ¿No crees que será divertido?

No, no en realidad. Para nada divertido, preferiría dormir. ¿Qué harían en tantas horas? Tenían que estar después del mediodía en la plantación donde se celebraría la ceremonia y la fiesta. Esperarían allí al juez y a los novios.

Al terminar de desayunar y de bañarse, Ari obedeció a las dos mujeres que

andaban dando vueltas por la casa arrasando todo a su paso.

Cuando llegó al cuarto en el cual había estado antes, entre las dos la sentaron frente a un tocador antiguo y comenzaron a peinarla y secarle el cabello. Mientras una de ellas se dedicaba a eso, la otra le miró las uñas y decidió que también tenía que arreglárselas.

Con la mirada clavada en el espejo, desde donde podían verse las tres, Ari pensó en su madre. Eran el tipo de cosas que nunca habían llegado a hacer juntas, con las que ella había soñado en su adolescencia. Su abuela lo había intentado, pero había cosas que solo podían hacerse con una mamá.

Se dejó mimar, no fue tan malo como había creído en un comienzo. Aunque no participó mucho de la conversación, fue interesante oírles planear lo que harían luego de marcharse al día siguiente.

Ninguna parecía ansiosa por quedarse.

—¿Y ustedes hasta cuándo se quedarán?

—No tengo idea, Trevor no ha dicho nada.

Pudo ver la sonrisa cómplice que Alice le dedicó a Katherine antes de responder.

—Bueno, mañana van a quedar solos de nuevo. Así que tal vez Trev considere pasar unos días más aquí.

Ari tuvo una idea y alzó los ojos hacia ella.

—No lo sé. Puede que me envíe de regreso y él se quede unos días. Anoche cuando fuimos a cenar había una joven que se veía interesada en él.

Katherine dejó de mover el cepillo por su cabello y abandonó su expresión

alegre.

—¿Una joven?

—La camarera —contestó Ari, alegre. Una mueca de desagrado le atravesó el rostro a Kate y pareció morderse la lengua para no decir nada—. Era una chica linda.

—Por Dios —bufó Alice—, eso no va a suceder jamás.

—No, claro que no —repitió su cuñada más para convencerse a sí misma que a cualquiera de las demás.

Ariadne no agregó nada. ¿Entenderían que ella también había trabajado de camarera durante varios años? Que hubiese dejado de hacerlo no quería decir que se encontrara en una mejor posición.

Cuando golpearon la puerta más tarde, Ari supo que se trataba de Trevor antes de verlo. Kate abrió, y Ariadne movió la cabeza apenas para observarlo cuando oyó su nombre en la conversación que mantenían en voz baja.

—Te han secuestrado y no me dejan entrar —gritó él por encima del hombro de la mujer y se asomó por la puerta.

—Es que no tienes que verla antes de que termine de arreglarse.

Ari soltó una risa.

—Creí que esa regla solo se aplicaba a la novia.

—Se aplica a todas las mujeres, los hombres no deben ver el proceso, sino el resultado final. Ahora, hijo mío, vete. Saldremos cuando sea la hora.

—¿Segura? —preguntó Trev, pero no a su madre sino a Ariadne.

Ella se encogió de hombros.

—Si no me necesitas, yo estoy perfecta. No creo que me hayan tratado mejor antes.

Trevor arrugó la nariz y estrechó los ojos.

—Le han lavado el cerebro —dijo apuntando a las otras dos mujeres, sin poder creer que estuviesen siendo tan amables con ella. Incluso cuando solo la querían utilizar para sus propios fines.

¿Qué habrían visto en Ari para obsesionarse tanto? No le parecía que el solo hecho de que no fuese del pueblo bastara. Notaban algo significativo que él todavía no podía comprender, y al parecer Ari tampoco, porque no se lo estaba tomando con la seriedad que debería.

—Papá está aquí, acaba de llegar. Yo voy a salir.

—¿A dónde vas? —inquirió preocupada. La semilla que había plantado Ari estaba dando sus frutos.

Trev alzó las cejas hacia su madre.

—Voy a salir —repitió—. Volveré para recoger a Ariadne.

Se despidió con la mano y las abandonó antes de que tuviesen oportunidad de detenerlo. Su padre, como siempre en su mundo, estaba encerrado en el despacho chequeando no tener ningún correo o llamada de la oficina. Una hora de atraso en responder al trabajo habría sido una calamidad, no así a su familia.

Trev regresó a su casa una hora más tarde.

Había ido a buscar a Juliet para darle los pendientes que le había comprado, pero hablar con ella había sido como atravesar una carrera de obstáculos. En la casa de Emilie no habían quedado hombres, lo cual era comprensible, las mujeres se ponían fastidiosas cuando se trataba de bodas y huir era lo más sano. Lo único bueno que había sacado había sido la sensación de satisfacción al ver a su prima tan feliz. Incluso había derramado algunas lágrimas y lo había abrazado, emocionada. No era usual en ella, no con él. No era su persona favorita ni de lejos.

Enseguida se había cambiado los pendientes que llevaba y se había colocado los que le había dado.

Trev se despidió rápido, procurando evitar a Liv.

Cuando regresó, abrió la puerta encontrándose con un silencio general. No dudaba que su padre aún estuviese encerrado en el despacho y las damas preparándose.

Con tranquilidad, subió a su cuarto y se cambió. Ya tenía desde la noche anterior el traje en una percha y ajustarse la corbata no era un problema. Se peinó y bajó al living a esperar mientras miraba televisión.

No tendrían por qué tardar, estaban muy cerca de la hora en la que tendrían que llegar. Sin embargo, cuando pasó media hora y nadie bajó, comenzó a dar vueltas por toda la casa, impaciente. Salió a la vereda, volvió a entrar, recorrió todo el piso inferior y terminó sentándose en una silla del comedor.

—¡Trevor! —Oyó decir a su madre en algún sitio—. No me digas que aún no estás listo.

Incrédulo, refunfuñó entre dientes y se acercó al living, de donde le parecía que provenía la voz de Katherine.

No se equivocó. Cuando llegó, las tres mujeres estaban ahí. Trev apenas si se percató de la presencia de su madre y su tía. Cuando vio a Ariadne no pudo hacer otra cosa que no fuese eso, verla. Mirarla como un tonto.

Estaba... preciosa. Y no era la palabra adecuada. Ariadne era una mujer bella, muy hermosa, pero ese vestido la hacía parecer una diosa, una sirena con un aura angelical alrededor. Le hacía desear llevarla a la cama y arrancarle todo, y a la vez, ponerse de rodillas para glorificarla.

Ante la falta de palabras, Ari sonrió y ladeó la cabeza.

—¿Todo bien?

Trevor sacudió la cabeza y parpadeó. Su mente había comenzado a dar vueltas mientras pensaba en la forma de quitarle el vestido, porque meditando, era delicado como para arrancarlo.

Cuando procesó el camino de sus pensamientos, se reprendió por ser tan imbécil. ¿De verdad creía que eso pasaría? No era ni correcto ni factible. Ariadne jamás permitiría tal acercamiento, él no tenía ni la mínima probabilidad de ver todo lo que deseaba.

—Todo bien —compuso como pudo, recuperándose de su asalto mental—. ¿Lista?

Ari no supo por qué se sintió decepcionada.

A ella tampoco se le había escapado lo guapo que estaba. Había escogido bien el color de su atuendo, un azul marino, igual a sus ojos. La camisa era blanca, y la corbata un tono más oscura que el resto.

—Sí, lista.

—Bien, vamos.

—Pero... —comenzó a decir Katherine—. Trevor.

—Te recomiendo que apresures a papá, todavía está en el despacho. ¿No tiene que cambiarse?

La señora Johnson arrugó la frente, confundida por el cambio de tema, y no fue hasta que su hijo había cruzado el umbral que se dio cuenta de la táctica de distracción.

Se mantuvieron en silencio casi todo el camino hasta que Ariadne dejó escapar una exclamación cuando comenzó a divisar la plantación. Los árboles llenos de flores eran una imagen digna de apreciar.

Trev sonrió sin quitar los ojos del camino empedrado.

—¿Qué te parece?

—Siempre pensé que las fotos estaban trucadas, pero esto es mucho mejor. Ahora entiendo a Rosie —comentó lo último como un pensamiento en voz alta, y no como una declaración.

Trev no respondió, y Ariadne ni notó que lo había pronunciado... Pero los dos lo entendieron bien. El romanticismo impregnaba el lugar, estaba flotando en el aire.

Cuando estacionó el coche y bajaron, Trev rodeó el auto y volvió a

acercarse a ella, que había salido por su cuenta. De frente a la mujer más exquisita que alguna vez hubiese visto, volvió a quedarse prendado, ahora cautivado, además, por su perfume.

No pudo contenerlo más. Tenía que decirlo, algunas cosas no podían guardarse.

—Ariadne —dijo acorralándola contra la puerta que ella acababa de cerrar. La joven lo miró inquisitiva, todavía distraída con el paisaje como para molestarse en prestarle atención a él y a sus locuras.

—¿Sí?

—Estás espléndida, no podía dejar de decírtelo.

Eso sí atrajo su atención. El corazón de Ari se paralizó y también su cerebro cuando vio la expresión en los ojos de su jefe. La estaba... devorando con la mirada. Era tan intensa que la abrasaba sin siquiera tocarla. Le costó encontrar la voz, porque el cosquilleo dentro de su abdomen ascendió hasta su garganta. Abrió la boca, pero no salió nada hasta que no volvió a centrarse e intentarlo de nuevo.

—Gra... Gracias. Tú también te ves muy bien.

—¿Muy bien? —replicó divertido. La había dejado sin palabras, un verdadero logro.

—Sí, te ves muy bien, ese es tu color.

Intentó moverse, pero él no se lo permitió. Colocó los brazos al costado de su cuerpo y se apoyó en el coche para encerrarla. Se estaba sobrepasando, lo sabía, pero estaba hechizado, no podía evitarlo.

Deslizó los ojos a lo largo de su cuerpo y volvió a ascender. Le miró los

labios, pintados en un rosa de un tono más oscuro que el de su propia piel, y entreabrió los suyos que se morían por tocarlos.

—¿Es que vamos a quedarnos aquí todo el día?

Esta vez volvió a salir a la luz la mujer que él conocía. Pero su tono demandante no hizo otra cosa que acrecentar lo que estaba sintiendo.

Al final, se alejó. Dio un paso atrás y le ofreció su brazo.

Las cejas de Ariadne se alzaron.

—No es necesario, puedo caminar sola.

¿Y decía que no era arisca?

Ariadne dejó atrás la extraña conversación que habían tenido y se introdujo entre el gentío con Trev como su sombra. Supo que de nuevo la estaba usando como un escudo, pues caminaba junto a ella con la cabeza baja, buscando pasar desapercibido ante los invitados.

¿De quién se escondía? ¿Por qué no quería detenerse ante nadie? Las bodas eran para socializar, en algún momento lo atraparían, tendría que enfrentarlos de todas formas. A no ser que pensara marcharse antes de la comida, cuando se sentara no habría escapatoria.

Ari, que sí miraba a sus alrededores, divisó a Olivia y James con Savannah en brazos, pero como parecían entretenidos, pretendió no verlos y se giró hacia el lado contrario. Si iba a ser un escudo, sería mejor que fuese eficiente.

Con la vuelta brusca que dio, chocar con su jefe fue inevitable. ¿Por qué no le daba un respiro? ¿Tenía que ir pegado a sus talones? Menos mal que no había tomado su brazo o dejado que la tocara, la gente pensaría que estaban

acaramelados.

—Trevor —se quejó apoyando las manos en su pecho por puro reflejo. Él hizo lo mismo, y las colocó a cada lado de su cintura antes de que tropezara.

—Eres tú la que se muere por abrazarme, no me culpes.

Ella soltó una carcajada burlona.

—No seas ridículo. Oh, mira quién está allí.

Saludó con una seña a Rosie, que se acercaba de la mano de un hombre alto, rubio y bien formado que Ari no conocía. La niña los había visto antes de que la notaran y tiraba del que la acompañaba para que apresurara la marcha hasta llegar a Trevor.

—Ya suéltame —gruñó Ari entre dientes—, Rosie se va a molestar.

—¿Quién es la ridícula ahora? Rosie no es mi novia, tiene que olvidarse de ese enamoramiento —se burló soltándola por un segundo, solo para acomodarle el brazo alrededor de la cintura de nuevo. Ariadne lo fulminó con la mirada y le dio una palmada en la mano—. No seas arisca, Ari.

¿Es que ella pensaba que con eso iba a alejarlo? Lo único que logró fue que la apretara con más fuerza. No iba a armar un escándalo en medio de la recepción, tendría que aguantarse y fingir que todo estaba bien hasta encontrar el momento para zafarse.

—Me encanta este perfume, ¿es nuevo? —preguntó inclinándose hacia su oído, aprovechando que Rose tenía el avance dificultado por los vecinos y amigos que la detenían a ella y a Brad para saludarlos.

Ariadne alejó la cabeza y la giró para mirarlo a los ojos, nada alegre por su inapropiado acercamiento.

—Me lo regaló tu madre, igual que el vestido y los zapatos. Aunque pienso devolverles todo, no me lo puedo quedar.

—Ni lo intentes, no van a aceptarlo —compuso divertido. Por supuesto que su madre y Alice le habían comprado eso, no podía ser de otra forma. Tenían un objetivo en mente, y por cómo había reaccionado él, Trev reconoció que, por ese día, las mujeres habían ganado, cumplido su misión.

Ahora él tenía que cumplir la suya: mantener alejada a Ariadne de Brad.

El muchacho ya la había visto desde lejos y no quitaba los ojos de ella a medida que se acercaba. El vestido y la forma en la que resaltaba sus curvas, el peinado que dejaba al descubierto parte de su cuello y todo su delicado rostro libre, no solo hacían que él la mirase un poco más de lo normal, sino que causaba lo mismo en todos los hombres.

Tendría que estar más atento de lo que había planeado.

—¡Qué bonita estás! —exclamó ella cuando Rose logró llegar.

La niña sonrió y dio una vuelta.

—Lo sé, me encanta este vestido. ¿A ti, Trev?

—Estás preciosa, Rosie —coincidió, y estiró una mano hacia el hombre que no había hecho otra cosa más que comerse a su asistente con la mirada—. Brad.

Su voz sonó grave y en un tono más alto de lo que pretendió, pero de lo contrario tampoco lo habría oído.

—Ah, Trevor. Hola —respondió estrechándosela rápido y volviendo a mirar a Ari para hablarle directamente—. Mi sobrina dijo que tenía que presentarme a una amiga. Creí que me encontraría con una niña de ocho años,

no con una magnífica mujer.

Rosie aplaudió, rebotante de alegría.

—Este es mi tío Brad. Te dije que era guapo, ¿ves? Te vas a enamorar muy rápido.

Oh, Dios. Qué embarazoso. ¿Qué iba a hacer? ¿Decirle que, en efecto, era muy guapo? Porque de verdad lo era, no se le había pasado por alto.

Había muchos hombres atractivos en el mundo, mirarlos no era un delito. Hasta ahí llegaba ella, no más.

Para colmo, tenía a Trevor tan cerca que casi la asfixiaba. Entre la mirada del recién llegado y la presión de su jefe, se estaba poniendo nerviosa. Sin olvidarse de que cada invitado que pasaba los estudiaba con mucha atención.

Brad le regaló una sonrisa encantadora, rompecorazones.

—Ariadne, ¿verdad?

—Ariadne Clair, un placer —dijo dándole la mano por mera educación.

Él no la estrechó, la tomó con la suya y la llevó a sus labios.

—Brad White, y el placer es todo mío. —El hombre no salía de su asombro. Ari se dijo que tenía que haber quedado mejor de lo que a ella le había parecido al verse al espejo. Los hombres no la miraban dos veces con su ropa de siempre—. De verdad, esta es la sorpresa más grata que me he llevado en la vida.

Trevor soltó un bufido y miró hacia otro lado. Tuvo que morderse la lengua para no soltar ningún comentario que lo pusiera en evidencia. Lo primero que dirían era que estaba celoso, y no eran exactamente celos los que

sentía.

Solamente quería protegerla, no permitir que cayera en la red de seducción de Brad.

Rosie lo miró extrañada y le tomó una mano tirando de él para que se agachara. No podía decirle que no, y no podía hacerlo sin soltar a Ariadne.

En cuanto la liberó, supo que le costaría recuperarla. Enseguida tomó distancia y lo miró con una sonrisa victoriosa, sin percatarse de que Brad portaba el mismo gesto de satisfacción al tenerla más cerca y poder deleitarse con la vista que le brindaba.

—Vamos a dejarlos solos —susurró Rosie, aunque todos la oyeron—. Tienen que estar solos para enamorarse.

—Rose, por favor —gruñó.

—¡Trevvie! —gritó ella tomándolo por las mejillas y pasando por alto su reto—. Vamos a buscar al fotógrafo. Nos tiene que sacar una foto a los dos.

—Sí, Trevvie —intervino Brad empeorando el creciente mal humor del aludido—. Ve con ella, Ariadne y yo estamos muy bien aquí.

Estaba encerrado. Ari no estaba contenta, pero lo disimulaba mejor. Terminó por asentir y darle una última mirada de advertencia a Brad, la cual fue ignorada por completo. Tomó la mano de Rosie y salieron en busca del bendito fotógrafo. Mientras más rápido se pusieran en marcha, más rápido lo hallarían y podría volver.

Ariadne se había alejado de Trevor cuando este la había soltado, pero sin darse cuenta, había terminado acercándose al otro hombre. ¿Cuál de los dos sería peor?

Al parecer, estaba a punto de averiguarlo.

—¿Qué te parece si tomamos algo mientras esperamos a la novia? — preguntó él.

—Creo que debería buscar al novio y saludarlo —comentó siendo amable y agregó:—. No tienes que hacer caso a lo que dice Rosie, es adorable, pero no estoy interesada. Lamento si te dio la impresión equivocada.

Para Brad, en lo que Ari le dijo hubo varias cosas interesantes. Primero, ¿creía que Rose era adorable? La niña era un demonio. Segundo, ¿ella no estaba interesada? Él era un experto en hacerlas cambiar de opinión. ¿Por qué no se daban cuenta de que eso las hacía más interesantes? Los hombres sabían cuándo fingían y cuándo no. Y Ariadne Clair era transparente.

—El novio tampoco ha llegado, podemos esperarlo mientras tomamos algo. He visto unos pasteles que...

Ari lo cortó. Sabía lo que estaba haciendo, no necesitaba oír más para entender que sería tan insistente como Trevor, con la excepción de que este tenía un interés distinto. Sabía poco de hombres, pero estaba segura de que creían que una boda era el lugar perfecto donde cazar compañía para pasar la noche.

Ari tenía paciencia y aguantaba las manías de Trevor porque era su jefe. A este no había razón para soportarlo.

—Señor White, creo que me ha oído bien la primera vez. ¿Me va a obligar a repetirlo? No estoy interesada en acostarme con usted, ni ahora, ni nunca.

Pobre Rosie, siendo tan inocente no tenía ni idea de la oportunidad que le había servido a su tío. O que él creía que tenía.

Brad dio un paso atrás, pero no por intimidación, sino porque estaba fascinado. Discutir con una mujer en ese ámbito siempre era excitante y solo podía terminar de una forma.

—¿Te das cuenta de que así solo me resultas más atractiva?

Ari puso los ojos en blanco.

—Ni siquiera me conoce. Le gusta lo que ve, y esta no soy yo. Es el arreglo de horas y un vestido caro, nada más. ¿Por qué no deja de perder el tiempo y busca alguna chica bonita con quien pasar el rato? Aquí no tiene chance.

—¿Por qué buscar una chica bonita cuando tengo a una mujer hermosa justo a mi lado?

La estaba molestando tanto que se olvidó de la distancia que estaba marcando al no tutearlo.

—*Tú* no tienes nada. Y no seas adulator, es aburrido.

Cuando la expresión de Brad se volvió más terca y pensativa, aunque todavía concentrado en ella y en cualquier movimiento o cambio en su rostro, Ari supo que, de nuevo, lo había hecho todo mal. Al igual que con Trevor, sus palabras y su posición se le habían vuelto en contra.

Por lo menos Trevor había estado ebrio, este ni siquiera tenía esa excusa.

Respiró hondo y calmó los nervios.

Brad también decidió cambiar de táctica, estaba siendo explícito y precipitado. ¿Quién iba a imaginar que una mujer tan sensual como ella, cuyo halo de erotismo se podía percibir desde millas de distancia, iba a ser tan hosca?

—Mira, lo siento. Creo que empezamos mal, me disculpo si te he causado la impresión incorrecta.

Eso la hizo soltar una risa.

—No creo que la impresión haya sido desacertada.

El rubio se cruzó de brazos.

—Eres bastante malvada, ¿no?

—¿Es que la verdad daña tus sentimientos? —replicó ya no tan molesta.

—Corrección, eres malvada. Ahora veo por qué piensas que Rose es adorable, si la comparamos contigo...

—Si habías sumado algún punto, acabas de perderlo —advirtió fingiendo estar ofendida.

Brad alzó las cejas y le dedicó una sonrisa lobuna antes de acercarse casi hasta respirar sobre su mejilla.

—Entonces es bueno que tenga toda la tarde para recuperarlos.

CAPÍTULO 10

Ariadne dejó que Brad la guiara, aunque no le tomó el brazo que le ofreció ni le permitió que apoyara una mano en su cintura, como había intentado dos veces. Era guapo y encantador, pero él lo tenía en claro y estaba demasiado seguro de eso. Ese tipo de hombres no eran adecuados para una chica como ella. Esos te enamoraban, y luego te rompían el corazón sin previo aviso. Y no quería sufrir más. Prefería su aburrida soledad a un sufrimiento incierto por un hombre que no la respetaba.

—¿Qué te parece el pueblo? —preguntó él cuando llegaron a una de las barras armadas cerca de donde ya estaban dispuestas las mesas para luego de la ceremonia—. Debes estar aburrida.

—Parece agradable, no lo he recorrido. Y no he tenido tiempo para aburrirme.

—¿Trevor te ha mantenido ocupada?

La forma en la que lo preguntó la hizo desconfiar y entrecerrar los ojos.

—Con trabajo —aclaró.

Brad sonrió y alzó las cejas, cruzándose de brazos.

—No se me ocurriría pensar en otra cosa, no tienes por qué aclararlo.

A Ariadne no le hizo ninguna gracia y lo dejó bien en claro con su expresión aburrida y sus palabras en las que pocas veces reinaba la sutilidad.

—Te crees muy inteligente y muy gracioso, ¿nadie te ha dicho que no lo

eres?

—Al contrario, muchas lo creen.

—Te lo hacen creer, dirás.

Brad demostró ser un rival digno, proponiéndose evidenciar lo equivocada que estaba.

—Por algo será entonces, ¿no te parece?

Ari apretó los labios y miró hacia otro lado. ¿No se cansaba alguien de ser un idiota? ¿Podría tirarle el trago que le habían alcanzado sin armar un escándalo? Recorrió los alrededores con la vista y decidió que no sería posible, había muchos ojos clavados en ella.

—Oh, vamos —pidió cuando Ari no le contestó—. Ya entendí que no vas a dejar que entre en tu cama, ¿ahora podemos mantener una conversación amigable?

Ari dudó que en verdad hubiese comprendido.

—No tengo ningún problema con eso —dijo de todas formas.

Brad extendió una mano hacia ella y la hizo sonreír. Ari se la estrechó todavía un poco desconfiada.

—¿Ves? Podemos hacer esto. No queremos hacer enfadar a Rosie, si ella dijo que tiene que funcionar, tiene que hacerlo. ¿Cómo le explicarías que no tuvo razón? No sé a ti, pero a mí me aterra.

—Es solo una niña, si no pueden controlarla ahora, ¿qué harán cuando sea más grande?

Brad soltó una risa.

—Dile eso a la familia, la han malcriado demasiado. Y tu jefe no se queda atrás, por no lastimar sus sentimientos, va a terminar volviéndose loco.

Ella sonrió.

—¿Y tú eres la excepción? No me lo creo.

Depositando todo el peso sobre una pierna, el hombre ladeó la cabeza y sostuvo la copa entre dos dedos.

—Los padres ponen los límites, los tíos malcrían. Es ley. ¿No te parece?

Ari se encogió de hombros.

—No lo sé, no tengo sobrinos ni tíos.

—Ah, seguro los tendrás. O tus hijos tendrán tíos y vas a sufrirlo, créeme.

—No lo creo —murmuró bajito—. Pero me parece que lo que están haciendo le hace más mal que bien. Cuando madure y se enfrente al mundo, se va a llevar una gran decepción.

—¡Qué trágica eres!

—Pero, ¿no es la verdad?

—No siempre. —Brad dio por terminado el tema que se estaba volviendo serio para su gusto—. Entonces, ¿cuánto tiempo piensas quedarte en el pueblo?

Ella sacudió la cabeza, divertida por lo rápido que cambiaba la atención. Al parecer, se aburría hablando de cosas importantes y prefería seguir insistiendo con su coqueteo vacío y sin sentido.

Rosie tenía mucho que aprender, en su inocencia, la pobrecilla había cometido un error abismal al intentar emparejarlos. Podía ser guapo, muy

guapo, y parecía inteligente, pero no iba con Ari. Ella no flirteaba por diversión, casi ni sabía cómo hacerlo. Una conversación fuera del ámbito de trabajo ya era inusual, no se sentía cómoda hablando sobre ella misma y su capacidad empática era mínima.

—No lo sé, depende de lo que diga mi jefe.

—¿Qué es lo que tengo que decir? —preguntó una voz detrás de ella, sorprendiéndola.

Ari se volvió hacia él, agradecida de que hubiese regresado. Trevor había estado extraño antes, aun así, era más fácil de tolerar que un hombre al que acababa de conocer y no dejaba las descaradas y poco sutiles insinuaciones en ningún momento.

—Cuándo nos marchamos.

—Ah, no lo sé, no lo he decidido. ¿Estás apurada por regresar? ¿O es que has encontrado una motivación para quedarte más tiempo?

¿Qué? ¿Ahora qué le pasaba?

—No —replicó Ariadne—. Tu amigo fue quien lo preguntó, no yo.

Trev miró a Brad con suspicacia y se ahorró el aclarar que él no era su amigo. Tampoco le respondió. Se había librado de Rosie y sus caprichos, gracias a su padre que se la había llevado obligada para darle un respiro.

—Creo que deberíamos ocupar nuestros lugares, el novio acaba de llegar, la novia debería estar en camino.

—Supongo que te veré más tarde —dijo Brad ignorándolo y poniendo toda su atención en ella.

Ari sonrió, y Trev colocó una mano en su cintura para hacerla girar e instarla a caminar hacia las sillas cubiertas por tela blanca y cintas rosas, dispuestas hacia el altar, que habían armado para la ceremonia. Por suerte, el rubio no los siguió. Trevor no tenía ganas de discutir con nadie tan temprano. Aunque no dudaba que volvería a acosarla más tarde, había visto el empeño en sus ojos, si ella había respondido de la misma forma en la que lo había hecho con él, se había presentado como un reto para Brad. Un reto que debía superar.

Lo sabía porque había sido igual tiempo atrás, y con su pequeña mentalidad también habría creído que una boda tenía que terminar de la misma forma para él como para el novio, al caer la noche. Y siempre había alguna chica fácil dispuesta a hacer eso posible, pero Ariadne no era ni sería una de ellas. Ni ese día, ni ningún otro mientras estuviese bajo su supervisión. Por lo menos no para otro hombre que no fuese él mismo. Era egoísta y en parte deshonesto de su parte, pero no podía controlar lo que pensaba o sentía. Después de la cena de la noche anterior y lo que ella le había compartido sobre su vida, entendía un poco más su forma de ser, y estaba convencido de que era mucho más frágil de lo que demostraba. Había sufrido mucho y no quería volver a pasar por lo mismo.

Y además de ver una parte más humana de ella, ese día, había visto su lado sensual. Todo gracias al vestido. No era el arreglo, sino que parecía que la prenda había logrado que se sintiera bella y eso se reflejaba. Estaba radiante, no era de extrañar que Brad se hubiese empeinado en seducirla, y tampoco lo sería si algún otro invitado lo intentara. No eran muchas las mujeres disponibles en la fiesta, y todavía menos las extranjeras que no demandarían una boda cuando la noche acabara.

—Mira, nos han guardado un lugar —dijo Ari al ver a Katherine hacerles

seña desde la tercera fila.

—Me cuesta creer que te agrade tanto —comentó mientras la acompañaba desganado. Había pensado en que podrían ocupar un lugar lejos de su familia, algo ocultos. En especial de su madre y su padre, quizá también de Rose y el resto de los Johnson. Seguía pensando que evitar a Liv era lo mejor para los dos.

Ari alzó la cabeza hacia él, todavía sonriendo.

—No lo sé, Trevor. Conmigo ha sido amable. Sé que tu relación con ella no es la ideal, pero no soy quién para juzgarla.

—Lo sé. No me molesta, creo que hasta me das envidia.

Ari puso los ojos en blanco.

—Ella te adora, puede que no sepa cómo ser una mamá, pero te quiere muchísimo. Todo siempre es sobre ti, no habla de otra cosa.

Excepto cuando planeaba su próximo destino de vacaciones, pero eso no lo dijo.

—Quiere que haga y sea quien ella decida, que me case cuando ella lo desea y con quien cree que es conveniente.

Ari apretó los labios para no sonreír. Él no lo entendía. Eso no era lo que a ella le había parecido.

—Creo que quiere que te enamores y que no estés solo.

—Sí —musitó Trev sonriendo burlón porque presentía que se sentiría incómoda cuando terminase de decir la verdad que no querría reconocer—. Quiere que me enamore de ti.

¡Ja! Cuando llegaron a la fila de sillas en donde iban a ubicarse, Ari se le quedó mirando, demostrando que no le hacía gracia lo que le decía, pero que los dos sabían que no era más que la verdad.

Trev estiró la mano hacia adelante para darle paso y que se sentara junto a Katherine. Si tan bien se llevaban, podría aguantarla durante la ceremonia. Él prefería mantener distancia con las madres casamenteras durante una boda, solían ponerse sensibles, había pasado por eso varias veces cuando el resto de sus primos se habían casado.

Un asiento de por medio no fue de gran ayuda. Su madre lo atacó apenas tocó la silla.

—¿Por qué la dejaste sola con ese muchacho, Trev? Todo por irte con esa niña malcriada...

—Mamá —gruñó por lo bajo. Si Ruby la escuchaba referirse de esa forma, aunque no fuera ninguna mentira, la estacaría—. ¿Puedes meterte en tus asuntos? Ariadne es grande, ¿no te has parado a pensar que pudo haber pasado un mejor rato con él que conmigo?

La señora Johnson alzó la cabeza, altanera.

—Lo dudo —murmuró, y tomó a Ari por el brazo para juntar las cabezas y hablarle bajito—. ¿Al menos te ha dicho que estás preciosa?

La joven sonrió y miró de soslayo a Trevor que lo había escuchado todo. Pensó en hacerlo molestar un poco más, porque en los últimos días había aprendido que vengarse de él era de lo más dulce.

—Sí, lo hizo —susurró, y miró hacia atrás cuando sintió que el murmullo generalizado se iba transformando de a poco en silencio.

Vio a la novia llegar al sendero marcado por una alfombra entre las dos formaciones de sillas, con Rose y la pequeña Olivia, hija de Emilie, delante de ella lanzando pétalos de rosas. Fue la salvación de Ari para evitar otra conversación incómoda.

La ceremonia no fue larga ni aburrida. Nunca había estado en una tan emotiva, fue maravillosa de ver. Había muchas emociones dando vueltas, muchos sentimientos además del obvio amor que la pareja sentía, que Ari no llegaba a comprender. Se conformó con disfrutar, por ese día, podía permitirse olvidar todo lo malo del mundo.

La primera parte del almuerzo fue amena, sin preguntas extrañas ni interrupciones indeseadas. Les había tocado una mesa tranquila, bien armada por Juliet, a quien tendría que agradecerle. Allí estuvieron sus padres, Fred, Cece y ellos dos. Alice estaba ubicada en la misma mesa que su ex esposo, James, Liv, Emilie y Marcus, y en otra se encontraban los Austin con Ruby y Rob, y los padres de este con su hermano.

Los novios, innovando como solo ellos podían hacerlo, tenían una mesa entera para ellos dos, de frente al resto de sus invitados. Juliet lo tenía claro, poner a Alice en una mesa con Anne, la madre del novio, habría arruinado la boda, y elegir entre ellas no habría sido mucho mejor.

Trevor dejó la conversación con Fred y se inclinó hacia su acompañante. Tenía que levantarse y salir de ahí un rato. No soportaba la mirada de Cece clavada en él, Liv tenía que haberle contado sobre su conversación dos noches atrás, y su mejor amiga no sabía nada acerca de la sutileza y el

disimulo. Era una metiche por naturaleza.

—¿Qué te parece si damos el recorrido que te prometí? —le dijo al oído, sorprendiéndola.

Ariadne pestañeó.

—¿Ahora?

—No veo por qué no. No iremos lejos, quemamos lo que hemos comido y regresamos para la siguiente tanda.

Ella estuvo de acuerdo. La fiesta era bonita, pero todo el mundo se conocía y se estaba sintiendo fuera de lugar.

—Está bien —dijo aceptando su mano para levantarse.

Esta vez no quitó la mano del hueco de su brazo y dejó que la condujera lejos del gentío.

No tuvieron que alejarse demasiado para encontrarse entre montones de árboles llenos de flores blancas y rosas, tal y como Trevor le había dicho antes. Un paisaje precioso, mejor que el que se veía en las fotos promocionales de la empresa y las que ella había visto en las presentaciones. El césped verde, prolijamente cortado, contrastaba con los colores que poseían los árboles, y si miraba hacia arriba podía apreciar el celeste del cielo y el sol que estaba alejándose de a poco.

Era un día perfecto.

Todavía estaba sujetándose del brazo de Trev, y terminó por alzar la cabeza hacia él después de darle una primera mirada a todo.

—Te debo parecer una tonta, pero nunca había visto algo tan hermoso

antes. Y tan natural.

Con la música proveniente de la fiesta que tenían de fondo, lo era todavía más. Aunque eso prefirió guardárselo para ella.

Trev sonrió y miró al frente.

—No es tonto, suele pasarme cuando hace tiempo que no lo visito. Como ahora. Además, no hay nadie trabajando, parece casi... privado.

Podría haber agregado algo más, pero Ariadne lo interrumpió.

—¿Es todo de tu familia?

—Esta parte lo es, del otro lado del camino todo pertenece a los Gardiner. Pero desde hace años funcionamos como una sola en la mayoría de los ámbitos, lo único que no ha cambiado son los dueños de las acciones.

—Parece que el campo y los árboles no terminaran nunca. Y son tan grandes y gruesos... —dijo parándose frente a uno—. Deben tener cientos de años.

—Eso dicen —murmuró él, más cautivado por su espalda descubierta que por el bendito árbol.

Se acercó a Ari y casi sin pensarlo colocó una palma abierta en su cintura. Ella dio un respingo y se giró dispuesta a dar un paso atrás para alejarse, pero se tropezó con una peligrosa raíz del árbol debajo del cual estaba parada y como si fuese poco, se enredó con el vestido.

No hizo sino más que darle la excusa perfecta para sostenerla más cerca y con fuerza. Ari se aferró de manera inconsciente hasta que recuperó el equilibrio. En cuanto volvió a estar estable, lo golpeó en el brazo para quitárselo de encima.

—¿Qué haces? Casi rompo el vestido.

Trev soltó un suspiro.

—¿Y es mi culpa? Tú tropezaste, si no fuera por mí estarías en el piso.

—Por tu culpa tropecé. Ahora no estás borracho, no tienes excusa para comportarte de esta forma.

—¿De esta forma? —preguntó atento. Si no estaba equivocado, le estaba recordando lo que había hecho la noche que se había embriagado. Algo que antes le había jurado que no le diría si no lo recordaba por sí mismo.

Ella no se dejó engañar, chica lista.

—Ya suéltame, Trevor. Esto es muy inadecuado.

—Solo te iba a invitar a bailar —se defendió.

—¿Siempre invitas a todas de la misma forma? —Él fue a abrir la boca, pero lo interrumpió—. No, no. No digas nada, no quiero saberlo.

—Como desees —comentó soltando una pequeña carcajada ronca—. Ahora baila conmigo, Ariadne, me gusta esta canción.

El modo en que pronunció su nombre moviendo la lengua por debajo de sus dientes, a la vez que se inclinaba hacia ella tomándole una mano y colocando la otra en la parte baja de su espalda, le provocó un cosquilleo a lo largo del abdomen y por toda la columna vertebral.

Inspiró de forma entrecortada, sin ser capaz de oír la canción hasta que no se recuperó. Era L.O.V.E., de Frank Sinatra. Ari reconoció que se había enamorado de esa pieza desde que la había oído en una película años atrás, y alguna vez había soñado con que un hombre la invitara a bailar. Jamás se

habría imaginado que ese hombre fuese su jefe, durante una boda y debajo de un cerezo.

Se rio con solo pensarlo, pero accedió. Se había propuesto disfrutar del día y no cumpliría si no lo aceptaba.

Cerró la mano que él tenía sujeta y subió la otra a su hombro.

—Te sostendré bien por si tropiezas.

—Ya veo que lo estás haciendo —respondió. Aunque no le importaba.

Se movieron lento, sin seguir el ritmo de la música. Por la forma en la que la tenía apretada, Ari no podía ver sus pies cuando le parecía que se estaba perdiendo y estaba a punto de pisarlo. Pero él no dejó que nada de eso sucediera, con movimientos firmes los guio a ambos y se fueron alejando del árbol debajo del cual habían comenzado hasta llegar a otro a unos metros de distancia.

La giró, la alejó de su cuerpo y volvió a atraerla. Cuando casi chocó contra su pecho la detuvo y la acercó con más suavidad hasta rodearla con todo un brazo. Ariadne ya no pudo solo colocar una mano en su hombro, sino que, en esa posición, terminó haciendo lo mismo que él. Un segundo antes de que la canción acabara, le dio un último giro y terminó por rodearla con los dos brazos dejando que ella, más animada y con las mejillas sonrosadas por la agitación, apoyase las manos sobre sus hombros.

Trev miró sus labios, que estaban más tentadores que nunca a la altura de los suyos, entreabiertos y tan, tan, tan cerca. Lo invitaban a degustarlos, lo inducían a saborearlos. Pero como el nuevo hombre que era, resistió la tentación. En cambio, le dio un beso en la mejilla sin soltarla. Eso podía disfrutarlo, ¿no? Si ella no le ordenaba que lo hiciera, seguiría torturándose a

sí mismo.

—Hacía mucho que no bailaba así —dijo Ari aceptando el beso—. Gracias.

—Gracias a ti —compuso sorprendido, y continuó con el mismo tono suave de voz que había empleado ella—. ¿Ves? No siempre soy tan malo.

La hizo reír.

—Yo no creo que seas malo, solo muy molesto cuando quieres.

—O cuando me paso de copas —agregó.

Ariadne asintió.

—O cuando te pasas de copas.

Como si recién notara cómo estaba agarrándolo y en qué lugar se hallaban, Ariadne lo soltó, y Trev se obligó a hacer lo mismo.

—Deberíamos regresar antes de que tu madre se dé cuenta de que desaparecimos. No nos ayudará si lo hace.

—Sí, vamos. Pero no te hagas esperanzas de que ella no lo haya notado.

Volvieron por el mismo camino que habían tomado para llegar, más relajados y animados. Lo que ninguno de los dos notó, fue que una pequeña niña lo había visto todo escondida detrás de uno de los tantos árboles. Y no estaba nada contenta.

CAPÍTULO 11

Ariadne y Trevor llegaron a su mesa justo cuando todos se preparaban para el segundo plato después de una tanda de música y baile. Él la ayudó a acomodar la silla como un perfecto acompañante y luego tomó asiento a su lado.

Cece, que ya estaba ahí, lo miró con una sonrisa burlona de la cual Ari no se percató, y él ignoró por completo. A la que no pudo obviar fue a su madre, quien no dejó pasar ni un minúsculo detalle. ¿Por qué se había permitido confiar en el optimismo de Ariadne y creer que no lo haría pasar una vergüenza por una vez en su vida?

—Al fin regresan, ¿dónde se habían metido ustedes dos? —preguntó en voz alta y con un tono picarón sumado a su sonrisa triunfal.

—Dando una vuelta como todos los demás, madre. ¿Dónde sino? —respondió con sequedad.

—No los he visto por ningún lado —continuó.

—Quizá no buscaste bien —dijo fulminándola con la mirada—. ¿Y para qué querías encontrarnos?

—Solo comprobaba que no la habías dejado en manos de ningún otro mujeriego, como hace rato.

—¿Otro mujeriego? —terció Fred.

Ari había preferido mantenerse al margen y no emitir opinión a menos que le fuese solicitada. Trevor tampoco debería haber provocado a su madre, él

sabía tan bien como ella cuáles eran las intenciones de la mujer.

—Brad —dijo Trev bebiendo de su copa de vino.

Fred soltó una risa.

—¿Brad? ¿Brad White? Tía, si Ariadne puede mantener a raya a tu hijo, no veo cómo Brad podría representarle un problema.

Vaya, qué cumplido. Ari reprimió una sonrisa, Cece no se tomó el trabajo. Trevor y su madre le dieron una mirada dura a Fred, mientras que el señor Johnson ni se inmutó, hasta parecía que ni estaba oyendo la conversación.

—Sea como sea —prosiguió Kate—, espero que no vuelvas a cometer semejante grosería con la pobre Ari.

—No pensaba hacerlo, madre —contestó dedicándole una mirada, y posando sus ojos en Ari, quien había preferido seguir el ejemplo del padre de su jefe y concentrarse en la comida recién llegada, pretendiendo que no oía nada.

Por fortuna, eso la dejó conforme y no volvió a molestarlos con el tema durante el resto de la comida. Hasta que una nueva tanda de música volvió a sonar y la mayoría de los invitados se pusieron de pie para acercarse a otras mesas, bailar o pedir algo en las barras de tragos.

Cece anunció que iría a ver a su hijo, que estaba en una de las oficinas en las que se habían armado cunas para que los más pequeños pudieran descansar lejos de bullicio, Fred la siguió, y el señor Johnson se levantó junto a Katherine para hablar con los invitados.

—Oh, no. Mira quién viene allí —dijo mientras se levantaba de la silla—. Ni se te ocurra volver a marcharte con esa niña.

Trevor miró hacia donde su madre, y vio que Rosie se dirigía hacia ellos con paso decidido y nada feliz. ¿Y ahora qué?, se preguntó. Cuando Rosie estaba molesta no era una grata compañía, y menos en una fiesta como esa. Robin se cruzó delante de ella y le dijo algo haciéndola volverse hacia el lado contrario.

Trev suspiró aliviado.

Se volvió hacia Ari, que también había estado mirando en la misma dirección.

—Estamos salvados, por el momento.

—Así parece —comentó divertida por su expresión.

—¿Quieres un trago? —preguntó inclinando la cabeza hacia ella y mirándola con esos encantadores ojos azules y una sonrisa amable y sincera. Si ese día pretendía redimirse por la noche en la que había llegado ebrio, lo estaba logrando.

—Claro, lo que tú pidas estará bien.

Él asintió y se levantó.

—No tardaré.

Ari lo observó marcharse con una sonrisa. Podía ser cautivador cuando quería, muy agradable. ¿Seguiría siendo así cuando regresaran a Nueva York y el trabajo los tapara por completo? Tenía que seguir pensando en él como su jefe, no como un amigo o lo que fuera en lo que parecían haberse convertido. Por ejemplo, el baile de hacía rato... ¿qué había sido eso? Maravilloso, sin duda, hasta romántico, si podía permitirse pensarlo. Hacía años que no bailaba así. No se había dado cuenta de cuánto extrañaba bailar

hasta ese momento, de lo bien que se sentía que un hombre la rodeara con sus brazos fuertes y la hiciera sentir protegida, o lo hermosa que se hallaba cuando la miraban de la forma en la que Trevor lo había hecho antes de besarla en la mejilla.

¡En la mejilla! Por un instante había creído que iba a besarla en los labios. Lo había deseado. Pero luego había recuperado la cordura, sin duda había sido el momento, el lugar en el que se encontraban, el ambiente de la boda que tenía un efecto peligroso en las mujeres. Las hacía desear ser protagonistas de algo similar, y para eso, bueno, para eso necesitaban un hombre. Algo de lo que ellos eran plenamente conscientes y sabían aprovechar.

Gracias al cielo Trevor no lo había hecho en esa oportunidad, no tenía idea de cómo podría haber reaccionado bajo el hechizo en el que se había visto atrapada.

Salió de sus pensamientos cuando alguien se sentó a su lado de repente, sorprendiéndola.

—Hola —dijo una rubia y le sonrió.

Ari alzó las cejas y se la quedó mirando.

—Hola —respondió. No la había visto antes porque lo recordaría. Ese tipo de mujeres no se olvidaban con facilidad, ni por hombres ni por otras mujeres.

Tenía un largo cabello rubio, lacio y con un peinado que le daba volumen y sujetaba algunos mechones despejando su rostro. Usaba *bastante* maquillaje, y un vestido rojo que resaltaba su piel blanca, además de unos ojos celestes que la estudiaban atenta.

—Has venido con Trevor, ¿verdad?

¿Sería una exnovia? ¿O una conquista pasajera?

—Sí —dijo de todos modos, esperando no ser víctima de una antigua amante celosa—. ¿Y quién eres tú?

La mujer mantuvo su sonrisa.

—Samantha Giles, es un placer conocerte. ¿Cuánto hace que estás con Trev? Es la primera vez que vienes al pueblo.

Lo último no fue una pregunta sino una afirmación. Por lo visto todos los que pertenecían a ese lugar estaban seguros de conocer cada detalle de la vida de sus vecinos.

—Trevor y yo no estamos *juntos*. Es mi jefe.

La boca de Samantha formó una «O» y arrugó la frente.

—Lo mismo dijo la anterior.

—¿Kassie? No pudo viajar. ¿Eres su amiga o...? —preguntó antes de seguir dándole respuestas a una desconocida.

—Antigua amiga, supongo. Desde que Trevor cambió y se volvió tan buenito, tan... aburrido, no es lo mismo. Además, quiere pretender que es una buena persona y supongo que estar cerca de mí no lo beneficia en absoluto.

¿Qué rayos significaba eso?

—No estoy segura de querer entender lo que acabas de decir.

La rubia soltó una carcajada y sacudió una mano en un gesto desdeñoso.

—Nada que temer, querida, no soy tan mala como todos me pintan. En todo caso, no peor que Emilie, tu jefe o incluso Ruby, a quien seguro has conocido. Solo que ellos, como ya dije, quieren fingir que son la familia perfecta y pretenden que todo el mundo olvide lo que hicieron.

Ari no pudo morderse la lengua a tiempo, no era una cotilla, pero hacía días que estaba intrigada con esa familia y todos sus particulares integrantes llenos de secretos.

—¿Y qué fue lo que hicieron?

—¿No lo sabes? —Ariadne sacudió la cabeza en respuesta, por lo que Samantha sonrió complacida—. ¿Ves? Hasta te han ocultado todo. Quizá Trevor se ha ocupado de que nadie te diga nada, no lo dejaría muy bien parado ante tus ojos.

¿Tan grave? Ari no quería ser entrometida, se sentía como si estuviese a punto de cometer un delito, pero se moría de ganas de oír lo que esa mujer tenía para decir. No parecía estar mintiendo.

—No creo que a él le interese demasiado lo que yo sepa o no.

—¿Eso crees? Entonces no le importará que yo te lo cuente. Porque es una historia muy interesante, la verdad.

Ella lo estaba disfrutando, sin dudas. También creía que estaba haciendo un mal a alguien, quizá a Trevor, al contarle eso. Su expresión era de puro deleite y algo perversa.

—¿Por qué te interesa tanto contarme esto? No te conozco y no creo que sea apropiado. No sé cuáles son tus intenciones, pero no estoy dispuesta a ser parte de ningún plan maquiavélico o lo que sea que estés planeando.

—Ay, querida, no hay nada taimado aquí. Solo una mujer ayudando a otra mujer. ¿No es eso lo que debemos hacer todas? Es casi nuestro deber.

—Yo no necesito la ayuda de nadie.

Samantha alzó la barbilla y cruzó una pierna sobre la otra.

—Como sea, pero al menos tendrás idea de la clase de hombre que es él. Ya sabes, por si se te ocurre convertir esa relación profesional en algo más personal.

—Eso no va a suceder —siseó ella desviando la vista hacia otro lado. ¿Es que Trevor había ido a buscar el trago a la barra o a su casa?

—Nunca se sabe. Es un hombre muy guapo e insistente cuando quiere. Además, si quieres una referencia déjame decirte que es muy bueno en...

—¿Qué diablos haces tú aquí?

Trevor la interrumpió, pero Ari no necesitó que terminara lo que estaba diciendo para entenderlo. No había sido una exnovia, pero se había acostado con él. Eso le quitaba credibilidad. ¿Que no había ningún plan detrás de eso? Se había delatado sola, chica tonta.

—Hola, Trev —saludó Sam con naturalidad.

—Estoy seguro de que Jules no te ha invitado, Keaton mucho menos. Dame una razón para que no te saque de aquí a rastras.

Ella ni se inmutó.

—Papá fue invitado, todos saben que siempre lo acompaño. Si no querían que viniera, no habrían enviado una invitación a mi familia, ¿no te parece?

Trev dejó las copas en la mesa y apoyó las dos manos en los hombros de

Ariadne, que había girado la cabeza para verlo.

—Espero que no te haya estado molestando, es una arpía de nacimiento.

—¿Ves lo que te digo? —le dijo Sam a Ari—. Si hay algo que abunda en esta familia es la hipocresía.

—Ya cierra la boca, Samantha, voy a terminar por expulsarte de aquí yo mismo y estoy seguro de que a nadie le molestará.

La rubia rio por lo bajo y se puso de pie.

—Ah, Trevor, qué fácil de calar eres, tienes miedo de que hable de más y le cuente a tu querida... empleada la clase de hombre que eres en verdad, ¿no?

Él apretó la mandíbula y los tres supieron que Sam había dado en el clavo.

—Lárgate.

Satisfecha, se encogió de hombros y pasó a su lado deteniéndose para besarle en la mejilla.

—Adiós Ariadne, ha sido muy... interesante conocerte —canturreó antes de retirarse.

Trevor no la miró alejarse, pero esperó unos segundos antes de bajar la vista y posarla en su acompañante. ¿Qué tanto le habría dicho Samantha? Esa condenada zorra nunca se cansaba de molestarlos. Preguntarle directamente no era una opción, pero si no sabía cuánto le había contado, los nervios lo carcomerían.

Se sentó a su lado con rigidez, y le alcanzó la copa que le había traído.

Ari se apiadó de él porque lo vio inquieto y preocupado. Además, si le confirmaba que al final no se había enterado de nada con excepción de otra de sus aventuras amorosas o como fuese que él las llamaba, ella misma se sentiría menos culpable por la tentación de husmear que había tenido antes.

—Si te deja tranquilo, no me dijo nada.

Él la contempló sorprendido.

—¿Nada?

—Solo dejó entrever que tú y ella. —Arrugó la frente y apretó los labios buscando la palabra correcta—. Alguna vez...

—¿Te dijo que nos acostamos?

—No directamente —respondió divertida por la expresión de él.

—Fueron solo unas pocas veces, hace años. No sé en qué estaba pensando.

Eso la hizo reír.

—Yo creo que está bien claro en lo que estabas pensando, ¿no te parece? Es muy bella.

—Sí —compuso agrio—. Es tan bella por fuera como podrida está por dentro. Si llegas a cruzarla de nuevo, trata de evitarla, es tóxica.

Ella asintió, y sonrió poniéndole un poco de ánimo a la conversación. Sí, ella, por extraño que fuera.

—Entendido, jefe. Usted ordena, yo cumplo.

Trevvie le sonrió, más que nada agradecido.

Quería largarse de ahí. Eso había estado más que cerca, no sabía si en una

próxima vez tendría tanta suerte.

Trev podría haber dicho que habían sobrevivido a la boda. Con alguno que otro inconveniente lo habían pasado moderadamente bien. Se habían divertido, o eso le parecía. Y por Brad no había tenido que preocuparse, porque Katherine se había hecho cargo. En las dos ocasiones en que se había acercado e intentado invitar a bailar a Ariadne, Kate lo había despedido sin que Ari tuviese posibilidad de responderle. Un poco grosero por parte de su madre, pero era algo que no le importaba a la hora de cumplir con un objetivo.

Si era sincero, tendría que haber intervenido para que Ari al menos pudiese decidir por ella misma, pero no le había apetecido arriesgarse a que le dijera que sí.

Los novios se habían marchado hacía rato y varios de los invitados habían comenzado a hacer lo mismo. Trev se levantó de la silla y se acercó a Emilie, con quien Ariadne estaba conversando, sentadas en una mesa que no era la que habían ocupado antes. No tenía idea sobre qué podrían estar hablando, pero al menos confiaba en que Emilie no diría nada que lo perjudicara.

—¿Interrumpo? —preguntó deteniéndose junto a ellas.

—En absoluto —dijo Em—. Ariadne me comentaba que conoció a nuestra queridísima Samantha.

Le dio una mirada significativa que Trev supo interpretar a la perfección. Em y Sam habían sido mejores amigas, y Samantha la había traicionado,

demostrando que no era leal a nadie más que a sí misma. Emilie nunca la perdonaría, jamás. Y era bueno, era una mejor persona sin ese contacto nocivo.

—Sí, nunca se rinde, esa maldita bruja —mencionó de pasada, pero no olvidó con qué propósito se había acercado a ella. Se dirigió a Ari que lo miraba desde abajo—. Quería invitarte a bailar antes de marcharnos, ¿qué dices?

A Trev no le pasó desapercibida la sonrisa que esbozó su prima, así que atisbó hacia ella, quien le guiñó un ojo.

—¿Bailar conmigo? —preguntó un poco sorprendida.

—Claro que contigo —intervino Emilie y le dio una palmada en una mano. No iba a darle lugar a que se negara—. Vamos, ve. No puedes estar sentada todo el tiempo, te vas a marchitar.

Él sonrió y le tomó la mano apenas ella se puso de pie. Sonaba de fondo una melodía dulce, y solo había cuatro parejas en la pista. James y Olivia entre ellos, quienes parecían profundamente enamorados, observó Ari. ¿Sería por eso que Trevor la había invitado a bailar justo en ese momento?

Era un ritmo más lento que el que habían bailado solos y a escondidas. Se sintió un poco incómoda cuando él, sin nada de vergüenza, la tomó con sus macizos brazos y la asió cerca de su cuerpo. La dejó sin respiración y enseguida sintió que se moría de calor. Esperaba no estar sonrojándose.

La mano en su cintura ardía como si fuese el mismísimo sol. ¿Cuándo un hombre le había provocado semejante efecto?

Nunca.

Nadie.

¿Y por qué tenía que ser él? ¿Por qué justo él? ¡Su maldito jefe!

Intentó que su estado no afectara su forma de moverse, no quería que lo notase, aunque le parecía difícil.

—Bailar contigo es un deleite —compuso Trev cerca de su oído, y ella no tuvo más opción que alzar la vista y encontrarse con sus intensos y bellos ojos.

Sin ser capaz de contener una sonrisa que delató su regocijo por lo que le acababa de decir, se enfrentó a él.

—Creo que tengo que estar de acuerdo.

El fotógrafo, que no había descansado en toda la velada, los llamó desde un metro de distancia y los apuntó con la cámara, dándoles tres segundos antes de disparar para que se acomodaran.

Enseguida, volvieron a estar solos y retomaron sus posiciones.

—¿En serio, Ariadne? ¿Estás de acuerdo conmigo? —preguntó ajustando más su agarre, provocando que Ari sintiera cómo un batallón de hormigas devoraban su interior. Tuvo que inhalar profundo y con fuerza para lograr que el aire atravesara esa barrera que parecía haberse formado en la entrada de sus pulmones—. ¿Estás de acuerdo en que hacemos un muy muy muy buen...?

Un golpe en las piernas les hizo perder el equilibrio y no por la potencia, que no fue tanta, sino por la sorpresa. Fue una suerte que al menos Trevor hubiese podido controlarse y mantenerse de pie sosteniéndola a ella en su lugar, porque de otra manera habrían terminado los dos en el suelo. Estaban

cerca, demasiado unidos como para llegar a separarse a tiempo.

—¡Mala! ¡Eres una mentirosa! —gritó Rosie desde abajo con las mejillas empapadas—. ¡Eres mala! Dijiste que no lo querías para ti. ¡Me mentiste!

—Rosie —jadeó Ari—. ¿Qué estás diciendo?

—Cariño, por favor, solo estamos bailando —agregó él sin recuperarse del susto que le había dado.

Supo que la fiesta se había detenido y ellos eran el centro de atención. Era un milagro que el musicalizador no hubiese apagado también el sonido para que todos pudiesen oír mejor.

—¡No! Tú también me mientes. —Lo apuntó acusadora y volvió a centrarse en Ari, quien al parecer era el foco de su ira—. Todo es tu culpa. Por ti ya no me quiere. ¡Me lo robaste!

—Oh, Rose, eso no es cierto.

Ari intentó acercarse a la niña que estaba fuera de sí. El llanto no cesaba y tampoco los gritos. Dio un paso adelante ignorando la mano de Trev que capturó su muñeca para tratar de impedirselo.

—¡Sí lo digo! Yo no miento, tú mientes.

Empujó la porción de pastel contra ella y Ari no pudo frenarla. Terminó estrellándose sobre su vestido. Su perfecto vestido.

—¡Rose! —Olivia apareció desde atrás y tomó a Ari del brazo para moverla lejos de la diabólica niña—. ¿Qué crees que estás haciendo? ¿Cómo has podido?

—Es que tía... —El regaño de Liv pareció estimular más el centro de

llanto de la pequeña—. Yo los vi, los vi...

—Los viste bailar, Rosie, cualquiera puede bailar, no por eso tenías que arruinar su vestido.

Ruby llegó agitada hasta ellos.

—¿Qué diablos es esto? No puedo descuidarme un momento, Rose. Estaba cambiando a tu hermano, ¿qué has hecho?

La pelirroja ignoró a su madre por completo y siguió señalando con un dedo a Ariadne.

—Los vi hoy temprano. Los vi bailar, y abrazarse y besarse. ¡Yo los vi! ¡Se estaban escondiendo porque ella es una traidora!

Ruby se cubrió los ojos con una mano. No sabía si largarse a reír o a llorar. ¿De dónde sacaba esas palabras su hija? ¿Y todo ese drama? Dios Santo, qué embrollo.

Liv se giró hacia Trev al oír las palabras de su sobrina y también miró a Ariadne, que había bajado la cabeza. Si les sonreía solo lograría enfurecer más a su niña, pero estaban siendo delatados de la mejor forma.

—No, Rose, viste mal. No la estaba besando —corrigió él sin saber qué hacer.

—¡Sí lo hacías! ¡Yo te vi! Pero es por ella, ella...

Ari ya no tenía nada que decir, solo iba a empeorarlo. Lo único que deseaba era largarse de y esconderse bajo las sábanas.

—Ah, Rose, basta ya —protestó Ruby tomándole una mano y tirando de ella para llevársela—. Has armado un escándalo, menos mal que Juliet ya se

marchó, cuando se entere me va a sacar los ojos.

Rose tironeó y terminó por zafarse. Se plantó frente a Ariadne de nuevo, quitándose las lágrimas y frunciendo el ceño.

—Ya no te doy a mi mamá ni a mi hermanito, no te los comparto nada. Mejor quédate sola.

—Ya basta —la cortó Trevor.

—Sus papás se murieron y su hermanito también. La dejaron sola porque es mala y así se va a quedar. ¡Sola, sola, sola! Ninguno la quería, por eso se fueron.

Tenía que ser hija de Ruby Gardiner. ¡Hija de Ruby Gardiner! Por fortuna su madre reaccionó y le pegó un tirón para llevársela de una vez por todas.

—Lo siento, Ariadne. Lo siento mucho —farfulló alejándose.

Trev rodeó a una estupefacta Ariadne con un brazo y la apretó contra su cuerpo. No sabía qué decirle, todo eso era su culpa, consolarla no era suficiente. Ella se había quedado de piedra, aún no parecía haber reaccionado.

James dio dos palmadas y envió a todos a sus asuntos con unas simples y amables palabras. Siempre tan eficiente y simpático. Liv se giró despacio hacia Ari. Seguía con una mano apoyada en su brazo y no la quitó.

—Lo siento mucho. Esta vez se sobrepasó, no sé... no sé qué decirte, Ariadne. Rose es muy impulsiva, como mi hermana, y un poco cruel cuando quiere. No tiene excusa, pero...

—Está bien, está bien. No... No te preocupes por mí. Es solo una niña, es mi culpa, no debí contarle nada, supongo —contestó contemplando el piso.

Liv miró a Trev.

—Deberías llevarla a casa. ¿Puedo ayudar en algo? ¿Quieres que James los lleve?

—Traje mi coche —señaló él—. Gracias, Liv.

Ella asintió y los dejó pasar. Ninguno de los dos miró hacia los costados, Trevor tampoco dejó de rodearla con su brazo, y Ari ni pensó en la imagen que estaban ofreciendo.

Solo tenían que salir de ahí.

CAPÍTULO 12

El trayecto desde la fiesta a su casa había sido una tortura. Trev se moría por decirle algo, pero no estaba seguro de que sus palabras fueran bien recibidas. Todo eso era su culpa, Rose no lo habría hecho si él hubiese sido lo suficientemente responsable como para cortar de raíz con sus caprichos. Tampoco sabía qué decirle a Ariadne. ¿Lo siento? De alguna forma no parecían las palabras adecuadas, el mal momento ya había pasado, no podía borrarlo aunque quisiera.

¿Cómo se había salido todo de control así, tan rápido? En un momento estaba disfrutando ese exquisito baile con la mujer que lo tenía loco, desplegando una magnífica técnica de seducción que había terminado por atraparlo a él también, y al instante siguiente se había visto enredado en lo que podría haber sido una escena de película. Una en la que la exnovia resentida se lanzaba contra la nueva novia y arruinaba su vestido con pastel de chocolate.

Lo más absurdo era que no tenía exnovias celosas capaces de causar semejante alboroto, ese jamás debería haber sido su problema. El pueblo entero iba a enterarse, por la mañana no habría nadie en los alrededores que no lo supiera, ni del espectáculo que se había armado casi al final de la boda de Juliet y Keaton, ni de la desafortunada vida de «la joven que acompañaba a Trevor Johnson», como había oído a muchas cotillas decir esa tarde.

Cuando llegaron a la casa, Trev no se bajó del coche, sino que abrió el portón automático del garaje. Se estacionó en el fondo dejando lugar para el otro auto en el que llegarían sus padres y, al final, todo se quedó en silencio

cuando detuvo la marcha.

Se dejó caer contra el respaldo de la butaca en la que se encontraba y giró la cabeza para contemplarla.

—Si vas a disculparte, es mejor que no lo hagas —musitó ella mirándolo de soslayo.

—Ari...

—No, no. Lo que sucedió no fue tu culpa —explicó y sonrió cuando él hizo una mueca—. Bueno, en parte sí lo fue, pero no te culpo. Es una niña, a veces dicen cosas sin saber el daño que pueden causar. Tampoco puedo culparla a ella, ¿no?

Trev no estaba seguro de que Rosie no supiera que causaría daño, más bien creía que justo ese había sido su objetivo.

—Cualquiera lo habría hecho y con toda razón.

Ari sacudió la cabeza y llevó la mano a la manija de la puerta.

—Hace frío, ¿entramos a la casa?

—Sí, sí —respondió medio aturdido por el cambio de tema. Él se dedicaba a intentar comprender cómo se sentía en ese momento, y ella huía, frustrándolo, o quizá, si lo veía desde otro lado, les estaba dando una respuesta a sus interrogantes.

Le había afectado mucho más de lo que decía y mostraba. Y no podía molestarse, él hacía lo mismo e incluso peor, le ocultaba todo y de manera descarada. Dejaba que ella viera lo que le convenía.

Siendo tan egoísta lo mejor que podría haber hecho habría sido dejarla

tranquila, que se encerrara en su mundo y permitirle pensar que le creía y que todo estaba bien, como ella aseguraba.

Pero no lo hizo.

Por supuesto que no pudo hacerlo. Parecía que ese día no tenía control sobre nada, ni siquiera sobre sí mismo.

Se bajó del auto y la alcanzó cuando estaba entrando a la casa por la puerta que conectaba la cocina con el garaje. Se detuvo cuando llegó hasta ella, y se limitó a seguirla sin ser capaz de impedir que sus ojos fueran directo a su espalda y más abajo.

Estaba espléndida, recordaba haber tenido su mano sobre esa piel descubierta y, por el solo hecho de pensarlo, sintió que le picaba por volver a posarse allí y presionarla contra su cuerpo.

—Espera aquí —le dijo cuando llegaron a la sala principal.

—¿Esperar a qué? Trevor, estoy cansada...

—Solo un momento, por favor —pidió deteniéndose por un segundo para acariciarle los brazos sin poder contenerlo—. Espera aquí, enseguida vuelvo.

Ari asintió, pero en cuanto Trevor desapareció y se quedó sola, casi en medio de una pálida oscuridad, tuvo que sentarse en el sofá más cercano. A pesar de haber fingido que estaba bien frente a Trevor, porque no quería lucir como una debilucha llorona, se moría de ganas de encerrarse en su cuarto y hacer eso mismo: llorar.

Le habían dolido muchísimo semejantes palabras en la boca de una niña. La había agarrado tan desprevenida que la golpeó diez veces peor. No debería

haber bajado las defensas, no lo hacía nunca, pero con ese baile...

Una melodía comenzó a sonar bajito, aunque logró reconocerla enseguida, y a pesar de su humor, le sacó una sonrisa.

«The way you look tonight».

Trev no tardó en aparecer. Ya no llevaba el saco ni la corbata, solo la camisa y dos vasos de cristal en la mano. Sin decir nada, se paró frente a ella y le extendió una copa. Ari lo aceptó y le dio un trago mientras volvía a ponerse de pie tomando la mano que él le ofrecía.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—Solo quiero terminar lo que comenzamos —compuso dejando el vaso en la mesilla junto al sofá, al igual que ella. El perfume de esa mujer lo embriagaba tanto que no necesitaba empeorarlo con alcohol—. Es lo justo, ¿no crees?

Ariadne arrugó la nariz y se miró el vestido manchado y arrugado.

—No creo que sea posible, mírame. Estoy hecha un desastre.

Trev movió la cabeza hacia los lados y procedió a deslizar una mano por su cintura. No habría podido aguantarse otro minuto más, lo necesitaba.

—Estás perfecta. No estoy mirando el tonto vestido, la única que me importa eres tú.

—Mentiroso —dijo, aunque igual aceptó que la acercara a su cuerpo y hasta que condujera sus manos al cuello de él. En esa posición estaban mucho más cerca de lo que deberían, pero no le dio importancia. Necesitaba que la reconfortaran, incluso si Trevor no sabía lo que significaba para ella.

La música dictaba que se movieran más rápido, pero ninguno de los dos atisbó a hacerlo. Apenas se balanceaban, conscientes solo el uno del otro, y nada más. No llevaban cuenta de que sus pies casi ni se movían, eran sus cuerpos los que se mecían al unísono.

Trevor disfrutó de poder tocarla como tanto ansiaba, y como era lógico, más tenía, más deseaba. No era suficiente, necesitaba más. Así que comenzó a arrastrar una de las manos abiertas que tenía sobre su espalda, sin embargo, cuando ella habló mirándolo a los ojos, que tenía tan cerca, tuvo que detenerse.

—Me alegra que estés aquí esta noche, gracias por esto.

—No tienes que agradecerme, nada malo habría sucedido si hubieses estado con otro hombre.

—¿Con Brad, por ejemplo? —preguntó con una risita.

—Tal vez, pero eso nunca vamos a saberlo —contestó con un gruñido.

—No sé por qué te molesta. Ni siquiera le gusté tanto como para pedirme un baile.

—Yo creo que tenía la intención de hacerlo, pero mi madre no le dio lugar —comentó.

—No, un hombre interesado no se dejaría amedrentar por nada. Si de verdad lo hubiese estado, lo habría intentado con más ímpetu.

Complacido, Trev frunció el ceño y se inclinó un poco más hacia ella, si eso era posible.

—¿Estás diciendo que un hombre debe ser insistente para que valga la pena?

—Perseverante sería la palabra.

Se declararía loco si esa voz tan seductora no estaba hecha para tentarlo, si el cuerpo ardiente de ella no estaba reclamándolo. Deslizó el pulgar por su cuello, sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Qué tan perseverante?

—Depende —contestó Ari con un déficit de aliento producto de su toque.

—¿Depende de qué? —insistió hablándole tan cerca que sus labios llegaron a rozarse.

Ari se estiró hacia atrás, como si su mente quisiera darle batalla a lo que sentía.

—Trevor...

Él no permitió que la razón ganara.

—Ariadne —articuló acariciándole las curvas de la boca, y la instó a separar los labios, persuadiéndola para que aceptara que su lengua la invadiera en ese beso que parecía que hacía décadas esperaba.

Ari sintió que se derretía. Él había logrado traspasar la capa de hielo con la que usualmente se cubría como si fuese su protección... Y entonces dejó que la besara. Había vencido su resistencia, y Ariadne tuvo que reconocer que le había gustado. No había puesto un refuerzo a su barrera, no deseaba hacerlo.

El ambiente se electrificó y Trevor profundizó el beso dando el primer paso... Hasta que escuchó un ruido que le hizo perder toda la concentración y lo alertó al reconocer de dónde provenía.

Se obligó a soltarla con tanta reticencia que le dolió.

—Vamos arriba —tuvo que decir sintiéndose como un adolescente. Ella estaba tan absorta que casi no lo oyó hasta que agregó:—. Mis padres llegaron.

—¿Qué? Ay, no, si tu madre nos ve...

—Lo sé. —Sonrió, y se le escapó una risa que se acentuó cuando ella lo golpeó en el brazo—. Ven, vamos. Agarra los vasos y tu cartera.

Ella obedeció y lo miró de reojo agachándose a juntar todo.

—¿Y tú qué vas a llevar?

—A ti —respondió con simpleza.

No perdió tiempo en cargarla con facilidad y dar grandes zancadas para subir los escalones de dos en dos.

En medio de la sorpresa, Ari no supo cómo pudo sostener los vasos sin derramarse todo el licor encima cuando él la aupó y comenzó a moverse.

—Se supone que tienes que besarme y volverme loco, mientras yo, un caballero romántico, te cargo hasta la cama.

—¿Qué? —Esta vez sí estuvo a punto de tirar todo.

Guardó su risa y le robó un beso mientras ella estaba contemplándolo incrédula por su broma anterior, aunque chiste a medias, porque le habría gustado mucho que lo hiciera.

—¡La música! —exclamó—. No apagamos la música.

—No importa, quizá la aprovechen. Son muy románticos, aunque no lo parezcan.

La bajó en la puerta de su habitación y tuvo la excusa perfecta para entrar

junto a ella cuando oyeron la voz de su madre aproximarse. Cerró la puerta detrás de él y le dio una vuelta de llave.

Ari lo miró luego de dejar los vasos sobre la mesa de luz, y la cartera en una silla.

—¿Qué haces? Esto no está bien, Trevor...

El aludido se dio prisa para poner un dedo en sus labios.

—Calla —susurró dando un paso hacia adelante y encerrándola entre sus brazos—. Lo estábamos haciendo muy bien allá abajo. No dejes que esa interrupción acabe con el momento.

—El momento ya pasó, un instante de irracionalidad.

Él sacudió la cabeza y miró hacia el techo.

—Dejarse llevar por el deseo no es ser irracional, es ser humano.

Ari apoyó las manos en su pecho, batallando entre empujarlo o atraerlo hacia ella. Trev no la dejó elegir, volvió a capturar su boca y robarle la respiración sin permiso. Pero ella lo aprobaba, supo que no tenía ninguna queja cuando subió los brazos y se colgó de su cuello presionando todo su cuerpo contra el de él.

Fue entonces cuando perdió las pocas reservas que le quedaban.

Le recorrió la espalda con las manos abiertas tratando de abarcarlo todo. Los dos se movían tan rápido que cualquiera podría haber dicho que no lo estaban disfrutando, pero al menos él lo hacía mientras exploraba con ansias toda su piel y los contornos de su figura.

Ari hizo lo mismo, no lo pensó, no pensó en lo mucho que probablemente

lo lamentaría luego, solo sabía que si no lo hacía se arrepentiría aún más. Le desprendió los botones de la camisa con los dedos torpes, aunque eficientes, y él dejó de tocarla para quitarse los gemelos que cayeron al piso junto con la prenda.

Su boca abandonó la de ella y serpenteó por su cuello. Había alucinado casi toda la tarde con hacer eso, y sintió una descarga de placer instantáneo cuando lo logró. Con el cabello peinado hacia un lado lo había provocado sin piedad, aunque no lo supiera. También buscó a tientas la forma de desprenderle el vestido. Sabía que no se ataba porque en algún momento de la boda había fantaseado con quitárselo y estudiado esa parte en detalle. Fue por eso que no le costó encontrar el diminuto botón debajo de su nuca y terminar tirando del resto de la tela para bajarla.

Casi cayó sola hasta la cintura, y Trev se maravilló al descubrir que no tenía sostén. Por muy extraño que pareciera, no se había percatado de eso antes. Y gracias a Dios, porque se habría torturado el doble de haberlo hecho.

Ari sintió que el corazón que golpeaba contra su pecho podría haber chocado contra el de Trevor, que hacía lo mismo. Abrió los ojos y observó extasiada la forma en la que él la estaba contemplando con adoración. Se sintió un poco cohibida, pero no tanto como para intentar cubrirse. Decidió hacer lo mismo, y le acarició el pecho raspándolo con las uñas a medida que descendía hasta el cinto y el botón de su pantalón. No le costó nada desabrocharlo, pero él fue rápido en su reacción y la detuvo antes de que pudiera tirar de estos hacia abajo.

Terminó por quitarle el vestido junto a la ropa interior, que cayeron formando un círculo alrededor de sus pies. La levantó, tomándola por la cintura con los dos brazos, y sus zapatos provocaron un pequeño ruido acusador cuando tocaron el suelo. Giró con ella e hizo varios pasos hasta

lograr acostarla en la cama, desde donde Ari lo observó deshacerse del resto de su ropa apoyando los codos en el colchón.

Desnudo por completo, tanto como ella que solo tenía unos aretes que se quitó al recordarlos, Trev se puso de rodillas y le tomó una pierna comenzando a besarla desde el tobillo.

—¿Qué haces? —gimió moviendo la pierna para recuperarla.

—*Shh*, solo siente y déjate llevar —musitó sin soltarla ni descuidar su trabajo.

Ella lo hacía, estaba sintiéndolo todo. En sus entrañas que se apretaban con cada roce, en su garganta que se cerraba con cada estremecimiento y en cada terminación nerviosa que él lograba excitar.

Como lo hizo con sus piernas, también se deleitó con el resto de su cuerpo. La atormentó como si estuviera desquitándose por lo que había sentido desde que la había visto esa tarde. Pero fue una tortura dulce, deliciosa. Hizo que se retorciera bajo caricias y besos, exploró su cuerpo hasta el cansancio, la llevó hasta el límite y la trajo de regreso. Y fue cuando estuvo dentro de ella, consumido por la pasión, que supo que jamás volvería a sentirse así con ninguna otra mujer. Sin importar lo que ocurriese por la mañana, esa noche no se borraría de su memoria, y con cierto recelo, temió que tampoco de su corazón.

CAPÍTULO 13

Trevor se fue despertando poco a poco, y de la misma forma, recordando dónde estaba y cómo había terminado ahí. También se percató de la mujer que tenía durmiendo plácidamente con la cabeza sobre su pecho. Trató de no moverse mucho para no despertarla, y continuó abrazándola.

Pensó en lo que había sido esa noche, soltó un suspiro de placer ensimismado en los recuerdos y besó a Ariadne en la frente. Había sido mágico, pero mucho se temía que no volvería a repetirse. Por lo menos no en un futuro próximo. Tenía claro que por parte de ella había sido un momento de debilidad y cuando despertara, huiría sino espantada, mortificada.

O eso era lo que creía. No estaba seguro.

Muchas veces antes ella había recalcado la importancia de ese trabajo y que no podía arruinar su oportunidad por involucrarse en una relación inapropiada. Lo máximo que podría esperar mientras fuera su jefe sería una linda amistad. Mucho menos de lo que le habría gustado, pero quizá lo más conveniente para los dos.

Él no era bueno para ella, no podría hacerla feliz como merecía. Ari necesitaba un hombre mejor, un hombre que no tuviera tantos demonios revoloteando a su alrededor, todas esas sombras del pasado que lo devorarían en algún momento. Además, podía quererla, sabía que no le había costado tomarle cariño y ese mismo podría crecer en el futuro, pero ¿amarla? No se creía capaz de amar a nadie más después de Liv, a la que todavía no había superado, y no sería justo para Ariadne ofrecerle algo menos que un amor honesto.

Debía levantarse e irse de esa cama, de ese dormitorio. Pero ¿qué sentido tenía? Los dos tendrían que seguir viéndose por la tarde, y al día siguiente. Ninguno se beneficiaría si huía como un criminal.

Entonces, permaneció ahí, disfrutó su calor y le proporcionó el suyo. Hasta que Ari comenzó a despertar. Se movió, ronroneó por la claridad y en un momento se quedó estática. Trevor supo exactamente cuando ella tomó plena conciencia de todo.

Murmuró algo por lo bajo, que él no llegó a comprender, pero el tono que utilizó lo hizo reír.

—Estás despierto —dijo con la voz amortiguada por su pecho.

—Hace casi una hora —compuso sonriendo—. Eres una dormilona. Eso o que anoche hiciste algo que te dejó muy cansada.

Ari levantó la cabeza y lo miró indignada por sus palabras.

Trev no pudo evitar alzar una mano y tocarle el cabello enmarañado.

—Dios, Ari, eres tan hermosa. Justo ahora haría que te pinten, así, solo con esa sábana para cubrirte.

Ella se sentó en la cama cubriéndose con la dichosa sábana. Aunque no había mucho que ocultar, no había nada que él no hubiese visto, tocado o besado.

Dejó esos pensamientos atrás, le tomó la muñeca y se la bajó.

—Trevor —musitó, cerrando los ojos y dejando escapar un suspiro antes de volver a abrirlos—. Esto está mal, muy mal. No debería haber ocurrido, y no volverá a pasar.

Cuando él abrió la boca para responderle, Ari esperó que intentara convencerla de lo contrario, y cuando no lo hizo, se sintió un poquito decepcionada.

—Lo sé —contestó él.

—¿Sí? ¿Lo sabes?

—Claro —comentó con una sonrisa triste—. Aunque no estoy del todo de acuerdo contigo. No me arrepiento, creo que ocurrió porque tenía que suceder. Fue la mejor noche que he pasado con una mujer en mucho tiempo, no tienes idea de lo mucho que lamento no poder volver a repetirlo. Ahora sé honesta y dime, Ariadne, ¿de verdad te arrepientes?

Lo contempló con la cabeza ladeada hacia un costado, los ojos hinchados por las pocas horas de sueño y los labios todavía un poco inflamados.

—No —dijo al fin—. No me arrepiento.

El pelinegro amplió su sonrisa y se inclinó para besarla en la frente antes de salir de la cama, de otra forma ganarían sus impulsos y deseos, y volvería a tomarla una vez más. No habría pegas, ella no se negaría si la persuadía lo suficiente, los recuerdos de esa noche aún estaban flotando en el aire, listos para ser revividos.

Ari lo observó mientras se cambiaba y juntaba la ropa desparramada en la habitación. Solo se colocó el pantalón y llevó todo lo demás hecho un bollo bajo el brazo. Se asomó por la puerta y comprobó que el pasillo estuviera despejado antes de salir. Se giró una última vez y le guiñó un ojo al cerrar.

Ariadne se tiró en la cama cuando estuvo sola. Las sábanas olían a Trevor. Podría ser su perfume, su desodorante o sencillamente su piel, no lo sabía, pero era su marca, era él.

Se masajó las sienes apretando los párpados. No había mentido cuando dijo que no se arrepentía, sería un crimen negar que había disfrutado cada cosa que habían hecho. No tenía mucha experiencia con hombres, las pocas veces que había tenido ese tipo de contacto habían sido casi deplorables, insulsas. Los que había conocido antes que él palidecían en comparación, eran solo niños, jóvenes inexpertos que no tenían idea de lo que hacían.

Rezó para que ese arrebató de pasión y descontrol no terminara por arruinar el trabajo de su vida. Creía que si los dos eran los adultos que aseguraban ser, podrían manejarlo. A la larga él lo olvidaría, tenía tantas mujeres disponibles que esa noche se iría borrando de a poquito de su cabeza y ella fingiría lo mismo. Podrían volver a esa supuesta amistad que tenían, y continuar con la relación profesional hasta que Kassie regresara y ella consiguiera un nuevo puesto o la recomendación que necesitaba.

Cuando Ari llegó a la cocina luego de tomar una ducha, el delicioso aroma a café llenó su nariz y al entrar se encontró con una sola persona. Trevor, por supuesto.

—¿Dónde están los demás? —preguntó.

—Durmiendo.

Sin poder evitarlo, sonrió y lo miró atenta.

—¿Has preparado el café tú solo?

—¡Hey! —exclamó—. Puedo preparar un café decente sin la ayuda de nadie. Adelante, Pruébalo. No está quemado, lo juro.

Él lo estaba tomando, así que no corría ningún peligro. Se sirvió una taza y se sorprendió al notar que en verdad estaba bueno. Asintió viendo que era lo que él estaba esperando.

—Está bueno, aunque no te des tanto mérito, la máquina hace la mayor parte del trabajo.

—Y tú no me lo quites, hay que saber usarla. ¿Puedes sentarte aquí?

Señaló una silla junto a la de él. Ari estuvo a punto de negarse, pero lo pensó mejor, racionó como la mujer madura que era y se acercó ocupando el lugar indicado.

Sé profesional, sé profesional, sé profesional, se repitió una y otra vez sintiendo el olor a su espuma de baño. Deseó que no le afectara tanto, ¿era mucho pedir? ¿Podía sentirse un poquito menos atraída? Solo un poquito...

—¿Qué estás haciendo? —dijo para distraer esas locas y traicioneras ideas.

—Intentaba hacer las reservas para el vuelo y recordé por qué te contraté en primer lugar. —Señaló la pantalla del ordenador—. Es un trabajo imposible para mí, no tengo paciencia.

Ella podía recordar otros ámbitos en los que sí tenía mucha paciencia.

—¿Quieres que haga las reservas? —preguntó mirando la página—. ¿Este es el vuelo?

—No lo sé, eso creo.

—¿Mañana?

Ver la fecha la sorprendió, ¿se iban tan pronto? Había contado con que se quedarían, como mínimo, una semana más.

—Sí, no hay nada más que hacer aquí. Nos despediremos y mañana por la noche nos largamos.

Ella asintió y no emitió opinión alguna.

Trev la observó hacer las reservas con eficiencia, ingresar todos los datos necesarios y pagar con la tarjeta que él había dejado sobre la mesa.

Mientras se daba una ducha fría, Trev había decidido que lo mejor era volver a la ciudad. Estando ahí solo corría peligro de que ella se enterara de todo lo que luchaba por ocultarle. Era un riesgo innecesario.

La boda había pasado y tenían trabajo que hacer. Lamentaba no poder pasar más tiempo con Emilie, la única con la que en verdad disfrutaba y no se sentía incómodo.

—Listo —anunció Ari—. Supongo que tengo que comenzar a empacar. ¿Crees que pueda encontrar una tintorería para que intenten arreglar el vestido?

Trev arrugó la nariz y le tocó el dorso de la mano que tenía apoyada en la mesa casi sin pensárselo.

—Encontrarás una mejor en la ciudad. La señora Alberts se ocupa de esas cosas aquí, pero dudo que pueda ayudarte.

—Pero no voy a llevarme el vestido, tengo que devolvérselo a tu madre o a tu tía antes de irnos.

—Ari, todo lo que te dieron fue un regalo. Acéptalo, no las ofendas intentando regresárselos. Solo vas a perder tu tiempo, no lo aceptarán. Hay un lugar en Nueva York que será perfecto. Kassie te dará la dirección si es que

no la tienes ya, es adonde llevaba todos mis trajes. Se ocupan de la ropa de fiesta y esas cosas.

—¿Llevar tu ropa a la tintorería entra dentro de mis obligaciones?

—Solo *ese* tipo de ropa. De lo demás se ocupa la mujer del servicio. ¿Kassie no te lo dijo? —preguntó lo último con la voz cargada de humor.

—Parece que lo olvidó —respondió entre dientes.

¿Qué seguía? ¿Ir al súper por él? ¿Tal vez acompañarlo a la peluquería?

—Bueno, después de anoche no debería importarte ver toda mi ropa, viste mucho más que...

Ari levantó una mano y lo cortó.

—¡Señor Johnson, compórtese por favor!

Trev solo rio, y asintió tratando de parecer lo más solemne posible.

—Tienes razón, lo siento. Voy a ver a Emilie, ¿quieres venir?

—No, no. Ve tranquilo, comenzaré a empacar.

Con suerte, alejándose de él por un par de horas tendría tiempo y lugar para quitarse esa... necesidad de lanzarse de nuevo y besarlo.

Emilie apoyó el brazo en el respaldo del sofá en el que estaban sentados, y miró a su primo con una expresión que rondaba la decepción.

—Estás huyendo de nuevo —le dijo sin rodeos.

Él sacudió la cabeza.

—Solo regreso a casa a trabajar, Em.

—¿A casa? Creí que tu casa estaba aquí, cerca de tu familia, cerca de mí. Lo que no entiendo es de qué o quién estás huyendo ahora. Tu madre y la mía se marchan esta tarde, tendrás el lugar libre.

—Tú siempre serás mi mejor amiga, Emilie, la única persona en la que puedo confiar, pero este lugar ya no es mi casa. Ya no me siento cómodo. No puedo ser quien quiero y dejar el pasado atrás cuando el mundo insiste en recordármelo a cada segundo. No sé cómo lo haces tú, tal vez porque Olivia te perdonó y entonces todos decidieron hacer lo mismo.

Emilie se le acercó y apoyó la cabeza en su hombro envolviendo su brazo alrededor del de él.

—No digas eso, Liv tiene un corazón muy grande y ha pasado tanto tiempo, tantas cosas... Estoy segura de que ella te ha perdonado, aunque no lo hayan hablado. Sabe que no eres el mismo, todos lo sabemos. ¿Crees que no se nota, Trevvie?

—Incluso si me perdonara... —continuó—. ¿Qué importancia tendría? Ella está con tu hermano, y es feliz con él. Cuando podría haberla recuperado hice todo mal y la perdí, para siempre.

—No vale la pena seguir apenado por eso, por supuesto que ella está con James y se aman. Tú tienes que hacer lo mismo, seguir adelante. Encontrar a alguien más, formar una familia. Te vi bailar anoche con Ariadne, la forma en que la mirabas... y ella no parecía indiferente.

—¿No, tú también! Justamente hoy no estoy dispuesto a hablar de eso. Vine aquí para distraerme y ale... —Se detuvo al darse cuenta de que estaba

hablando de más.

Los ojos de Emilie se abrieron de par en par y esbozó una sonrisa igual de emocionada.

—¡Trevor! —soltó dándole un golpe en el brazo—. ¡Eres un... pícaro! ¿Tú y ella...?

—¡Emilie! No vamos a discutir ese tipo de asuntos. ¿Podemos hablar de otra cosa? —rezongó malhumorado.

Ella lo ignoró.

—¿Estás enamorado de Ariadne?

La pregunta lo tomó por sorpresa.

—¿Qué? No, Em, no.

—Pero te gusta, a mí no puedes mentirme. Te conozco demasiado.

Sabiendo que no iba a ganar esa batalla y ella iba a exprimir hasta la última gota de información, incluso en contra de su voluntad, Trev terminó por rendirse y relajó el cuello en el respaldar del sillón.

—Ariadne ha tenido una vida difícil. Está sola en el mundo y aun así ha luchado por salir adelante sin ayuda de nadie. Lo que siento por ella es una gran admiración, y no voy a negar que me atrae, porque lo hace, y mucho. Pero eso es todo.

—Es un buen punto de partida —comentó la rubia.

—Sí, para mantenerme alejado de ella. Emilie, ¿no lo ves? ¿Cómo podría un hombre como yo ser lo que ella necesita? Se merece algo mejor y estoy seguro de que va a encontrarlo.

—¿Por qué te subestimas tanto? Si yo hubiese pensado de esa forma hace ocho años, jamás habría llegado a formar la familia que tengo. No fuiste el único que hizo cosas malas, Trevor, todos cometimos errores, Fred, Ruby, yo... Y míranos, hemos seguido adelante. ¿Sabes por qué? Porque nos perdonamos a nosotros mismos. No fue fácil, no voy a mentirte, pero valió la pena.

—Y estoy muy feliz por ti, merecías ser feliz —dijo poniéndose de pie, listo para marcharse. Esa no era la charla que buscaba cuando llegó.

—Y tú también —insistió ella viendo como huía una vez más, aunque no lo detuvo. Se detendría solo cuando tuviese que hacerlo—. Estás a tiempo, Trev. No seas un tonto, no dejes pasar esta nueva oportunidad. Lo acabas de decir, perdiste la primera y nunca pudiste recuperarla. ¿Qué vas a hacer si pierdes esta también? Vivir lamentándose no es una buena forma de pasar tus días.

Ari miró a Liv, que la esperaba sentada en el sofá de la sala, y se acercó a ella. La señora Edison le había avisado de la visita y había tenido que dejar de ordenar su maleta para bajar. Podría ser la última vez que se la encontrara, así que no iba a negarse por poco atractiva que le resultara la idea de tener una conversación con ella.

—Olivia —saludó llamando su atención.

—Hola —dijo Liv en respuesta—. Hola, Ari.

—La señora Edison dijo que me buscabas.

—Solo quería ver cómo estabas, después de lo de anoche me quedé preocupada por ti —explicó Liv—. Rosie es un poco impulsiva, pero no es mala. Creo que por ser la primera la malcriamos demasiado.

Ariadne se sentó a su lado. Estaban solas, era una suerte que ni la madre, el padre o la tía de Trevor hubiesen salido de su habitación todavía. No se creía capaz de verlos a los ojos sabiendo que se había acostado con Trev con ellos en la casa.

—Ya lo sé, anoche me tomó por sorpresa, pero ya estoy bien.

Liv la contempló en silencio, como si deseara decir algo pero no se atreviera.

—Mira, esto es muy incómodo, tengo la sensación de que no te agrado. Solo pasé por aquí para comprobar que estabas bien, no pienses que quiero entrometerme entre tú y Trevor.

Ari se guardó un suspiro. ¿Estaba siendo tan desagradable como para transmitir ese mensaje?

—No, no hay nada entre nosotros y me disculpo si di la impresión equivocada.

Liv esbozó una sonrisa sosegada.

—Si tú lo dices, te creo. Pero no juzgues a Trevor por lo que sucedió en el pasado, estuvo mal, pero ha cambiado, es un hombre diferente ahora, todos lo sabemos. Y le deseo de corazón que sea feliz, no creas lo que dice la gente del pueblo, estoy segura que has oído muchas cosas.

—La verdad es que no tantas —contestó Ariadne siendo sincera, todo lo que había oído eran murmullos a medias—. No tengo la menor idea de qué

fue lo que hizo, lo único que creo haber entendido es que tuvo algo que ver contigo.

Liv hizo silencio, probablemente pensando en lo mucho que se había equivocado al hablar.

—Oh, bueno —musitó alargando la última «o» y poniéndose de pie—. Entonces, creo que yo debería dejar de hablar.

Otra decepción. Ari había creído por un segundo que al fin iba a saber la verdad.

Asumiendo que ese día no lo sabría, asintió observando a Liv, que parecía a punto de marcharse. Pero ella se volvió a mirarla, con sus grandes ojos marrones que se veían sinceros y risueños todo el tiempo, llenos de paz.

—¿De verdad no te gusta Trevor ni un poquito? —susurró acercándose a ella y tomándole una mano—. Hacen una pareja tan linda, y le has caído bien hasta a Katherine y Alice, ¿tienes idea del logro que significa eso?

—No somos una pareja, Olivia, es mi jefe. Necesito este trabajo, no puedo correr ese riesgo, ¿entiendes? He tenido demasiada suerte en conseguir este puesto como para arruinarlo, no quisiera volver a servir cafés o estar como empleada en una tienda de ropa de segunda.

Liv asintió, comprendiendo.

—Eres una gran mujer, te admiro. Está bien que pienses en tu futuro, pero no todo es trabajo.

Trevor abrió la puerta de la casa y enseguida oyó una voz que reconocería en cualquier lugar.

Despacio avanzó por ese corto pasillo de un metro y entró en la sala principal. Como había predicho, Liv estaba allí, con Ariadne. Trató de lucir lo menos sorprendido posible, pero no le resultó. Entonces, quiso verse más animado, pero eso tampoco salió muy bien. La conversación con Emilie no había funcionado para relajarse, todo lo contrario.

—Liv, qué sorpresa verte por aquí.

—Hey —saludó ella—. Lo es, ¿no? Pasé a ver cómo estaba Ari, después de anoche me quedé preocupada. Estoy segura de que mi sobrina vendrá a disculparse, Ruby estaba muy enojada. Eso fue demasiado.

—¿Y tu hermana se asombró? Rosie no podría parecerse más a ella si quisiera.

Olivia soltó una risa.

—Y lo reconoce, créeme. De cualquier modo, estuvo muy mal. Te aseguro que, si no es Rub, Robin la hará entrar en razón.

—Pasaré a verla antes de marcharme, también tengo algo de culpa en todo eso.

—¿Marcharse? —inquirió alzando las cejas—. ¿Piensan irse pronto?

—Mañana.

Liv fundió los labios en una fina línea, y Ari creyó saber en lo que estaba pensando.

Huye de nuevo

—Bueno, entonces pasaremos a despedirte con James y los chicos. Es una lástima, casi ni te hemos visto.

—Hay mucho trabajo esperando.

—Seguro que sí, por suerte tienes a Ari para ayudarte. —Tomó una profunda inspiración y se dispuso a marcharse—. Me voy, dejé a James solo con los niños.

—Adiós —saludó Ari dando unos pasos atrás. Después se volvió para subir la escalera cuando los dos desaparecieron de su vista.

Trev, en cambio, acompañó a Liv hasta la puerta, y ella terminó por frenarlo antes de que la abriera. Colocó una mano sobre la de él, que posaba sobre el picaporte, e hizo que la mirase.

—Has estado evitándome desde la última vez que hablamos —lo acusó—. Ya sé que nuestra relación no es lo que se dice cómoda, pero no tienes que alejarte tanto de tu familia por mí. Me haces sentir culpable.

Él rio, irónico.

—Hacerte sentir culpable está lejos de ser mi intención, es todo lo contrario. Y no es solo por eso, Liv. Voy a repetirte lo mismo que acabo de decirle a Emilie, este pueblo ya no es mi casa. No puedo vivir en un lugar donde todos creen que soy un demonio cuando cada día me esfuerzo por ser una mejor persona.

—Te diría que no importa lo que los demás digan, pero sé lo mucho que duele. Es imposible ignorarlos. Al menos estaremos tranquilos sabiendo que tienes buena compañía en tu querida ciudad.

El tono de la conversación cambió con la última frase, a pesar de lo mal que le había caído la primera parte, y se obligó a sonreír.

—Muy buena.

—¿Te gusta? —preguntó, directa—. Anoche noté que había algo más entre ustedes de lo que demuestran, y no solo por lo que dijo Rosie.

—Que no fue cierto —aclaró—. Y nos llevamos mejor de lo que podría haber esperado, pero Ariadne está decidida a no permitir que nuestra relación vaya más allá de lo laboral. Y puede que esté en lo correcto, ¿no te parece?

—¿Por qué? Acabas de decir que te esfuerzas por ser una mejor persona cada día, y eres guapo y exitoso en lo que haces. Tienes una familia grande y buena, que no le vendría nada mal a alguien que no tiene una propia. Si te gusta, ¿por qué no la conquistas? Hazla cambiar de opinión, sé que eres capaz de hacerlo.

—¿Cómo lo hice contigo?

—Como lo hiciste conmigo —coincidió bajando la voz—. Porque no fue todo ficticio, ¿no? Todo lo que me dijiste, quiero creer que un poquito de todo eso fue real, cuando me mirabas a los ojos no podías estar mintiendo.

Él sabía que no valía la pena recordarlo porque les hacía daño a ambos, pero si ella preguntaba tampoco podía negarle una respuesta.

—Y lo fue, fue real. Yo te quise, Olivia. Mi único error fue ser tan débil como para dejar que ganara el odio entre nuestras familias, y un idiota como para creer que haría alguna diferencia, que lastimarte me otorgaría algún reconocimiento por parte de mis padres.

—Si me hubieses explicado en ese momento, si me hubieras pedido perdón, te habría perdonado —compuso con lágrimas en los ojos. Hacía demasiados años que no pensaba en eso—. Yo te amaba, pero fuiste aún más imbécil después de eso, Trevor.

—Lo sé —concordó, dócil.

Liv sacudió la cabeza y se secó las lágrimas con el dorso de los dedos.

—Todo lo que estoy diciendo, no es para mortificarte. Lo que quise decir al principio es que sé que puedes ser el hombre que ella necesita, y si te lo propones, serás capaz de convencerla de eso.

CAPÍTULO 14

Ari se bajó del avión sin saber cómo sentirse por haber regresado. Era bueno volver a la normalidad, supuso. A su casa, a su cama, a su soledad. Lo que había cambiado era que ya no estaba tan asustada como cuando había llegado por primera vez a la ciudad. Ahora tenía un trabajo y sabía que el mes siguiente podría pagar el alquiler y las temidas cuentas.

Miró a Trev, quien había conservado un humor particular desde que habían salido de su casa. Le había parecido que estaba aliviado de marcharse aunque, por otra parte, no podía ocultar la tristeza que le había provocado dejar a su familia. En especial a Emilie, que los había llevado al aeropuerto y se había quedado con ellos hasta el último minuto. Estaban muy unidos, había observado Ari, solo con ella él parecía estar relajado. Sonreía más y de una forma auténtica, no había esa tensión que había detectado con el resto de la familia.

Le había gustado verlo así. Ahora sabía que estaba tan solo en esa ciudad como ella misma, aunque Trevor contaba con el consuelo de tener una familia en alguna parte, al menos. Admitía que sentía un poco de envidia; había extrañado a sus padres y a su hermanito mucho más viendo a toda esa familia junta.

—¿Te apetece ir a almorzar conmigo? Podemos dejar las valijas en mi casa y bajar al restaurante que hay a media cuadra —ofreció él saliendo de las inmediaciones del aeropuerto—. Yo invito, por supuesto.

Ari lo pensó bien. No debería aceptar, pero la verdad era que estaba hambrienta y su heladera vacía. Cuando llegara, tendría que ponerse a

ventilar todo para quitar el olor a encierro y humedad que debía haber después de tantos días de hermetismo.

Un buen almuerzo antes de comenzar no le vendría nada mal, así que asintió.

—Creo que sí, gracias.

Trevor sonrió complacido y siguió a su chofer, que los había estado esperando. Ese era un detalle del que se había ocupado la infalible Kassie.

—¿Feliz de estar de vuelta? —preguntó cuando ya estaban dentro del coche.

Ariadne lo observó sin decir nada. No tenía una respuesta para esa pregunta. ¿Estaba feliz de volver? No sentía ninguna emoción especial, ni felicidad ni amargura. A veces pensaba que cada día su interior se iba vaciando un poco más.

—Supongo que debería estarlo, pero no lo sé. No es que este sea mi hogar, todavía no logro considerarlo de esa manera. ¿Y tú? ¿No sientes melancolía por haberlos dejado a todos?

—Sí, algo. Los quiero, pero nunca me siento del todo cómodo con ellos. Excepto con Emilie, seguro que lo has notado. Ella es mi mejor amiga, me entiende.

Ari asintió y le sonrió. No agregó nada porque no tenía qué decir, y se giró para mirar por la ventanilla y contemplar el continuo ajetreo de la ciudad. Eso sí que no lo había extrañado, la diferencia era inmensa. El ruido, los atascos, las decenas de personas aguardando por cruzar la calle en las esquinas.

Trev, por su parte, prefirió deleitar su vista en ella. Era tan hermosa y

estaba tan llena de capas que a él le gustaría descubrir y hacer desaparecer... Pero solo era eso, un deseo. Tenía una batalla en su interior entre actuar en consecuencia o dejarlo estar y respetar lo que Ariadne le había pedido, que era a su vez lo que él había creído que era lo mejor para ella. Sin embargo, después de hablar con Olivia había empezado a dudar de todo. ¿Podría ella estar en lo cierto? ¿Podría convertirse en el hombre que una mujer como Ari necesitaba? Él, de todas las personas. Él, que había hecho tanto daño. ¿Podría redimirse lo suficiente y ser digno de ella?

Además, debía que tener en cuenta que Ariadne estaba determinada a mantener eso en un plano profesional. Los últimos dos días que habían pasado en el pueblo luego de esa noche mágica que habían vivido, había actuado como si no hubiese sucedido nada, incluso cuando él había dejado caer algún comentario o intento de broma en relación a ello. Mal por su parte, pero no había podido evitarlo.

¿Tendría ella los mismos recuerdos cuando se acostaba por la noche? ¿Daría vueltas en su cama pensando en él? Tuvo que sacudir la cabeza para despejarse. No quería que Ari lo notara, si pretendía ganársela, cosa que todavía no había decidido, ese no era el camino a tomar.

Tuvieron un almuerzo tranquilo, ella le hizo algunas preguntas sobre el trabajo y escuchó atenta sus respuestas. Quería ocultarlo, pero estaba nerviosa por volver a la oficina. Solo había estado allí una semana y luego se habían marchado al pueblo, donde las cosas eran muy diferentes.

Y ahora Kassie le dejaría su puesto por completo. Tendría que hacerse cargo de todo, que no era poco.

—No estés tan preocupada, te prometo que haré un gran esfuerzo por no

volverte loca el primer día —dijo cuando terminaron de comer y ella rechazó el postre.

—Estoy un poquito nerviosa —reconoció—. Es muy importante para mí hacerlo bien, me dirás si lo hago mal, ¿verdad?

Trevor sonrió, pero terminó asintiendo al ver la mirada ansiosa de ella. Ari no bromeaba. Tenía que admirarla por el empeño que ponía en cada cosa que hacía. Se esforzaba al máximo y daba todo de sí. ¿Se entregaría de esa forma a un hombre? O, mejor dicho, ¿sería capaz un hombre de ganarse ese corazón que protegía tanto?

—Por supuesto. Lo harás bien, Ariadne. Estoy feliz porque Kassie te haya buscado a ti, no podría haber hecho una mejor elección.

Ella sonrió algo tímida.

—Gracias, Trevor, espero no hacer que te arrepientas.

—Sé que no lo harás, confío en ti. Haremos un gran equipo.

—Sí... —murmuró—. Ahora debería irme, estoy cansada y tengo muchas cosas que hacer antes de que acabe el día. Seguro que tú también.

—Mi chofer te llevará.

—Oh, no, no. No es necesario —se apresuró a decir ella.

Trev pagó la cuenta y se levantó. Salieron del local y buscaron la maleta que habían dejado en el recibidor del edificio, al cuidado del portero, para no tener que subirla y volver a bajarla del departamento.

Ariadne vio que, a pesar de su negación, el chofer de su jefe estaba esperándola junto al cordón.

—De verdad no necesito que me lleven.

—Podrían robarte la valija. Al menos hoy, dame esa tranquilidad.

Ella suspiró; él tenía razón. Nunca le había parecido cómodo el transporte público de la ciudad, no con esa masa de gente que siempre llenaba todo, y no le iría mejor con el equipaje extra.

—Gracias —volvió a decir aceptando el viaje gratis, a pesar de no estar convencida—. Te lo agradezco mucho.

—Kassie usa uno de los coches de la empresa para trasladarse a la oficina y luego de regreso a casa, también podrías...

—No —lo cortó sin querer ser tajante. Después de todo, él solo intentaba ser amable—. No me sentiría cómoda.

Trev le dio esa tregua.

—Pero si algún día lo necesitas, lo utilizarás. Recuérdalo.

—Sí, jefe —consintió—. Entendido.

Soltó un suspiro y sonrió. ¡Era tan terca! Y a él le encantaba, aunque no lo obedeciera en cosas que solo la beneficiarían. La hacía diez veces más interesante ante sus ojos.

La sorprendió cuando se inclinó hacia ella y le besó una mejilla.

—Hasta mañana, Ariadne, descansa.

Ella se lo quedó mirando con los labios entreabiertos. La había desconcertado, pero se repuso, o fingió hacerlo, y se despidió con un simple «adiós».

Ari no quería pensar en lo que había significado, se lo repitió a sí misma

durante todo el trayecto hasta su casa y se obligó enfocar su cabeza en cualquier otra cosa.

Fue un viaje cómodo, demasiado. Si fuera más débil, con esa demostración terminaría por rendirse y aceptar el ofrecimiento de Trevor.

Le agradeció al chofer cuando le bajó la valija y se detuvo a contemplar la fachada de su edificio antes de entrar. Perder tiempo afuera no era seguro, eso lo tenía claro.

Cuando ingresó, fue directo al ascensor, estaba cansada como para subir por las escaleras con semejante peso, pero, para variar, el muy maldito no funcionaba. Así que después de subir siete pisos luchando con la maleta llegó a su departamento y entró. Lo primero que hizo fue lanzarse a la cama y cerrar los ojos. ¡Qué placer!

No duró demasiado, sabía que si permanecía así unos minutos más se quedaría dormida y era probable que no despertara hasta el día siguiente. Volvió a levantarse y primero que nada se dedicó a mirar a sus alrededores evaluando por dónde empezar. ¿Desarmar la valija? ¿Tomar la billetera para ir al súper y llenar la heladera? Sus ojos se clavaron en la foto que colgaba en una pared y se acercó para posar una mano sobre esta, olvidándose de todo.

Sonrió mientras la acariciaba, llena de recuerdos y melancolía. Esos días con la familia Johnson habían removido montones de sentimientos y emociones que Ari había creído sepultados. Y no porque quisiera olvidarlos, sino por una necesidad forzosa de sobrevivir el día a día.

El nacimiento de Alex, su pequeño hermanito, los había llenado de felicidad a todos. Ella, a los nueve años, se había jurado ser la mejor hermana mayor del mundo, protegerlo y cuidarlo.

Se preguntó cómo sería él si hubiese sobrevivido. Muy guapo, imaginó. E inteligente, Alex habría sido un joven serio y responsable como su papá.

—Dios, cómo los extraño —compuso dejando caer varias lágrimas.

Siempre había deseado un hermano. Le había rogado a sus padres que se apresuraran a dárselo porque no quería ser hija única como ellos dos, sin tíos para sus hijos, sin nadie con quien compartir sus secretos.... y ahora estaba sola. No tenía a nadie, tampoco tenía nada que le perteneciera realmente. Ni siquiera ese departamento, que era tan grande como una caja de zapatos, donde la cama estaba frente a la heladera y al lado de la mesita en la que preparaba la comida, comía y apoyaba la computadora que le habían regalado sus abuelos cuando acabó el colegio.

Dudaba que alguna vez consiguiera comprarse una casa o un piso, pero se conformaba con tener dinero para pagar el mes de alquiler y saber que se lo había ganado por sus propios medios, con un trabajo digno.

No tenía grandes pretensiones, estaba harta de desilusionarse. Esa era la mejor forma de vivir si no quería dejar más cicatrices en su corazón.

—Estoy tan contenta de que estén de regreso. Me muero por oír cómo te fue con la familia de Trevor, pero ahora mismo voy a dejar que te acomodes.

Kassie la estaba esperando cuando llegó a la oficina al día siguiente, y había quitado todas sus pertenencias del escritorio para dejarle el espacio a ella. Su barriga había crecido el doble durante el tiempo que estuvieron lejos.

—Gracias —dijo dejando el bolso sobre la silla—. ¿Cómo estás?

La rubia hizo una mueca, pero había algo en su rostro que siempre la hacía ver alegre. O tal vez era que de verdad se sentía feliz y no tenía forma de ocultarlo.

—Creciendo —comentó—. Es un alivio poder tomarme mi licencia al fin, esta semana que pasó ha sido agotadora. Creí que sería más tranquilo, pero incluso con tu ayuda a la distancia me volví loca. Aunque creo que soy yo la que se cansa con más facilidad, no te asustes, no es tan grave.

—Voy a confesar que estoy un poco nerviosa.

—¡Ay, Ari, no tienes por qué! Ya conoces al jefe, ¿no? Eso siempre es lo peor.

—Ah, sí. Creo que lo conozco bastante bien —murmuró mirando a sus alrededores.

Kassie la miró con perspicacia.

—¿Qué quieres decir? —inquirió—. ¿Qué tan bien?

Ariadne abrió los ojos como platos antes de soltar una risa y ladear la cabeza. ¡Qué descuidada! Eso le pasaba por subir a las nubes cada vez que pensaba en él y en *esa* noche.

—Creo que bastante, pasé una semana en su casa con su familia. Trabajamos codo a codo varias horas por día.

—¿Y...? ¿Nada más? ¿No te llevó a cenar, no bailaron juntos, no te acostaste con él?

—¿Qué? —exclamó, y en su expresión se advirtió el pánico.

Kassie soltó una carcajada que le duró varios segundos.

—¡Solo bromeaba, Ari!

Ella asintió varias veces y se peinó el cabello con los dedos.

—Sí, sí. Por supuesto que es una broma —respondió nerviosa—. Pero sí bailamos y fuimos a cenar, como compañeros, por supuesto. También tuve problemas con Rosie —enumeró—. Antes de ayer me visitó y pidió disculpas muy a regañadientes, cree que le robé a su Trevvie. No importa lo que diga yo, está muy segura de que soy la persona más horrible del mundo.

—Oh, pobrecita. —Hizo un puchero y volvió a sonreír—. Pero era esperable, ¿no? Le dije a Trevor miles de veces que cortara eso de raíz o terminaría exactamente así. En fin, te dejo acomodarte, llegará en cualquier momento. Revisa su agenda, lo primero que tiene que hacer hoy es reunirse con el vicepresidente financiero.

—¿Aquí?

—Sí, sí. Jaques estará aquí en unos minutos. Ahora me marchó, voy a hacerme un ultrasonido, quizá esta vez pueda saber el sexo. El mes pasado no se dejó ver. —Con su gracia natural se marchó irradiando esa felicidad que podría contagiarle hasta al ser más amargado.

Ari se acomodó y comenzó a revisar el trabajo, en especial la agenda para ese día. No podía creerse que ese puesto fuera suyo. No pensaría en que era pasajero, disfrutaría de tener su propio escritorio en el piso más alto del edificio.

Estaba tecleando en el ordenador cuando sintió unos pasos firmes acercarse y luego alguien que se detuvo frente a su escritorio. Alzó la cabeza segura de que era Trevor, pero no fue él a quien encontró sino a un hombre alto y rubio

que tenía la vista clavada en ella mientras sonreía y se cruzaba de brazos a la altura del pecho.

—Buenos días —dijo Ari alzando las cejas. No quiso ser fría, sin duda se esperaba que fuese simpática como Kassie, pero cuando un hombre te estaba contemplando de esa forma sin siquiera presentarse o saludar, no había forma de no molestarse—. ¿Puedo hacer algo por usted?

El hombre misterioso se aclaró la garganta.

—Buenos días, vengo a ver al señor Johnson.

—No está aquí —le informó cruzando los dedos por encima del escritorio y arrugando la frente. ¿Era un acento francés el que oía?—. ¿Desea hacer una cita?

Él se inclinó hasta estar tan cerca que Ari tuvo que retroceder.

—¿Para cenar te parece bien? Esta noche sería ideal.

—¿Perdón? —Abrió una mano y la puso entre los dos para alejarlo.

No fue necesario actuar, la inconfundible voz de su jefe la salvó de la situación incómoda.

—Aléjate de ella —ordenó tajante, y estuvo a un paso del escritorio en un parpadeo—. ¿Qué crees que estás haciendo? No te pago para acosar a mi asistente, Fourneau.

Lejos de sentirse intimidado por la mirada asesina que Trevor le estaba dirigiendo, se irguió riendo entre dientes.

—Bueno, no sucedería si fueras más justo y equitativo. ¿Por qué yo tengo a esa anciana que no deja de regañarme y tú tienes semejante...?

—Estoy aquí, señor —dijo Ari poniéndose de pie—. Le agradecería que no hablara de mí como si no lo escuchara.

Ah, sabía defenderse, pensó Trevor con orgullo. No se dejaría conquistar por cualquiera y menos por Jaques. Se ocupó de mantener esa idea para no enfurecerse, todavía no había decidido si iría a por ella o no, pero, por lo visto, no podía soportar que alguien se le adelantara.

—Sin dudas tiene usted razón. Mis más sinceras disculpas —musitó extendiendo una mano hacia ella—. Creo que no me conoce, soy Jaques Fourneau.

—El vicepresidente financiero —compuso Ari más para sí misma que para él, y le estrechó la mano de forma fugaz. Ni siquiera le dio tiempo a retenerla, como había presentido que intentaría hacer.

—Creí que no me conocía —dijo con su seductor acento ignorando su intento de desalentarlo.

—Está usted en la agenda, señor —respondió con su frialdad de siempre y se volvió hacia Trev con una sonrisa—. Buenos días, Trevor, ¿cómo estás hoy? El señor Fourneau es tu primera cita.

Trevor quiso soltar un bufido, pero se contuvo. Linda forma de comenzar un día de trabajo después de unas cuasi vacaciones. Al menos podía consolarse con que ella estaría ahí y podría verla cada vez que lo deseara. Aunque podría no ser lo más recomendable. Ari estaba lista para dedicarse de lleno al trabajo y se notaba, él, en cambio, no dejaba de recordarla y desearla desnuda en su cama.

Señaló la puerta de su oficina.

—Espérame adentro —le apuntó a Jaques.

Este obedeció después de darle una última mirada a Ari.

—Buenos días, Ariadne —se permitió decirle cuando por fin estuvieron a solas—. Bienvenida.

—Gracias —susurró, porque cuando se veían a los ojos y tenía las defensas bajas, solía sentir esa sensación extraña en el pecho que le dificultaba la respiración y el habla.

Como si fuera poco, cuando quería, él podía atravesarla con la mirada presumiendo el secreto que compartían.

—Deberías empezar a trabajar —señaló desviando la atención—. Tienes una agenda apretada hoy.

—Sí, tienes razón —coincidió Trev con una inhalación profunda—. ¿Almuerzas conmigo?

—No puedes, tienes una reunión a esa hora.

Él se encogió de hombros.

—Cancélala.

—No puedes hacer eso —insistió Ari con una mirada cortante y tono cansino—. Todas estas citas han sido pospuestas por tu viaje. Además, tengo que trabajar antes de que mi jefe se moleste y me despida por irresponsable.

Él se inclinó hacia ella y apoyó una mano en el escritorio.

—Tal vez tu jefe esté demasiado entretenido como para notarlo. Pasa la reunión para otro día, Ariadne.

—Trevor —dijo soltando un suspiro—. Me hiciste una promesa ayer, ¿ya la olvidaste?

Él negó con la cabeza, divertido.

—¿Es que acaso te estoy volviendo loca?

—Sí —pronunció con firmeza y sin dudar.

Él soltó una risita por lo bajo.

—No debí hacer esa promesa, volverte loca es muy divertido y demasiado fácil.

—Bueno, ahora vas a tener que cumplirla —musitó, y frunció el ceño mirando hacia un costado—. Ve a trabajar, estamos dando un espectáculo y la audiencia parece entretenida.

Jaques estaba apoyado en la puerta de la oficina y los observaba con interés.

Trev volvió a ignorarlo, pero esta vez no bromeó cuando volvió a hablar.

—Ignóralo y procura mantenerte alejada de él. Has despertado su interés, tendrás que estar alerta.

—Creo que puedo manejarlo —contestó con sequedad.

—Yo sé que puedes, pero no te confíes —le advirtió—. Prométeme que no cederás.

—¿Ceder? —preguntó incrédula y bajó la voz aún más—. Trevor, estoy aquí para trabajar. Deseo mucho este trabajo, ¿por qué iba a arruinarlo?

Y yo te deseo a ti, quiso agregar él.

Ella continuó ignorando sus pensamientos.

—Necesito que olvidemos lo que ocurrió en tu casa, te lo ruego, por favor.

Yo no soy así, no quiero que estés pensando que voy a salir con el primer hombre que se me cruce en el trabajo.

El problema era que él no podía olvidarlo.

—¿Tú lo has olvidado? —insistió.

—Sí —mintió—. Tenemos que hacerlo para poder trabajar juntos. Esta... tensión es muy incómoda.

La tensión no iba a desaparecer si pretendían olvidarlo, todo lo contrario. Quiso corregirla, pero se contuvo porque esa charla se estaba alargando y cada vez se ponía peor. Además, no le creía cuando decía que había olvidado, era imposible.

—Hablaemos durante el almuerzo —sentenció, y a regañadientes se giró para salir de ahí.

Ari sacudió la cabeza mientras se reía sola. No iba a cancelar la reunión y no iban a tener un almuerzo juntos. ¿Qué había dicho Trevor sobre ceder? No era el vicepresidente financiero, el que vendía café en la esquina o el portero de abajo con quien corría peligro. Ahí solo había una persona que para ella representaba una tentación casi irresistible, y no era otro sino él.

CAPÍTULO 15

Ari se sentó en el rincón más escondido del buffet de la empresa después de comprar un emparedado y una botella de agua. Al día siguiente se aseguraría de llevarse una pequeña vianda, no podía permitirse perder tanto dinero cada día a la hora del almuerzo.

A veces se cansaba de contar dólar por dólar para llegar a fin de mes, pero hasta que no terminase de pagar el préstamo de la universidad no tenía otra opción. Además, debía ahorrar para comprar algo más de ropa para el trabajo. Todas allí vestían muy bien, sofisticadas, elegantes, y ella era la asistente de uno de los dueños de la empresa, del presidente de esa sede, quizá nunca se vería tan bien como Kassie con su perfecta figura, sus tacones altos y uñas cuidadas, pero al menos debía mostrarse presentable.

A Trev no le importaba la forma en la que vestía, estaba segura. No habría insistido tanto para que almorzaran juntos de ser así. Pero ella se lo debía, no todos serían tan comprensivos como él.

Dio un mordisco al emparedado y se concentró en la lista de tareas que tenía para esa jornada sin perder su buen humor. Estaba feliz por tener ese trabajo, se sentía bien haciéndolo, aunque no fuese lo que había esperado. Estaba segura de que había varias cosas de las que tenía que ocuparse que no le correspondían, pero mientras pudiera hacerlo no se quejaría.

Miraba hacia afuera mientras terminaba su comida cuando alguien llamó su atención al sentarse en la silla desocupada al otro lado de la mesa. No necesitó girarse para saber de quién se trataba, ese perfume podría reconocerlo en cualquier lugar y, por mucho que quisiera negarlo, también le

evocaba recuerdos inapropiados.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó reprimiendo una sonrisa cuando lo miró.

No lucía feliz. No había cancelado la reunión del mediodía y él había tenido que asistir a un almuerzo que no podía ser pospuesto por más tiempo. Kassie había dejado un cartel con varios signos de admiración enfatizando que no cancelara ese almuerzo.

—Tal y como esperaba, es un viejo conocido de mi padre y su esposa. Había olvidado por completo lo que querían, llevan meses atosigándome con lo mismo.

—¿Y qué es lo que quieren?

—Comprar acciones de la empresa. No entiende que es un negocio familiar. Hace un tiempo se ha corrido el rumor de que pensamos expandirlo y han aparecido muchos interesados como él. Incluso cuando no saben ni de qué se trata.

Lo oyó atenta y esperó a que continuase, pero él no parecía interesado en seguir con el tema. Trevor estaba pendiente de otras cosas. Leyó en su expresión que estaba a punto de cambiar la conversación cuando ella habló para mantenerlo enfocado.

Tenía el leve presentimiento que lo que vendría a continuación no sería sobre trabajo.

—¿Y son ciertos? Los rumores, quiero decir. —Pero se arrepintió enseguida por haberlo preguntado—. No, lo siento. Olvídalo, no debo meterme en eso.

Trev se relajó en la silla y sonrió.

—Bueno, lo sabrás de todas formas —compuso y se inclinó hacia ella para poder así bajar la voz—. Hace un tiempo compré una plantación entera en el sur de Argentina, quise probar con una nueva variedad y la familia lo aprobó. Es un riesgo, puede ser una gran inversión como un total fracaso, pero no podía perder la oportunidad.

—Vaya, ¿y cuándo lo sabrás?

—En unos nueve meses como mucho, cuando sea la época de cosecha en esa zona. Allí se cosechan en noviembre más o menos, y siempre depende de qué tan bien se comporte el clima. Trato de no pensar mucho en eso, me pone ansioso.

Ari sonrió sin sentirse asombrada. Él era un gran empresario, lo había comprobado en las semanas en las que se había preparado y las que habían pasado juntos. No tenía nada de lo que preocuparse, sin duda le iría bien cuales fuesen los resultados.

Sus ojos se posaron en unas mujeres que no dejaban de mirarlos y era más que obvio que estaban cuchicheando entre ellas. Comenzó a pasar la vista por los alrededores y se percató que lo que había observado antes no era un caso aislado, un gran porcentaje de los reunidos parecían especular sobre lo que ocurría en su mesa.

Trev captó su mirada malhumorada y arrugó la frente.

—¿Qué sucede? —preguntó sin girarse.

—¿Por qué todos están mirándonos? —inquirió en un susurro—. No vienes muy a menudo por aquí, ¿verdad?

Él se giró y constató lo que ella había dicho, a pesar de que algunos lo disimularon cuando se volvió.

—No, con Kassie solíamos comer en mi oficina cuando no tenía ningún compromiso. Es más privado y tranquilo.

Ella apretó los labios.

—¿Y por qué estás aquí ahora?

—Llegué y no te encontré. Creí que estarías aquí. —Fue una verdad a medias, él había ido más que nada para comprobar que no tenía ningún buitre abordándola—. ¿Por qué estás sola? Vi a Tory cerca de la puerta.

Tory era la secretaria, contestaba llamadas y recibía a los que llegaban en busca del jefe, pero Ari sospechaba que deseaba algo más: el puesto que le habían dado a ella. También imaginaba que Tory no era la única sorprendida y resentida por su golpe de suerte.

—No creo ser del agrado de tu secretaria —contestó con una sonrisa sardónica—. Pero me gusta estar aquí sola, tengo una buena vista.

Él no comentó nada acerca de Tory. Kassie había pasado por algo similar cuando la contrató, aunque luego había conquistado hasta al último empleado y se había hecho muy popular. Las relaciones sociales en una empresa eran complejas y para las mujeres todo era el doble de complicado.

—Bueno, mantén mi agenda despejada para esta hora y no tendrás que venir aquí a almorzar. Podemos hacerlo juntos.

—Podemos hacerlo cuando no tengas ningún otro compromiso —respondió divertida—. Sería muy egoísta de mi parte negarle a otra persona el placer de tu compañía y reclamarte para mí sola.

Él soltó una carcajada antes de estirar una mano sobre la mesa y rozar el dorso de sus dedos antes que Ari la retirara.

—¡Trevor! —exclamó en un susurro—. No hagas eso, ¿no ves que todos nos están mirando?

—Sí, sí. Lo siento, lo olvidé —contestó con honestidad—. Así que el placer de mi compañía, ¿eh?

—Es solo un decir, no lo tomes tan literal. Estoy segura de que no necesitas que nadie levante tu autoestima.

La expresión de él se volvió extraña y su sonrisa se borró dejando a Ariadne confundida.

—No estés tan segura de eso, Ari. No soy tan fuerte como me ves.

Ari todavía pensaba en lo que él le había dicho antes de volcar la conversación a cuestiones puramente laborales. ¿Que necesitaba a alguien que levantase su autoestima? No lo habría adivinado nunca y ella sabía que nadie es lo que parece o lo que deja ver, pero seguía resultándole casi inverosímil.

Notó que Tory la fulminó con la mirada cuando pasaron delante de ella para entrar a la antesala de la oficina de Trevor, que era justamente donde se hallaba su escritorio, algunas sillas y un diván que eran más decorativos que de verdadero uso. Si alguien debía esperar a ser atendido por el jefe, debían de hacerlo en la galería donde la secretaria los recibía.

Trev cerró la puerta, ella continuó con la conversación mientras se acercaba a su mesa. De repente, se interrumpió cuando sus ojos se clavaron en un ramo de rosas que había sobre él. Hermosas rosas rojas, montones de

ellas formaban un apretado ramo rodeado por un lazo del mismo color.

Se recuperó de la sorpresa y arrugó la frente acercándose para inspeccionarlo.

—Qué extraño, esto no estaba aquí antes —dijo girándose apenas para mirarlo.

Él permaneció impasible en su lugar, y Ari lo ignoró al leer el pequeño sobre que se encontraba sobre las flores.

Tenía su nombre.

Intrigada, lo abrió, y leyó lo que decía la tarjeta.

Bienvenida.

Prometo volverte solo un poco loca.

T.

Permaneció estática por un breve momento, hasta que soltó una carcajada girándose para mirarlo y preguntarle de qué iba eso. Pero las palabras se atascaron en su garganta cuando se encontró con su camisa y parte de la corbata casi en las narices. Estuvo a punto de protestar, aunque no debió de haber levantado la cabeza si enojarse era su objetivo. Estaba tan cerca... Y esa sonrisa que tenía plantada en su bien delineado rostro era demasiado encantadora como para ignorarla y no dejarse contagiar.

Apoyó las manos en su pecho para tomar cierta distancia. Tenía el escritorio justo detrás y no podía moverse encerrada como la había dejado.

—Esto es muy lindo, gracias —dijo levantando la tarjeta delante de sus ojos. A pesar del empujoncito que le dio, él no se movió ni un centímetro—. Aunque estás contradiciendo tu anterior promesa.

—Es por eso que hice una nueva, además, si no recuerdo mal, valía solo por el primer día —comentó divertido, pero con un tono de voz tan profundo que hizo que se le aflojaran las piernas.

Ari se sujetó por el borde del escritorio apoyando las manos detrás de ella.

—Y fallaste —le recordó—. Esta mañana...

—Lo sé —la interrumpió inclinándose apenas. El efecto que tuvo ese acercamiento fue devastador para los dos. Él tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol solo para conseguir articular unas palabras más—. No pude evitarlo, pero no quise ofenderte. ¿Me perdonas?

—¿Prometes que no volverá a ocurrir? —preguntó ella y con mucho esfuerzo dejó de mirar sus labios para verlo a los ojos.

Error. Error. Error.

Siempre olvidaba que sus ojos eran incluso más seductores.

—Imposible, no puedo prometer eso —pronunció de forma casi inaudible y soltó el aire que había estado conteniendo dentro de sus pulmones—. Dios, Ariadne, no puedo evitarlo.

No se refería solo a molestarla como esa mañana, también hablaba de lo que estaba a punto de hacer.

Le apoyó la mano en la mejilla y le rozó el labio inferior con un dedo.

—Trevor —se quejó con poca firmeza.

Él fue consciente de la escasa convicción en su resistencia y supo que ella lo deseaba con el mismo ímpetu. Y lo dejó más que satisfecho, de momento no necesitaba otra cosa para seguir adelante en su tarea de seducción.

Ella soltó un suspiro y cerró los ojos cuando deslizó una mano por su cadera y terminó envolviéndola con todo el brazo. Utilizó la otra para sujetarla por la nuca y atraerla hacia su boca.

Cuando sus labios se tocaron, una descarga eléctrica los recorrió a ambos, los sacudió y acercó aún más. Una fuerza indómita mucho más poderosa que la consciencia o la razón. Trev enredó los dedos en su cabello, obligándola a tirar la cabeza hacia atrás, dándole lugar a profundizar el beso sin posibilidad de rechazar todo lo que tenía para entregarle.

La apretó más contra su cuerpo con la intención de tentarla, recordarle lo que él no podía quitarse de la cabeza ni por un segundo... Hasta que el teléfono sonó y los dos se separaron casi de un salto ocasionado por el susto.

Ari chocó contra el escritorio y se dio un golpe en el muslo. Apretó los dientes para no soltar una maldición. ¡El condenado teléfono que no dejaba de sonar! Terminó por apretar el botón del altavoz y la amarga voz de Tory fue oída por los dos.

—El señor Fourneau está aquí. Necesita hablar con el señor Johnson.

Ari alzó la cabeza para mirar a Trevor, pero no lo encontró donde se había quedado antes. Enseguida lo sintió detrás y escuchó su susurro mientras la abrazaba por la cintura y se pegaba a su espalda.

—Ahora mismo estoy ocupado —dijo besándole el cuello y acariciándola detrás de la oreja con la punta de la nariz.

Casi no podía respirar. Tragó saliva antes de hablar y aun así sintió su voz

extraña.

—El señor Johnson está muy ocupado, lo recibirá en una hora.

—Pero... —Trevor se inclinó hacia adelante y cortó la comunicación.

—Ella va a odiarme más, no puedes hacer eso —protestó. La ambiciosa secretaria no sabía que era él quien lo había hecho, pensaría que ella le había colgado adrede. Pero no sería mucho mejor que si supiera quién y por qué le había cortado.

Trevor rio entre dientes y la hizo girar para tenerla de frente. Con las dos manos apoyadas sobre la maciza madera del escritorio no le dejaba lugar por el cual huir. Un escape que sabía que ella no deseaba hacer. Aun así, cuando fue a besarla de nuevo se movió hacia atrás y lo esquivó. Fue algo poco favorecedor para su causa. Si lo que pretendía era alejarse de él y desalentarlo, se estaba equivocando. Bien podría hacer que su espalda retrocediera tanto que quedase acostada en el escritorio y...

—No, no. Trevor esto no está bien. No podemos —insistió Ariadne apoyándose sobre sus antebrazos para mantener la posición.

—Claro que podemos, nadie nos ve. Nadie lo sabrá.

Lo miró a los ojos con la frente arrugada, pero no por enojo sino con preocupación.

—Nosotros lo haremos, eres mi jefe y yo tu empleada. Creí que había quedado claro en tu casa cuando lo hablamos, no puede repetirse.

—Ya te lo dije antes, no puedo evitarlo. No puedo dejar de pensar en ti, hasta soñé contigo anoche, Ariadne. No es normal, voy a volverme loco si no te tengo.

¿Cómo hacerle entender que él valoraba su dedicación, que era una de las partes que más le atraía de ella? No quería afectar su trabajo ni mucho menos, pero deseaba más que nada revivir y hasta mejorar lo que había ocurrido aquella noche.

Volvió a rozar sus labios y aspiró su perfume. Sí, era el mismo que había usado en la boda. ¿Había dicho que se lo había regalado su madre? Era adictivo, ¿contendría las famosas feromonas? Además, deseaba sentir el olor de su piel, había partes a las que el perfume no invadía y él quería tener la oportunidad de volver a aspirarlo.

Ari cortó sus pensamientos cuando lo empujó hacia atrás para alejarlo. Si lo dejaba seguir no podría resistirlo.

—¿Me has traído flores solo para convencerme de entrar en tu cama? — preguntó aun conociendo la respuesta. Solo quería encontrar una excusa para quitarse esos malditos bichos que le invadían el pecho cuando lo tenía tan cerca. Tal vez si se enojaba haría que desaparecieran o por lo menos los suplantaría con algo más.

—¡No! —exclamó ofendido y suspiró—. Me pediste que te dijera si lo estabas haciendo mal, esta es mi forma de decirte que lo has hecho más que bien.

Ella no fue capaz de ocultar una sonrisa a pesar de su reticencia.

—Solo ha pasado medio día, no he hecho nada excepcional.

—Harás algo excepcional si dejas que pueda besarte una vez más por hoy. *Al menos* una vez —aclaró—. Dijiste que recibiría a Fourneau en una hora, asumí que tenías algo planeado.

Ella hizo una mueca.

—Lo dije sin pensar, es muy difícil hacerlo cuando tú estás...

—¿Si? —la urgió dando un paso adelante y cerrando la distancia que ella le había obligado a tomar.

—Cuando estás haciendo... esto —recalcó—. Como ahora, ocupando mi espacio. Estoy segura de que va en contra de la ética profesional.

—Ahora mismo no estoy siendo profesional, Ariadne. Hay momentos para todo, y en esta hora que me diste tú tampoco vas a serlo.

—Yo no te di ninguna hora —insistió sin quitar los ojos de los de él, y le tomó las muñecas para evitar que continuaran su camino. Estaba a punto de sujetarla de algún lado, lo sabía.

Trev aprovechó que estaba tocándolo y movió las manos de una forma que le permitió dar vuelta a la situación.

—Claro que lo hiciste —musitó acariciándole los brazos—, tu inconsciente lo hizo. ¿Y sabes por qué? Porque ese deseo que sentimos es más poderoso que la razón.

—Es usted demasiado presuntuoso, señor Johnson —dijo con la mandíbula tan apretada que la voz le salió casi como un gruñido, y le clavó un dedo en el pecho.

Ella podría estar enojada o molesta, pero para él, para sus oídos, era una melodía erótica que lo invitaba a pecar.

—Si no lo fuera, no podríamos discutir. Te ves tan sensual cuando te enojas. Admite que te encanta pelear conmigo, a mí me fascina.

Ya no tenía palabras para refutarlo, no iba a aceptarle una victoria, pero iniciar una discusión no la llevaría a ningún lado. Él lo acababa de decir,

volverían a lo mismo. Se mordió las mejillas por dentro y suspiró de forma ruidosa por la nariz.

Trevor amenazó con besarla otra vez y se percató de que Ari no hizo ningún esfuerzo por evitarlo.

Bien, se dijo sonriendo para sus adentros. Sus labios le tocaron la mejilla antes de retirarse y tomar una distancia prudencial.

—Te dejaré para que lo pienses, no quiero sofocarte —musitó con toda calma.

Y se marchó. La dejó allí y se retiró a su oficina.

Era un hombre de negocios, un experto en explorar, evaluar y maniobrar con diversas estrategias. Y, cuando era necesario, cambiarlas.

CAPÍTULO 16

Ari estaba a metros de la puerta de salida del edificio de la empresa cuando escuchó que alguien la llamaba. Era un hombre, pero no Trevor, él se había marchado a una reunión de última hora y ya no regresaría a la oficina.

Se giró para ver de quién se trataba y soltó un suspiro al ver a Jaques Fourneau acercarse. No había nadie más alrededor, con excepción del guardia de seguridad, no podría haber sido otro el dueño de la voz que había oído. Era viernes y su horario de trabajo había acabado hacía más de una hora, pero ella se había quedado revisando unos contratos que debía archivar y buscando otros que tenía que poner en el escritorio de su jefe el lunes a primera hora.

No se había quedado porque él se lo hubiese pedido, sino porque no veía sentido a llevarse todo eso a su departamento o dejarlo para la próxima semana cuando podía hacerlo allí, rodeada de silencio, lo cual era sin duda mucho más agradable que cuando Tory andaba dando vueltas y haciéndole mala cara o cuando Trev aparecía frente a su escritorio con esa sonrisa encantadora.

Porque él había cumplido, no la había atosigado más, pero lo que estaba haciendo ahora era mucho peor y ella lo sabía.

Sin querer pensar más en Trevor, se concentró en el hombre rubio que la había reconocido de espaldas. ¿Qué hacía él todavía ahí?

—Señor Fourneau —dijo con cautela—, ¿puedo ayudarlo en algo?

—No, solo te vi y creí que eras tú. No me equivoqué. Es tarde, ¿por qué estás aquí aún?

—Lo mismo que usted, asumo. Trabajaba.

—Qué aplicada —comentó con una sonrisa—. ¿Por qué no me tuteas? Yo no soy tu jefe. ¿Es por lo que sucedió el lunes? No pretendía ofenderte, de hecho, era un cumplido, pero Trevor lo entendió todo mal y tuvo que meterse...

Ella levantó una mano en el aire para detenerlo.

—Ya lo sé, no tiene que explicarlo ni disculparse. Hasta lo había olvidado.

—¿Entonces crees que podrías aceptar mi propuesta?

Las cejas de Ari se alzaron ante el renovado entusiasmo del hombre.

—No.

—¿Por qué? —insistió—. No me digas que tienes novio. ¿O estás saliendo con Trevor? El otro día noté cierta... tensión entre ustedes.

Casi le arrancó una carcajada con lo último. ¿Cierta tensión? No era la definición exacta de lo que había entre ellos, o más bien, la cantidad justa. Y en esos cinco días que llevaba ahí, parecían haberla multiplicado por cincuenta. No era algo malo, que no los dejase trabajar, porque cuando se ponían en plano profesional lo hacían más que bien juntos. Pero luego estaban esos momentos de descanso, cuando se miraban a los ojos... Había una especie de conexión profunda y una energía tan extraña entre los dos que a veces podía parecer como si estuvieran a punto de volar los fusibles y saltar chispas por todos lados.

—Ninguna de las dos —respondió haciendo los pensamientos a un lado—. Solo que no estoy interesada en salir con nadie, menos del trabajo.

Eso lo convenció más.

—Así que nada de citas, ¿qué tal un café aquí enfrente? ¿O un trago en el bar de la otra cuadra? Eso difícilmente podría contar como una cita y más a esta hora.

Él tenía una idea muy rara acerca de lo que significaba una cita, pensó Ari, pero no lo corrigió. Estaba hambrienta, si era racional, bien podía comer algo antes de tomar el metro para emprender su viaje de vuelta al apartamento.

Y una conversación pequeña con ese hombre podría darle una leve idea de quién era. Trevor le había dado una advertencia, pero ella dudaba que él hubiese actuado por un motivo distinto a los celos. Había dejado en claro que la deseaba, no quería verla con otro hombre y Jaques había provocado que se sintiera amenazado.

Siendo honesta, a ella tampoco le hacía gracia la idea de verlo a él con otra mujer en brazos a pesar de mantenerse firme en la decisión de conservar una relación profesional.

Terminó por asentir.

—Creo que un café me vendrá bien.

Jaques la miró con sorpresa.

—¿De verdad?

—Bueno, me acabas de invitar, ¿no? Estoy aceptando tu oferta para tomar un café como compañeros que somos, lo que no es una cita. —Se le escapó una risa al ver su expresión de asombro—. Creías que no iba a aceptar, ¿no?

—Supongo —comentó—. Inconscientemente no pensaba que fueras a decir que sí, por eso me sorprendiste. Pero vamos, por favor, no quiero que cambies de opinión.

El rubio amplió su sonrisa y se adelantó a ella para sostenerle la puerta de cristal abierta. Saludó al guardia de seguridad y la siguió caminando hasta la esquina para cruzar la calle.

Ari lo observó de soslayo y apretó los labios. Él parecía contento y sincero, no veía malicia en su expresión. Esperaba no equivocarse.

—No entiendo —dijo Jaques con su exquisito acento francés—. Creo que eres la primera persona que conozco que elija ese sobre este o cualquiera de sus compañeros.

Ari miró el muffin que había escogido y luego el de él.

—¿Hablas de la decoración?

Jaques asintió desde el otro lado de la mesita junto al cristal que los separaba del exterior en la que se habían sentado.

—Me voy a decepcionar mucho si me dices que eres de las que cuentan las calorías de cada bocado.

Ella soltó una risa.

—Todo lo contrario. Me encanta la cocina y me encanta comer. En especial las cosas dulces.

—Me tienes más desconcertado aún.

Ari señaló su *cupcake*.

—Me gusta este porque sé cómo es con solo verlo. No está quemado, no

está seco ni tampoco está crudo. Es sencillo porque puede permitírsele, lo que ves es lo que tienes. —Hizo una pausa en la que él la observó intrigado—. En cambio ese, tan bello por fuera con ese *frosting* de chocolate tan delicioso a la vista, puede ser engañoso. No sabes con qué te encontrarás cuando lo muerdas. Podría ni siquiera ser un muffin. Y has pagado por algo que no lo vale, ya no hay posibilidad de retractarse.

Cuando acabó le dio un mordisco al suyo y dejó de masticar cuando se encontró con la mirada del hombre.

—¿Qué? —preguntó riendo y cubriéndose la boca con la mano.

Jaques la señaló con un dedo.

—Sin dudas, eres la mujer más intrigante que he conocido en mi vida. Acabas de hacer una descripción sobre las personas en un teorema sobre la presentación de estos pequeños pastelitos.

Ella arrugó la frente y se tomó un tiempo para reflexionarlo.

—No lo había pensado de esa forma, pero supongo que también puedes aplicarlo a las personas. Qué ingenioso, señor Fourneau.

—Mi nombre es Jaques —la corrigió.

Ari siempre tenía una respuesta para todo.

—He accedido a tutearte y hasta he aceptado un café, si te llamo por tu nombre de pila comenzarás a imaginar cosas que definitivamente no son.

—Eres la personificación de la desconfianza, *Ariadne* —contestó él, poniendo énfasis en su nombre. Se estaba divirtiendo con ella; Ari siguió pensando que lucía honesto. Si tenía segundas intenciones las estaba ocultando bien—. ¿Entonces, nunca vas a llamarme por mi nombre? O, mejor

dicho, si lo haces, ¿tendré que pensar que tengo alguna esperanza?

—No, si llego a hacerlo es porque *creo* que puedo fiarme de ti —murmuró irritada y volvió a atacar el muffin para no tener que seguir hablando.

Jaques hizo lo mismo y permanecieron en silencio por un rato. Él disfrutó del suyo, que no estaba ni seco ni quemado ni crudo. Si fuera un niño le sacaría la lengua para mostrarle que se había equivocado, no había forma que el de ella estuviese mejor que uno cubierto de chocolate.

—Y retomando el tema, ¿cuál serías tú? ¿El muffin desnudo o el cubierto en... Cómo dijiste que se llamaba?

Nunca había tenido una conversación tan extraña, pero lo estaba pasando bien.

—*Frosting* —aclaró—, y no sería creíble si lo dijera yo, ¿no? Le corresponde averiguarlo al interesado.

—Para eso tendría que conocerte mejor y tú deberías permitírmelo — formuló apoyando un brazo en la mesa e inclinándose hacia adelante.

Era un seductor innato. Entendía el recelo que Trevor sentía hacia él, eran parecidos. Tenían carisma e inspiraban esa confianza que derretía a las mujeres, o a cualquiera para ser justos. También por eso eran buenos en sus trabajos.

Con su jefe, cada día que pasaba era un desafío mantenerse firme porque Trevor tenía algo más que derretía sus barreras, pero por suerte, de momento, Jaques no logró fundir ni un átomo.

Sonrió con desgano.

—No se entusiasme tanto, señor Fourneau. No hay nada en mí que pueda

ser tan interesante, se decepcionaría.

—Creí que era yo el que debía juzgar eso.

—Cierto —murmuró y se puso de pie—. Ahora debo irme.

—¿Tan pronto? —preguntó él y se levantó también.

—Es tarde, no me gusta andar en la calle cuando oscurece. Todavía no me acostumbro.

Cuando vio que estaba listo, comenzó a caminar hacia la puerta y notó que comenzaba a oscurecer y ella tenía un largo viaje de regreso a su departamento.

—¿Tienes un coche? Te acompaño —Lo oyó decir detrás de ella.

—No, tengo que tomar el metro en la otra cuadra —contestó girándose para verlo a los ojos—. Pero gracias por el café, me ha gustado hablar contigo. No eres tan malo como creía.

—Es bueno saberlo —dijo medio divertido, medio confundido. Movi6 la cabeza hacia el lado opuesto a la estaci6n del metro—. Vamos, te llevaré.

Ari sacudi6 la cabeza.

—No, no estoy lo que se dice cerca y no creo que te quede de paso.

—No importa, vamos, Ariadne. No voy dejarte ir hasta que aceptes. No me cuesta nada, mi coche est6 en el estacionamiento de la empresa. Me gusta conducir, d6jame terminar el d6a como un caballero.

Ella dud6.

—No s6 si eso est6 bien, se6or Fournau.

—No voy a atacarte, solo quiero ser amable. Vamos, ni siquiera tenemos que hablar.

Ari terminó asintiendo e hizo lo que no hacía casi nunca: darle un voto de confianza.

—Está bien, te lo agradezco.

El viaje se hizo mucho más cómodo y corto que en el transporte público. Al menos a esa hora, en la que no había congestión ni grandes atascos, de lo contrario, siempre era preferible moverse por las vías férreas.

A diferencia de Trev, Jaques conducía y no se pasaba el viaje entero observándola y haciéndola sentir nerviosa.

—¿Hace cuánto que trabajas en la compañía?

—Ocho años —dijo atisbando hacia ella—. Conozco a James desde la universidad, él me contrató. Lo conociste en el pueblo, ¿no? Un día se fue a visitar a la familia, se enamoró, se casó y lo siguiente que sé es que tenía un nuevo jefe.

—Ah, oí algo de eso. James parece una buena persona.

—Y lo es. Un gran amigo, restaurábamos coches como pasatiempos, ¿sabes? Él se llevó uno, un Shelby Mustang del sesenta y seis, sé que lo usa en el pueblo. Yo me quedé con otro, pero aquí es imposible usarlo. Además, tampoco lo haría, es un Tucker Sedan del cuarenta y ocho, debería ser tratado como esos muñecos de colección que nunca sacas del envoltorio.

—¿Y qué haces con él entonces? ¿Lo tienes guardado?

—La mayor parte del tiempo. También lo tengo en exposición. El fin de semana próximo estará en una grande en Ticonderoga, es una de las más

importantes del país.

Ari soltó una risita y apoyó la cabeza en el respaldar del asiento.

—¿Es así como impresionas a las chicas?

—Usualmente no tengo que llegar hasta esa parte. Bastan unas palabras bonitas y una sonrisa.

Los dos continuaron riendo y ella pensó que él era mucho mejor de lo que había creído, aunque seguía siendo un rompecorazones. Pero como amigo no estaría mal, necesitaba conocer a alguien en esa ciudad tan grande.

Jaques detuvo el coche cuando llegaron a la dirección que había marcado en el GPS, y miró a su alrededor por el parabrisas.

—Parece tranquilo, demasiado.

—Sí, lo sé. Es por eso que no me gusta llegar tarde.

Él asintió y sacó la billetera para darle una tarjeta.

—¿Puedo darte mi número? Si llegas a necesitar ayuda...

—Gracias —aceptó tomándola sin poner pegas.

—Y otra cosa —agregó apoyando una mano en su brazo—, el próximo fin de semana voy a ir a Ticonderoga para dar una vuelta por la exposición. Pensé que podrías acompañarme, son tres horas de viaje para ir y otras tres para volver.

—Señor Fourneau —comenzó a decir, pero él alzó una mano para detenerla.

—Solo piénsalo, no es una cita, lo prometo. No tienes que responderme ahora, tienes toda la semana para pensarlo. Será divertido si vienes conmigo,

no me agrada la idea de viajar solo.

Ari alzó ambas cejas.

—Estoy segura de que tiene algún amigo con quien ir, o una *amiga* bien dispuesta a acompañarlo.

Él negó con la cabeza y sonrió por cómo ella lo tuteaba o dejaba de hacerlo cuando algo parecía no gustarle. Era su forma de poner distancia.

—La verdad es que no muchos, y ese tipo de mujeres que insinúas no son buena compañía para un viaje tan largo. Ahora, tú eres distinta y lo acepto, me gustas mucho más que si hubieses caído rendida con un guiño.

Eso le encantaba, esas eran las mujeres que valían la pena.

No sabía si esa era una frase pensada para convencerla o estaba siendo sincero, pero prefirió pensar bien de él y creer que era lo segundo. Ya vería si se equivocaba o no más adelante.

—Está bien, está bien. Lo pensaré. Adiós, señor Fourneau, gracias por el viaje.

Ariadne estaba apenas despertando en la mañana del sábado cuando oyó el timbre de su celular. Por un momento, se quedó mirando el techo blanco del departamento, todavía algo dormida y casi sin control de sus músculos como para levantarse, llegar hasta la mesa y contestar. Ni siquiera sabía qué hora era y no le importaba. Los sábados y los domingos por la mañana eran para dormir. Y las tardes para descansar más o, en su defecto, ordenar y limpiar.

Como no dejaba de sonar y no tenía nadie que la llamase solo para molestarla, hizo acopio de todas sus fuerzas y le dijo adiós a la holgazanería. Con un gran suspiro se levantó casi de un salto y atrapó el maldito teléfono para detener ese ruido que le taladraba los oídos.

—¿Trevor? —preguntó al ver su nombre en la pantalla.

—¿Te desperté? —dijo él al otro lado de la línea—. Suenas extraña.

—Uhm, sí. ¿Es muy tarde? ¿Qué sucede?

—Lo siento —dijo, y ella pensó que el que sonaba extraño era él—, supongo que para ser sábado no es tan tarde. Lamento molestar, de verdad, pero...

—¿Trevor estás bien? —preguntó ignorando todo lo que había dicho.

—La verdad es que no, pero más importante que eso es que necesito tu ayuda. Ha surgido algo repentino y no voy a poder terminarlo a tiempo solo, ¿puedes venir ayudarme? Iría a tu casa, pero no me siento en condiciones de salir a la calle.

Ariadne estaba más preocupada por cómo lo oía que por el trabajo. No lo pensó y tampoco se detuvo a asimilar la sensación que le había producido escucharlo de esa forma.

Tardó más de una hora y media en llegar, por más prisa que se dio para bañarse, cambiarse y tomar el bus hasta la estación del metro que la dejaba a una cuadra del departamento de él. No había mucha diferencia entre un día entresemana y un sábado, en esa ciudad siempre ibas chocándote con la gente cuando más prisa tenías.

Entró al edificio con la llave que Kassie le había cedido junto con las de la

empresa, y buscó la de la puerta del departamento de Trevor. Entró y miró a su alrededor mientras avanzaba en busca de su jefe. Había estado ahí dos días atrás para repasar algunos detalles de una presentación y todo parecía estar igual, pulcro, ordenado. Solo había algo que faltaba: él.

Subió las escaleras y se dirigió a la segunda planta después de revisar por completo la de abajo. ¿Dónde estaba? En esa parte no había estado nunca y decidió que asomarse por las habitaciones era lo más sensato.

No le costó mucho encontrarlo; lo halló en la segunda habitación en la que se asomó.

—Trevor —musitó arrugando la frente al verlo acostado en la cama y tapado casi hasta las narices. No era un día frío y ahí dentro menos.

Se quitó la campera y la dejó junto a su pequeño bolso sobre una silla al lado de la puerta.

Él le dedicó una sonrisa torcida destapándose lo justo para poder observarla.

—Estás aquí.

—Me llamaste, claro que estoy aquí. ¿Qué tienes? —Se sentó en el colchón y le tocó las mejillas con las dos manos antes de moverlas hacia su frente—. Por Dios, tienes fiebre. Mírate, estás ardiendo, sudado y pálido. ¿Qué te ha pasado?

—¿Ardiendo? Usualmente lo estoy cuando estás cerca, pero ahora mismo tengo mucho frío.

—Por supuesto que tienes frío, estás enfermo. ¿Has llamado a un médico? ¿Dónde tienes un termómetro? ¿Por qué no me dijiste que estabas así de mal

cuando hablamos por teléfono?

Él hizo una mueca y trató de incorporarse, aunque se dio por vencido enseguida. Era mucho trabajo y no tenía tanta fuerza.

—Muchas preguntas, Ari. No he dormido en toda la noche, me duele la cabeza. Escucha, sé que es sábado, pero hay algo que...

Ella no lo dejó terminar.

—No vamos a hablar de trabajo ahora, me ocuparé de lo sea cuando te haya bajado la temperatura. No tienes un termómetro, ¿verdad?

—No lo sé —dijo resignado.

Ari soltó un sonoro suspiro. Para variar, él no era de ayuda. Más que un asistente, necesitaba una mamá que lo atendiera como si tuviese seis años. Muchas veces daba la impresión de que esa era su edad y no los treinta y dos que tenía.

Lo tomó por ambas mejillas y lo obligó a mirarla.

—Escúchame, ¿puedes concentrarte un segundo? Tener la fiebre tan alta no es un juego, es peligroso. Hay que bajarla, voy a buscar el botiquín por un antipirético y te prepararé un baño. Te hará bien.

—No, no. —Él sacudió la cabeza—. No te llamé para que me atiendas a mí, Ari, no eres mi enfermera. Si quieres ayudarme, busca mi portátil y te diré qué puedes hacer. Lo mío es pasajero, creo que pesqué un virus estomacal. Se irá solo.

Ella lo observó como si estuviera loco. ¡Y después era ella la que solo pensaba en trabajo!

—¿Qué otros síntomas has tenido como para saber que es un virus estomacal? —preguntó ignorando sus órdenes.

—Anoche empecé a sentirme bastante mal, mareado, nauseabundo. No he podido retener nada desde entonces y todavía tengo náuseas, aunque hace más de doce horas que no como nada. No sé qué puede quedar en mi estómago.

Sí, bien podría ser un virus estomacal, pero ¿cómo estar seguros?

—Tienes que llamar a un doctor.

Él sonrió y le acarició una mejilla con los dedos.

—Es lindo que te preocupes por mí, pero estaré bien. De verdad hay mucho trabajo que hacer —compuso sin signos de diversión en su voz.

—Lo único que vas a lograr si no bajas esa fiebre, es empeorar. ¿Ni siquiera has tomado Ibuprofeno o Paracetamol?

Trev volvió a cerrar los ojos con la cabeza apoyada en la almohada.

—No tiene sentido, Ari, no puedo tomar nada porque no lo retengo lo suficiente para que haga efecto.

Cuando ella entró en el baño privado de la habitación, la oyó abrir y cerrar puertas y cajones. También oyó cómo el agua comenzaba a caer en la bañera y llenarla. Mantuvo los ojos cerrados mientras escuchaba sus pasos por todo el cuarto y recién los abrió luego de un rato cuando la sintió sentada a su lado en el colchón.

—Vamos, toma esto —dijo poniéndole una pastilla en los labios y acercándole un vaso con agua.

No tuvo más remedio que obedecer y sentarse para poder deglutirla con más facilidad. Cuando lo logró, estuvo a punto de volver a acostarse, aun así, ella lo tomó de un brazo y tiró de él.

—Arriba, la tina está llena. Levántate, te acompañaré hasta el baño por si te mareas.

—Puedo solo —refunfuñó. Que lo cuidara cuando estaba en la cama podría pasar como tierno, pero que lo ayudara a ponerse de pie como si fuese un anciano ya no tenía gracia—. Tendrías que darte vuelta, no quiero escandalizarte, no me he puesto la parte inferior del pijama. Solo tengo ropa interior.

Ella alzó las cejas y se puso de pie cuando él lo hizo con algo de duda. No le soltó el brazo en ningún momento y empezó a caminar con lentitud y suma paciencia. Trev podría pretender que podía caminar sin ayuda, pero lo cierto era que todo le daba vueltas y se sentía más débil aún.

—¿Ahora vamos a pretender que hay algo que no he visto ya de ti? Vamos, Trev, no seas orgulloso y deja que te cuide. —Llegaron junto a la bañera y se detuvo—. ¿Quieres que te ayude con eso?

A él le encantaría que fuese ella quien le quitara la camiseta y la ropa interior, pero no cuando estaba en esas condiciones tan deplorables. Cuando llegaran a eso de nuevo, porque lo harían, él le devolvería el favor —de desnudarla—, sin embargo, ese momento no era el indicado, ni siquiera para tener pensamientos relacionados.

—No, yo lo haré.

Ella asintió y se giró para tomar un toallón y dejarlo en un banquete que acercó a la tina. También puso otro pijama completo y un bóxer. ¿De dónde

lo había sacado?, pensó mortificado.

—Estaré en el dormitorio, llámame si me necesitas. Recuerda que para bajarte la fiebre, tienes que dejar que el agua se vaya enfriando sola contigo dentro.

Trev la observó hasta que salió de su campo visual cuando entornó la puerta. Ella era increíble, ponía tanto empeño y amor en cada cosa que hacía que ninguna persona podría dejar de admirarla si se tomaba el tiempo para contemplarla. Él lo hacía, incluso cuando estaba temblando y tiritando no podía dejar de pensar en ella.

Las piernas se le aflojaron por un segundo y estuvo a punto de caerse. Con eso volvió a reaccionar y se quitó la ropa para meterse al agua, sin poder dejar de preguntarse qué era lo que Ariadne estaba haciendo en su cuarto ahora.

CAPÍTULO 17

Trevor salió del baño sintiéndose renovado. Todavía conservaba ese malestar que lo hacía sentirse enfermo y débil, pero la mejoría era sorprendente. Sonrió cuando vio a Ariadne sentada en la cama mirando hacia todos lados, como si estuviera analizando qué era lo que le quedaba por hacer.

¿Había cambiado las sábanas? Entrecerró los ojos e intentó recordar de qué color eran antes de entrar al baño.

Ella lo vio y se puso de pie para acercarse.

—Sí, sí, las cambié —dijo contestando a una pregunta que no había formulado, y lo tomó por un brazo para llevarlo de regreso a la cama—. Vamos, deberías volver a acostarte. ¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias. No tenías que hacer todo esto —compuso dejando que lo condujera solo por el hecho de disfrutar el tenerla cerca.

—Pero lo hice —respondió obligándolo a sentarse y colocándole una mano en la frente—, y deja de agradecerme. Mira, te ha bajado la fiebre. ¿Ves que los cuidados no son todos en vano?

Lo empujó con suavidad para instarlo a acostarse y volvió a taparlo como si fuera un niño.

—Hey —protestó él cuando ella se alejó—, te faltó algo.

Ari dio un paso atrás y observó todo a su alrededor hasta que lo miró a él en busca de una respuesta.

—Un beso, tienes que darme un beso —aclaró sonriendo.

Ella soltó una carcajada.

—Parece que alguien se siente mejor —murmuró y se sentó a su lado.

—¿Tal vez así mejore más rápido?

Ari continuó sonriendo y movió la cabeza a ambos lados.

—Compórtate. ¿Crees que deberías comer algo o prefieres esperar?

La sola idea de volver a descomponerse lo asqueaba, y menos con ella presente.

—Ahora no, quizá luego. ¿No vas a darme mi beso, entonces?

—Debería prepararte una sopa liviana —dijo pensativa pasando por alto su anterior pregunta.

Trev buscó su mano y la envolvió con la de él dejando las bromas atrás.

—¿Por qué haces esto? Sabes que no es tu obligación, aunque a veces te pida cosas extrañas para lo que es tu trabajo, cuidarme cuando estoy enfermo no es algo que te pediría jamás.

Ariadne lo sabía, pero también sabía por qué lo estaba haciendo casi sin pensarlo.

—Yo sé lo que es estar sola, y no es nada agradable cuando te sientes así. Déjame ayudarte.

Él asintió sin dejar de mirar su bello y preocupado rostro. La besaría, se moría por besarla y agradecerle, por volver a probar esos labios. Pero como si estuviese leyendo sus pensamientos, ella se puso de pie y se alejó, quitándole la oportunidad de intentarlo.

—Voy a prepararte una sopa y dejarla lista para cuando te sientas mejor, luego comenzaremos a trabajar.

—Te haré compañía —propuso destapándose, listo para levantarse de la cama.

—Oh, no —se apresuró a decir, viéndolo como si estuviera loco—. Tienes que quedarte acostado, no seas ridículo, ni siquiera puedes caminar sin tambalear.

Él resopló, y Ari alzó las cejas.

¿Estaba bromeando? ¿Cómo podía ser tan caprichoso? Se miraron fijo por unos largos segundos hasta que Trev se rindió y volvió a meter las piernas dentro de las sábanas y taparse.

Ella sonrió victoriosa y dio media vuelta para dejar la habitación. Tenía trabajo por hacer.

Ari miró hacia la ventana y descubrió que había oscurecido. ¿Cómo no se había percatado antes? Parecía imposible que hubiese pasado tres horas con los ojos clavados en el monitor, pero era cierto.

Salió del despacho que tenía Trevor en el departamento, y volvió a subir las escaleras para comprobar cómo seguía.

Él estaba acostado con las hojas que le había alcanzado para que pudiese repasar sobre la cama. Sonrió, divertida, y se acercó pensando que estaba dormido. Le quitó los papeles, descubriendo sus ojos, y pudo ver que solo

estaba adormilado.

Trev parpadeó y sonrió al verla.

—Todavía estás aquí —compuso con voz somnolienta—. Creí que te habías marchado sin despedirte.

—Estaba trabajando, olvidé la hora. Vine a comprobar que estabas bien, ¿cómo te sientes? —preguntó posando una mano sobre su frente—. Parece que no tienes fiebre.

—Ahora creo que solo estoy agotado, no he logrado concentrarme en esto. No puedo enfocar la vista. ¿Cómo vas con la presentación?

—Bastante bien, en unas horas estará terminada. Si no te molesta puedo quedarme toda la noche, antes de amanecer debería terminarla. Ahora sí podrías comer algo, no sé si es prudente que no comas nada.

Trev se incorporó.

—Sí, debería. Me voy a levantar, ¿me acompañas y cenamos juntos?

—Mejor te quedas aquí y yo te traigo todo —retrucó volviendo a taparlo con las cobijas que ya había corrido a un lado.

Estuvo a punto de protestar, pero encontró otra cosa más importante que discutir.

—No vas a quedarte toda la noche trabajando, pero ¿por qué no te quedas y duermes aquí? Mañana por la mañana seguiremos.

Se figuró lo que diría a continuación cuando la vio abrir la boca, lista para replicarle.

—No creo que...

La interrumpió.

—No me refería a dormir en mi cama, Ariadne. —Aunque era lo que más le gustaría y habría dado muchas cosas por estar bien y volver a tenerla a su lado toda la noche. Pero no sería esa por muchas razones—. Soy un hombre profesional, cuando quiero. Hay una habitación libre, puedes quedarte allí.

Ari había reprimido una sonrisa por su comentario. Él sin duda podía ser profesional, aunque no era algo de lo cual presumiera la mayor parte del tiempo.

—Me sentiría mucho más tranquilo, estás muy lejos de casa para andar sola a estas horas —agregó él para reforzar su causa.

Ella estuvo de acuerdo. Eran más los beneficios que obtenía quedándose que marchándose para tener que regresar por la mañana. Además, si se quedaba podría comprobar que no empeorase estando solo y sin ayuda.

Asintió y trató de sacar de su cabeza los posibles peligros que podría albergar esa decisión. Él estaba convaleciente, por lo menos eso tenía que disminuir las tentaciones, ¿no?

Se miraron a los ojos por un segundo sin saber que los dos estaban teniendo el mismo pensamiento.

Fue ella quien rompió el contacto visual para bajar a la cocina a buscar la cena y una distracción. Lo dejó comiendo solo en la cama y ella se preparó algo más sustancioso, aunque solo fuese una excusa para mantener la distancia. Cada vez que estaban juntos, si no estaban ocupados con el trabajo, aparecía una fuerza magnética que le era difícil de vencer y que no tenía nada que ver con la preocupación que sentía en ese momento.

No sería tan tonta como para utilizarlo como justificación para cualquier

otro desliz que pudiese llegar a cometer.

Trev se despertó a la mañana siguiente sintiéndose mucho mejor que el día anterior. Además, ansioso al saber que Ariadne estaba en su casa, en una de sus habitaciones. Se levantó y festejó internamente no sentirse mareado ni débil. Era increíble lo mucho que podía mejorar una persona con unos tiernos cuidados.

Con sigilo, avanzó por el pasillo de ese mismo piso y espió la puerta arrimada del cuarto en el que estaba Ari aún dormida.

Era temprano, pero no dudaba que despertara en poco tiempo, lista para seguir trabajando.

Media hora más tarde ya tenía lo que necesitaba, parecía que todo estaba a su favor ese día, porque Ariadne no se había despertado y arruinado sus planes.

Ella ya estaba removiéndose en su cama cuando él entró a la habitación. Dejó la bandeja que había cargado hasta ese cuarto sobre la mesilla que había junto a la cama, y se sentó en la orilla a su lado. Posó una mano sobre su cabello y la acarició sin ser capaz de resistir la gran tentación que significaba.

El contacto terminó de despertarla. Ari parpadeó mientras miraba hacia él, que la recibió con una sonrisa que puso más confusión en su ya extrañada expresión.

—Buenos días, dormilona —musitó con suavidad y se inclinó hasta besarla en la mejilla.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó con la voz ronca y se refregó los ojos con una mano.

—Bueno, gracias a ti me siento mucho mejor. Ahora es mi turno de atenderte.

Ari apretó los ojos y reprimió una sonrisa que quería escapársele. Una vez más se preguntó por qué tenía que ser tan guapo, por qué tenía esa sonrisa tan perfecta. Se mordió la lengua y con toda la seriedad que pudo lograr le apuntó con un dedo al pecho, con cuidado de no tocarlo.

—No está bien que estés aquí, Trevor. Vete, bajaré enseguida.

Él hizo un puchero.

—¿Me estás echando? Hasta te traje el desayuno.

Atisbó hacia un costado, y Ari giró la cabeza para observar la bandeja con cierta incredulidad. Estiró una mano y tomó la taza de café humeante, que olía tan bien que le hizo soltar un suspiro. También tomó el croissant y lo inspeccionó. No había forma que hubiese preparado todo eso él solo.

—No quieras engañarme diciendo que has hecho todo esto tú solito —dijo dándole un mordisco al pan.

Trev tomó la bandeja y la puso sobre sus piernas.

—No —explicó con calma—, es obvio que no lo hice yo, pero lo que cuenta es la intención, ¿no? Quería expresar mi agradecimiento con un gesto bonito.

Y lo era, pensó ella. En especial mirando la flor que había dentro del pequeño florero en la esquina de la bandeja. Un precioso tulipán blanco. Él tenía un punto.

Sonrió, porque contenerse era una tarea complicada.

—Es muy lindo, pero ya te dije que no tienes que agradecerme.

—Pero quiero hacerlo. Ahora disfruta esto, nos vemos en mi despacho cuando estés lista.

Colocó la bandeja sobre el regazo de la joven y se colocó de pie. Se dispuso a salir de la habitación, pero se volvió hacia ella cuando llegó a la puerta y descubrió que todavía lo estaba mirando.

—¿Me dejas decirte algo, Ariadne?

Ari no pudo hacer otra cosa más que asentir, porque las palabras se quedaron atascadas en su garganta junto con un pedazo de croissant. Su voz era profunda y el brillo de esos ojos le habría aflojado las piernas si no hubiese estado acostada.

—Te ves espectacular cuando recién te despiertas. No dejes que nadie te vea así, pondrías en peligro el control de cualquier hombre.

Y se marchó.

Gracias al cielo que se marchó a tiempo, de otra forma habría visto como casi se ahogaba con lo que tenía en la boca y luego se quemaba con el café.

¿Cómo, cómo, cómo podía ser capaz de decirle algo así y después marcharse como si nada?

—¿Y por qué querrías que se quedara? —se preguntó a sí misma en voz alta.

Trevor no podía decirle esa clase de cosas y punto. No debía de sonreírle de esa forma ni mirarla con esos ojos. Pero ella tenía serias dificultades para enfrentarlo y pedirle que no lo hiciera.

Primero, porque no quería tocar el tema e iniciar una conversación de ese tipo. Y segundo, porque en el fondo, aunque no tan en el fondo, le encantaba.

El lunes por la mañana, Ari estaba exhausta pero conforme. El día anterior había trabajado codo a codo con Trevor y habían conseguido mejores resultados de los esperados para un trabajo de un día y medio. Solo tendría que afilar algunos detalles y todo estaría en perfecto orden para el martes.

Tory no estaba en su lugar cuando llegó y eso mejoró un poquito su día. Comenzarlo con su agria mirada no era, ni de lejos, la forma en la que le gustaba comenzar una nueva jornada. La que sí lo era, a pesar de las contradicciones que le generaba, era ver un gran ramo de flores en su escritorio. No eran rosas ni tulipanes, sino otras distintas, pero creía estar segura de quién las había enviado.

Con una sonrisa, las tomó por el florero en el que se encontraban y las colocó a un costado, mirando mientras tanto si había alguna tarjeta. Se decepcionó un poco al ver que no había ninguna, pero hizo lo posible para borrarlo de su mente y enfocarse en el trabajo.

Podrían ser solo flores para decoración, quizá nadie se las había enviado como había creído en un comienzo. ¿Y por qué eso la ponía de mal humor? No tenía por qué importarle, y sin embargo, lo hacía. Sacudió la cabeza y soltó un suspiro lleno de frustración antes de sentarse y comenzar a repasar la agenda de Trevor para ese día.

No habían pasado quince minutos cuando oyó voces y unos pasos aproximarse. Las ignoró y se concentró en la pantalla a pesar de haberlas

reconocido.

—Buenos días —oyó decir a Trev, y antes de ver su sonrisa predijo su buen humor.

—Buenos días —respondió alzando la vista hacia él—. Oh, buenos días a usted también, señor Fourneau.

Jaques, que acompañaba a Trevor, le dio una sonrisa incluso más resplandeciente que la de su jefe.

—Ariadne, ¿cómo estás? —Dejó a Trev atrás y se acercó a ella apoyando una mano en el escritorio.

Le extendió una cajita cuadrada de cartón blanco con el nombre de la cafetería en la que habían estado el viernes. Ari no quería hacer eso ahí, sabía que a Trevor no le gustaría en absoluto, pero si no lo aceptaba y lo abría, sería peor. Así que levantó la tapa de la cajita y espió lo que se encontraba adentro.

—Gracias —dijo algo extrañada y divertida, pero ansiosa por terminar con eso y volver al trabajo.

—Es para que veas que no está ni quemado, ni crudo, ni seco. Es delicioso. Pero la verdad es que solo es una excusa para preguntarte si ya has tomado una decisión con respecto a mi propuesta.

Directo al punto.

—Creo que me he perdido de algo —intervino Trev sin poder morderse la lengua o mantener la distancia por más tiempo.

Miró a Ariadne y a Jaques en espera de una respuesta que ninguno de los dos parecía apurado por darle.

—Nada en absoluto, Trev. La verdad es que creo que esto no te interesa. No tiene nada que ver con el trabajo.

—Pero lo estás tratando en ámbito de trabajo, Fourneau —replicó casi en un gruñido.

Ari cerró los ojos e inhaló profundo antes de hablar.

—El señor Fourneau y yo tomamos un café el viernes por la tarde, Trevor. Eso es todo, no es necesario tener una discusión por algo con tan poca importancia.

—No me dijiste nada —protestó él cruzándose de brazos.

—¿Y por qué tendría que decírtelo? —intervino Jaques para disgusto de los otros dos.

—Te dije que no la molestaras —le apuntó.

—Y no lo hice —musitó encogiéndose de hombros y girándose hacia ella con una mueca—. Mejor hablamos después, te veo más tarde, Ariadne.

Asintió hacia Trevor y abandonó la habitación. Ari se sintió aliviada cuando él se marchó, pero debió de prever que Trev no se rendiría tan fácilmente.

Él cerró la puerta para que nadie los interrumpiera y regresó al mismo lugar en donde Jaques había estado antes. Apoyó las dos manos en el escritorio y se inclinó hacia ella, obligándola a que dejar de mirar el monitor.

—Tienes un día muy ocupado hoy, te recomiendo que comiences ya mismo si no quieres atrasarte desde temprano.

—No me cambies de tema, ¿por qué no me dijiste que habías salido con

Fourneau? Te advertí...

Ari lo interrumpió con una mirada fría.

—Soy una persona grande y libre, no tengo que darle explicaciones a nadie de lo que hago o de lo que dejo de hacer.

—Te dije que tuvieras cuidado con él, ¿por qué no me escuchaste?

—¿Quién dijo que no lo hice? Tengo muy presente tu consejo, Trevor.

—Pero le aceptaste un regalo. ¿Cómo crees que va a tomar eso? ¿Y de qué propuesta estaba hablando?

Indignada, pensó que no le vendría mal estrellarle el adorable muffin lleno de crema de chocolate en la cara para darle una lección. Y lo habría hecho de no ser porque sabía que si le ensuciaba la camisa o cualquier otra prenda, sería ella quien tendría que encargarse de arreglarlo.

—No es de tu incumbencia —dijo al final decidiendo que no le diría nada. No mientras la tratara de esa forma. No importaba cuáles eran sus intenciones, no podía hablarle así.

Él recibió su respuesta con sorpresa y la ira comenzó a bullir en su sangre.

—Si lo tratas en el trabajo, es de mi incumbencia.

Ariadne apretó los labios y clavó sus fríos ojos en él con un enojo creciente.

—Un error que no se volverá a repetir, señor Johnson. Me ocuparé de tratar lo que tenga que tratar con el señor Fourneau fuera de trabajo.

¡JA! ¿Eso era lo que quería oír? Se mordió el lado interno de las mejillas para no sonreír victoriosa.

—Ariadne —dejó escapar como una advertencia y volvió a ensombrecerle el humor.

Con una lenta inspiración se puso de pie, casi a punto de explotar.

—¿Pero quién te crees que soy? ¿Y quién te crees que eres tú para decirme qué puedo hacer o qué no?

—Soy tu jefe —musitó despacio tomándola por un brazo.

—Me parece que se te olvida que los jefes no hacen escenas de celos, esto es ridículo —le recordó sin miedo a enfrentarlo y movió el brazo en un intento de zafarse de su agarre.

—¿Sabes lo que es ridículo? —inquirió inclinándose más hacia ella—. Que quieras negar lo que hay entre nosotros y quieras esconderte detrás de Jaques. Pero no te lo voy a permitir, Ariadne, no voy a hacerlo.

—¿Negar qué, Trevor?

Una sonrisa peligrosa se formó en su rostro con esa pregunta. Era exactamente lo que había esperado.

—Esto —dijo.

Y la besó.

CAPÍTULO 18

Fue un beso enfurecido.

Él no había querido besarla, no así por lo menos, ese no era el plan. Pero ella tenía toda la culpa por su maldita tozudez y su afán por volverlo loco. Tenía que hacerla entrar en razón de alguna forma.

La apretó contra él y venció su resistencia, que fue mucha en los primeros segundos luego de salir de la sorpresa. Después pasó lo que debía de suceder porque él tenía toda la razón y ambos lo sabían, ella se rindió a la persistencia de sus labios y sus caricias.

Entonces, Trev la soltó.

—Piensa en eso. —La soltó con brusquedad y se marchó para encerrarse en su despacho antes de perder la poca racionalidad que le quedaba después de tenerla entre sus brazos.

La dejó con las piernas como gelatina, los labios hinchados y la cabeza hecha un desastre. Y no iba a considerar cómo se encontraba su corazón, porque eso sería demasiado.

¿Que pensara en eso? Hasta le costó moverse para sentarse en su silla detrás del escritorio y evitar caer desparramada. Se llevó una mano al pecho como si de esa forma pudiese enlentecer sus latidos, pero el cosquilleo que le recorría el cuerpo entero le demostraba lo afectada que estaba.

¿Que pensara en eso?, volvió a repetir en su cabeza. Era lo último que

debía hacer.

Miró la pantalla del ordenador y se concentró en lo que había frente a ella. Trabajo, trabajo y más trabajo. Se dijo a sí misma que no había pasado nada, él no la había besado ni tampoco habían discutido. Era un día normal de trabajo y tenía que hacer el suyo.

Y punto. Fin.

La paz no le duró. Cuando tuvo que acompañar a dos recién llegados a la oficina de Trevor, no pudo evitar cruzar miradas, tambalear y volver a revivir ese maldito beso con solo verlo a los ojos.

—Tomen asiento, por favor —pidió él luego de saludar a los dos hombres—. Estaré con ustedes en un segundo.

Ari había aguardado a dos pasos de la puerta de salida y comenzó a retroceder cuando vio que se acercaba con pasos firmes y seguros, casi amenazantes. No era que le temiera, porque estaba lejos de hacerlo, sino que los receptores de su cuerpo aún estaban muy sensibles como para siquiera soportar un roce de su parte.

—¿Necesita algo más, señor Johnson? —preguntó enderezando la espalda y alzando la barbilla para sentirse más segura.

—Solo que me respondas una pregunta —dijo él en voz mucho más baja.

—¿Sí? —lo instó con impaciencia.

—¿Has pensado en ello?

¡Maldito fuera!

No iba a dejarlo ganar esa vez.

—¿Pensar en qué, señor? —volvió a decir en voz alta, y obvió el tono seductor que él había utilizado antes.

Trevor sonrió, bien enterado de lo que ella pretendía.

—¿Necesitas que te lo recuerde?

Esta vez Ariadne entrecerró los ojos y sí bajó la voz.

—No te atreverías —masculló atisbando hacia los dos hombres que parecían no haberse enterado de su discusión.

Él abrió la puerta del despacho e hizo una seña para que caminara delante de él. Ari pensó que iba a dejarla tranquila y comenzar su reunión, pero se sorprendió cuando la puerta se cerró y él no se quedó dentro, sino que continuó casi pegado a su cuerpo.

—¿Qué...? —comenzó diciendo, pero las palabras se quedaron atascadas en su garganta cuando Trevor envolvió su cintura con un brazo y la estrechó contra él.

—¿Necesitas que te lo recuerde? —volvió a decir con los labios casi rozando los de ella.

—¡Estás loco! —exclamó Ari tratando de alejarse—. Esto es inaceptable, imagina si alguien nos viera de esta forma.

—Nadie nos ve ahora, pero ¿qué podría pasar? No van a despedirte, soy el jefe. Recuérdalo.

—Como si pudiera olvidarlo —murmuró empujándolo con más fuerza hasta que consiguió zafarse—, también eres *mi* jefe. ¿Por qué no recuerdas eso tú?

—No cambiemos de tema, hace un rato te ordené que pensaras en algo.
¿Lo has hecho?

Ariadne se giró y caminó hasta el escritorio, reparando en sentarse y no quedarse parada dándole la posibilidad de volver a encerrarla.

—Estaba muy ocupada con el trabajo. Algunas personas aquí todavía lo hacen. ¿Por qué no sigues su ejemplo?

Él soltó una pequeña carcajada.

—Tienes razón, tenemos todo el tiempo del mundo para hablar de nosotros.

¿*Nosotros?* Ari quiso bufar, replicar o algo más para ponerlo en su lugar, pero lo pensó mejor y mantuvo la boca cerrada para acelerar el proceso.

—Como en el almuerzo, tengo esa hora libre hoy, ¿no?

—Tú sí, pero yo no. Tengo cosas que hacer, es mi hora libre.

Era una gran mentira, no tenía nada que hacer más que lo obvio y lo habían hecho juntos otras veces. Pero se negaba a seguir con esa discusión, y no sabía qué podría llegar a pasar en una hora a solas con él sin excusas para huir. Le costaba confiar en ella misma cuando se ponía tan encantador y la miraba de esa forma.

—Ya veremos. —Sonrió confiado y sin creerle una sola palabra.

Y se marchó a su oficina. Por fin.

¿Y qué quería decir con *ya veremos?* ¡El muy presuntuoso! ¡Ya vería él!

La reunión se extendió más de lo que habían esperado; cuando acabó, Trevor no pudo escapar de la siguiente junta. Lo que fue lo mejor que podría haberle pasado a Ari en ese día, porque cuando llegó la hora del almuerzo, él todavía estaba ocupado y probablemente no llegaría hasta dentro de más de una hora cuando ya hubiese salido y almorzado sola y tranquila.

Ese día, decidida a evitar a Trev, decidió bajar al buffet y aguantar alguna que otra mirada agriada.

—¿Vas a almorzar? —preguntó una voz detrás de ella y Ari tuvo que detenerse y girar para verlo. Estaba casi llegando a comedor.

—¿No tienes que estar en la junta con Trevor ahora mismo?

Jaques soltó una pequeña risa.

—El jefe dio por terminada la reunión hace cinco minutos, parece que tenía algo importante que hacer porque se veía con bastante prisa.

Ari entrecerró los ojos sin poderse creer que él hubiese terminado una reunión solo para tener la oportunidad de molestarla por una hora. Pero no iba a darle el gusto.

—Voy a almorzar, ¿vienes? —le preguntó a Jaques para apresurar su marcha. Si Trev la encontraba antes, la obligaría a subir con él y ya no habría escapatoria.

Encantado, Jaques le dio una gran sonrisa y no perdió su tiempo.

—Yo invito.

Ariadne se sintió mejor cuando la condujo a un pequeño y sencillo restaurante en la calle siguiente. No quería imaginar los cotilleos que habría

si esta vez se presentaba en el buffet con el vicepresidente en vez del presidente.

—Trevor seguía algo molesto, creo —comentó él después de ordenar.

—¿Molesto por qué?

—Porque se enteró que te invité a tomar un café, y quiso sonsacarme cuál era la propuesta que te había hecho. No le dije, por supuesto. ¿Tú que le dijiste?

—Que no era su asunto, por supuesto —repitió ella—. Mi vida personal es mi vida personal. Muy diferente a la profesional.

Se sentía hipócrita diciendo eso después de haber pasado una noche con el jefe, pero nadie más lo sabía y así podía fingir que no había sucedido.

—Eres divina —le apuntó con una corta carcajada—, y tan atractiva cuando te pones así de firme. No es de extrañar que Trevor sea tan territorial contigo, eres de oro y él lo sabe.

—Espero que estés hablando de trabajo —musitó con desconfianza.

—Claro, eres muy buena en lo que haces, ese carácter tuyo te ayuda muchísimo y seguirá haciéndolo.

Sonrió porque parecía sincero, y cada vez se convencía más de que Trev estaba un tanto equivocado en lo que había dicho. O bien, sabía cómo era en realidad y solo quería alejarla de él porque le encantaba ser un bastardo egoísta.

—Gracias —respondió quitándose los malos pensamientos de la cabeza.

—¿Entonces has pensado en mi propuesta? ¿Vendrás?

—No lo sé, no he tenido mucho tiempo para considerarlo este fin de semana.

—Está bien, estaré esperando ansioso tu respuesta. Espero que sea un sí, no dejes que Trevor te amedrente, si quieres, ni siquiera tendrá que enterarse.

Mientras esperaban la comida, hablaron sobre trabajo y la reunión que había tenido él antes. Solo tenía una hora para almorzar por lo que tampoco podía perder mucho tiempo, pero la camarera no tardó en llegar y les sirvió lo que habían ordenado.

—Gracias —dijo Jaques dejando de prestarle atención a ella y concentrándose en la mujer rubia que estaba colocando la comida—. ¿Cómo estás, Molly?

—Muy bien, Jaques, ¿y tú?

—Bien, muy bien. Hoy estás... bellísima.

Ari alzó las cejas, aunque se mantuvo en silencio. La camarera solo sonrió, algo tímida, y se marchó. Jaques la contempló como un tonto hasta que desapareció de su campo visual e incluso después, permaneció con la mirada perdida por unos cuantos segundos más.

Ariadne no necesitó hacer ninguna pregunta, lo supo enseguida. Él estaba enamorado de una forma que no podía disimular. La forma en la que la miraba era clara. No era una mirada de deseo, pero tampoco era fraternal.

—¿Siempre vienes a almorzar a este lugar? —dejó caer la pregunta antes de probar un bocado.

Jaques se giró hacia ella como si recién volviese a recordar que no estaba solo. Ladeó apenas la cabeza y luego la sacudió.

—Oh, lo siento. Sí, todos los días —dijo recuperando su sonrisa habitual—. ¿Por qué? ¿Te gusta la comida?

—Es muy buena —respondió con un asentimiento y continuó comiendo sin dejar de notar que él todavía no había bajado de su nube.

Ari sonrió y también se perdió en sus pensamientos. No se consideraba una romántica, todo lo contrario, pero no pudo evitar pensar en lo bonito que sería ser la receptora de una mirada como esa.

Se separaron en el ascensor cuando Jaques bajó un piso antes que ella. Ari no miró a la secretaria cuando entró, aunque no pudo evitar sentir sus ojos clavados en ella. ¡Y eso que no sabía con quién había pasado la última hora!

Estaba relajada y casi había olvidado la mañana de locos por la que Trevor la había hecho pasar; sin embargo, la paz no le duró mucho. Cuando cruzó la puerta de su lugar de trabajo, lo encontró apoyado en el escritorio, esperándola.

—Cierra la puerta, por favor —musitó con voz tranquila y apacible.

Ari lo miró y obedeció de mala gana, no porque él se lo pidiera, sino porque no quería que la secretaria se deleitara con la conversación que la esperaba.

—No estoy llegando tarde —apuntó ella mirando el reloj. Faltaban más de tres minutos para que su descanso acabase.

Trev avanzó hacia ella y se detuvo a unos pasos de distancia. Sonrió.

Estaba loco, decidió Ariadne sin moverse ni mediar palabra.

—Te escapaste —soltó más divertido que enojado—, jamás imaginé que fueras a huir de esa forma.

—¿Escaparme de qué? —murmuró pasando a su lado, y tomó la suficiente distancia para evitar que la detuviera.

—De mí y de nuestra conversación pendiente —contestó siguiéndola con la mirada y observando cada movimiento.

—¿Qué conversación? —inquirió Ari provocando que él soltara una carcajada y negara con la cabeza.

Trevor decidió que estaba en negación y no agregó nada más. No tenía sentido. Se había molestado mucho cuando, luego de casi haber cancelado la junta para verla, ella se había esfumado.

No tenía dudas de que lo hacía adrede, pero mientras almorzaba solo había llegado a la conclusión de que había una razón para todo y, en ese caso, era que con su huida no hacía otra cosa que confirmarle que no era tan inmune a él como aseguraba.

Lo único que tenía que hacer además de esperar a que dejara de luchar y aceptara lo que pasaba entre los dos, era evitar que alguien más ocupase erróneamente su lugar.

Ari no sabía qué hora era, la espera en la caja siempre parecía eterna en el supermercado al que iba, pero por la oscuridad que dominaba las calles y veredas, creía que habían pasado como mínimo unos cuarenta minutos. No podía saberlo con certeza porque se había quitado el reloj al llegar de la oficina y nunca llevaba el móvil cuando iba a lugares cercanos.

En la cuadra de su edificio no había ni una sola tienda o local, por eso era

más oscura que el resto, la única iluminación provenía de los faroles regulares de la calle.

Apretó el paso porque escuchó un ruido, y una sensación extraña la puso en alerta. Sabía que no le convenía salir a esa hora, pero con tanto trabajo era difícil hacerlo en otro momento, por lo menos entre semana.

Se relajó al ver que solo quedaban unos metros, y casi estaba llegando a la puerta cuando sintió un tirón en el cabello que la lanzó hacia atrás. No cayó al piso porque en ese mismo instante alguien, probablemente el mismo que la había jalado, aún sujetándola por el nacimiento del cabello, le dio vuelta y le golpeó la espalda contra el borde de la pared del frente del edificio.

Las bolsas de las compras cayeron al piso y todo quedó desparramado en el suelo.

—Suéltalo —dijo tironeándole el bolso que colgaba de su hombro, y presionándole el rostro con una mano para hacerla girar la cabeza y que no lo mirase.

Ari no logró reaccionar, no supo si fue por el golpe o por el pánico que no podía siquiera respirar u oír nada de lo que gritaba el tipo que no tenía el rostro cubierto y solo utilizaba la capucha del buzo para ocultarse a medias. Aunque ella difícilmente podría llegar a verlo, tenía una mejilla rozando el tapial y sentía un ardor casi insoportable, como si le clavaran algo filoso.

La tomó por el cuello y volvió a golpearla contra los ladrillos. No esperó más a que soltara el bolso, sino que le dio un tirón y se lo arrebató para salir corriendo.

El último impacto había hecho que su cabeza también saliera afectada. No solo sentía que se había quedado sin pulmones, porque no podía respirar por

más esfuerzo que hiciera, el dolor se había apoderado de su cuerpo y una nube negra acompañada de una sensación de inestabilidad empezó a penetrar en su mente hasta que no hubo nada más que oscuridad.

CAPÍTULO 19

Cuando recuperó la conciencia estaba en un hospital. Montones de cosas llegaron a su cabeza al mismo tiempo y le costó recordar qué era lo que había sucedido exactamente. La última vez que había despertado de esa forma en un lugar igual, había sido a los trece años cuando supo que su vida no volvería a ser la misma.

Ari respiró profundo y buscó sentarse despacio en la cama. Le dolía todo, la cabeza le daba vueltas y el mínimo movimiento era una tortura. Hizo acople de fuerzas y logró su objetivo. Se sentó y descubrió que ni siquiera conservaba su ropa. Odiaba eso, no le gustaba saber que alguien la había desvestido y movido a su antojo sin permiso.

Miró a sus alrededores y dio enseguida con sus prendas apiladas en una silla. Bien, iba a cambiarse y largarse. No quería permanecer en ese sitio ni un segundo más.

El piso estaba helado y los dedos de sus pies se contrajeron de forma refleja en cuestión de segundos. Tomó el pantalón de vestir, la blusa y el gastado abrigo y los colocó sobre sus piernas cuando se sentó en la silla para comenzar la dura tarea de vestirse. Lo peor fue tener que calzarse los zapatos, agachándose y volviendo a enderezar la espalda. Era la parte del cuerpo que más le dolía porque no se limitaba a la piel, sino que parecía que el dolor llegaba hasta sus órganos internos, aunque no tenía idea de si eso era posible.

Estaba respirando profundo para ponerse de pie cuando la puerta se abrió y una enfermera apareció ante sus ojos. Al principio no la vio, y Ari pudo advertir su expresión de alarma al no encontrarla en la cama. Luego, mostró

sorpresa y desaprobación al notar que se había levantado y cambiado.

—¿Qué cree que hace? No puede irse.

—Claro que puedo, no voy a quedarme aquí. Estoy bien.

Buscó su bolso con la vista en los alrededores, pero pronto qué había pasado con él. ¿Estaba así de lastimada por el maldito bolso? ¡Y hasta había perdido sus compras para toda la semana! El ladrón debería de estar decepcionado, tanto gasto de energía por unos pocos dólares y un bolso viejísimo del que no podría sacar nada.

Odiaba salir tan tarde y sola, cuando iba a la universidad y salía de su turno nocturno en el trabajo se había acostumbrado a andar siempre preparada. Las llaves en el bolsillo, y no más dinero que el estrictamente necesario en la cartera. Ese día no había sido distinto, una fortuna entre tanta mala suerte.

—Pero no puede marcharse así, sola. Al menos quédese a pasar la noche.

—No puedo hacer eso. ¿Hay forma de que me preste un teléfono? No tengo el mío y me han robado el dinero.

La mujer asintió.

—No hemos podido contactar a su familia porque no llevaba identificación. La policía asumió que había sido un caso de hurto.

Ari caminó hasta la cama y volvió a sentarse allí. Permanecer parada no le iba a ser posible, mucho menos caminar hasta su casa. Y sin dinero no podía hacer mucho más.

—Sí, creo que fue eso. Pero no tengo familia a la que contactar. ¿Qué hora es?

—La dos de la madrugada —contestó la enfermera, una señora bajita de aspecto maternal—. ¿Podría decirme su nombre?

—Ariadne Clair —dijo encontrando el reloj en la pared.

Solo había un número de teléfono que sabía de memoria, pero no iba a marcarle a esa hora, era muy tarde en la noche o demasiado temprano por la mañana. Miró a la señora, que hacía anotaciones en su carpeta, y soltó un suspiro resignado mientras se quitaba los zapatos.

—¿Podría usar un teléfono para llamar a alguien que venga más tarde? —preguntó recostándose sobre un costado.

—Cuando lo necesite, señorita Clair. ¿Va a quedarse, entonces? Acostarse le hará bien, le daré un calmante para los dolores y podrá descansar mejor. ¿Qué le parece?

—Eso suena bien, por favor.

—Mientras tanto, ¿por qué no me anota el número con el que desea comunicarse y un nombre aquí? —dijo pasándole la carpeta y señalando un espacio en blanco—. Yo puedo llamar.

—No ahora, cuando amanezca —aclaró anotando el móvil de Trevor.

No era que le encantase la idea, pero no tenía opción. En ese tiempo que llevaba trabajando para él había marcado el mismo número cientos de veces desde su celular o el teléfono de la oficina y había terminado por grabárselo en la memoria.

Sin dinero no podía pedirse un taxi ni tomar un bus o el metro. Además, no sabía ni en qué parte de la ciudad se encontraba o cómo había llegado.

Se tomó el calmante que le dio la mujer y no supo si el dolor se fue antes

de dormirse o si ocurrió al revés.

Trevor entró casi corriendo al hospital. Los latidos de su corazón estaban descontrolados desde que había recibido esa llamada cuando salía de la ducha antes de desayunar. Había tomado un taxi porque su chofer no estaría hasta dentro de una hora y no podía esperar tanto tiempo, a pesar de que la mujer con la que había hablado le había asegurado que ella estaba bien.

Una enfermera apareció detrás de él mientras comprobaba el número en la puerta de la habitación que le habían indicado en el área de información.

—¿Señor Johnson?

Trevor reconoció la voz como la misma que se había comunicado con él en la llamada.

—Sí, soy yo.

La señora señaló la puerta para que entrara.

—Es aquí, está dormida —explicó bajando la voz una vez que estuvieron dentro—. Hace unas horas se despertó y volvió a cambiarse, como verás. Estaba decidida a marcharse. Le di un calmante para los dolores y volvió a dormirse.

Él se acercó a la cama para observarla. Le habían colocado una cobija sobre el cuerpo, pero no estaba cubierta del todo y podía verle el pantalón. Tenía un golpe y una cortadura en la mejilla y debajo del ojo.

—¿Sabe qué le sucedió? —preguntó en un susurro.

—Parece que la asaltaron. Creo que se llevaron su bolso, es lo que dijeron los paramédicos. Ella llegó inconsciente, se dio un buen golpe en la cabeza.

Trevor recorrió con la mirada el rostro de Ari y le corrió el cabello para despejarlo. Sus dedos se movieron solos hacia su cuello donde tenía unas marcas rojas, muestras de la violencia con la que la habían tratado.

—¿Estará bien?

—Sí, señor. Con algo de reposo y unos buenos cuidados estará bien. Le hicieron una tomografía apenas llegó por su estado de inconsciencia, no hay ninguna lesión grave por la que preocuparse.

—Gracias, me quedaré aquí con ella si es posible.

La mujer los dejó solos y cerró la puerta con suavidad. Él llevó una silla junto a la cama y se sentó tomándole una mano con cuidado.

—¿Qué te han hecho?

Todavía no podía creer lo que había sucedido. Era una de las cosas que odiaba de esa maldita ciudad, nunca podías estar seguro de que no fuesen a atacarte para robarte unos pocos dólares o las zapatillas. ¿Y con esa brutalidad? Esperaba que hubiesen atrapado a ese malnacido.

Le besó el dorso de los dedos y se dedicó a mirarla dormir. Sonrió al pensar en lo que la enfermera había dicho antes. ¿Había querido marcharse? No podía ser tan cabezota y porfiada.

Todavía se estaba riendo solo cuando ella comenzó a parpadear y abrió los ojos.

—¿Trevor? —susurró arrugando la frente como si le costara recordar dónde se encontraba.

—Sí, Ari, aquí estoy —compuso levantándose de la silla, sentándose en la orilla de la cama para poder inclinarse y tranquilizarla—. ¿Cómo te sientes?

Ari se movió e hizo una mueca.

—Me duele todo. Perdón por molestarte, no tenía nadie más a quien llamar.

Él arrugó la frente.

—Me habría sentido ofendido de saber que habías llamado a alguien más. ¿Por qué no me avisaste antes? Habría estado aquí enseguida.

—No tenía sentido, no podías hacer nada.

La ayudó a sentarse, aunque pensaba que no era lo más recomendable, y pasó una mano detrás de su espalda para disminuirle el esfuerzo de mantenerse en esa posición.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó exasperado viendo que se movía para salir de la cama.

Tuvo que correrse para que Ari pudiese quitarse la cobija con la que estaba tapada y sentarse con las piernas colgando.

—No me gusta estar aquí, ¿puedes llevarme a mi departamento?

—Te llevaré cuando el médico me confirme que estás bien. La enfermera dijo que llegaste inconsciente. —Volvió a sentarse en el colchón y quedaron los dos en la misma posición—. Quizá tengan que hacerte otra revisión.

—De verdad que estoy bien. Y tú tienes que ir a trabajar, tenías una cita a

las ocho en...

Sin explicarse cómo podía pensar en trabajo después de lo que había vivido, la interrumpió molesto por su necesidad.

—Olvídate de eso ahora, lo importante es asegurarnos de que estás bien. Y no digas que lo estás, no puedes ni moverte.

—Bueno, me golpeó fuerte, si hubiese usado un arma habría sido más rápido. Ni siquiera me resistí —replicó elevando el tono y llevando una mano a la mejilla lastimada.

—Por Dios, estás loca. No digas eso.

Trevor la abrazó, porque la idea de que pudieran apuntarle con un arma y dispararle hizo que se le helara la sangre.

Ella se dejó cubrir con sus brazos y su delicadeza. Estaba siendo cuidadoso, si bien la estrechaba, no la apretaba para no infringirle más dolor. La hacía sentir protegida, una sensación que era más que bienvenida luego de la tarde anterior.

Ari también cerró los brazos a su alrededor y apoyó la cabeza en su pecho. Cerró los ojos y se concentró en no llorar, porque el miedo que la había paralizado antes amenazaba con debilitarla ahora de una forma diferente.

Trevor no fue capaz de hacer que Ari aguantara mucho en el hospital. A pesar de las órdenes del médico de quedarse en observación, estaba decidida a irse con o sin su ayuda. Él podía comprenderla en parte, el hospital no debía

traerle buenos recuerdos y casi entendía por qué quería marcharse lo antes posible y deshacerse de lo que fuera que ese lugar le provocaba.

Sonrió mientras ella abría la puerta del edificio sin poder creer lo precavida que había sido al no llevar las llaves en el bolso. Muy inteligente de su parte.

—No tienes que acompañarme arriba, es tarde, deberías volver a trabajar.

Él suspiró y continuó caminando con una mano en la cintura de ella, temeroso de que llegara a desvanecerse. La veía tan frágil, no entendía cómo alguien podía atreverse a lastimarla de esa manera, iba más allá de su comprensión.

—No voy a volver a trabajar hoy, no insistas —respondió subiendo al apretado ascensor.

Ariadne alzó la cabeza hacia él, aunque sintió su cuerpo tan cansado y dolorido que no tardó en bajarla. Tampoco veía la hora de llegar a su departamento y acostarse.

Odiaba sentirse así, la ponía de mal humor. El paso por el hospital la había dejado inestable, y no solo por el efecto de las drogas. Eran los malditos recuerdos que se habían refrescado y asomado en su memoria, y con ellos, el dolor y una sensación de anhelo de algo que sabía que no podía tener y le partía el corazón.

Abrió la puerta de su casa y la dejó así sabiendo que Trevor casi le pisaba los talones. Pasó por el pasillo de dos metros que tenía la cocina a un costado, y fue directo a la cama. Como su apartamento no tenía más de un ambiente, no había necesidad de moverse mucho, ya fuese para abrir la heladera, para sentarse a la mesa o acostarse. Todo estaba en el mismo recinto, y nunca le había parecido más perfecto que en ese momento.

Con cuidado, se sentó y se quitó los horribles zapatos que no hacían otra cosa que acrecentar las molestias. Iba a acostarse, pero recordó que no estaba sola y lo buscó con la mirada.

—Estoy a salvo ahora —dijo cuando lo descubrió contemplándola apoyado en la heladera—. Gracias por todo, pero no tienes que quedarte. Tengo una copia de tu agenda en mi computadora. Puedo conectarme y trabajar desde aquí por hoy. Mañana estaré mejor y volveré a la oficina.

Él alzó las cejas y no respondió a nada de lo que ella dijo.

—Tienes que comer algo —musitó en cambio—, no probaste casi nada en el hospital. ¿Cuántas horas hace que no comes?

Ari casi se encogió, él estaba en lo cierto.

—Puede que haya tomado un café ayer cuando salí de la oficina. Tal vez me vendría bien comer algo para sentirme más fuerte.

—¿Me dejas que te ayude con eso? Puedo bajar y encontrar una cafetería o una panadería cerca.

—Está bien —coincidió—, gracias. Llévate las llaves, están en la puerta.

Trevor sonrió, pero no utilizó la misma expresión engreída que usaba cuando ganaba una discusión o cuando creía hacerlo. Fue solo una pequeña y dulce sonrisa antes de inclinarse hacia ella y besarla en la frente.

La tomó por sorpresa, lo último que esperó cuando se acercó fue ese gesto tan tierno y sin intención oculta.

Continuó pensando en ello y sintiendo sus labios sobre la piel aún cuando él se marchó y ella se quitó el abrigo para recostarse.

Debió de haberse dormido, porque cuando volvió a abrir los ojos Trev ya estaba ahí, observándola y acariciándole el cabello.

—Has vuelto.

—Hace rato, estabas dormida. No pretendía molestarte, pero te hará bien meter algo en ese estómago.

No le dio tiempo de levantarse para ir a la mesa. Enseguida estuvo a su lado con un vaso de café con leche y un muffin gigante. Ari no dijo nada, pero se preguntó si tendría algo que ver con que Jaques le hubiese regalado uno frente a él.

El café olía demasiado bien, no se había dado cuenta de cuánta hambre tenía hasta que tomó el primer sorbo y luego atacó el panecillo con chipas de chocolate.

—¿Un poco mejor? ¿Quieres más? Compré otros.

—Creo que por ahora estoy bien —contestó apoyándose contra el respaldar de la cama y observándolo atenta. Había algo que lo estaba preocupando más que antes, hasta parecía nervioso, algo inusual en él—. ¿Qué sucede? Estás extraño.

—Solo pensaba. Este barrio es muy peligroso para una mujer sola. Solo caminé unas cuadras y es pleno día, no quiero imaginarlo de noche.

Ari arrugó la frente.

—No es tan malo, cuando baja el sol esta cuadra está un poco oscura, pero intento no salir ni llegar tarde.

—Anoche lo hiciste, y mira lo que sucedió. Podría haberte matado, Ariadne.

—Bueno, con todo el trabajo es difícil elegir el horario en el que puedo hacer las compras. Además, no puedo estar encerrada y temerosa todo el tiempo, Trevor.

Él se puso de pie y comenzó a dar vueltas en el reducido espacio del apartamento.

—Tal vez deberías mudarte. En mi edificio hay un...

Ari lo interrumpió antes de que acabase, sabedora lo que diría a continuación.

—No puedo pagar un apartamento en tu edificio, ni aunque fuese tan grande como el baño —señaló.

—No tendrías que hacerlo.

—¿Y quién lo pagaría? ¿Tú? No seas ridículo. No necesito que hagas nada de eso, sean cuales sean tus motivos.

—¿Sean cuales sean mis motivos? —repitió indignado. Alzó la voz más de lo normal—. ¿Además de protegerte? ¿Cuáles otros motivos crees que tengo, Ariadne? Estoy preocupado por ti, ¿por qué no me dejas ayudarte?

—¡No me grites! —exclamó con frialdad y le apuntó con un dedo—. No necesito tu ayuda, no en esto. Voy a vivir en un lugar que yo pueda pagar por mis propios medios. No es un tema abierto a discusión. Punto.

Trev hizo un gran esfuerzo para serenarse, en vista de que estaba perdiendo la calma y ninguno de los dos necesitaba una discusión esa mañana.

—Lo siento. Pero creo que puedes permitirte algo en un barrio más seguro.

Ariadne sintió que comenzaba a dolerle la cabeza. Sabía que no tenía malas

intenciones, solo estaba siendo el mismo Trevor de siempre, y esa era su forma de mostrar su preocupación. Sin embargo, no estaba de humor para sus planteos absurdos y no tenía energías para discutirle. Así que se limitó a mirarlo con expresión de aburrimiento y se concentró en darle otro mordisco al muffin.

—No tienes ni idea de en qué gasto mi dinero, Trevor, así que no puedes opinar.

Él estaba lejos de abandonar el tema. A veces se sentía atraído por su terquedad, pero no en ese caso, cuando estaban tratando algo que consideraba tan importante y ella se esforzaba por desdeñar.

—Claro que voy a opinar. Si no lo hago yo, ¿quién más lo hará? Necesitas de alguien que te ayude a pensar con claridad.

—¿Y se supone que ese eres tú? —replicó con sarcasmo, sin aguantarse—. Soy muy capaz de pensar por mi cuenta, Trevor, siempre lo he hecho. Es más, el único momento en el que no puedo pensar con claridad es cuando tú estás cerca.

En cuanto las palabras salieron de su boca deseó poder regresarlas dentro de su garganta, tragárselas. Eso era exactamente a lo que se refería, no podría haberlo dicho mejor ni tampoco podría haber cometido un error más grande. No solo lo estaba reconociendo ante él, sino que, más importante, también lo estaba asumiendo ella misma.

Cerró los ojos para no ver la expresión de Trevor, solo empeoraría su humor. Pero él no hizo nada de lo que esperaba. Se sentó a su lado en el colchón, y Ari se cubrió el rostro con las manos.

—Solo... no digas nada —pidió intentando ocultar su expresión

avergonzada.

—No lo haré —compuso Trev tomándole las muñecas para correrlas hacia los costados.

Ariadne apretó más los ojos, como si no ver solucionara algo. Sintió que él se acercaba más y colocaba las palmas abiertas en sus mejillas, se decidió a mirarlo y descubrió que estaba más cerca de lo que había pensado. La sangre de su corazón comenzó a ser bombeada con tal fuerza que hasta se sintió aturdida. De eso mismo hablaba cuando decía que no podía pensar con claridad cuando lo tenía cerca, por no decir que no podía hacerlo en absoluto. Tendría que alejarse, ordenarle que se marchara, pero no lo conseguía.

Trev se aproximó un centímetro más y, sin dejar de mirarla a los ojos, se inclinó hasta sus labios. Le hizo saber lo que haría a continuación, pero no le dio tiempo a detenerlo ni rehusarse. Él sabía que si lo hacía, dejaría que ambos fuesen en contra de sus deseos.

Y había cosas en la vida que se disfrutaban mucho más cuando no se pensaba en sus consecuencias.

CAPÍTULO 20

La besó una vez más y se sorprendió al darse cuenta de que ella no ponía ninguna resistencia. Toda una novedad que lo hizo olvidar cualquier otra cosa, estrecharla entre sus brazos, y perder conciencia de sus movimientos y todo lo que los rodeaba. Le besó la boca, la garganta y detrás de la oreja.

Quedó tumbada sobre su espalda y él sobre ella, desde donde continuó acariciándole el cabello y los contornos del rostro sin dejar de besarla. Sus labios no se despegaron en ningún momento, ni siquiera cuando deslizó los dedos por debajo de la blusa, que todavía conservaba, y se movió por su abdomen en un delicado roce.

Había olvidado por completo lo frágil que se encontraba, hasta que Ari dejó escapar un jadeo que no era de placer. Eso lo devolvió a la realidad.

—Lo siento, lo siento, lo siento —repitió pensando en que era un asno. Se hizo hacia un costado mientras la examinaba tratando de tocarla lo menos posible.

—Estoy bien, no me hiciste daño, solo fue un mal movimiento —murmuró ella sin mirarlo.

Trevor sonrió más tranquilo, y observó cómo parecía haber adquirido cierto pudor que nunca le había visto antes. Colocó un dedo debajo de su mentón e hizo que lo mirase.

—¿Eso significa que puedo seguir besándote? —preguntó sin dejar de verla a los ojos—. Me gusta mucho hacerlo. Y creo que a ti también.

—Trevor...

Soltó un suspiro. ¿Cuándo iba a darse por vencida y ceder a lo que era inevitable?

—No, no. Espera, no vamos a empezar otra vez a discutir, a mentirnos, a negar que hay algo entre nosotros, Ariadne. Puedo sentirlo, ¿por qué te esfuerzas tanto en ocultarlo?

Ari nunca lo había visto tan serio y comprometido con lo que decía. No había ni una pizca de diversión en sus palabras.

—Porque me asusta —formuló encontrando sus ojos—, porque he pasado tanto tiempo sola que es de la única forma que conozco de vivir.

—Lo sé —compuso volviendo a inclinarse para besarla en la frente—. Estamos muy cansados, ¿por qué no dormimos un rato? Podemos hablar de esto más tarde, cuando te sientas mejor.

¿Es que se iba a acostar allí junto a ella?, quiso preguntarle viendo cómo se quitaba la chaqueta y la dejaba en una silla junto a la mesa, donde también abandonó sus zapatos. Él resolvió su duda en cuanto volvió a su lado y se deshizo de la camisa sin desprenderle más que dos botones para pasarla por su cabeza. La dejó sobre el respaldo de la cama y corrió las sábanas para meterse debajo.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo que dije que haríamos —susurró con dulzura y colocó un brazo sobre la almohada para que ella apoyase la cabeza—. Vamos, relájate.

A Ariadne no le parecía posible, la ponía nerviosa tenerlo así de cerca, sobre todo después de ese beso que se habían dado. Había significado mucho

más que los anteriores, en su pecho había sentido algo que nunca antes. No le habían temblado las piernas, no, pero eso quizá tendría mucho que ver con que estaba acostada.

Se giró para darle la espalda pensando que así podría evitar el contacto un poco; con él tan cerca no podía pensar ni tranquilizarse. Aun así, eso no fue lo que sucedió. Trevor la envolvió con el otro brazo y con todo su cuerpo.

Quedó cubierta con su calidez, y por más que hubiese querido negarlo, se sentía cómoda y a gusto, podría dormir en esa posición por el resto de sus noches.

Trev posó los labios detrás de su oreja y depositó un pequeño beso allí.

—Esto se siente tan bien —murmuró bajito, y lo sintió sonreír contra su cuello.

Trev esperó una respuesta por su parte, pero nunca llegó. Ariadne cerró los ojos y fingió quedarse dormida. Él supo que era mentira, aunque la dejó estar. Ese día no quería discusiones, solo disfrutar de la armonía que se había instalado entre ambos y tratar de prolongarla.

Había pasado mucho tiempo desde que se había preocupado tanto por alguien que no fuese él mismo. Resultaba toda una experiencia, el abrazarla y sentirse completo siempre le había parecido una tontería poética, pero era cierta, lo estaba descubriendo. No discernía si era solo por lo preocupado llegó a estar o si había algo más profundo que hacía que no dejase de pensar en ser capaz de abrazarla por el resto de su vida sin aburrirse ni desear nada más. A nadie más.

Le corrió el cabello y la observó mientras pretendía dormir. Verla solo lo

hacía pensar en llenarla de besos y caricias, así que acomodó la cabeza muy cerca y cerró los ojos para resistir la tentación.

Terminó por dormirse. Ari también.

Cuando despertaron, lo hizo primero él. Seguían en la misma posición que antes, aunque parecía que estaban más unidos, si era posible. Se movió despacio, intentando no despertarla ni tocarla en alguna parte en la que pudiese hacerle daño, pero con lo pequeña que era la cama, sus movimientos la alertaron.

Ari se giró y lo observó confundida por un rato en el que él se quedó quieto. Apoyó un codo para sostenerse y la observó desde arriba. Su mirada somnolienta le recordó a aquella mañana en la que habían amanecido juntos.

Había pensado que ella estaría mucho mejor si él mantenía la distancia, pero ahora lo dudaba. No sabía si podría amarla como merecía, ¿pero acaso alguien podría hacerlo? Al menos sabía que todo lo que le estaría dando sería honesto. ¿Era muy egoísta de su parte?

—¿Qué sucede? —inquirió Ariadne arrugando la frente.

Trev borró esos pensamientos y sonrió.

—Solo pensaba en lo mucho que me gusta verte dormir. Es una linda forma de despertarme.

Se inclinó y la besó en los labios. No se retiró enseguida, iba a hacerlo cuando sintió que ella colocaba una mano en su brazo y le devolvía el beso. ¿Era esa una respuesta?

Cuando se separaron, no lo preguntó con palabras, a veces arruinaban el

momento. No la presionó, pero tampoco fingió que no estaba sucediendo nada. Volvió a estirar el brazo y se recostó a su lado para poder abrazarla.

Ari cerró los ojos y se dejó envolver. Se sentía en paz después de haber despertado a su lado. Los dolores habían pasado a segundo plano y todo lo que pudo sentir fue su cercanía. Al contrario de lo que sucedía siempre, esa vez solo dejó que sus emociones salieran. Cargar con tanto en su interior era agotador.

—¿Por qué estás aquí, Trevor? —preguntó levantando los ojos hacia él.

—Ya te lo dije, porque me importas —respondió serio—. Me preocupo por ti.

Ari suspiró y se sentó en la cama con dificultad. Trev la siguió con la mirada y se acomodó a su lado en la nueva posición, mientras intentaba descifrar si lo estaba rechazando de nuevo o qué otro significado tenía su expresión.

—Tenemos algo —dijo Ari sin mirarlo—, no sé de dónde salió, cuándo empezó, ni siquiera sé qué es. Y eso me asusta todavía más.

Trev, que la había contemplado todo el tiempo, colocó una mano sobre la de ella, que descansaba en su regazo, y así logró que lo mirara.

—Ariadne, yo no quiero hacerte daño. Solo quiero una oportunidad para probarte a ti y a mí mismo que puedo hacer algo bien. Y tienes razón, todo esto es nuevo, muy nuevo. Para ambos, no solo para ti, créeme. Lo entiendo.

Apoyó la cabeza en su hombro, sin hacer presión, y le dio un beso en la mejilla. Ari atisbó hacia él y cerró los ojos por un segundo antes de volver a hablar.

—¿Y si no funciona?

—No podemos saberlo si no lo intentamos. Hay que arriesgarse para ganar.
—Le robó una sonrisa y al verla sintió un aleteo en su corazón. Porque era hermosa, porque él había sido capaz de sacársela y sabía que podría robarle muchas más.

Ella se volvió por completo hacia él y puso la mano abierta sobre su rostro. No dijo nada, solo se inclinó y lo besó, sorprendiéndolo.

Extrañaba sus labios, no se habían besado así, con calma y tanta entrega, desde que habían estado juntos durante el viaje. Se amoldaron perfecto, él la atrajo hacia sí y se dispuso a saborearla, disfrutarla, tratando de convencerla de que eran perfectos el uno para el otro, de que ningún otro le haría perder la razón con apenas tocarla. Notó cómo ella se derretía entre sus brazos; no parecían quedarle rastros de tensión o nerviosismo. Movié una mano hasta dejarla sobre su mejilla y se separó a regañadientes para poder encontrarse con su mirada.

—¿Puedes hacerte una idea de cuánto me gustas? Me vuelves loco —compuso tomándole una mano y llevándola al lugar en el que podía sentirse a su corazón latir desbocado.

Ella lo imitó e invirtió las posiciones.

—Y tú a mí —musitó conservando su sonrisa anterior—, me vuelves tan loca como me advertiste al comienzo. Quizá más.

Él sonrió y la besó en la nariz.

—Gracias al cielo que no renunciaste, entonces. ¿Esto significa que me estás dando una oportunidad?

—No tengo que darte nada, Trevor. Esto no es por ti, sino por mí. O por ambos, no lo sé.

—Ariadne...

—No, no, déjame terminar —la interrumpió bajando la voz y tomándolo por ambas mejillas—. Quiero estar contigo, quiero que estemos juntos aunque no sepa qué es lo que puede llegar a ocurrir ni dentro de una hora.

Trevor no pudo mantenerse sin hacer nada por mucho más tiempo. No supo si ella tenía algo más que decir, pero ya tenía la respuesta que necesitaba, lo que había esperado y deseado tanto. La sujetó por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—¡Ay! —se quejó Ari con una mueca de dolor.

—Lo siento, lo siento —volvió a disculparse aflojando el agarre, sin soltarla por completo—. No hablemos más, solo bésame.

—Pero no terminé —protestó entre risas. Rodeó su cuello con los brazos y los cruzó por detrás.

—Es que si te dejas continuar sé que voy a escuchar algún pero, y no quiero oírlo.

Ella sabía que era cierto. Por eso mismo decidió asentir y concederle ese deseo.

Y una vez más, lo besó.

CAPÍTULO 21

Ariadne miró la entrada del edificio en el que trabajaban y luego a Trevor, que estaba sentado a su lado dentro del coche. Habían pasado una hora discutiendo porque ella se negaba a faltar al trabajo otro día y él insistía en que se quedara haciendo reposo como el médico había recomendado.

Ella había ganado, por supuesto, pero no había tenido tiempo para pensar en que volver al trabajo ya no sería lo mismo. Y poco tenía que ver con el asalto, de no ser por los dolores que sentía en su cuerpo lo habría olvidado por toda la distracción del día anterior. El problema era que no sabía cómo sería estar con Trevor siendo este su jefe. Porque él no había accedido a mantener la relación en secreto. Se había negado rotundamente a llevar una relación discreta, y Ari pensaba que podría llegar a tener mucho que ver con Jaques y las ansias de Trevor de marcar su territorio como no había podido hacer antes.

—¿Qué sucede? —preguntó él tomándole una mano y llevándosela a los labios—. ¿Te sientes mal? ¿Quieres regresar?

—¿Qué? No, claro que no. Tenemos mucho trabajo hoy, sin contar lo que se ha acumulado de ayer.

Se bajó del auto y no lo esperó para comenzar a moverse. Un tonto intento de mantener la distancia que estuvo lejos de funcionar. Trev se apresuró a llegar hasta ella y le tomó la mano en cuanto estuvo al lado.

Ari se abstuvo de cerrar los ojos para evitar las miradas que probablemente todos le estarían dando, solo miró hacia el frente y conservó una expresión

imperturbable. Muy diferente a él, que amplió más su sonrisa con orgullo.

No observó a nadie en particular, pero se aseguró de que quedase claro lo que estaba sucediendo ahí. Le dio un beso en la mejilla sin detener la marcha y continuó como si eso fuese algo normal.

Tampoco se ahorraron las miradas atentas cuando entraron al ascensor. Como de costumbre, quedaron en el fondo porque eran los últimos en bajar, y Trevor la envolvió con un brazo, acercándola a su cuerpo en una actitud para nada profesional.

Ari sabía que si le decía algo todo sería para peor, así que se quedó quieta y no dijo nada. Lo único que conseguiría sería llamar más la atención o provocarlo a él a hacer algo más. Ninguna de las dos opciones era digna de ser considerada.

—¿Por qué haces eso? —preguntó una vez que sí estuvieron a solas.

—¿No es obvio? —respondió Trevor riendo entre dientes mientras se abrían las puertas del ascensor para bajar en el último piso—. Tory, buenos días.

La secretaria alzó la cabeza y respondió con una sonrisa antes de percatarse de que él había vuelto a tomarle la mano a Ariadne. Su expresión cambió de manera drástica, pero no salió ni una palabra de su boca. Chica inteligente. No lo haría delante de su jefe, aunque Ariadne estaba segura de que no lo dejaría pasar si tuviese la oportunidad de encontrarse con ella a solas.

Trev cerró la puerta cuando entraron en el recinto donde se encontraba el escritorio de Ariadne y no perdió tiempo para volver a tenerla entre sus brazos. Fue cuidadoso de no apretarla demasiado cuando la abrazó, pero nada

lo detuvo a la hora de besarla.

Había pasado toda la noche haciéndolo, y en vez de saciarse la deseaba cada vez más. Era increíble, se sentía mucho más vivo e incluso su corazón latía con más fuerza. No le había sucedido en mucho tiempo, y había creído que tampoco volvería a ocurrirle. Se sentía renovado cuando estaba con ella. Y le gustaba, le encantaba esa sensación de libertad que Ari le ofrecía sin saberlo.

La besó en los labios y le acarició las mejillas deslizando las palmas por su piel.

—Deberíamos habernos quedado en tu apartamento, no quiero ni puedo dejar de besarte —compuso sobre su boca—. Regresemos.

Ari soltó una risita.

—Eso me gustaría mucho.

—¿De verdad?

Debió sonar tan asombrado como estaba porque la hizo reír todavía más. Apoyó las manos en sus hombros y se puso de puntillas para darle un último beso y aprovechar ese descuido para tomar distancia.

—Claro que sí —manifestó—, por eso mismo tenemos que ponernos a trabajar. Mientras antes nos desocupemos, antes podremos irnos. No quisiera que me despidieran por no hacer bien el trabajo para el que me contrataron.

¡Ah! ¡Debió verlo venir! Pensó divertido.

—Eres una tramposa, me ilusionas y luego me rompes el corazón.

—Pero tengo razón, ¿no crees?

—Supongo —respondió enfurruñado como un niño y dejó caer los hombros.

Se acercó al escritorio donde ella ya había ocupado su lugar y, apoyando las manos sobre este, se inclinó para darle un último beso antes de disponerse entrar a su oficina. Aun así, no llegó a cruzar la puerta cuando recordó algo vital y se giró sobre sus talones.

—¿Ari?

—¿Sí? —inquirió con los ojos clavados en el monitor. Tuvo que volver a mirarlo cuando se dio cuenta de que no hablaría hasta obtener su total atención.

—Asegúrate de poner mi nombre en tu agenda para el almuerzo. —La tomó por sorpresa y tardó en reaccionar, pero cuando la vio mover los labios, se vio venir su respuesta. Decidió adelantarse y agregó—: Y pon el tuyo en la mía.

—¿Eso último es una orden como mi jefe?

No estaba molesta, su tono y ese particular brillo en los ojos la delataba. Trev tenía esperanzas de que Ari estuviese tan loca por él como él lo estaba por ella, aunque fuese egoísta.

Entonces, se permitió seguir con el juego.

—Absolutamente, señorita Clair. Una que espero que cumpla.

Ella también se divertía con eso.

—No se preocupe, jefe. Lo tengo cubierto —dijo, y en su voz Trevor oyó tantas promesas distintas, sintió tanta tentación junta, que tuvo que asentir y obligarse a caminar en la dirección opuesta para no secuestrarla y encerrarla

junto a él por el resto de la mañana. O del día.

De la semana, si fuese posible.

Era pasado mediodía y estaba exhausto. Harto de tratar con personas con las que no tenía ningún interés en hablar o perder tiempo. Los había despachado a casi todos en tiempo record solo para pasar al siguiente y desocuparse lo antes posible. Ari le había dado varias miradas suspicaces demostrándole que sabía lo que estaba haciendo y no lo aprobaba. Él se había limitado a lanzarle un beso en el aire y recibido a su siguiente cliente.

El último en especial había tardado más tiempo en marcharse de lo que había calculado, pero confiaba en que Ariadne no se hubiese marchado a tomar su almuerzo sola, y no lo defraudó, aún estaba ahí cuando él salió. Desde su perspectiva, de pie, apoyada contra el escritorio, era una visión cautivante. Solo tuvo ojos para ella por un segundo antes de que una conocida voz, que se había vuelto irritante los últimos días, lo interrumpiera y sacara de sus fantasías.

No le estaba hablando a él, sino a ella. Ninguno de los dos se había percatado de su presencia, parecían tener una conversación muy entretenida.

Trev apretó los puños y movió los dedos intentando contenerse. ¿Es que después del show que había ofrecido en la entrada y en el ascensor Jaques no se enteraba? Era casi imposible, en un lugar como ese los chismes se extendían a la velocidad de la luz. *Tenía* que haberse enterado. ¿Y por qué no se mantenía alejado de Ariadne, entonces? ¿Sería que lo estaba haciendo a propósito? Era probable.

Se acercó a los dos y recién fue notado cuando estuvo a unos pocos pasos de distancia. Ari se giró y le sonrió, borrando todos sus malos pensamientos. Se recordó que era un día feliz, no iba a arruinarlo con sus estúpidos e infundados celos.

—Fourneau —asintió hacia él mientras rodeaba a Ariadne con un brazo, un claro anuncio de que estaba en límites de territorio ajeno.

Jaques sonrió con sorna, dándose por entendido.

—Trevor, a ti sí tengo que felicitarte.

—¿A mí sí? ¿Qué se supone que significa eso? —inquirió y Ari puso los ojos en blanco.

—Bueno, con Ariadne no estaba seguro acerca de qué decir. Si felicitarla o hacerla entrar en razón.

—Jaques, por favor —pidió Ari. Él no había sonado grosero, sino que lo había hecho parecer una broma, pero ella presentía que había algo de verdad detrás de sus palabras. Trevor no le agradaba del todo, pero siendo su jefe sabía que debía de comportarse por el bien de su trabajo.

Trevor giró la cabeza y la besó en la frente.

—No te preocupes, está en lo cierto. No voy a ofenderme porque diga la verdad en voz alta. Soy muy afortunado, y es por eso que entenderás, Fourneau, que no estoy dispuesto a dejar que nadie se entrometa.

Jaques alzó las manos.

—¿Y por qué me lo dices a mí en ese tono? Nunca he tenido ese tipo de intenciones en Ariadne. Somos amigos, ¿verdad? —aclaró mirando hacia Ari a sabiendas de que Trevor no le creía nada.

—Solo amigos —confirmó ella levantando la cabeza hacia su jefe—, además, yo no lo veo de otra forma y eso es lo único que debería importarte.

Jaques soltó un chiflido burlón y rio por lo bajo.

Trevor lo miró de soslayo.

—¿No tienes nada mejor qué hacer? Ariadne y yo nos vamos a almorzar.

—Por supuesto —consintió con su perfecto acento francés—, solo pasé a ver cómo estaba Ari después de lo que le ocurrió. Ni siquiera voy a preguntar por tu respuesta a mi invitación —le dijo a Ari—, creo que ya la sé.

Ella estuvo de acuerdo.

—Creo que es lo mejor. Espero que consigas a alguien más que te acompañe, es un viaje largo para hacerlo solo.

—¿Un viaje! —exclamó Trevor—. ¡Así que esa era la famosa propuesta! ¿Un viaje a dónde?

—A una exposición de autos. En Ticonderoga —explicó ella restándole importancia.

Jaques vio endurecerse la expresión de Trevor y decidió que era tiempo de hacer su retirada.

—Los veo luego, y felicitaciones de nuevo, jefe.

Cuando se marchó, cerró la puerta detrás de él como si de esa forma pudiese poner más espacio entre ellos en una menor cantidad de tiempo.

—¿No puedo creer que siquiera estuvieses considerando ir con él en un viaje así! —rugió enfrentándola y sorprendiéndola.

Era lo que Ari menos había esperado. A decir verdad, debería de haberlo hecho, se dijo. Pero no lo hizo, así que cuando él alzó la voz, dio un paso atrás. Contuvo su temperamento y habló intentando sonar tan desinteresada como pudo.

—No veo por qué no podría hacerlo. Jaques me contó de su interés por los coches y dijo que tiene uno que está en esa exposición. Me invitó a ir y sí, estaba considerando aceptar. Parecía una linda oportunidad para hacer un viaje y distraerme.

—¿Con él? ¿Solos? Ni siquiera lo conoces.

—Te conocía mucho menos a ti y, sin embargo, crucé el océano en un viaje contigo. Solos.

—Es diferente, no puedes comparar una cosa con la otra.

—Tienes razón, contigo me arriesgué mucho más. Ni siquiera iba a estar en mi propio país, ni en el continente. ¡Y no me mires así! —fue su turno de gritar, porque él tenía la capacidad de sacarla de sus casillas fácilmente—. Lo conoces, trabaja para ti desde hace mucho tiempo y era amigo de tu primo. No creo que él hubiese puesto a un psicópata en un puesto tan importante en la empresa de su familia.

Ahora estaba furioso. Ari no supo qué fue lo que dijo que lo molestó tanto como para que reaccionara de esa forma, pero él dio un paso atrás como si ella lo hubiese golpeado.

—¿Y eso es todo lo que necesitas saber? James también podría cometer errores, no es perfecto, aunque todos lo crean, no lo es.

Ahora estaba confundida.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando, Trevor? No seas un imbécil, sabes muy bien lo que quise decir. ¿Por qué no admites que solo estás celoso y punto?

Trev sintió que el corazón le latía con intensidad, había perdido los estribos por un momento. Ella tenía razón, estaba celoso, cegado por los celos. Y la sola mención de su primo lo había empeorado todo. Había pasado mucho tiempo siendo comparado con James, el perfecto James quien todo lo hacía bien. Y quizá fuese cierto, al fin y al cabo, Olivia lo había preferido a él y con muchas razones.

Pero Ari no era Liv, Ari estaba con él. Repitió eso en su cabeza varias veces para tranquilizarse y focalizarse en lo que era importante. El presente, el ahora. Estaba lejos del maldito pueblo en el que había nacido y en el que se había condenado a sí mismo.

Volvió a cerrar el espacio que los separaba y la tomó por ambos brazos con delicadeza.

—Tienes razón —compuso—, lo siento. Perdón. Es que ahora que te tengo no pienso compartirte con nadie, no voy a dejar que te vayas ni que te arrebaten de mi lado.

Ariadne todavía estaba algo turbada, pero sus palabras penetraron en el fondo de su corazón y la hicieron estremecer.

—Yo no tengo planeado ir a ninguna parte, Trevor —susurró encerrando su rostro con las manos y viéndolo a los ojos—. Pero tienes que controlar ese carácter, por favor. Lo de recién ha sido una reacción exagerada y sin motivo alguno. Confía un poco en mí, sé cuidarme sola. No necesito que te vuelvas loco por eso.

Trev la abrazó. Ella tenía razón en todo, excepto...

—Tienes que ceder en algo —dijo acariciando su cabello—, tienes que dejarme cuidarte. Has estado sola por mucho tiempo, comparte un poco de tu carga conmigo.

Ari se inclinó hacia atrás y sonrió aceptando su propuesta. Estaba casi en sus labios cuando la música del teléfono los sobresaltó a ambos.

Trev miró la pantalla de su celular.

—Qué oportuno —masculló en voz baja, pero no lo suficiente como para que Ari no lo oyera—. ¡James! —saludó con el aparato en la oreja y la otra mano todavía en la nuca de Ari. Ella quiso escapar para darle privacidad, pero él la retuvo y negó con la cabeza. Su actitud de fingida despreocupación desapareció menos de un segundo después—. ¿Liv?

Ari apretó los dientes. ¡Sí! Quiso gritar, ¡qué oportuna! ¿Por qué ella lo estaba llamando? De todas las personas en esa familia, ¿por qué justo ella?

—¿Liv? ¿Estás bien? ¿Qué sucede? —preguntó alarmado. Ariadne deseó tener oído canino para escuchar lo que estaba diciendo al otro lado de la línea—. ¿James está bien? ¿Los niños?

Le apretó el brazo en forma de pregunta, y Trev se encogió de hombros con el semblante sombrío, atento a lo que Olivia le estaba diciendo.

—¿Qué? —susurró por fin después de lo que pareció una eternidad—. No... No, Liv. Tiene que haber un error.

La joven continuaba hablando, pero él se alejó el teléfono y dejó de escucharla. Soltó a Ariadne y caminó como un autómata hasta la silla que había detrás del escritorio, sentándose de forma brusca, casi cayendo sobre ella.

Por la palidez de su rostro, Ariadne intuyó que algo estaba mal, muy mal.

CAPÍTULO 22

Ariadne se acercó a Trev con cautela porque la expresión lúgubre en su rostro la estaba asustando.

—Trevor, ¿qué sucede?

No contestó. Tenía el teléfono en la mano, pero parecía como si no fuese a volver a ponerlo en su oreja.

Ari se lo sacó, cosa que no le costó nada, y habló ella.

—¿Olivia? —preguntó, porque no sabía con quién iba a encontrarse al otro lado de la línea.

—¿Ariadne? —la otra mujer contestó enseguida—. ¿Trevor está bien?

—No lo creo, ¿puedo preguntar qué sucede?

Olivia tomó un respiro desde el otro lado de la línea.

—Es su mamá, tuvo un accidente en Londres. Iba en su auto y... bueno, no estamos seguros de qué ocurrió en realidad.

Ariadne sintió que le temblaba todo el cuerpo. Las palabras accidente y auto en el mismo contexto siempre provocaban que su mente viajara al pasado, a lugares oscuros. Pero ese día no iba sobre ella y le importaba mucho como para dejarse llevar.

—Pero ella está bien, ¿no? —preguntó con temor luego de inspirar profundo y recuperarse a medias.

Liv hizo una pausa que le pareció eterna.

—No pudieron hacer nada por salvarla.

Ariadne miró a Trev que seguía en la misma posición que antes, pero ahora entendiéndolo todo. No supo qué más decirle a Olivia, no podía hablar, ninguna palabra aparecía en su cabeza y los músculos de su brazo amenazaban con dejar de responderle también.

Liv volvió a hablar sin esperar una respuesta por su parte.

—¿Puedes ocuparte de que él esté bien? Alguien de la familia lo llamará más tarde.

—Sí, sí. Está bien —respondió algo aturdida y cortó la comunicación.

Dejó el celular sobre el escritorio y cerró el espacio que los distanciaba. No sabía qué hacer o qué decirle. Entendía que no había palabras de consuelo en una situación así, en ese momento en el que uno recibía la noticia no había nada que aliviara el dolor. Ese dolor que lo inundaba todo dando la impresión de que no se iría jamás.

Sin embargo, no tuvo que hacer nada. Trevor rodeó sus piernas con los brazos y hundió la cabeza en su vientre.

La sorprendió y conmovió tanto que por un segundo no pudo respirar.

—Lo siento mucho, Trev —consiguió decir apenas. Él no respondió, no estaba llorando, pero no necesitaba hacerlo para hacerse una idea de todo lo que estaba sintiendo en ese momento.

Permanecieron así por un rato, en completo silencio. Lo único audible en esa habitación era el sonido de la respiración de ambos; el mundo en el exterior de esas cuatro paredes había dejado de existir, solo estaban ellos y el agobiante pesar que los embargaba.

Trev alzó la cabeza y Ari pensó que iba a decir algo. En cambio, la instó a sentarse en su regazo y le corrió todo el cabello fuera de su rostro con una mano. Ari colocó una mano en su mejilla y aguardó a que él hablara.

Y lo hizo. Tomó su rostro y lo encerró entre sus dos palmas abiertas. Habló de forma casi suplicante.

—Tal vez Liv está equivocada, tal vez todos lo están. Dios mío, Ari, dime que esto no es cierto.

—Nada me gustaría más que poder hacerlo, Trev.

A diferencia de él, ella estaba a punto de ponerse a llorar. Le rompía el corazón verlo así, incluso más que el pensar que esa mujer que se había portado tan bien con ella casi sin conocerla se había ido para siempre.

¿Por qué ocurrían esas cosas? ¿Por qué uno perdía a los seres que más amaba sin poder despedirse? ¿Es que el cielo, o quien fuese responsable de aquello, no entendía que todos merecían la oportunidad de decir adiós? La pena era más pequeña cuando uno podía decir por última vez cuánto amaba a esa persona a la que no volvería a ver, de esa manera no pasaría la vida preguntándose si en verdad ella lo sabía. Sí sabía que alguien la había querido, que alguien la recordaría hasta que su propia vida expirara.

—Yo... Yo no... —balbuceó Trev—. No lo entiendo. Hablé con ella ayer por la tarde, le dije sobre nosotros.

—¿Lo hiciste? ¿Cuándo?

—Llamó cuando estabas dormida, le conté sobre lo que te ocurrió y dijo que debía cuidarte más. Entonces le dije sobre nosotros. Su suponía que te llamaría a la oficina hoy por la mañana cuando llegara al pueblo al que tenía que viajar.

—Ella nunca llamó.

Trev tomó una inspiración profunda.

—Porque nunca llegó al pueblo. —Sacudió la cabeza negándose a creerlo, y volvió a abrazarla enterrando la cabeza en su cuello—. Es una locura, no puedo creer esto, Ariadne. No puedo.

—Ya lo sé, Trev. Ya lo sé.

Continuaron en esa posición por bastante tiempo. Ari no sabía si él estaba pensando algo o no, se inclinaba más por lo segundo, aunque no dijo nada para apresurarlo. Inició unas caricias rítmicas en su cabello que la ayudaron a mantenerse tranquila, y esperó que surtieran el mismo efecto en él.

Cuando Trev apoyó una mejilla en su pecho, Ariadne lo besó en la frente y lo sacó de su ensimismamiento hablándole casi al oído.

—Vamos a tu casa, Trev. Estarás más tranquilo allí.

—¿Vendrás conmigo?

—Te lo prometí antes, no pienso dejarte solo. Estaré contigo en todo momento mientras me necesites.

—Siempre voy a necesitarte.

Eso la hizo sonreír. Él podía ser dulce y un conquistador hasta en un momento como ese.

—Entonces, siempre estaré a tu lado.

Cuando se decidieron a salir de la oficina, la hora del almuerzo había terminado y Tory ya estaba en su escritorio. Trevor estaba distraído y no le

prestó atención, pero Ari se vio obligada a pararse y avisar que se marchaban.

—¿Tú también te vas? —inquirió Tory con sequedad—. Hay mucho trabajo por hacer, te recuerdo que ayer no viniste y ni siquiera avisaste.

—El señor Johnson estaba informado, que es lo único que importa —respondió en el mismo tono—, y ahora te estoy avisando a ti. Hazme el favor de cancelar todos los compromisos que Trevor tiene en el día.

—¿Yo? Ese es tu trabajo.

—Haz lo que te dice, Tory —ordenó Trevor desde el ascensor, interviniendo para sorpresa de las dos—. Ariadne y yo tenemos que irnos.

Las puertas del ascensor se abrieron y Ari se dirigió hasta él sin mirar a Tory de nuevo. En otra ocasión le habría divertido verla sulfurarse, pero no ese día.

Trev la atrajo hasta su cuerpo cuando estuvieron solos y la abrazó, dejando que apoyara una mejilla contra su pecho mientras él descansaba la barbilla sobre su cabeza.

—Dijiste que ibas a estar a mi lado —pronunció—. ¿Eso significa que vendrás conmigo de nuevo?

Ari levantó la cabeza hacia él en forma de interrogación.

—Al pueblo, no puedo hacer esto solo. Siempre necesito tiempo para prepararme para ir, y ahora...

—Por supuesto que iré contigo —dijo interrumpiéndolo porque no podía oírlo de esa forma, tan... perdido—. Si quieres que vaya contigo, lo haré.

Ariadne no pudo evitar preguntarse si esa reticencia a ir a su pueblo tenía

algo que ver con Olivia y James. No era muy noble de su parte, pero siguió pensando en que había muchas personas en la familia como para que justo ella tuviese que haberlo llamado.

¿Por qué, si todos sabían lo que había ocurrido entre ellos, fuese lo que fuese, le encomendaban esa tarea a ella?

Trevor estaba nervioso, Ariadne podía sentirlo y verlo. La primera vez que había viajado con él también lo había hecho, pero esta era diez veces peor y ella no tenía idea de qué decir o hacer para calmarlo.

Era extraño, muy extraño, como cada persona tenía una forma distinta de procesar el dolor de la pérdida de un ser querido. Ella había llorado por días sin parar, y aunque las lágrimas no habían ayudado a aliviar la pena, sí lograron que desahogara toda la ira que poseía en su interior porque se los hubiesen arrebatado.

Trev no había derramado una sola lágrima desde que se había enterado. Nada. Y ella había estado todo el tiempo con él. Había conseguido los pasajes para esa misma noche, armado las maletas de los dos, lo había obligado a comer y hasta hablado con su familia porque él se negaba a contestar el teléfono o marcar a alguien. Había tenido más suerte la segunda vez, quien había llamado había sido su tía, Alice, con quien Ari prefería hablar mil veces antes que con Olivia.

Cuando bajaron del avión no tardaron mucho en encontrarse con James, que esperaba paciente con el pequeño Malcom y —oh, no— Rosie junto a él.

¿En serio? ¿Pero qué les pasaba? ¿De todas las personas tenía que ser James quien los fuese a recoger? La pena parecía haberles comido el cerebro a todos. Por la expresión que cruzó el rostro de Trevor, supo que él pensaba lo mismo. Habría preferido ir hasta el pueblo caminando.

Rosie corrió hasta él cuando estuvieron cerca y lo abrazó por las piernas.

—¿Estás triste? —preguntó con toda su inocencia.

Trev terminó por acuclillarse, y Ari los dejó que hablaran mientras ella se ocupaba de saludar a James. Además, lo que menos quería era cruzarse en el camino de Rosie. Era preferible permanecer lo más lejos posible de la niña, no quería provocarle más problemas o disgustos a nadie. A pesar de que habían quedado en unos flojos buenos términos al final de último viaje, Ari creía que si Rose notaba que ahora sí estaban juntos, volvería a perder el control.

—Ariadne —saludó James con una sonrisa a medias.

—Hola, James. Gracias por venir a recogernos —dijo adelantándose a agradecerle por las dudas de que Trevor no lo hiciera. Se inclinó para saludar al niño y besarlo en la mejilla y volvió a ponerse de pie viendo que Rose y Trev se acercaban.

—¿Lo ha tomado muy mal? —susurró Jamie antes de que llegaran.

—No lo sé —respondió con sinceridad—. Creo que aún no lo ha asumido. Casi no ha hablado desde que Olivia lo llamó.

No pudieron decir nada más porque los otros dos estuvieron a su lado enseguida.

—James, no tendrías que haberte molestado en venir —dijo Trev

exactamente como Ari imaginaba—. Habríamos tomado un taxi.

Su primo no pareció molestarse en absoluto.

—No es una molestia, Trevor. Somos familia, estamos para ayudarnos.

No dijeron nada más. James tampoco hizo mención a la muerte de Katherine, quizá por la presencia de los niños que estaban atentos a todo. Rosie la miró y articuló un pequeño «Hola», pero no sonrió ni mostró predisposición a hacerlo. Tampoco habló con ella en el viaje al pueblo, que fue denso e incómodo.

James y Trevor, que iban delante, apenas intercambiaron algunas palabras porque este último parecía haberse vuelto monosilábico. Ella, con los dos más pequeños en el asiento trasero, había pasado el tiempo oyendo a Malcom hablar sobre un nuevo dibujito de televisión sobre el que Ari jamás había escuchado. Él era adorable y tan ajeno a todo lo malo que lo rodeaba que ella se encontró deseando poder volver a tener una décima de esa candidez.

—¿Qué es todo esto?

El tono en el que habló Trevor hizo que Ari dejara de prestarle atención a Malcom y se fijara en que se estaban estacionando detrás de una larga cola de autos en la cuadra en la que creía que estaba la casa de los Johnson.

Por el espejo retrovisor vio que James apretaba los labios y le devolvía la mirada.

—Mi madre creyó que tenías que sentirte acompañado, Trev. Tú y tu padre.

—¿Y trajo a todo el maldito pueblo a mi casa? ¿Cómo se supone que voy a sentirme acompañado con toda esta gente que me desprecia? —masculló

apretando los dientes.

—Lo entiendo, Trevor. Pero mi madre también está muy afectada, sabes cómo es.

Para no responder, Trev se bajó del coche, y Ari pensó que lo mejor era seguirlo. James hizo lo mismo y mantuvo la puerta abierta para que los niños bajaran y corrieran hasta la casa. Trevor se dirigió al baúl para recoger las maletas y los dos estuvieron a su lado en un instante.

Entonces, James abordó el tema de forma directa.

—Siento mucho lo de tu madre. Todos lo hacemos, y creo que estamos muy sorprendidos como para reaccionar adecuadamente. Incluido tú.

—No necesito que me digas cómo tengo que sentirme, James, gracias.

La brusquedad en sus palabras hizo que Ariadne diese un paso atrás.

Su movimiento no pasó desapercibido para Trev, que cerró los ojos y murmuró un «Lo siento» a su primo.

—Pero dime si no es cierto lo que digo, la mitad de esta gente me odia. A muchos de ellos nunca les agradó mi madre tampoco.

—Han pasado muchos años, Trev.

El castaño estuvo a punto de responderle, pero atisbó hacia Ariadne, sacudió la cabeza en una negación y le tomó una mano para comenzar a caminar hacia la casa. Ella no pasó por alto que allí había algo oculto, algo que él cuidaba mucho para que ella no se enterase.

¿Qué podía ser tan malo? Se moría por preguntarle porque, ahora que estaban juntos, sentía que tenía cierto derecho a saberlo. Porque si él no creía

que influiría en su relación, tampoco pondría tanto esmero en ocultárselo, ¿no? Sin embargo, prefirió callar. Trevor tenía muchas cosas en que pensar y se suponía que ella lo aliviaría, no lo complicaría todavía más. Ya habría tiempo en el futuro para obtener las respuestas que necesitaba.

Le dio un apretón en la mano por la que estaban unidos para darle fuerzas y él la miró.

—Gracias por estar aquí —susurró deteniendo la marcha.

—No tienes que agradecerme —compuso en respuesta con una media sonrisa—. No podría estar en otro lado ahora mismo. ¿Quieres que haga algo para ayudarte?

Trev envolvió su cintura con los brazos y apoyó la frente en la de ella.

—Solo que te quedes conmigo, parece que no tengo más opción que enfrentarme a todos ellos.

—Puedes decirles que no te sientes bien y subir a tu cuarto. Lo entenderán.

Él se alejó unos centímetros y miró hacia la casa con algo de aberración.

—Tal vez... —murmuró—. Tal vez no tenga que hacerlo.

—¿Qué?

—Mi madre no está aquí para poder decirle adiós, Ariadne. Allí solo hay un montón de personas curiosas que no tienen otra cosa más importante que hacer con sus vidas que meterse en las de los demás.

Ari sacudió la cabeza a ambos lados.

—Allí también está tu familia. Tu padre.

—Ellos lo entenderán.

Ahora estaba más confundida.

—¿Entender qué?

—Ven, vamos —dijo tomando su mano y tirando de ella de regreso por el mismo lugar que habían caminado antes.

Ari dejó caer los hombros. Él no estaba siendo del todo racional, pero en algo tenía razón. Su madre ya no estaría allí, y no tenía sentido soportar a toda esa gente si no lo deseaba. Si no se sentía contenido entre ellos, ¿cuál era el punto?

CAPÍTULO 23

Trevor le pidió prestado el auto a James porque era la única persona que había disponible sin entrar a la casa o poner en sobre aviso a los demás de que estaba ahí. Ari cada vez comprendía menos la situación entre ellos dos. James era sumamente amable, en ningún momento había demostrado, ni siquiera por asomo, experimentar los mismos sentimientos que Trevor tenía por él. Rencor, rechazo. No había nada en sus gestos o palabras que lo demostrara.

Él le dio la llave del auto sin problemas ni preguntas.

—No te pierdas —había dicho, a lo que Trev había respondido con un asentimiento antes de abrirle la puerta del acompañante para que ella subiera al coche.

Luego, había manejado en silencio a mínima velocidad por las calles del pueblo hasta salir de él.

Ari no sabía qué hacer, si hablarle y preguntar a dónde se dirigían, o dejarlo hacerse cargo de la situación y solo apoyarlo en lo que él creía que necesitaba en ese momento. Terminó por inclinarse hacia la segunda opción, solo intervendría si creía que era necesario, después de todo, cada persona tenía derecho a asumir el duelo como más le parecía.

Trev se detuvo en alguna parte en la orilla de un camino que rodeaba las plantaciones de su familia.

—¿Te sientes mal? ¿Qué sucede? —preguntó ella, alertada porque hubiese aparcado en aquel sitio tan... aislado.

Trevor, que había permanecido con la vista fija en el horizonte todo el tiempo, se giró para mirarla.

—No ocurre nada —musitó—, solo me detuve. Nadie va a encontrarnos aquí.

Bueno, eso era algo que no refutaría. El camino estaba tan arenoso que parecía que no había pasado nadie por allí en meses. A sus alrededores solo había árboles repletos de pequeños frutos. El único sonido que se percibía era el de la naturaleza, algunos pájaros con sus cantos aislados festejando el hermoso día, disfrutando de la luz y calidez del sol, y los árboles que se mecían y rozaban sus hojas con la ligera brisa.

—No debería haberte pedido que me acompañases —agregó él contemplando su expresión—. No pensé mucho en los recuerdos que esto podría traerte.

Ari estiró una mano y tomó la de él, que todavía reposaba sobre la palanca de cambios.

—Yo quiero estar aquí contigo. Esto no es sobre mí, Trev, es sobre ti, y estoy aquí para lo que necesites.

—Yo sé que es así, pero...

—No es el funeral lo que me afecta, no lo hace. No estuve para el de mis padres ni el de mi hermano, estaba en el hospital, inconsciente. Pero tu dolor... lo percibo como si fuera mío, sé cómo te sientes.

—Entonces, entiendes por qué no quiero estar con todos ellos. No necesito que nadie me diga cómo me siento, o que me recuerde lo buena que era mi madre, o su belleza o cualquier otra característica que ella ni siquiera poseía.

—Tu madre te quería y tú lo sabes. Es lo único que necesitas recordar. No importa lo que digan los demás, ni lo que haya sucedido. Eres tú el que tiene que seguir adelante con su vida, y no será fácil hacerlo si sientes remordimientos o reproches hacia ella.

Trev desvió la mirada. Ari no tenía idea de la clase de culpas que poseía en su interior y que no lo dejaban tener paz. Ni siquiera podía verla a los ojos

cuando pensaba en ello, pero tampoco podía contárselo. Sabía que nunca lo haría si quería conservarla a su lado, aunque significase que también tendría que procurar mantenerla alejada de su familia.

Había estado tan estupefacto y afectado por la noticia que no había reparado en esos detalles a la hora de llevarla con él al pueblo.

Ari se sentó más cerca y lo abrazó, seguro pensando en que estaba sufriendo por su madre. Y Trev casi no podía hacerlo desde que se había percatado que también corría el riesgo de perderla a ella.

—Vamos a tomar un poco de aire —ofreció abriendo la puerta de su lado.

Ari se alejó y siguió observándolo aunque él no lo hiciese. Después de un momento, lo siguió. Había tanto que se guardaba para sí mismo, que empezaba a dudar de que en verdad lo comprendía como creía.

Se sentaron juntos sobre la hierba y fue Trevor quien la abrazó esta vez.

—¿Por qué encuentro esto tan difícil de creer? ¿Cuánto tiempo lleva aceptarlo?

—¿Que se ha ido? —preguntó Ari—. No lo sé, ya no lo recuerdo. Solo sé que un día dejé de esperar encontrármela en la casa o esperar su llamado.

—Yo dejé de esperar sus llamados desde que era un niño. Nunca estuvo aquí cuando la necesité. Siempre pasé más tiempo con mi padre y mis tíos. Pero ella... Siempre pensé que hubiese sido una mejor persona y no habría cometido tantos errores si mi madre hubiese estado alrededor. Me tuvo muy joven, amaba a mi padre, pero no estaba lista para ser madre.

Las cejas de Ariadne se alzaron, pero no dijo nada al respecto. Trev intuyó que tenía sus dudas, por supuesto que no era tonta y él lo sabía. Si seguía hablando terminaría por hacerle preguntas que no sabría cómo responder, porque no deseaba mentirle tan descaradamente.

Le tomó el rostro entre las manos y la besó como si con eso pudiese borrar sus palabras anteriores.

—Todo es mucho mejor aquí, ¿verdad? —dijo abrazándola y contemplando los alrededores.

—Es un lugar precioso. ¿Aquí solías traer a las chicas con las que salías? Parece bastante privado y encantador.

Eso lo hizo reír.

—Nunca fui de la especie encantadora, Ari.

—Ahora lo eres —compuso mirándolo de costado con una sonrisa—, o algo así.

—Tal vez tú tengas ese efecto en mí —susurró cerca de su oído.

—Me alegra oír eso. ¿Quiere decir que no voy a cruzarme con ninguna exnovia celosa mientras estemos aquí? Sé cómo son los pueblos así, las noticias se extienden más rápido que una plaga.

—Estoy seguro de que eso no va a suceder —contestó subiéndola a su regazo—. Tampoco vamos a estar aquí mucho tiempo. Vamos a marcharnos después del entierro.

Ella no se molestó en retrucarle nada, se había dado cuenta de que no iba a convencerlo por más razonable que fuera su postura.

Permanecieron allí sentados por largo rato casi sin hablarse. Era un sitio hermoso y le habría gustado aún más si las circunstancias fuesen distintas.

Al final, él pensó que era hora de marcharse y afrontarlo todo. Decidió que mientras antes lo hiciera, antes podría poner distancia entre ambos y ese lugar con toda esa gente de la que prefería huir. Cuando llegó a su casa, al contrario de haber disminuido la cantidad de invasores, el número había aumentado. La relativa calma que había reunido en el tiempo fuera se había vuelto a esfumar.

Ari le tomó la mano percibiendo que parecía estar a punto de perder los nervios mientras más se acercaban a la entrada de la casa. Trev la miró y le dio un beso en la sien antes de tomar un profundo respiro e ingresar.

Un suave murmullo dominaba el interior, montones de personas que él

conocía desde siempre llenaban la sala más grande y en las contiguas había grupos más pequeños. No miró a ninguno, no quería ser retenido por nadie. Cada uno tenía su maleta en la mano y pensaba que con la excusa de subirlas podrían esconderse arriba un rato más... pero no llegó a hacerlo.

Cuando estaba a punto de subir la escalera, Juliet se atravesó en su camino. Primero no lo reconoció, pero en cuanto lo hizo, Trev supo que sus planes se habían ido al retrete.

—¡Trevor! —exclamó y se lanzó a abrazarlo—. ¿Estás bien?

Él estuvo a punto de contestar, pero ella volvió a interrumpirlo, algo que no debió de hacerle raro a nadie.

—Ah, qué pregunta la mía. Por supuesto que no lo estás. Lo siento mucho, Trevor, yo tampoco soporto a mi madre, pero no quisiera perderla.

Era sincera, Juliet nunca tenía malas intenciones; sin embargo, él no podía hablar sobre cómo se sentía. Tampoco deseaba hacerlo, no podía explicar qué era lo que estaba pasando por su cabeza en esos momentos.

—Ariadne y yo vamos a subir a dejar los bolsos. Bajaremos en un rato.

Jules miró hacia atrás y le pegó un tirón a la camisa de su esposo para hacerlo reaccionar.

—Keaton puede hacer eso, no tienen que subir.

—Sí, sí. Claro —dijo el aludido arruinando con eso la posibilidad de Trev para escapar. Le dio una palmada en el brazo y tomó la valija de ambos—. Lamento mucho lo de tu madre, Trevor.

Y se marchó.

El pelinegro soltó un suspiro porque ahora sí estaba atrapado.

—¿Quieres que me quede con Ari mientras tú saludas? Puedo llevarla a la cocina conmigo, estaremos más tranquilas.

—Creo que paso, mejor me uno a ustedes. No tengo ningún interés en saludar a nadie, Juliet.

—Pero, Trevor...

Él dejó de oírla y tiró de la mano de Ari para llevarla en dirección a la cocina. Juliet los siguió, ofuscada por haber sido interrumpida, pero hizo su mayor esfuerzo por ser comprensiva con su primo.

Trevor había creído que en la cocina estarían tranquilos y a solas, pero, al parecer, lo había entendido mal. No estaba tan vacía como había pensado.

Apenas lo vio, su tía fue la primera en acercarse y Trev no pudo retener a Ari a su lado. Juliet fue más rápida y se la llevó pensando que de esa forma estaba ayudando, sin saber que era todo lo contrario a lo que él deseaba.

Ariadne se dejó conducir, aunque notó la incomodidad en Trev a medida que su familia se acercaba. Eran muchos al mismo tiempo para dos personas que se habían acostumbrado a estar solas y alejadas, encerradas en su propio mundo.

—Entonces... —compuso Jules mirándola de soslayo mientras caminaban. La tenía sujeta del brazo y la estaba llevando detrás de la barra de desayuno para sentarse—. Están juntos ahora, ¿no? Juntos de verdad.

—Sí, lo estamos. Desde hace días, tres para ser exactos —murmuró con una sonrisa.

Juliet alzó las cejas.

—Mi tía habría estado muy contenta. Le agradabas mucho.

—Creo que lo estuvo, Trevor le contó antes de...

—Es una pena. Ah, Liv, mira, han llegado —dijo mirando a alguien detrás de Ari.

—Lo sé —contestó la recién llegada con una pequeña sonrisa—. Hola, Ariadne. Te felicitaría, pero no sé si es apropiado hacerlo ahora.

—Olivia —saludó sintiendo cada músculo de su cuerpo tensarse.

Ahora las cosas eran distintas a la última vez. Ella estaba con Trevor y no sabía cómo reaccionaría él al volver a verla. Tampoco sabía si quería

presenciarlo.

Si tan solo supiera qué era lo que los unía, qué era lo que había ocurrido, todo sería diferente. No se sentiría tan insegura. Y es que mientras estaban lejos todo era distinto, nada de eso importaba.

—Ay, no —murmuró Juliet entre dientes—. ¿Qué tienen los hombres que a lo primero que recurren es al alcohol?

Ariadne puso su atención en lo mismo que la otra muchacha y vio a Trevor acercarse a una alacena y sacar una botella de whisky. No era la primera vez que bebía estando ahí, no pudo evitar recordar la noche que había llegado en uno de los niveles más altos de ebriedad.

Llenó un vaso y se acercó a ellas.

Juliet miró hacia todos lados, y Ari percibió su creciente incomodidad. Estaba buscando una excusa para escaparse, o eso creía.

Olivia se mostró de verdad apenada cuando Trevor estuvo a su lado. Lo abrazó como si fuera otro más de sus primos, pero él nunca había podido tratarla como tal por más que se esforzara. Ariadne observaba todo eso y no se perdía ningún detalle.

—¿Has hablado con tu padre? Ha estado encerrado en su despacho desde que llegó anoche.

—Bebiendo hasta perder la consciencia de seguro, no sé qué podría decirle, Olivia. No sé qué decirle a nadie.

—No tienes que decir nada, solo estar para él. Los dos se necesitan mutuamente. Gary está haciéndole compañía ahora, tiene miedo de que haga alguna locura.

Trevor apretó los labios y observó la mano que Liv había posado sobre su brazo. Ella no tenía segundas intenciones, solo quería apoyarlo porque su corazón noble no la dejaba hacer otra cosa.

—¿Puedo pedirte un favor, Liv? A ambas —apuntó mirando también a

Juliet.

Las dos mujeres asintieron sin dudar.

—Por supuesto.

—Todas esas personas, las quiero fuera de mi casa. Si la familia quiere quedarse, bien, pero los demás, fuera. —Su prima abrió la boca para protestar, pero la detuvo alzando la mano—. Ustedes dos pueden hacer que se marchen sin que nadie se sienta ofendido. Yo sé que pueden.

Y lo hicieron, Ari no supo cómo lo lograron, pero Olivia más que Juliet convenció a todos en solo un rato de abandonar el lugar. El resto de la familia terminó por hacer lo mismo. Al cabo de unas horas, ellos estaban solos junto al padre de Trevor quien, efectivamente, no había salido de su despacho.

—Deberías ver cómo está. ¿Quizá obligarlo a que coma algo? —propuso sentándose en la cama de Trevor.

Él no deseaba hacerlo, había pospuesto eso toda la tarde. Sabía lo que enfrentarse a su padre significaba, sería asumir, aceptar la realidad. Pero no podría evitarlo por siempre ni dejarlo pasar la noche solo ahogándose en alcohol.

—Supongo que tienes razón —dijo luego de unos segundos de silencio y se sentó a su lado—. Quédate aquí, no vayas a cambiarte de habitación.

—No pensaba hacerlo.

Ari sonrió y le acarició una mejilla arrimándose más para darle un suave beso. Trev la retuvo contra su boca deseando poder quedarse así toda la noche.

—Gracias por estar aquí, no tienes idea de lo mucho que me consuela tu presencia.

—No tienes que agradecermelo —volvió a decir.

—Claro que sí, Ariadne. El único motivo por el que no estoy borracho, tirado en algún rincón del bar del centro, es porque tú estás aquí. Me conozco

demasiado bien, no sé cómo manejar estas cosas. Nunca fui capaz.

Se miraron a los ojos y ella supo que no estaba mintiendo. A pesar de que seguía ocultándole algo, sus palabras sonaban sinceras. Ese dolor no podía ser fingido, tendría que ser muy buen actor como para transmitirle cuánto la necesitaba, y todo el bien que le hacía, con cada gesto, cada mirada, cada beso.

—Esta vez será distinto —le prometió—. Todo estará bien. Siempre pienso que mis padres están cuidándome desde alguna parte, dándome fuerzas para seguir. Estoy segura de que tu mamá hará lo mismo contigo desde donde sea que esté. Cuando siento que ya no puedo más, pienso en ellos y todo duele un poquito menos. Puede que no estén conmigo físicamente, pero aquí —colocó una mano en su corazón sin dejar de verlo a los ojos—, aquí estarán siempre. Dile eso a tu papá, recuérdale lo mucho que la amaba y lo mucho que ella lo quería a él. Tiene que ser fuerte porque ella no desearía verlo en ese estado.

Trevor no pudo dejar de mirarla mientras hablaba e incluso tiempo después. Su cabeza y su corazón estaban saturados, ambos tenían cosas diferentes que procesar y enfrentar. Sin una respuesta adecuada, optó por besarla en la frente y alejarse. Era demasiado buena, demasiado especial. No creía haber admirado a alguien tanto como a Ariadne. No dejaba de sorprenderlo, lo conmovía como ninguna otra.

Él no debería tener permitido tocarla. La lastimaría de alguna forma, tarde o temprano. Sabía que lo haría y no lo podría evitar por más que quisiera. Ya no importaba si se alejaba de ella en ese mismo segundo, el daño estaba hecho, ya había comenzado y no había forma de detenerlo. Lo único que podía hacer era intentar que todo el dolor que algún día le causaría se viese amortiguado por todo lo bueno que también sabía que podía darle.

Con esa idea en la cabeza se giró sobre sus talones a mitad del pasillo del piso de arriba y volvió a su cuarto. Ari seguía en la misma posición en la que

la había dejado, lo único que había cambiado era que tenía sobre su regazo el bolso de viaje que había llevado.

Se sorprendió al verlo entrar, y alzó la cabeza para poder observarlo mejor.

Trevor hizo la valija a un lado, y le tomó una mano para que se pusiera de pie y se acercara a su cuerpo. La asió contra su pecho, enredó los dedos en su cabello suelto y volvió a besarla. Esta vez no reprimió lo que sus impulsos ordenaban. Se dejó ir, pero no había nada sexual allí. La besó porque era la única forma en la que podía expresarle lo que sentía sin dar lugar a confusiones o inexactitudes.

Todo lo que tenía para dar se lo estaba entregando a ella y solo a ella. Decirlo con palabras no era posible, porque no había una que definiera lo que quería mostrarle.

Terminaron agitados, sus corazones parecieron querer unirse con cada latido que los hacía saltar y rebotar dentro del pecho, pero sin llegar nunca a hacerlo realmente, como si fuese una alusión a lo que pasaba entre ellos dos. Tan cerca desde cualquier punto de vista, aunque siempre separados por las sombras que no lo abandonarían.

Ariadne terminó de bañarse y salió con la toalla alrededor de su cuerpo. Trevor aún estaba con su padre, o por lo menos eso creía.

Siguió la invitación de Trevor de tomar lo que necesitara y buscó en alguno de los cajones una camiseta vieja para colocarse antes de dormir. Con suerte olería a él y se sentiría acompañada en lo que lo esperaba.

Buscó en uno y luego en otro sin encontrar nada de utilidad. Y cuando abrió el tercero pensó que ese tenía que ser el correcto. Tanteó y sacó algunas cosas, pero solo se topó con varias gorras viejas y un par de libros pequeños.

Se detuvo porque uno de ellos le llamó la atención. Un viejo y gastado libro de poemas. Sonrió pensando en lo extraño que se le hacía imaginar a Trevor leyendo poemas de amor.

El hombre que juraba que no era encantador ni romántico...

Con algo de curiosidad lo abrió y, para su sorpresa, lo primero que apareció ante sus ojos no fueron versos sino una foto. Una foto de una joven delante de una hoja de cuaderno doblada a la mitad. Una idea cargada de sospecha la inundó. Se sujetó mejor la toalla alrededor de su cuerpo y sacó la foto y el papel del libro para poder hacer una mejor apreciación.

—Por supuesto —dejó escapar con los ojos clavados en la imagen—, por supuesto que eres tú.

Olivia. No podía ser otra.

Era más joven, tenía el cabello largo y una sonrisa mucho más inocente y despreocupada que la que llevaba ahora, pero seguía siendo inconfundible. Estaba usando un vestido blanco y detrás de ella se podían ver algunos cerezos repletos de flores, como lo habían estado para la boda de Juliet.

Hizo a un lado la ola de celos que la sumergió y abrió el papel. No estaba bien lo que iba a hacer, tendría que haber dejado todo en su lugar y seguir buscando la maldita camiseta, pero no pudo resistirlo.

Leyó la primera palabra —*Trevor*— y pensó que la letra tampoco podía ser menos que perfecta. Redonda y suave, por supuesto.

Luego continuó.

No me importa si tengo que luchar contra todos, estoy dispuesta a hacerlo. Tu familia y la mía tendrán que aceptarlo. Si nos quieren como dicen, respetarán nuestro amor y dejarán por nosotros los problemas del pasado.

Tú y yo no somos culpables de otra cosa más que de amarnos sin remedio. ¿No crees que el amor es así, rebelde como nosotros? No puede ser doblegado, sometido ni dominado. Si es fuerte, arrasa con todo y no le

interesan nimiedades como los apellidos o la historia, porque es capaz de crear la suya propia.

Es por eso que ya no pienso resistirme ni intentar comprender el por qué tú de todas las personas has logrado despertar esto en mí. No hay explicaciones racionales, no aquí. ¿Tú también sientes lo mismo? ¿También te sientes abrumado por estos sentimientos arrolladores que te quitan hasta el sueño?

Ayer me hiciste una pregunta, y mi respuesta es sí. Sí, estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario por un futuro contigo. Y no tengo dudas de que triunfaremos.

Espero poder verte pronto, mi amor.

Te quiere, Liv.

CAPÍTULO 24

Ari terminó de leer la carta y la repasó varias veces para asegurarse de que no estaba malinterpretando nada. Pero no había forma de hacerlo, ese escrito era la respuesta a todas sus dudas acerca de la relación de Olivia y Trevor. Los sentimientos de él por ella alguna vez habían sido correspondidos, no podía estar más claro. Y si bien eso contestaba a una de las preguntas que se hacía, le generaba montones más.

Cerró los ojos, tomó un respiro profundo y dejó todo en su lugar antes de sentarse en la cama. Ya no quería seguir buscando en los cajones, se sentía demasiado por haber leído algo ajeno, tan privado, y temía encontrar más. Habían sido suficientes sorpresas por un día.

Sin embargo, no importaba cuántas veces se dijera a sí misma que lo que había leído carecía de importancia, los celos bullían en su interior y la rabia creciente invadía sus venas. No sabía qué la enfadaba más, si finalmente tener la certeza de que entre ellos dos sí había sucedido algo y que podrían quedar cenizas chispeantes de esa relación, o que Olivia pudiese haberse casado con James sabiendo que Trevor aún la quería.

Trev entró en la habitación sin que ella lo notara, se detuvo en el umbral y la contempló. Tenía la mirada perdida y parecía nadar profundo en sus pensamientos.

Preocupado, se acercó con paso cauteloso y se sentó a su lado.

—¿Ari? ¿Estás bien?

Ariadne pestañeó.

—Trevor —dijo percatándose de que ya no estaba sola—, no te vi entrar.

—Ya veo. ¿Te sientes mal?

—No, solo... pensaba. —Sacudió la cabeza y volvió a mover las pestañas para regresar a la realidad—. ¿Cómo...? ¿Cómo está tu padre? ¿Necesita ayuda en algo?

—Logré llevarlo a la habitación de huéspedes para que duerma. No quería entrar a su cuarto, dice que allí se sentiría peor. Demasiado solo, inundado de recuerdos.

Ari asintió.

—Debe ser muy duro perder a tu compañera de vida. A la persona que amas. Creíste que pasarías tu vida con ella y de pronto —chasqueó—, ya no está.

Trevor asintió.

—Tenían sus cosas, pero se querían mucho. ¿No tienes frío? ¿Por qué no te has cambiado aún?

Ariadne se miró el cuerpo, que todavía estaba cubierto solo por el toallón, y alzó la cabeza hacia él.

—Estaba buscando una camiseta tuya para dormir, pero no pude encontrarla.

—*Mmm* —murmuró oliendo su cabello—. Si este día no hubiese sido tan agotador y no me sintiera tan mal como lo hago ahora, podría encontrar beneficios a esta situación. Me gusta tanto verte así, Ari. Eres la mujer más

bella que he conocido.

—¿Ah, sí?

Trev no supo cómo tomarse el tono con el que habló. Ella no sonreía, y repentinamente parecía a la defensiva.

—Claro que sí —dijo arrugando la frente—. Ariadne, ¿qué te sucede? ¿Estás enojada?

No, se dijo ella. No podía estar enojada con él. Al menos no todavía. No podía decir que le había mentado, nunca lo habían discutido y, si era razonable, no podía esperar que le contara eso porque quisiera. ¿Quién lo haría?

—No, estoy bien.

Él supo que no era cierto, pero lo dejó estar. Con todo lo que habían enfrentado ese día no podía esperar más. Se levantó de la cama y le buscó una camiseta en uno de los cajones.

—Se ve mucho más linda en ti de lo que lo hacía en mi —señaló cuando se la vio puesta.

Ari sonrió desde donde se encontraba cepillándose el cabello, aunque en su sonrisa había algo más que pena y cansancio: había distancia.

Sin dejar de contemplarla, Trevor buscó en su mente una situación en la que alguien de su familia hubiese tenido la oportunidad de decir algo inoportuno. Tenía que hallarle explicación a ese comportamiento anormal, porque si estaba enojada se lo diría, siempre se había encargado de dejárselo claro.

Ariadne dejó el cepillo sobre la cómoda, casi asestándolo contra esta, y

soltó un suspiro antes de ponerse de pie. El ruido lo había sobresaltado, y detenido los engranajes de su cabeza que estaban trabajando a toda marcha.

—Lo siento, no puedo hacer esto —soltó ella y se acercó a Trev—. Necesito hablar contigo, necesito saberlo. No puedo... No puedo fingir que no me preocupa.

¡Allí estaba!

—Al fin —murmuró. La tomó por los dos brazos desnudos y la miró a los ojos. —Dímelo. ¿Qué es lo que te preocupa tanto?

—Tú —contestó ganándose una mirada de confusión. Se giró y habló dándole la espalda mientras se acercaba a la cama para sentarse—. He oído cosas, he visto cosas desde la primera vez que vine. En ese entonces no importaban porque no tenían que ver conmigo, pero ahora...

Trev la siguió.

—¿Ahora qué? —inquirió preocupado.

Hizo una pausa y buscó serenarse.

—¿Qué es lo que sucede entre tú y Olivia?

—¿Qué? —Él sintió la sangre abandonar su rostro. ¿Qué era lo que había oído exactamente?—. Olivia es la esposa de mi primo, Ari.

—¡No me mientas! Ni siquiera lo intentes —exclamó levantando la voz sin llegar a gritar—. No soy tonta, Trevor, veo lo que pasa a mi alrededor. No te estoy reclamando nada más que la verdad. Necesito saberlo, ¿es que crees que no me doy cuenta que me estás ocultando algo? Y no entiendo por qué, ¿qué podría decirte yo?

Ella no tenía ni idea.

Cerró el espacio que los separaba y se acercó temeroso de que lo rechazara. Pero Ari no lo hizo, se quedó quieta cuando él volvió a apoyar las manos sobre sus brazos.

—No creo que seas tonta, Ari. Es que es algo que ocurrió hace mucho tiempo, muchos años. Ya no tiene importancia. Ahora ella está con James y yo estoy contigo.

Bueno, al menos lo estaba reconociendo. Ariadne tenía que darle un punto por eso, había creído que intentaría negárselo todo.

—Todavía hay algo entre ustedes, puedo verlo. La forma en que la miras, como le hablas. Es diferente a como tratas al resto de tu familia.

Es como si todavía la amaras, quiso agregar.

—No fue una situación sencilla. Todo fue muy difícil.

—¿Porque sus familias estaban distanciadas?

Trevor apretó la mandíbula, y Ari supo que había dado en el clavo.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo oí en alguna parte —mintió rezando para que no se le notara—, tú lo dijiste, es un pueblo pequeño. Todos cotillean demasiado. Pero sigo sin entender.

Iba a comenzar a sudar si no terminaba con ese tema pronto. Temía que se le escapara algo más de lo que estaba dispuesto a contarle y odiaba tener que mentirle.

—Olivia y yo salimos por un tiempo cuando éramos mucho más jóvenes.

Ni mi padre ni el de ella estaban dispuestos a aceptarlo. Tampoco el resto de la familia, era una relación destinada a fracasar desde el comienzo. Incluso antes de eso.

Ari sacudió la cabeza cada vez con más dudas.

—¿Y qué sucedió? No lo comprendo, ¿a dónde encaja James en todo eso? Si ninguna de las dos familias los aceptaba, ¿cuál es la diferencia entre él y tú? Los dos son Johnson.

Trevor dejó escapar una carcajada. Ella era la única persona en el mundo que preguntaría eso. ¿Que cuál era la diferencia entre James y él? Sería mucho más fácil contar lo poco que tenían en común, si es que había algo que decir.

—James no tiene nada que ver, él ni siquiera vivía aquí cuando eso ocurrió. Conoció a Liv años después de que ella y yo termináramos.

—¿Años? ¿Entonces él no te la robó o ella te dejó por tu propio primo? — Eso no era lo que había imaginado.

—Ojalá eso hubiese ocurrido —murmuró para sí—. Nosotros terminamos, Ariadne. ¿De verdad creías que algo así había ocurrido?

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, tu actitud con James no es la mejor.

Trevor se sentó en la cama y le tomó una mano para instarla a hacer lo mismo.

—James y yo nunca fuimos muy unidos, somos muy distintos. Además, siempre lo envidié por haber logrado lo que yo no pude. Él hizo lo que yo creía imposible, tanto que ni siquiera consideré intentarlo.

De repente, Ari comenzó a sentirse culpable. ¿Eso quería decir que Olivia no era la mala mujer que ella creía? ¿La había estado juzgando mal todo ese tiempo?

—¿Él hizo que las familias se acercaran?

Esa era una parte que podía contar sin verse perjudicado.

—Las familias no estaban solo distanciadas, Ari. Los Gardiner y los Johnson se odiaban desde tiempos inmemorables. Del tipo de odio por el que hay que preocuparse, del que trae muertes.

—¿Muertes? —lo interrumpió—. ¿Alguien murió?

—Supongo que varios lo han hecho en las generaciones pasadas. Pero lo importante aquí fue que el hermano de Olivia falleció después de una horrible pelea con Fredric. Fue un accidente, Fred no tuvo esa intención, aunque lo repitiera todo el tiempo. Mi primo no es un asesino, los dos acabaron muy mal, pero Daryl no pudo salvarse. El alcohol que habían bebido tampoco ayudó.

Eso era algo que no se había imaginado.

—¿Cómo es que tu primo no está preso?

—Fueron muchas cosas. Mi tío contrató buenos abogados y a eso se le puede sumar que las autoridades policiales nunca se tomaron el caso muy en serio. Estaban cansados de los enfrentamientos entre todos, imaginaban que algún día ocurriría algo así.

Ari arrugó la frente con incredulidad.

—Incluso así, eso fue muy negligente por su parte.

—No digo que no lo haya sido, pero es un pueblo chico. Mi familia le da trabajo a la mitad de las personas del pueblo, los Gardiner a la otra mitad. El comisario de ese momento tenía a sus hermanos e hijos trabajando en la plantación Johnson.

—Entonces, tu tío lo compró, más o menos —razonó ella—. Es tan extraño verlo así. El señor Johnson es tan amable y Fredric... Nunca lo habría imaginado.

Trev negó con la cabeza y le tomó una mano llevándola a su regazo.

—No, Ari. No quiero que lo veas de esa forma. No quiero justificarlo, pero Fred no era él mismo en ese momento. Se había enterado que Daryl y Juliet se veían a escondidas y creyó... Bueno...

—¿Qué fue lo que creyó? —lo apresuró ella.

Ya había hablado de más. Tendría que haber obviado esa parte, pero en el afán de intentar explicar a su primo, se le había escapado.

—Creyó que Daryl quería burlarse de Juliet, lastimarla. Vengarse de nosotros.

Trev vio como ella cada vez entendía menos, pero tenía que encontrar pronto la forma de terminar con esa conversación.

—¿Y por qué iba a pensar algo así?

—Bueno, cariño —suspiró—, ya te lo dije. Era prácticamente una guerra, uno siempre tendía a pensar lo peor de cualquiera con el otro apellido.

—Sí, pero... pensar eso es de locos. Quiero decir, ¿qué clase de cobarde haría algo así? Aprovecharse de alguien inocente, lastimarla con la excusa de un estúpido enfrentamiento. ¿Qué sentido tendría?

Un cobarde como él, debería de haber respondido. Un imbécil que no había sido lo suficientemente valiente como para enfrentar a su padre, que había preferido lastimar a la mujer que amaba solo por volver a ver algún rastro de aceptación en los ojos de su familia.

Su padre era el que había heredado el verdadero odio injustificado por los Gardiner. Su tío, en cambio, en su juventud también había intentado resistirse y vencer esas diferencias, aunque sin nada de suerte, lo único que se había conseguido había sido instaurar una razón más para que los Gardiner y los Johnson aumentaran el odio que los unía y separaba al mismo tiempo.

—Ningún sentido, nada nunca lo tuvo. Pero el odio hacia la otra familia era casi una religión para nosotros, Ari. Puede que no tenga explicación, solo crees en lo que te han dicho toda tu vida. Y el que lo ve desde afuera no llegará nunca a entenderlo, ni lo intentes.

Eso era cierto, pero se estaba saltando lo que probablemente era la parte más importante. Fred había tenido una razón para creer que Daryl estaba engañando a Juliet. Fredric había creído que querían hacerle pagar a los Johnson con la misma moneda que él había usado en Liv años atrás.

En parte, Trevor sabía que tenía mucha culpa de la muerte de Daryl. Aunque no hubiera estado allí esa noche, su alma estaría manchada con esa tragedia para siempre.

Ari guardó silencio y meditó sobre lo que acababa de enterarse. No había imaginado nada de eso, sí algo dramático, pero ni por asomo de esas dimensiones. Era interesante y quería saberlo todo. ¿Cuándo se cruzaba uno con una familia de esas? Era mucho mejor que ver una película o leer un libro. Había tanto que le quedaba por saber...

Observó que él estaba ansioso por acabar la conversación, por algún motivo le incomodaba hablar sobre ello. Ella estuvo dispuesta a darle un respiro, había soltado más de lo que esperaba. Solo restaba una última pregunta importante que no podía esperar más.

Trevor la besó en la mejilla y corrió el acolchado a un lado con la mano libre.

—Deberíamos dormir, Ari, los dos estamos cansados. Ha sido un día agotador y me temo que el de mañana no será mucho mejor.

—Solo hay una cosa más que quiero que me respondas, solo una —pidió.

No muy contento, él asintió.

—Dime.

—¿Todavía la amas? A Olivia, quiero decir. No me dijiste en qué términos acabaron, pero puedo ver que queda algo entre ustedes.

Era una zona peligrosa, ella lo sabía, pero era de esas que no convenía evitar. De hacerlo, quizá terminaría en medio de otra mucho peor.

Trev tragó saliva y se tomó su tiempo para contestar.

—Olivia es la mujer de mi primo —musitó lento y mirándola a los ojos—. Ella lo ama, Ariadne, y él se merece su amor, así como ella se merece el hombre que es James. Liv tiene un gran corazón, es la mujer más buena y noble que he conocido en toda mi vida.

—No estás respondiendo a mi pregunta —puntualizó—. De nuevo.

—¿Si la amo? ¿Eso quieres saber?

Ari soltó un suspiro de frustración y se alejó de él sin levantarse de la

cama.

—Sería bueno saberlo, ¿no crees? No tendría mucho sentido estar con un hombre que ama a otra mujer, por mucho que ella no le corresponda.

—No, no la amo —contestó—. Al menos no de esa forma. La quiero y la respeto, también la admiro por su valentía y por su nobleza, no cualquier mujer habría hecho todo lo que ella hizo de una forma casi desinteresada. Solo quería lo mejor para todos, e incluso cuando más que nadie tenía razones de sobra para odiarnos, hizo todo a un lado por el bien de los que quería. Jamás salieron de sus labios palabras de rencor en nuestra contra.

Ella no se dio cuenta de que había estado temblando por la expectativa de su respuesta hasta que lo oyó y se relajó un poco.

—¿Entonces... —preguntó en un susurro— crees que lo nuestro puede llegar a funcionar?

—Siempre lo creí, Ari. No habría insistido tanto de no ser así —compuso volviéndola a acercar y sentándola en su regazo para poder rodear todo su cuerpo con los brazos—. Tú eres mi presente y espero que también mi futuro.

CAPÍTULO 25

Ari se levantó a la mañana siguiente y se escabulló de los brazos de Trevor para salir de la cama. Se cambió para estar lista para el entierro y bajó las escaleras dejándolo a él dormir por un rato más. El día anterior había sido largo y el cambio de horario también les jugaba en contra.

Cuando llegó a la cocina, se encontró con que no estaría sola. El señor Johnson, con quien no había intercambiado más que un par de palabras, estaba sentado en la barra de desayuno mirando hacia el vacío. Ella se detuvo en la entrada y aguardó a que él la notara, pero no ocurrió. No hasta que entró y habló.

—Hola, señor Johnson —dijo pensando que un *buenos días* no habría sido adecuado. Al verla, parpadeó y arrugó la frente—. Soy Ariadne, ¿me recuerda?

—Ah, sí —murmuró con voz ronca, sin moverse.

—Trevor aún duerme —comentó incómoda—. ¿Usted ha desayunado? Puedo preparar algo para los dos.

—No te molestes, no tengo hambre. Siento más ganas de ir a tomar un trago en mi despacho y no salir de allí en mucho tiempo que cualquier otra cosa.

Ari negó con la cabeza y se acercó a él para colocar una mano en su hombro.

—Usted no puede hacer eso, el entierro es en unas horas, no creo que

quiera estar ausente para despedirse por última vez.

—Desearía no hacerlo.

—Todos lo hacemos, señor. Pero lo que ella no desearía es verlo bebiendo todo el día y toda la noche. Le prepararé algo para desayunar.

Y con eso se giró y puso manos a la obra. Por el estado en el que el hombre se encontraba, no podrían marcharse por la tarde, sería irresponsable dejarlo en esas condiciones. Y no creía que Trev les dejara esa carga al resto de la familia.

Ella no podía permitírselo porque, de hacerlo, estaba segura que él lo lamentaría en el futuro.

Cuando el servicio acabó, muchos de los asistentes se dispersaron, y Ari decidió alejarse para darle más privacidad a Trevor y a su padre. Emilie también se quedó junto a su primo, y Rose no fue de menos y le tomó una mano a Trev sin decir nada.

Ariadne se alejó y buscó lugar en un banco de la parte trasera de la iglesia del cementerio, y observó desde allí. Se sonrojó cuando vio a Olivia y a James acercarse. Recordar lo que había leído la noche anterior y todo lo que sabía ahora fue inevitable. Tenía que ser más amable con ella. Con ambos, James tenía menos culpa que Liv.

¿Por qué nadie le había explicado antes? ¡Qué tonta había sido y qué culpable se sentía!

Aunque la molestaba un poco que Trevor la viera casi como a un ángel, pero quizá era así de buena. Si había logrado acercarse a las familias tenía que serlo.

—¿Qué haces aquí sola? —preguntó James cuando estuvo cerca.

—Creí que tenía que darle un poco de espacio a la familia.

—Nosotros te haremos compañía por un rato —propuso Liv sentándose a su lado y tirando de James para que hiciera lo mismo.

—No tienen que quedarse, no me importa esperar sola —dijo haciéndoles un lugar de todos modos.

Liv le colocó una mano en el brazo.

—Podemos quedarnos, los niños están con la mamá de Cece. Veo que el señor Johnson no ha bebido, se ve un poco mejor que ayer.

—Hice que desayunara conmigo esta mañana y luego ya no bebió. Pero eso no quita que vaya a hacerlo cuando llegue a la casa, está tan triste y... perdido.

—Ellos se querían, siempre estuvieron enamorados como si fuesen jóvenes —James habló contemplando la lejanía y solo giró hacia ella al final—. Trevor debería quedarse por unos días para ayudarlo a reponerse.

—Se necesitan mutuamente —agregó Liv—. Aunque él te tenga a ti ahora.

—Lo sé, voy a tratar de hacerlo entrar en razón. Ya lo había pensado.

El silencio volvió a llenar el espacio. Ariadne quería decirle que ahora sabía la verdad, que de cierta forma lo entendía y hasta sentía que debía pedirle disculpas por pensar tan mal de ella, a la vez pensaba que esa

conversación no serviría para aligerar nada, y menos delante de James. Un recordatorio de un pasado no amable nunca era bien recibido.

—Sabes, en este lugar nos conocimos James y yo. Justo aquí, debajo de este techito —soltó Liv de pronto.

—¿Aquí? —preguntó sorprendida por el repentino cambio de tema. Echó un vistazo a sus alrededores y arrugó la frente—. Diría que es romántico, pero...

—No lo es —le aseguró Liv con una sonrisa.

—¿Eso creen? —Intervino James desde la otra punta del banco—. Yo no estoy tan seguro. La circunstancia no era la mejor, por supuesto.

—Ni tampoco el día —le apuntó.

Jamie asintió en coincidencia.

—Estaba lloviendo —le contó él a Ariadne—. Y no una lluvia cualquiera. Imagínate, parecía que el cielo iba a caerse, el agua nos castigaba a todos de forma cruel, la tormenta eléctrica tampoco se tomaba descanso y el viento frío no nos permitía protegernos ni con el paraguas más fuerte.

Ari se percató de que, a pesar de que estaba hablándole a ella, Liv y James no podían dejar de mirarse entre sí.

—Entonces yo estoy justo aquí —continuó—, con mi inconsolable hermana menor que había perdido a su novio, y veo a una loca jovencita salir del gentío reunido alrededor de un ataúd. Esa imprudente mujer solo tenía un vestido que le llegaba a las rodillas, se había quitado los zapatos y cerrado el paraguas. ¿Qué sería lo primero que pensarías si ves a alguien así, Ariadne?

—¿Qué está chiflada? —aventuró robándole una sonrisa más grande a los

dos.

—Y no te habrías equivocado. Ella lo estaba, y mucho más de lo que parecía a simple vista.

Liv lo golpeó en el brazo.

—Y mírate ahora, te has casado con ella.

—La mejor decisión que tomé en mi vida y de la que nunca me arrepentiré.

Pasó largo rato hasta que Trev pudo sacar a su padre del cementerio y llevarlo a casa. Pasó todo el camino observando a Ari por el espejo retrovisor, en busca de alguna señal de que algo anduviera mal, pero no la encontró.

No es que creyera que Liv o James pudiesen decirle algo de lo que estaba ocultándole, aun así, lo había puesto nervioso verla hablando con ambos en el cementerio. No tenía idea de cuánto tiempo habían pasado los tres juntos o de qué habían hablado.

Ya había entrado la noche cuando oyó un golpe en la puerta de entrada. Su padre estaba durmiendo, y Ari había dicho que se quedaría en su habitación mientras se ponía en contacto con Jaques y verificaba si había algo urgente con lo que debieran tratar.

Solo en la cocina, con pijamas y sin calzado, abrió extrañado por la imprevista visita a tan tardía hora. Cuando lo hizo, se encontró a su primo sin más compañía que tres cajas de latas de cerveza.

Fredric sonrió, alzándolas.

—¿Interrumpo algo? Creí que te apetecería.

—No me vendrían nada mal —respondió abriéndole la puerta del todo.

Fred se condujo a sí mismo hacia la cocina y se sentó en un taburete frente a la barra de desayuno.

—¿Estás solo?

—Ariadne está arriba, mi padre durmiendo.

Fred hizo una mueca y le pasó una lata abierta de cerveza.

—Vas a quedarte, ¿verdad? No puedes dejarlo solo.

—¿Para eso estás aquí? ¿Te enviaron a ti a convencerme?

El más joven se encogió de hombros.

—Emilie dijo que necesitabas otro empujoncito. Pero eso ha sido todo lo que te diré. Supongo que tú ya sabes qué hacer.

Dio su primer trago, y Trev lo siguió agradeciendo el silencio. Hacía mucho tiempo que no bebía de esa forma, para ahogar las penas. Incluso se sentía infantil mientras terminaba la tercera lata, aunque siguió bebiendo hasta que acabaron con las dos primeras cajas.

Hablaron de la familia, y Fred le contó todo lo que se había perdido mientras estaba aislado en el trabajo.

—Entonces... —comentó Fred, y bajó la voz—. La olvidaste, al fin lo hiciste. Yo te lo dije, dije que lo harías cuando conocieras a alguien más.

Trev arrugó la frente.

—¿De qué estás hablando?

—No de qué, sino de quién. Ya lo sabes —susurró mirando los todos lados.

Ariadne había oído llegar a Fredric, pero había preferido quedarse arriba y dejarlos a solas. Aunque cuando luego de una hora no escuchó más ruidos, y Trev siguió sin acercarse a la habitación, bajó a comprobar que estuviera bien.

No oyó nada hasta que estuvo cerca de la cocina. No era su intención escuchar a escondidas, sin embargo, cuando los notó cuchichear en ese tono tan sospechoso no pudo evitar quedarse al menos unos segundos más e intentar averiguar de qué iban.

—No puedo creer que saques ese tema ahora —oyó decir a Trev.

—No veo cuál es el problema. Lo hiciste, ¿verdad?

Trevor no respondió, o por lo menos Ariadne no captó ninguna palabra por su parte. Al segundo siguiente, la voz de Fred sonó acusadora.

—¡No lo hiciste! No puedo creerlo, eres increíble. ¿Qué rayos estás haciendo con ella, entonces?

Ari tuvo la leve intuición de que estaban hablando de ella. Tendría que haberse marchado, pero ahora menos podía hacerlo.

—Baja la voz —contestó Trev—. No lo sé, Fredric, no lo sé. No tengo idea de lo que siento por Liv o por Ariadne. Y menos estando aquí. En Nueva York todo es más... simple, pero aquí...

—¿Aquí qué? —preguntó Fred, severo—. No puedo creer que todavía estés dudando, han pasado años. Años, Trevor. ¿Por qué la trajiste? ¿Te das

cuenta de que estás jugando con sus sentimientos también? ¿Quieres repetir la historia?

Ari no podía dejar de oír esas confesiones. Estaba congelada, fascinada y horrorizada al mismo tiempo. Eso no era lo que él había dicho la noche anterior. Le había asegurado que Olivia era parte del pasado, ¿y ahora decía que no sabía lo que sentía por ninguna? No esperaba que la amara, pero eso...

Se quedó porque necesitaba saber qué más tenía para decir. Si no era capaz de confesárselo mirándola a los ojos, tendría que escucharlo de otra forma.

—No estoy repitiendo ninguna historia —respondió Trevor. Ahora estaba enojado. No lo entendía. ¿Le molestaba escuchar la verdad de labios ajenos o realmente no era cierto?—. No estoy jugando con ella, la quiero conmigo. Me importa como nunca me importó alguien más. Ni siquiera Olivia. Yo soy diferente ahora, no hay comparación.

Una silla se movió y pareció que alguien se levantó de uno de los taburetes. Ari no podía arriesgarse a permanecer ahí más tiempo, así que se esfumó lo más rápido que pudo.

Fredric terminó marchándose y lo dejó solo con una caja de cervezas sin abrir. Caja que el vació antes de subir a su cuarto.

¡Vaya conversación que había elegido tener su primo! Un día como ese habría esperado que alguien le levantara el ánimo y no que terminara por sumirlo en un humor depresivo con más ganas de ahogarse en alcohol que su

padre.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó cuando entró a la habitación y vio a Ariadne armando su valija.

Ari se giró hacia él.

—Ya desarmé la tuya, todo está acomodado en los cajones y el armario. Después de ver cómo está tu padre hoy, estoy segura de que has recapacitado.

—¿Sobre quedarme? Lo hice. No nos iremos hoy, le daré a mi padre una semana. Luego de eso, veremos qué hacer.

—Bien —compuso ella con una media sonrisa.

—Lo que no comprendo es por qué tú estás armando la tuya. Hay espacio para tu ropa también —dijo Trev envolviéndole la cintura con los brazos.

Ella hizo una mueca.

—Esta tarde hablé con Jaques. Hay mucho trabajo en la empresa y hay cosas que no puede hacer él solo. Si yo estoy allá, puedo ayudarlo y pasarte a ti lo que tengas que firmar y revisar. Sería una forma eficiente de trabajar.

—Pero me dejarías aquí solo —ronroneó en su oído—. Deja que Jaques se arregle, te quiero aquí conmigo.

—Eso sería poco responsable de nuestra parte. Tu padre va a estar descuidando su trabajo, al menos deja que yo te ayude a cuidar lo tuyo. Le pediría a Kassie que nos ayude, pero ella ya no puede trabajar.

—Odio que tengas razón.

—Pero en esto la tengo, sabes que es cierto.

Ari habló con un tono neutral que a Trev le pareció extraño, demasiado

apagado. También tuvo que sujetarla con más fuerza cuando sintió que intentaba zafarse.

—Ariadne, ¿qué sucede?

Ella sonrió, aunque pareció forzada.

—Necesito terminar de empacar, estoy cansada. Y hueles a alcohol, Trev. ¿Estuviste bebiendo?

—Un par de cervezas con Fredric. ¿Segura que te sientes bien?

Lo besó en la mejilla y se escabulló.

—Sí, todo está bien.

Pero no lo estaba. De nuevo, nada estaba bien.

CAPÍTULO 26

—Tómalas —dijo Trevor colocándole en la mano las llaves de su departamento.

Ariadne dejó la palma abierta.

—¿Por qué me las estás dando?

—No puedes volver a tu departamento, Ariadne. Ya lo hablamos, no puedes estar allí sola. ¿Qué vas a hacer si algo te ocurre? —Volvió a cerrarle la mano en un puño para que las aceptara. Se la cubrió con la de él y se inclinó hasta quedar a la altura de sus ojos—. Ya sé que puedes cuidarte, pero me sentiría más seguro si te quedases en mi casa.

Ella suspiró.

—Ya hablamos de esto, no voy a dejar mi departamento, Trevor. Tendré más cuidado.

La gente se movía alrededor de ellos por todos los costados. Era un día agitado en el aeropuerto, y ella estaba a punto de abordar. Ari tenía sentimientos encontrados, se sentía aliviada por marcharse y no tener que seguir fingiendo que todo estaba bien, pero tampoco quería dejarlo. Cuando estaban juntos él solo tenía ojos para ella, le dedicaba toda su atención. Era cariñoso y dedicado, la hacía sentir como si de verdad se interesara, como si sintiera algo profundo.

Trevor no tuvo más remedio que terminar cediendo.

—Está bien, pero quédatelas. Si algo sucede, por cualquier cosa que

necesites, puedes ir allí.

—Estaré bien —compuso con una sonrisa.

Él la abrazó y la asió contra su pecho como si no quisiera dejarla ir.

Todas sus demostraciones de afecto significarían algo si pudiera estar segura de que eran reales y no fingidas. De que no le ocultaba más cosas cuando juraba decir la verdad.

—Regresemos al pueblo, no te vayas —pidió sin soltarla—. Te necesito.

Ari colocó las manos en su pecho para alejarlo y mirarlo a los ojos.

—Has estado sin mí por mucho tiempo, lo harás bien. Aquí está tu familia y tu padre que te necesita.

La expresión de Trev se ensombreció.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué importa el tiempo? Te encontré, Ariadne. Te encontré y no voy a dejarte ir, ¿cómo es que aún no lo ves?

No quería decírselo, pero no quería ser la mala de la película. No deseaba marcharse dejándolo con la angustia de no saber qué era lo que le ocurría. Porque ella sí tenía sus sentimientos claros.

—Te escuché, Trev. Te oí hablar con Fredric, le dijiste que no sabes lo que sientes por Olivia o por mí. Que cuando estás aquí todo es diferente, complicado.

—Ariadne —pronunció con la tez pálida.

No dejó que la interrumpiera.

—Los sentimientos no cambian con el lugar en el que te encuentres. Además, me mentiste, me dijiste que Olivia era tu pasado. Me habría dolido

menos si hubieses sido honesto. ¿Por qué no pudiste decirme la verdad?

—Es que esa es la verdad, Ariadne. Estoy contigo ahora, te quiero a ti. Ella es... como una sombra que no puedo abandonar, no puedo dejarla ir por más que lo intento. Me tortura.

—Porque todavía sientes algo por ella —sentenció—. Por eso te persigue de esa forma, porque la quieres para ti y no puedes tenerla.

—No, no es así. Yo... —Miró hacia todos lados con desesperación—. No te vayas así, déjame explicártelo todo. Quédate, hay cosas que no te he dicho.

Ella soltó una carcajada amarga.

—Por supuesto que no, pero no voy a quedarme. Tuviste tu oportunidad de contármelo, Trev, y la dejaste ir. Ahora no estoy segura de si quiero saberlo, porque no sé si podría creerte.

—No, no.

Le tomó las manos y la miró con tal intensidad que Ari parpadeó y desvió la mirada para no verse envuelta y atraída por la idea de tirar su boleto de avión a la basura.

—No digas eso —insistió—. Hay una razón por la que no he querido contártelo. Tengo miedo de que me odies y te alejes de mí.

Lo miró con pena, porque él no lo estaba entendiendo o no quería hacerlo.

—Pero, ¿es que no ves? Aun así me estoy alejando de ti. ¿Qué podría ser peor que mentir, Trev?

—Dices eso porque no lo sabes —susurró bajando la cabeza, avergonzado.

Una voz desde los parlantes llamó a los pasajeros del vuelo de Ari a

abordar y Trev se aferró a ella con desesperación. Temía que si se iba no la tendría de regreso.

—Tengo que irme, tómate este tiempo para pensar. Para aclararte. No puedo estar con alguien que no está seguro de lo que siente por mí, no quiero ser el reemplazo de nadie. Si te importo un poquito, piensa en el daño que me haces de esta forma.

Dio un paso adelante para besarlo en la mejilla mientras él parecía buscar en su mente, casi de forma desesperada, una manera de arreglarlo todo. Incluso de esa forma, cuando ella estuvo lo suficientemente cerca, la tomó por sorpresa y se apoderó de sus labios.

La besó hasta dejarla sin aliento, hizo que por un segundo se olvidara de todo excepto de lo que ocurría cuando estaban juntos. Él también se permitió recordarlo, ella le hacía sentir cosas que nadie más le había provocado. Cuando estaban solo ellos se entregaban al otro por completo. No había restricciones ni contenciones. Ninguno de los dos pretendía ser lo que no era.

Cuando se soltaron, lento y con cierta reticencia, Ariadne se sintió más triste y confundida que antes. Le dolía saber y reafirmar con cada beso, con cada roce, que se estaba enamorando de un hombre que posiblemente estaba enamorado de otra.

—Tengo que irme —dijo bajito, todavía con las manos en sus hombros. Le acarició la nuca e hizo acopio de todas sus fuerzas para no derramar ninguna lágrima.

—No lo hagas.

—Estaremos en contacto —continuó como si no lo hubiese oído—. Todavía trabajamos juntos, te prometo que manejaré las cosas de la mejor

forma que pueda.

Entonces, dio un paso atrás.

—Ariadne... —fijo Trev en un tono de ruego.

—Adiós, Trevor.

Rompió con el contacto visual y eso le brindó una sensación tanto de alivio como de pérdida, sin poder dilucidar cuál de las dos era más fuerte.

No lo escuchó despedirse y tampoco miró hacia atrás.

—Me marcho mañana —anunció Trev entrando en la casa de Emilie que se encontraba sola con Anthony, su pequeño hijo bebé.

—¿Mañana? ¿Cuál es el apuro?

Su primo la miró como si estuviera loca.

—Em, hace un mes que estoy aquí. Hace años que no pasaba tanto tiempo seguido. Además, tengo muchas cosas de las que ocuparme en Nueva York. Tengo que irme. Papá ya está de mejor ánimo.

—¿Y si vuelve a deprimirse cuando te vayas? —preguntó siguiéndolo con la vista cuando se dirigió al bar que Marcus tenía armado en una esquina de la sala.

—No lo sé, Em, pero ya no puedo pasar más tiempo aquí.

Las cejas rubias de la mujer se alzaron.

—Quizá tengas razón, unos días más y terminarás peor que tu padre. Es mediodía. ¿No te parece temprano para comenzar a beber?

Él la ignoró.

—Tengo que ver a Ariadne. Volver al trabajo. No puedo seguir postergando mi vida.

Emilie dejó al bebé en su sillita y se sentó en el sofá para invitarlo a hacer lo mismo. Trevor se sentó a su lado, casi cayendo desparramado, y apoyó la cabeza en el respaldar.

—Casi no me habla, Em. Las pocas palabras que hemos cruzado por teléfono han sido referidas al trabajo. Y cuando digo pocas, quiero decir muy pocas. Todos los correos y mensajes que me escribe son impersonales y fríos. Ya no puedo... no podemos estar así.

Emilie lo abrazó, pero el grito enojado de su pequeño hijo en protesta por no ser a él a quien mimara hizo que se alejara. Riendo volvió a ponerse de pie y tomarlo para sentarlo entre ambos.

Trev los observó con una sonrisa hasta que ella pudo volver a prestarle atención.

—¿Y qué harás cuando estés allí? ¿Vas a contarle todo y dejar de ocultarle cosas? Ella te lo dijo, es la única forma de que las cosas funcionen.

—Yo... no lo sé. ¿Y si no lo hacen? ¿Si le cuento y sucede lo que he temido desde un principio?

—Trevvie —suspiró—, ¿qué podría ser peor que como se encuentran ahora? Si ella te quiere, no va a juzgarte por algo que sucedió hace mucho tiempo. Pero antes de hacer cualquier cosa, Trev, tienes que estar seguro de

que la quieres. No juegues con sus sentimientos.

—No lo hago —insistió molesto—. Claro que la quiero, Emilie. No estaría así si no me importara.

Había pasado el mes completo pensando en ella. Cada vez que se acostaba se giraba de forma inconsciente para abrazarla, extrañaba sentir su cuerpo junto al suyo. Deseaba ver su sonrisa y oír su voz. Se moría por besarla y volver a hacerle el amor.

Se enredó los dedos en el cabello y soltó un bufido de impotencia. ¿Por qué, por qué todo tenía que ser tan complicado? Tenía que ser porque él no era digno de una buena mujer como Ariadne.

—No la merezco —murmuró para sí—. Tendría que dejarla en paz.

Emilie le dio unas palmaditas en la mejilla.

—¿Otra vez con eso? Aburres. No seas un tonto, si no te crees digno, lucha. Hazte merecedor de ella y no te rindas hasta conseguirlo.

CAPÍTULO 27

Ari y Jaques estaban sentados alrededor de la pequeña mesa que ella tenía en su departamento. Habían pasado todo el día trabajando en la oficina y, como habían salido tarde, él se había ofrecido a llevarla a casa.

Ariadne lo había invitado a cenar porque en las últimas semanas habían congeniado y formado un buen equipo. Él se podía comportar de forma profesional cuando quería y era necesario. Había dejado de coquetear y eso les había dado una oportunidad de ser amigos, sin agregados, sin interferencias... Era lo que ella necesitaba. Un amigo con quien poder pasar el tiempo para no sentirse tan sola, y a la vez, una persona con la que no hubiese complicaciones de por medio, ni secretos ni mentiras ni tensiones.

Iban por mitad de la cena cuando el timbre los sobresaltó, e interrumpió la conversación acerca de la familia francesa de Jaques.

Con el ceño fruncido, miró hacia el lugar del que provenía.

—Qué raro —comentó. No era el portero eléctrico del edificio, sino de la puerta de su departamento, lo que significaba que había alguien en el pasillo.

—¿Quieres que vaya? —ofreció él.

—No, no. Yo me ocupo, sigue comiendo tranquilo.

Se puso de pie y se dirigió hacia allí. Extrañada, abrió la puerta casi segura de que era alguien que se había equivocado o algún vecino que necesitaba algo. No había más opciones que esas. Pero lo que se encontró al otro lado le demostró que estaba equivocada.

Sí había otra opción. Trevor estaba ahí, de pie frente a la puerta. Ariadne tuvo que parpadear para comprobar que no estaba alucinando.

—Hola —dijo él con una sonrisa tímida.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó y arrugó la frente. Su intención no había sido ser así de brusca, pero no había podido contenerse. Estaba realmente sorprendida—. ¿Cuándo...?

—¿Cuándo llegué? Hace unas dos horas que bajé del avión.

Recuperándose apenas, Ariadne apoyó las manos en la cintura y volvió a hablar.

—¿Por qué no me avisaste? No me dijiste que reservara tu pasaje o que llamara a tu chofer.

Trev se aventuró a dar un paso adelante.

—Quería sorprenderte, necesitaba verte. Ha pasado mucho tiempo. ¿Puedo pasar?

Ella dio un paso atrás, aunque no para permitirle el paso, sino para tomar distancia.

—Ahora estoy ocupada, si no necesitas nada urgente, te veré mañana en el trabajo.

—¿Ocupada? Es tarde, Ari. Y esto es urgente, necesito hablar contigo. Quiero contártelo todo, no he dejado de pensar en eso desde que salí de casa.

—Esperaste tanto tiempo, no cambiaré nada que esperes un día más.

Ari sabía que si él entraba y veía a Jaques se armaría un gran problema. ¿Por qué había tenido que aparecer sin avisar justo ese día? Además, recién

estaba comenzando a dejar de dudar en si había tomado la decisión correcta al marcar distancia entre los dos. En un comienzo se había arrepentido de haberlo dejado, de no haberse quedado y oír lo que tenía para decirle, pero luego había aceptado que su primera decisión había sido la mejor. ¿Cómo podría estar segura de que lo que le diría sería cierto? ¿Cómo saber que no estaba mintiendo una vez más?

Claro que mantenerse firme era mucho más fácil cuando estaban alejados, porque viéndolo de nuevo frente a ella, con sus hermosos ojos arrepentidos, las dudas comenzaban a surgir una vez más. Las ganas de abrazarlo, besarlo y perdonarlo eran fuertes y tentadoras.

Trev se jaló el cabello ante sus frías palabras.

—Habría regresado detrás de ti, lo sabes. Pero no podía dejar a mi padre solo. Y tampoco pude dejarlo luego, no era el momento. Ariadne, por lo que más quieras, créeme cuando te digo que eres en lo único en lo que pensé.

—Y te creo —soltó sin poder evitarlo—. Pero eso no quiere decir que porque hayas regresado todo vuelva a estar como antes. No después de lo que escuché. Entiéndeme un poco tú a mí.

Trevor asintió. Le tomó ambas manos para besarlas y las apoyó en su corazón.

—Lo sé, tienes toda la razón. Te lastimé, pero no era mi intención. Yo quiero estar contigo, quiero que lo nuestro funcione. Nunca me había importado nadie como tú. Nadie me había interesado de esta forma. Te quiero a ti, te quiero en mi vida, junto a mí.

¿Cómo podía resistirse? Le estaba haciendo el trabajo difícil, tanto, que casi olvidó que tenía que mantenerlo afuera, hacer que se marchase antes de

que descubriera a Jaques. Eso también estaba mal, era consciente de ello, pero no sabía cuál de las dos opciones era peor. No quería mentir porque se volvería como él, sin embargo, si los dos hombres se encontraban sería un desastre.

—Te he extrañado mucho —dijo Trev para llenar su silencio.

Con el riesgo de ser rechazado, extendió una mano hacia su mejilla y la acarició. Ari no se retiró, pero no porque estuviese considerando rendirse ahí mismo, sino porque estaba más ocupada en dictaminar cuál sería el mal menor.

No tuvo que pensarlo más, alguien decidió por ella. Algo que no había considerado.

Jaques abrió la puerta que había dejado arrimada para evitar que alguna de las partes viera a la otra.

—¿Ari? —apareció diciendo—. ¿Todo está bien?

El rubio se detuvo al reconocer a su jefe. Este último también lo vio y no pudo ocultar su expresión de asombro.

—Tú —gruñó—. Tú. ¿Qué rayos haces aquí?

Jaques, ignorando su tono y el inminente ataque de ira que estaba a punto de sufrir, pasó por alto su pregunta.

—No sabía que volverías hoy. —Miró a Ari como si esperase una respuesta, pero ella se encogió de hombros.

—Quería sorprendernos —murmuró desde su lugar.

—¡Y vaya que lo hice! —exclamó Trev alternando la vista entre ambos—.

¿Qué haces tú aquí?

—Cenaba. Hay comida para uno más, si gustas.

Eso era lo que había pronosticado. El tono despreocupado de Jaques no hacía más que multiplicar la furia de Trevor, y esta retroalimentaba las ganas del primero de seguir molestando.

Era lo que hacían siempre, solo que esta vez, Trevor estaba más furioso que nunca y no sabía cuánto más podría controlarse.

—Dime qué es lo que hace él aquí. ¿Es por eso que no querías dejarme entrar? ¿Estabas ocupada con este?

Ariadne retrocedió ante sus demandas. Podría estar enojado con algo de razón porque no conocía toda la historia, pero no dejaría que le hablara de esa forma. No a ella.

Procuró mantenerse estable. Si comenzaba a gritarle también, nunca llegarían a entenderse.

—Contrólate y no insultes a Jaques. No tiene nada que ver con lo que sucede entre nosotros.

—¿Te estás escuchando? Lo estoy viendo ahora mismo, Ariadne.

—¡No me hables así! Y parece que el que no oye eres tú. ¿No te acaba de decir que estábamos cenando? No está mintiendo. Y si no quería que entraras era por esto mismo, sabía que te pondrías como loco.

—¿Como loco? Te estoy diciendo que te quiero mientras tienes a otro hombre encerrado en tu casa.

—¡Es mi amigo, por favor! ¿Por qué te resulta tan difícil de creerlo? ¡Yo

nunca te he mentado! Nunca te he engañado, pero tú no confías en mí. ¿Qué pretendías que hiciera? ¿Qué me encerrara aquí, que no hablara con nadie mientras esperaba que tú aclararas tus sentimientos?

Cuál de los dos gritaba más fuerte era difícil de vislumbrar.

Trev se serenó y su voz sonó como una súplica.

—No es así, Ari. Lo siento, yo... —suspiró—. Lo siento mucho. De verdad necesito hablar contigo a solas.

—Ahora no es momento, ve a casa a descansar.

—¿Y cuándo será el momento?

Ariadne no contestó, se quedó mirándolo con la mente en blanco y el corazón contraído. Le dolía el pecho por el desconcierto y la discusión, tanto que había olvidado que no estaban solos hasta que Jaques volvió a hablar.

Esta vez lo hizo con un tono más calmo, conciliador. Alzó las manos y le habló a ella.

—Voy a marcharme, los dejaré solos. No seas tan dura con él, dale una oportunidad de explicarse. Al fin y al cabo, tú también lo extrañas.

Las mejillas de ella se colorearon y sus ojos se abrieron como platos. Trevor no le agradeció su intervención porque le pareció que estaba burlándose y disfrutaba con su miseria.

Jaques entró al apartamento y no tardó más de diez segundos en volver a salir con las llaves de su auto en la mano. La besó a ella en la mejilla y se despidió.

—Llámame si necesitas ayuda, puedo olvidar que es mi jefe por un

momento.

—¡Ya vete! Esto no te incumbe —graznó Trevor apuntándole con un dedo en el pecho—. Ella no te necesita.

—Eso no lo decides tú —replicó Jaques con la seguridad de alguien que sabía que tenía la razón. Le corrió el dedo a un lado y fue él quien le apuntó esta vez—. Ya has hecho suficiente daño. Recuerda que ella no está sola, cuida mucho lo que haces.

De un manotazo, Trev hizo a un lado el brazo que picaba en su pecho.

—¿Desde cuándo te has vuelto su protector? ¿Por qué crees que tienes algún derecho sobre ella?

—¡Ya basta! —los detuvo Ariadne, interviniendo de una vez—. Voy a estar bien, Jaques. Perdón por esto.

El rubio sonrió de medio lado.

—No hay problema. Solo recuerda que me debes una cena.

—Hecho. —Ari logró responderle con una sonrisa que se borró al oír el resoplido molesto de Trevor.

Ninguno de los dos dijo nada, ella ni siquiera lo miró hasta que Jaques estuvo fuera de escena cuando el ascensor se cerró con él dentro.

Trevor tomó una inspiración profunda para reunir coraje. Ese era el momento, ya no tenían más interrupciones. Él tendría que cumplirse a sí mismo y hablar. Contarle la verdad de una vez y terminar con la incertidumbre que lo corroía de no saber cómo reaccionaría ante su confesión.

Volvió a tomarle la mano y la llevó hasta su pecho. Ari no puso resistencia, aunque tampoco hizo nada por acercarse. Fue él quien terminó de cerrar el espacio que los separaba y la tomó por la cintura. Recién entonces, ella levantó la cabeza y se encontró con sus ojos.

Soltó un suspiro de frustración y se puso de puntillas para atraerlo a su boca poniendo las manos en su nuca. Trevor tampoco tardó en reaccionar. Le envolvió la cintura con sus largos brazos y se unió a ella en un beso urgente.

Esa familiaridad en sus movimientos, ese deseo que había surgido entre ellos casi apenas al conocerse volvió a brotar, a engullirlos. Un beso nunca sería algo simple, un pequeño roce era suficiente como para detonar la bomba que representaban cuando estaban juntos.

Con dificultad, ella se movió hacia atrás para hacerlo entrar, y él cerró la puerta sin mirar cuando estuvo adentro. Solo un par de pasos bastaron para llegar a la cama. Ariadne había dejado de pensar, pero Trevor no. Podía estar deleitándose con su iniciativa, sabiendo que lo había extrañado y necesitado tanto como él a ella, pero todavía tenía su meta fija.

Ari se dejó caer lentamente hacia atrás, sobre el colchón, y él cuidó que no lo hiciera con brusquedad. Abandonó su boca para darle pequeños besos por las mejillas y en toda la cara. Luego, fue más allá y deslizó la lengua por la piel suave y dulce que unía el cuello con la clavícula.

—Te he extrañado tanto —le dijo acercándose a su oído, besándola allí también—. No veía la hora de volver a tenerte entre mis brazos.

Ariadne se enderezó para desabrocharle la camisa como si no quisiera oír sus palabras. Trevor no iba a dejar que se convirtiera en un acto de fingida indiferencia, plenamente carnal. Lo que había entre ellos era algo más y ninguno de los dos podía ignorarlo o pretender hacerlo.

Le tomó ambas muñecas y, con gran esfuerzo por su parte, la alejó.

—No vamos a hacer esto, no así, de esta forma. Vine aquí con la intención de contarte todo y suplicar porque me creas cuando digo que he cambiado, que no soy el mismo idiota que fui hace años. Que pienso luchar para ser digno de ti.

A Ari le costó formular una respuesta, incluso pensarla. Había estado obnubilada por una nube de pasión y aún se sentía sumergida en ella.

—Si tanto me extrañas, ¿por qué me alejas? Podemos hablar después.

—Porque no quiero que te arrepientas de haber estado conmigo después de que te cuente lo que vine a decirte. No quiero que creas que me aproveché de ti.

Ariadne se sentó junto a él en la cama y apoyó los codos en los muslos para poder sostener su cabeza entre las manos. Cerró los ojos y soltó un suspiro ruidoso.

—Entonces, habla de una vez, pero te advierto —sentenció volviéndose para verlo—, te advierto que no quiero más engaños. Si vuelves a ocultarme algo más, Trevor, te juro que esto se termina para siempre. Toda nuestra relación, hasta la de trabajo, se acaba.

CAPÍTULO 28

Ariadne lo observó fijo y esperó que él se decidiera a comenzar a hablar. Le estaba costando mucho hacerlo.

Trevor suspiró, se puso de pie y caminó por todo el apartamento antes de volver a sentarse junto a ella.

—Bien —compuso cerrando los ojos y frotándose las palmas—. Está bien, te lo diré todo.

Se veía tan miserable que hasta sintió lástima, pero no iba a dejarse vencer por sus emociones. Tenía que saber la verdad, aunque no influyera en lo que sentía por él. Ari estaba segura de que no podía haber algo tan grave como para que llegara a odiarlo.

Trev se volvió hacia ella y le tomó las manos.

—Tienes que prometerme que no vas a salir corriendo enseguida, que...

Lo interrumpió.

—¡Solo habla de una vez, Trevor! ¡Por favor, no lo alargues más!

—Ocurrió hace mucho tiempo, unos diez años. —Soltó de golpe—. Yo trabajaba en las plantaciones y ella estaba terminando el colegio. En el pueblo todos nos conocíamos desde siempre, sabíamos todo sobre la vida de los demás. En especial de nuestros rivales acérrimos. Pero Olivia era distinta, a ella no podía odiarla como a los otros. No solo era hermosa, sino que era la persona más amable y buena que había conocido.

Ariadne comenzó a sentirse enferma. No quería comprobar que seguía enamorado de ella, pero sus palabras parecían querer confirmarlo.

—Nunca había tenido novio, rechazaba a todos los buitres que se le acercaban. Era el orgullo de su familia. Y un día, después de tanto tiempo de contemplarla a la distancia, me decidí a hablarle. Creí que me rechazaría al instante por ser un Johnson, pero no lo hizo. Me trató con la misma amabilidad con que trataba a todo el mundo.

»Después de esa primera vez buscaba acercarme a ella con cualquier excusa casi todos los días.

Mientras hablaba miraba hacia la pared, recordaba esos primeros tiempos que habían sido realmente buenos. Esa era la parte fácil de contar.

—No sé en qué momento ocurrió, pero nos enamoramos. En cierta forma eso es lo que creo que pasó. Y también en algún momento mi padre lo supo. Siempre fuimos cuidadosos y más cuando nuestra relación se volvió algo más seria. Sabíamos que habría problemas cuando nuestros padres se enteraran.

—¿Tanto se odiaban como para impedir su relación? —inquirió Ari.

—Se odiaban a muerte, y en ese momento no lo sabíamos, pero ya habían destruido una relación años antes. Cuando mi padre oyó de nosotros se enfureció. Nunca lo había visto tan enojado con alguien. Yo, su único hijo, avergonzándolo de esa forma. Me dijo cosas horribles y mi madre no me defendió, ¿cómo podría hacerlo? Ella casi no tenía idea de lo que sucedía, nunca estaba en casa, ni en el pueblo. Mi padre no podía verme a los ojos por la decepción que sentía.

—Eso es tan... estúpido. Si ellos se odiaban, era su problema.

Trev esbozó una sonrisa agria. Ella no lo comprendía, no podía hacerlo

porque no lo había vivido. Esa era la única forma de entenderlo.

—Era un problema de sangre, Ari. De nombres. No había explicación lógica, éramos como los Hatfields y los McCoys, los Montesco y los Capuleto. Su rivalidad se extendía más allá del tiempo y de cualquier pensamiento racional.

—¿Y qué sucedió luego?

—No pude soportarlo. Él era mi héroe, el único padre que siempre había estado presente. No podía soportar fallarle, que me odiara, que se sintiera avergonzado de mí. ¿Lo entiendes? Yo no podía hacerlo. Entonces, le dije que era mentira, que todo era parte de un plan, que no había forma de que yo estuviera enamorado de una Gardiner.

Ariadne volvió a clavar sus ojos en él y arrugó la frente.

—¿Un plan? ¿Qué clase de plan?

—Uno muy feo. Emilie me ayudó con todo, ella odiaba a Ruby Gardiner y tenía sus propias razones. Creía que dañando a su hermana podría vengarse de alguna forma. Casi lo organizó todo ella, tenía una mente bastante retorcida, estaba cegada por esa sed de venganza y no podía ver más allá de su dolor. Era mi mejor amiga y tampoco quería verme enfrentado con mi padre sabiendo lo que él significaba para mí.

—¿Qué hiciste, Trevor? —preguntó sin estar segura de querer oírlo.

—Continué la relación, traté de disfrutarla lo más que pude antes de que el tiempo se acabara.

Ariadne comenzaba a ponerse más y más nerviosa.

—¿Por qué iba a acabárseles el tiempo? Si se querían podrían haber

luchado por su amor.

—Ese es el tema. Yo no lo hice, yo no luché. Fui un cobarde y elegí el camino equivocado. Esperé hasta la noche de su graduación, organicé la velada perfecta y me acosté con ella. Era su primera vez, me había dicho muchas veces que no quería apresurarse, que había esperado al hombre al que ella creía que valía la pena entregarse de esa forma...

»Al día siguiente, Em y yo nos encargamos de que el video llegara a cada persona de ese maldito pueblo.

Se quedó helada. Cuando la historia comenzó no se había imaginado un final así. Miles de cosas le habían pasado por la cabeza, pero no eso. ¿Entonces, ese era el gran secreto? No era malo, era macabro.

No lo miró, fijó su vista en un punto en la pared que tenía enfrente y se quedó así por alrededor de un minuto. Necesitaba pensar, aclarar las ideas. Procesar la nueva información que había adquirido. Ahora empezaba a comprender por qué él creía que saldría huyendo despavorida cuando se enterase, por qué todos los de la familia lo habían mantenido en secreto.

—Ella confió en ti y tú la decepcionaste de la forma más vil que podrías haberlo hecho —compuso sin voltearse—. Traicionaste su confianza y le rompiste el corazón.

—Lo hice —asintió Trev—. Jamás volví a hablarle. No lo hice por muchos años, me porté como un imbécil luego de eso también.

—¿Y qué ganaste tú? ¿En qué te benefició? Me resulta difícil de creer que a tu padre le haya parecido bien. ¿Y tu madre? ¿Qué dijo ella como mujer?

Trev se encogió de hombros.

—Cuando él se enteró, me sonrió y me dio una palmada en la espalda. Siempre asumí que fue de reconocimiento. Nuestra relación pareció volver a la normalidad, pero yo jamás pude perdonarle porque, aunque todo fue mi culpa, de no haber sido por él, por su rechazo e incomprensión, yo no tendría que haberlo hecho. Y mi madre no lo supo hasta después de varias semanas; como siempre, estaba fuera cuando ocurrió.

Ari lo contempló con dolor. Todos eran víctimas de ese odio inexplicable, no solo Liv.

—Aun así no deberías de haberlo hecho. Pudiste haber terminado con ella de una forma sana.

Él sonrió y se levantó de la cama.

—Yo no debería haber terminado con ella. Si la quería como creía hacerlo, tendría que haber luchado, si mi padre me hubiese querido me habría apoyado de todas formas. Pero era estúpido, un imbécil. Era inmaduro y no sabía nada acerca de la vida, del amor, la familia. Nada de nada, lo único que me habían enseñado era a odiar, eso lo habían hecho muy bien.

Se puso de rodillas frente a ella, que todavía estaba sentada en la cama, le tomó una mano y apoyó la cabeza en sus muslos.

—Le destrocé la vida. Le costó muchísimos años recuperarse y todo por mi culpa. No voy a cargarle ese peso a nadie más. Fui yo y solo yo el que decidió si hacerlo o no. Y por eso mismo creí que no era bueno para ti, que te mereces a alguien mejor... pero no puedo perderte. Ya no soy ese hombre, Ari. Cambié, te juro que lo hice.

Ella se debatió entre acariciarle el cabello para tranquilizarlo o alejarlo.

Hizo lo primero, su corazón ganó la batalla. No podía echarlo cuando

estaba sufriendo tanto. Apretó los labios para no llorar, para no soltar ese nudo que tenía en la garganta y amenazaba con asfixiarla.

Se inclinó y le dio un beso en la sien.

—Yo no creo que seas una mala persona, Trevor. Lo que hiciste fue algo horrible, sí. Impulsivo, lamentable, repulsivo. Pero sé que has cambiado, el hecho de que estés así de arrepentido lo dice todo.

Esperanzado, Trev levantó la cabeza.

—¿Estás hablando en serio? ¿Me crees?

—Sí, sí. Claro que sí.

—La muerte del hermano de Olivia también fue culpa mía —declaró incorporándose un poco—. Fred creía que él quería hacerle a Juliet lo que yo hice con Liv.

Sí, claro, ahora tenía más sentido. Ari no dijo nada al respecto pero lo pensó. Esa era otra verdad que le había contado a medias. Hasta la policía podía justificar su forma de actuar teniendo en cuenta eso.

Pero no dejaba de pensar que Fredric tendría que haber ido a la cárcel. Sus golpes seguían siendo causantes de la muerte del chico.

—No fue tu culpa, ellos arrastraban los mismos problemas que tú tuviste en su momento. No... No puedes culparte por todo. No es justo.

Volvió a sentarse junto a ella sin soltarle la mano.

—No puedo creer que estés reaccionando así. Esperaba que me odiaras.

Ari observó el lugar por el que estaban unidos y alzó la cabeza para verlo a los ojos.

—No te odio, es repudiable, sí, pero no puedo odiarte, fue hace mucho tiempo. Me hubiese gustado que me lo contaras cuando te pregunté sobre ustedes. Me molesta que me hayas mentido, me siento como una tonta.

—No, no. —Le acarició una mejilla y se puso más cerca para poder rodearla con el otro brazo—. No quiero que te sientas así, yo no quería perderte, tenía mucho miedo. Esto me avergüenza mucho, Ari. Y me gusta estar aquí porque nadie lo sabe, nadie me juzga.

—Yo no voy a hacerlo —insistió, y apoyó la frente en la de él rodeando su rostro con las manos—. Te lo prometo.

Trevor aprovechó la proximidad y se acercó a su boca. Se moría por besarla, se sentía liberado por primera vez desde que habían empezado a conocerse. Ella lo sabía todo y no lo había repudiado ni abandonado. Ahora sí había esperanza para su relación.

Era tanto el alivio que sus extremidades parecían hechas de gelatina, se sentía tan relajado que hasta le dolía.

Pero ella se alejó cuando intentó besarla.

—No —dijo seria—. Espera.

—¿Qué ocurre? —preguntó, y su corazón se detuvo por lo que vio en sus ojos.

—Es que... hay algo más. Yo no sé si podemos hacer esto, Trev.

Sus palabras lo golpearon tan fuerte que se sintió desfallecer.

—¿Qué? ¿Por qué? Acabas de decir...

Ari lo interrumpió.

—No tiene que ver con lo que hiciste, sino con lo que me he dado cuenta desde hace un tiempo. Y creo que ahora terminé de confirmarlo. —No esperó que le preguntara lo obvio, lo dijo sin más—. Todavía la quieres, todavía la amas. A ella, a Olivia. No has podido olvidarla.

CAPÍTULO 29

Trevor no supo qué contestar. Se quedó congelado, y la miró en silencio con la boca abierta.

—¿Qué estás diciendo? ¡Eso no es cierto!

Ella hizo una mueca y ladeó la cabeza. Estaba convencida de lo que decía, no cambiaría de opinión solo porque él se lo negara, sería como engañarse a sí misma, negar todo lo que había visto y oído.

—No me mientas, te he puesto mucha atención cuando hablas de ella. La forma en que actúas cuando la tienes cerca. Además, se lo dijiste a tu primo. ¿Vas a negarme eso también?

—No le dije que la amaba. Acabo de contarte todo lo que ocurrió entre nosotros justamente para sacarte de ese error.

Ariadne apretó los labios y lo observó levantarse de la cama. Parecía convencido de lo que estaba diciendo, pero ella también lo estaba. No cedería, sabía que era testaruda, uno de sus defectos, pero también que tenía que luchar por lo que creía y mantenerse firme en sus decisiones.

—Y te he oído —murmuró con cansancio—. Y antes de creerte yo, tienes que creerlo tú mismo. No estás enamorado de ella. Pero ¿qué es lo que realmente sientes, entonces?

—¿Remordimientos? ¿Culpa? —aventuró él.

Ella se puso de pie y se acercó. Lo miró a los ojos tomándole las dos manos.

—Entiende que tienes que aclarar eso tú solo. Yo no puedo estar con alguien que no sabe lo que siente, y aunque me duele no tenerte conmigo, sé que sufriremos más si luego decides que lo que sientes por mí no es tan fuerte como lo que sientes por ella.

Trev sabía que Ariadne tenía razón, pero también estaba seguro de que la quería. Sin embargo, no parecía poder decírselo aún. No estaba listo, quizá porque recién había terminado de confesarle toda la verdad y no se creía que no lo rechazara, no lo odiaba como tanto había temido.

Le apretó las manos y se inclinó para besarla en la frente.

—Lastimarte no está en mis planes.

—Lo sé.

Él se soltó de sus manos para marcharse y obedecer a lo que estaba pidiéndole, pero se arrepintió. Casi había dado media vuelta cuando se giró hacia ella una vez más y tomó su cuerpo con ambos brazos.

La estrujó y la besó sin tener resistencia. ¿Estaba siendo cruel? ¿Era un bastardo egoísta? Tendría que hacerle caso a lo que le había planteado, al final, no estaba del todo equivocada. Y Ari estaba en su derecho a dudar después de tantos secretos. Aun así, la besó largamente, con pasión e intensidad. Si todo fuera tan fácil como dejarse llevar cada vez que se rozaban, como avivar el fuego que surgía de las chispas que saltaban entre ellos cada vez que estaban cerca, el dolor no existiría.

—Me voy —articuló casi sin poder despegarse de sus labios.

—Sí —respondió ella de la misma forma.

—No estaré muy lejos.

Ariadne colocó las manos sobre su pecho.

—Lo sé.

—Estaré pensando en ti. —Trev terminó de despedirse y la dejó temblando con el sabor de su boca en la de ella. En contra de todo pensamiento racional, siempre conseguía hacerla desear más.

Al día siguiente, Ariadne entró a trabajar preparada mentalmente para encontrárselo. Menos mal, porque él ya estaba ahí cuando llegó. Más temprano de lo normal, lo que le llamó la atención.

También lo hizo el encontrar un vaso de café caliente y una porción de pastel en su escritorio. ¿Eso era tomarse tiempo y espacio para aclarar sus sentimientos? No pensaba que con cada detalle ella se enamoraba más, y si llegaba a decidir que no la quería, el dolor sería más grande.

Esos detalles se mantuvieron a lo largo del día y la semana que siguió. Ella no se negó ni protestó por nada, sabía que sería inútil, solo desembocaría en otra discusión en la que probablemente terminaran besándose o en la cama. Y eso no le convenía.

Era viernes cuando ella pasó por su despacho después de haber acabado todo el trabajo del día y de la semana. Con el regreso de Trevor, esos últimos días habían sido agotadores. Había tenido que organizar de improviso montones de reuniones atrasadas y era extenuante.

Parecía ser lo mismo para él, quien se veía agotado. Ari deseaba hacer algo más para ayudarlo, pero había cosas que debía realizar solo.

—He acabado con todo —dijo asomándose por la puerta—. ¿Hay algo más de lo que tenga que ocuparme?

Trevor sonrió y se colocó el saco mientras se acercaba a ella.

—No, por hoy hemos terminado. ¿Me dejas llevarte a casa? Es viernes y es tarde. El metro debe estar atestado. Además, yo conduzco.

Ari sabía que ese fin de semana el chofer de Trevor estaría de viaje por asuntos personales y tenía cierta curiosidad sobre cómo lo estaría haciendo solo. Sabía que odiaba el tráfico de la ciudad pero, por extraño que pareciera, detestaba caminar todavía más.

Ella se negó. Rechazó la curiosidad sabiendo que compartir un viaje en coche a solas era peligroso para su régimen de abstinencia.

—No te queda exactamente de pasada. No me molesta esperar al metro, lo hago siempre.

Como de costumbre, Trev insistió.

—Quiero llevarte, a Jaques se lo permitiste, no me ofendas rechazándome.

Ari puso los ojos en blanco.

—Suenas como un niño.

El pitido del ascensor sonó cuando este llegó vacío a recogerlos. Marcó la clave que les permitía bajar sin interrupciones desde el piso más alto al tercer subsuelo donde se encontraba el estacionamiento.

—Tal vez, en parte, aún lo soy.

La hizo reír, sí, pero no le pasó desapercibido que no tuvo en cuenta su anterior respuesta y la estaba llevando donde él quería. ¿Por qué le

preguntaba si después iba a terminar ignorándola?

—No es lo mismo —dijo de todas formas cuando el ascensor se detuvo—. Jaques es mi amigo, es diferente.

Lo sintió colocar una mano detrás de su cintura para conducirla al auto.

—Por supuesto que es diferente, pero yo quiero protegerte. Quiero cuidarte, estemos como estemos en nuestra relación o lo que sea que es ahora.

—Es por esto que dejo que él me lleve y no quiero que tú lo hagas. Es incómodo, no quiero hablar de lo nuestro ahora, no hasta que hayas tomado una decisión firme.

Trev asintió, aunque de igual forma abrió la puerta y la sostuvo para ella.

—Lo entiendo, pero ahora ya estás aquí. Vamos, no pasa nada.

Resignada, Ari asintió y se subió en el asiento del acompañante. Trev no tardó en seguirla de su lado y lo encendió sin mediar palabra. También de esa forma salió del aparcamiento y se metió en las pesadas y atestadas calles de la ciudad.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó cuando sintió que el silencio se estaba volviendo incómodo—. He olvidado preguntarte por él en la semana.

—Está en Londres, se oye mejor que cuando me fui. El trabajo lo mantiene ocupado, lo ayuda a centrarse. Una de las pocas cosas que tenemos en común hoy en día.

Ari hizo una mueca. ¿Estaba diciendo que el trabajo la mantenía fuera de sus pensamientos o a su recién fallecida madre?

¿No se suponía que no iban a discutir durante el viaje?

—Me alegro por él —dijo, y continuó mirando hacia adelante.

Otro minuto de silencio los invadió, y fue Trevor quien habló esta vez.

—También hablé con Kassie anoche.

—¿Y cómo se siente? Cada vez está más cerca de dar a luz.

—Dijo que está redonda. Me gustaría verla, deberíamos ir a visitarla, ¿qué opinas? Preguntó por ti, por nosotros.

Ari quería verla, pero no podían viajar juntos. Iría en contra de todo lo que se había planteado, era muy pronto para comenzar a flaquear.

Suspiró mientras observaba cómo se adentraba en la carretera y pisaba el acelerador. Desde el accidente en el que había perdido a su familia, todos sus músculos se contraían hasta doler cada vez que ingresaba a cualquier ruta en un coche. No así en un colectivo, por eso lo prefería.

Y hacía demasiado tiempo que no iba en el asiento delantero de un auto.

—No podemos ir juntos, Trevor —compuso con un nudo en la garganta, y dejó de mirar al frente. Se sentía ahogada, pero tenía que aguantar. Tampoco podían detenerse, no había lugar, solo le quedaba resistir unos minutos más.

—¿Por qué no? No es una cita, solo iremos a visitar a una amiga. Tengo un coche y puedo llevarte.

—¡No me mires a mí! ¡Mira al frente, estás conduciendo! —exclamó apenas él se giró para mirarla y se tomó de los costados del asiento—. No quiero discutir ahora, solo conduce.

Trevor frunció el ceño y estiró un brazo hasta su rodilla.

—No es una discusión, Ariadne —musitó con calma.

Ari miró la mano que posaba sobre su pierna. No hizo ningún intento por sacarla, aunque sintió esa conocida sensación de calidez invadirla con su toque.

—Lo es si tengo que repetirme una y otra vez que no quiero estar con alguien que no solo no está seguro de lo que siente por mí, sino que además cree tener sentimientos por alguien más. ¿Por qué no puedes ni imaginarte cómo me hace sentir eso? Piensa en cómo te sentirías tú si estuvieras en mi lugar, si tuviera sentimientos por... Jaques.

No dejó de verlo en ningún momento, y pudo observar cada cambio en su expresión que se volvió más dura al final.

—¿Sientes algo por él? —inquirió perdiendo la calma de antes.

—¡Los ojos en el camino! —gritó.

—Contesta la pregunta —gruñó, y la obedeció de mala gana.

—¡No! Pero ¿ves cómo te pones ante la sola mención? Te enfurece. Y si fuese cierto, ese enojo terminaría por convertirse en dolor.

—No quiero que sientas dolor por mi culpa. Quiero que me quieras como yo te quiero a ti. Porque lo hago, te quiero. Estoy enamorado de ti y por primera vez en mi vida no tengo miedo a decirlo.

Como no podía dejar de verlo a él sin mirar hacia afuera, fue más difícil ocultar lo que sintió en ese momento. Los ojos se le llenaron de lágrimas por la sorpresa, por la emoción de oírlo soltar esas palabras cuando menos se las esperaba.

Se obligó a ver el frente para esconderse de su mirada escrutadora y se encontró con un camión delante de ellos más cerca de lo que era prudencial.

—Ten cuidado —compuso señalando hacia adelante con un dedo—. Presta atención a lo que haces.

Con una maniobra rápida, él lo rebasó y volvió a colocarse en su lado de la ruta. No pasó mucho tiempo hasta que volvió a centrarse en ella y mirarla más de lo que veía a la carretera que tenía delante.

—Quiero que me digas que me entendiste, que me escuchaste. No estoy mintiendo.

Ariadne tembló y respiró hondo para tranquilizarse.

—Te oí, pero no es el momento ni el lugar para discutir lo que sentimos, ¿no te parece?

¿Por qué era tan terco? Supo que no pensaba de esa forma cuando apretó los labios en una fina línea y apretó las dos manos en torno al volante.

La velocidad comenzó a ir en aumento.

—Entonces, lo haremos cuando llegemos a tu departamento. ¿Ese lugar te parece bien? No podemos seguir esperando, no puedo estar así. No quiero que sufras por mi culpa cuando lo único que quiero es poder protegerte, besarte hasta que perdamos la razón y dormirme a tu lado.

La joven tragó saliva y asintió.

—Como quieras, pero baja la velocidad.

—¡Ya deja de pensar eso! Sé cómo conducir el maldito auto. —Quiso pasar otro camión de transporte de lácteos, y Ari se sujetó de su cinturón de seguridad sin más lugar de donde agarrarse. Pero otro auto venía en la dirección contraria y tuvo que refrenarse—. Tranquila, que no maneje a manudo no significa que no sepa cómo hacerlo.

Le dio media sonrisa y volvió a tocarle el muslo cerca de la rodilla.

—Pongamos algo de música para que te distraigas.

—Prefiero que no.

Confiado, Trevor se inclinó hacia abajo para encender la radio. Cuando se enderezó, vio el camino libre para poder rebasar el camión que le molestaba delante. Y lo hizo, sin embargo, en cuanto lo pasó vio que tenía otro más adelante y un coche que se acercaba de frente.

Clavó los frenos para disminuir la velocidad y volver a su lugar anterior.

—Trevor —oyó susurrar a Ari, presa del pánico.

Era una maniobra común, a él no lo asustaba, pero ella tenía sus razones para estar aterrada. De haberlo sabido, nunca la habría llevado. Él y su estúpida arrogancia, siempre lastimando a alguien más.

Volvió el rostro para asegurarle que todo estaba bien, pero antes de que pudiera decir algo, Ari gritó su nombre y señaló al frente.

Lo último de lo que Trev fue consciente fue de la luz brillante que lo cegó y no le dio tiempo para reaccionar.

O eso creyó él.

CAPÍTULO 30

Ariadne se despertó desorientada. «¿Dónde estoy?», fue la primera pregunta que se hizo a sí misma, y miró despacio hacia los lados cuando logró adaptar la vista a la cantidad de luz que invadía el lugar.

—¿Ari? —Una voz familiar hizo que girara la cabeza hacia su derecha.

Jaques estaba ahí, sentado junto a la cama y tomándole la mano. Había tanta luz a su alrededor que con su cabello rubio y sus ojos claros parecía un ángel.

Sonrió con esa idea en la cabeza, pero él, en cambio, frunció el ceño.

—¿Ari? ¿Me oyes? ¿Estás bien?

No, no lo estaba, pensó de nuevo. Los ojos le pesaban, al igual que el cuerpo entero. ¿Y por qué estaba allí? ¿Era un hospital? ¿Qué hacía ella en un hospital?

Tomó un respiro profundo, nerviosa por no poder recordarlo.

—Jaques, ¿qué sucede? ¿Por qué estoy aquí?

—Tuviste un accidente. ¿No lo recuerdas? —compuso él con cuidado—. Te diste un golpe muy fuerte en la cabeza, pero nada más. Lo demás no es grave, algunos moretones que tardarán en irse. Puede que molesten un poco.

Sí, en eso tenía razón. Pero no molestaban solo *un poco*.

No contestó, se quedó mirándolo mientras los recuerdos volvían. No todos, algunas imágenes borrosas, pero estaba recordando.

—Trevor —soltó sintiendo que se asfixiaba por la preocupación—. ¿Dónde está él, Jaques? Dime que está bien.

—Calma, Ari, calma.

Jaques intentaba tranquilizarla, pero ella sabía que algo andaba mal. Con solo decir su nombre la expresión de su amigo había cambiado.

—Dime qué sucede, ¿dónde está? —insistió.

Jaques la tomó por los hombros y la instó a volver a recostarse.

—Está en otra sala. ¿No recuerdas lo que sucedió?

Ari tenía muchas ganas de llorar por la desesperación.

—Si lo hiciera no estaría preguntándotelo —lloriqueó—. Por favor, dime que está bien.

—No lo sé con certeza, aunque tengo la esperanza de que lo esté pronto.

Ella se incorporó una vez más para consternación del francés, y le apretó con fuerza una mano mientras hablaba.

—¿Pero lo has visto? —demandó.

—Él fue quien me llamó y me dijo lo que estaba sucediendo. Para cuando logré llegar aquí, con el infierno que era el tráfico a esa hora, él estaba en el quirófano.

—¿En el quirófano? —inquirió todavía más alterada que antes.

—Parece que perdió mucha sangre. Por lo que pude entender, Trevor estuvo consciente, fue quien te sacó del coche. Pero los médicos me dijeron que tenía un corte muy feo en el brazo y perdió mucha sangre. Supongo que estaba muy preocupado por ti como para notarlo.

—¿Cuánto hace de eso? ¿Cuánto hace que entró?

—No lo sé —musitó mirando su reloj de muñeca—. Hace tres horas que estoy aquí, pero me he quedado contigo por si despertabas. Me informaron que podías hacerlo en cualquier momento. No quería que lo hicieras sola.

—Gracias, Jaques, de verdad te lo agradezco mucho. Me habría vuelto loca diez minutos aquí sola sin saber lo que estaba sucediendo. Tengo mala experiencia con los hospitales, ¿cuánto tiempo dijiste que estuve dormida?

—Alrededor de cuatro horas, supongo. Como te dije, no sé mucho más que tú.

Ari asintió, agradecida.

—¿No es mucho pedir que vayas a comprobar si ya salió? Necesito saber cómo está él.

Jaques no vaciló y se puso de pie.

—Lo haré, por supuesto. Tranquila, Ari. —Se inclinó y le besó la frente antes de volverse hacia la puerta de salida.

—Gracias —dijo ella una vez más y trató de sonreírle.

Hacía tiempo que no rezaba, mucho más del que podía recordar, pero cuando se quedó sola en la habitación volvió a hacerlo, incluso asombrada por recordar cómo.

Trevor no podía abandonarla, no podía perderlo a él también.

Si tan solo no hubiesen discutido, si la hubiese dejado viajar en el transporte público como todos los días, quizá nada de eso habría ocurrido. Pero no podía culparlo de todo, ni tampoco culparse ella. No sería justo para

ninguno de los dos, sabía que los accidentes sucedían. Y sí, Trev había sido imprudente y terco, pero tenía que ponerse bien. Lo regañaría cuando mejorara, quería tener tiempo de sobra para enfadarse por haberlos puesto en peligro a los dos y a todos los conductores que viajaban por la autopista esa tarde.

También quería tiempo para decirle que lo amaba. Que se había enamorado sin remedio, a pesar de los problemas que los agobiaban.

No quería llorar, aun así, no pudo contenerse. Estaba preocupada, adolorida y cansada. Los nervios y la impotencia la superaban.

Volvió a acostarse con algo de dificultad y se secó las lágrimas con la sábana antes de taparse. Odiaba las camas de hospital y el olor que había en el lugar. Odiaba las batas que le ponían y que la cambiaran sin estar consciente. Todo sobre ese sitio le producía repulsión y unas imperiosas ganas de salir huyendo.

Pasó largo rato hasta que Jaques regresó.

—Al fin, estaba pensando en levantarme y salir a buscarte si no volvías pronto. ¿Qué te dijeron?

El rubio se sentó junto a ella, esta vez no en la silla sino en la misma cama.

—Ya terminaron con la operación. No fue fácil, tuvieron que abrirlo para hacer una exploración.

El labio inferior le tembló, y Jaques se sentó más cerca para darle consuelo.

—¿Qué significa eso?

—Que además del corte, detectaron una hemorragia por donde perdía más sangre. Interna al parecer, algo pequeño por lo que se mantuvo en pie y

lúcido por tanto tiempo. Pero si hubiese pasado una hora más quizá no habrían podido detectarla con el tiempo suficiente como para hacer algo al respecto.

Con cada palabra que escuchaba, sentía que el calor abandonaba su cuerpo y las extremidades se le aflojaban. Era una suerte que estuviese acostada, otro golpe en la cabeza era lo que menos necesitaba.

—¿Y ahora? ¿Cómo está ahora?

—Ahora hay que esperar, es todo lo que dijeron. Perdió mucha sangre antes y durante la cirugía. Es algo serio, puede provocar complicaciones.

—¿Eso es todo? ¿Te tuvieron todo este tiempo para decirte eso? —La castaña clavó sus ojos en los de él y le tomó un brazo—. Dímelo todo, tengo que saberlo.

—Eso es todo —musitó con suavidad—. Te lo prometo. La razón por la cual me demoré es porque me alejé un poco para hablar con James por teléfono. Su familia tiene que saberlo. También quise llamar a Kassie, pero no quiero preocuparla, en su estado no es bueno. Se lo contaré cuando tenga algunas certezas.

—¿Y hablaste con James?

—Sí, sí. Somos amigos, confía en que intentaré manejar esto como si fuera de mi familia, pero tomará el primer avión que encuentre hacia aquí. Además, necesitamos donantes de sangre para cubrir todo o algo de lo que usaron en él.

—Eso es fácil, cualquiera puede donar. Trevor es AB positivo, pudo recibir de cualquier tipo y factor, cualquier tipo de sangre puede cubrirlo.

Anonadado, el hombre soltó una pequeña risa.

—No puedo creer que sepas su grupo sanguíneo. Eres como la excelencia de las asistentes.

La alegría también la contagió un poco y se animó a dejar la tristeza atrás. Jaques tenía la capacidad de hacerla sonreír sin importar cómo se estuviera sintiendo.

—No miento cuando digo que este trabajo es muy importante para mí.

—¿Y eso no tiene nada que ver con quién es tu jefe? O lo que es él para ti al menos.

La sonrisa desapareció del rostro de la muchacha y se encogió de hombros.

—Quiero tanto a los dos que no sabría decirte. Este trabajo significó muchísimo desde el día en que Kassie me dijo que estaba contratada, antes de conocer a Trevor. Pero ahora...

Ari soltó un suspiro y se cubrió el rostro con las manos. Sollozó en silencio, pero él igual lo notó y la abrazó. ¿Qué diablos le pasaba? Ella sabía controlarse, no era así de sensiblera. Eso era ridículo.

—Lo siento, lo siento.

—No lo sientas, lo entiendo. Lo quieres, Ariadne. Sería muy extraño que no lloraras por él en este momento, después de lo que has pasado en este día.

—¿Quién te dijo que lo quiero? —preguntó alejándose para verlo a la cara.

Jaques alzó una ceja.

—No soy ciego ni tonto, Ari. Nadie tiene que decírmelo, puedo verlo, está clarísimo. Y él también te quiere, puedo verlo en ambos. Y por si me quedaba

alguna duda, el escándalo que hizo cuando me encontró en tu casa terminó por comprobarlo.

Ella sacudió la cabeza.

—Esos eran puros celos irracionales.

—¿Los celos tienen alguna otra forma de ser? —preguntó divertido—. Pero él me llamó a mí esta noche, sabía que nadie vendría más rápido ni te cuidaría mejor que yo. Ahí sí fue racional y coherente. Esa es la diferencia entre alguien que realmente te ama y alguien que te usa o compite por ti como si fueras un trofeo. Es un buen hombre, Ari. Solo no dejes que él se entere que lo dije.

Ari quiso retener las lágrimas o secarlas apenas caían para que no se notaran, pero la superaban en número y tuvo que rendirse, aceptar que estaba llorando porque la verdad le estaba dando un puñetazo en la cara.

Una verdad que había necesitado que alguien más le explicara cuando podría llegar a ser demasiado tarde.

—Ya lo sé, Jaques, ya lo sé, y yo también lo amo. ¿Qué voy a hacer si se muere? He sido tan tonta y tan terca que nunca se lo dije.

—No pienses en eso, se lo dirás cuando despierte. Trevor va a estar bien. Él es mucho más terco que tú, estoy seguro de que está luchando para despertarse solo porque tiene que conseguir que le digas lo que quiere escuchar. No se rendirá tan fácil.

Ari asintió.

—Nunca lo hizo. Pero yo tenía tanto miedo y tantas dudas.

—Dudas razonables —agregó él. Ella le había contado lo ocurrido al

volver del funeral de Katherine sola. Jaques sabía escuchar y dar su opinión sin juzgar a nadie.

—Sí, lo sé. Es por eso que todo es tan difícil. Hoy me dijo que me quería, Jaques, justo antes de que... No estoy segura de qué fue lo que pasó, solo vi una luz y sentí el impacto. Pero me dijo que estaba enamorado de mí, que Olivia es parte del pasado y él no puede dejarlo atrás sin ayuda. Y yo no sé cómo sentirme con respecto a eso, ¿me está diciendo que me necesita para olvidarla? Yo no quiero ser esa mujer, no podría vivir así.

El rubio apretó los labios y guardó silencio. Ella lo observó sin parpadear en espera de algo, cualquier cosa, que le diera fuerzas u otra perspectiva.

—No creo que eso haya sido lo que quiso decir, Ariadne, no tienes que verlo todo desde ese lado. No dijo que te necesita para olvidar a Olivia, creo que quiso decir que necesita que lo ayudes a olvidar su pasado. Hay una diferencia. ¿Tú sabes a qué se refiere con eso? ¿Algo ocurrió?

—Sí, lo hizo—susurró.

Jaques asintió, de acuerdo con que no quisiera contarle.

—Ahí lo tienes. Yo no soy él, Ariadne, sabes que estoy de tu lado, te apoyaré en lo que decidas, pero piénsalo bien cuando estés más tranquila. No todo es blanco o negro.

Había muchas cosas en las que tenía que pensar, por el momento, lo único que importaba era que Trevor se recuperara. Luego tendrían tiempo para seguir discutiendo —o no— sobre lo que eran, serían o quizá nunca podrían ser.

CAPÍTULO 31

Ari estaba saliendo de su habitación cuando Jaques la interceptó en la puerta. Ella sonrió y levantó el papel que tenía en la mano a la altura de sus ojos.

—Tengo el alta —aclaró antes de que la regañara e intentara hacer que volviera a la cama, al igual que los días anteriores. Había tratado de escabullirse repetidas veces, pero como todavía estaba un poco golpeada, los dolores le impedían moverse con rapidez y siempre alguien terminaba por detenerla y obligarla a regresar.

Había pasado cuatro días enteros en la cama rogando porque el médico la dejara marcharse en su siguiente visita. Y no había tenido suerte hasta ese día, cuando a primera hora de la mañana había aparecido con todo listo para que pudiera marcharse.

—¿Y pensabas irte sola? ¿Por qué no me avisaste? Te llevaré a tu departamento. ¿Has juntado todas tus cosas?

—No tenía mucho para juntar.

Le mostró su bolso, el mismo que llevaba cada día a trabajar y el que Trevor se había ocupado de rescatar junto con ella. ¿Podría haber sido más considerado? Había pensado en todo porque la conocía. Trevor sabía que se sería difícil conseguir una copia de las llaves de su edificio y apartamento, así como de la documentación que portaba.

Si era posible, solo por eso se había enamorado un poquito más de él.

—Quiero que me acompañes, pero no a casa, quiero ver a Trevor.

A pesar de hacerle ver que el horario de visitas todavía no había comenzado en el sector donde tenían a Trevor, Jaques no pudo detenerla. Si él no la acompañaba, ella hallaría la forma de encontrarlo.

No fue fácil convencer a la enfermera encargada de la zona para que la dejase entrar, pero el encanto del francés fue mucho más fuerte que la tenacidad de la joven.

Ariadne entró sola a ese cuarto blanco y lleno de luces que hacían que Trevor se viera más pálido de lo que estaba. Se sintió impresionada, y no de una buena manera, cuando caminó despacio hasta él y se sentó en un espacio libre del colchón. Le tomó una mano y la notó fría, helada.

Eso no era lo que Jaques, James y Olivia le habían dicho cuando la visitaban los días anteriores. Emily, quien también había viajado con su hermano y su cuñada, se había mostrado más triste y preocupada. Tontamente, Ari había preferido creerles a los otros tres y pensar que él estaba mejorando. Sin embargo, no lo parecía.

—Tienes que ponerte bien —compuso acariciándole las mejillas—. No puedes dejar, yo te necesito. Tenemos muchas cosas que decirnos, no puedes irte y abandonarme como todos los que he amado lo han hecho.

En vano esperó que se moviera o hiciera algo, que le respondiera. No ocurrió nada, solo persistió el pitido de alguna de las tantas máquinas a las que estaba conectado.

Era desesperante verlo así, le dolía el pecho por la angustia y la impotencia. Saber que no había nada que pudiera hacer para ayudarlo la volvía loca. Se inclinó, le dio un suave beso en los labios y otro más en una

mejilla. No quería irse, preferiría quedarse, pero la enfermera solo le había permitido pasar unos pocos minutos corriendo el riesgo de meterse en problemas. Tendría que esperar al horario de visitas para poder quedarse más tiempo. Y para eso faltaban más de dos horas. Con reticencia, y apretando los labios con todas sus fuerzas en una forma de evitar volver a llorar, se levantó y salió del cuarto. Jaques estaba afuera, esperándola, y no perdió tiempo en abrazarla cuando la vio así de desecha.

—Eres un mentiroso —protestó, aunque no dejó de aferrarse a él—. Dijiste que estaba bien, que parecía estar mejorando.

—Los médicos dicen que no hay que perder la esperanza. Estos son casos en los que cualquier cosa puede pasar.

Ari volvió a mirar por la pequeña ventana que daba a la habitación y suspiró.

—Eso no es muy alentador —susurró.

—Todo depende siempre desde dónde lo mires, Ari. —Le rodeó los hombros con un brazo y la impulsó para girar y salir de allí—. Vamos a comer algo, se supone que no podemos estar aquí.

Ari caminó y se dejó conducir.

—Tengo que ir a mi casa a darme un baño y cambiarme esta ropa.

Estaba usando lo mismo que el día del accidente, sucio, arrugado y con algunas manchas de sangre que debían ser de Trevor. Había tenido que arreglarse con eso, no podía pedirle a Jaques que fuera a su departamento a conseguirle algo más. No tenía tanta confianza como para dejarlo rebuscar entre su ropa interior, se moriría de la vergüenza.

—Vamos, te llevaré —se ofreció él.

—Puedo tomar un taxi, seguro tienes que ir a trabajar. Has hecho mucho por mí, no tengo idea de cómo voy a pagártelo.

El francés sonrió.

—¿Para qué están los amigos? Además, Trevor me lo pidió. Ahora él me está debiendo un favor, no hay mejor paga que esa.

Ari soltó una risa porque sabía que estaba bromeando, y si Trev salía de esa, Jaques se encargaría de recordárselo cada día.

—¿De verdad no tienes que trabajar? Te prometo que mañana iré a ayudar con lo que pueda.

—James se está ocupando de los pendientes más importantes que han surgido. Yo tengo una reunión en dos horas y luego nos juntaremos para debatir unos asuntos. Él ha ocupado este puesto antes, no lo está haciendo a ciegas.

—¿Y no debería estar ahí? No quiero que todos piensen que solo me gano mi paga porque me acuesto con el jefe. Ya hay muchas que lo andan diciendo.

—Solo porque ellas desearían estar en tu lugar. No te preocupes por eso, si te necesitamos, te llamaremos. Tu lugar está aquí, con él, o en tu casa recuperándote. Todos lo entendemos.

Ari terminó por recuperarse de los golpes y los esporádicos dolores de cabeza remanentes, pero tres días después de que recibiera el alta, y cumpliéndose una semana del accidente, Trevor todavía no había despertado.

Como todos los días, se presentó al hospital apenas saliendo el sol y tuvo que volver a su casa rato más tarde, con el corazón en la mano por no percibir ningún cambio al finalizar el turno de visitas. Esa mañana, sin embargo, había estado todavía más inquieta y decepcionada. El día anterior habían dejado de sedarlo y ya no había nada que le impidiera despertarse. Los doctores habían dicho que ahora todo dependía de Trev. Despertaría cuando estuviera listo.

Tontamente, había llegado esperando encontrarlo con los ojos abiertos.

Su actual estado de ánimo la hacía sentir sofocada en su diminuto departamento. No tener nada en lo que ocuparse solo acrecentaba sus nervios y la tristeza que la llenaba la remitía al pasado, al sentimiento de pérdida al que había tenido que enfrentarse alguna vez.

Extrañaba a su familia. Se sentía sola, deseaba tener a su madre y a su abuela para consolarla, a su pequeño hermano para hacerla reír, y a su padre y a su abuelo para que le transmitieran algo de fuerza para seguir adelante.

Una hora encerrada sin encontrar nada en qué ocupar sus pensamientos, la ayudó a decidirse y ponerse en marcha para ir a la oficina. Allí encontraría algo productivo que hacer, que la ayudara a soportar el tiempo hasta que pudiera volver al hospital.

Lo había hecho, y por fortuna, se había encontrado con James. Juntos habían logrado cancelar ciertos pendientes con los que ella estaba más familiarizada. Luego, él mismo la había llevado al hospital.

Para cuando llegaron, el horario de visitas había comenzado hacía rato.

Estaba cerca del área en donde se encontraba la habitación de Trevor

cuando Emilie apareció de repente, sorprendiéndolos y asustándolos al mismo tiempo.

—¡Al fin has llegado! —exclamó la rubia—. Estaba a punto de llamarte.

Ari sintió que el corazón se le detenía.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

Emilie no contestó y eso la puso más inquieta. James también protestó por la falta de información, pero la rubia se limitó a tomarle la mano a Ariadne y conducirla, casi corriendo, hasta donde se encontraba Trevor. La llevó tan rápido que no le dio tiempo de deliberar qué estaba ocurriendo.

Entró en el cuarto y se detuvo en seco al verlo con los ojos abiertos. Olivia estaba a su lado, pero no le importó, ni siquiera le prestó atención.

—Oh, al fin —dijo ella poniéndose de pie y hablándole directamente a Ari—. Ha estado preguntando por ti desde que llegamos. No quería creernos que estabas bien sin antes verte. Pensaba que le mentíamos.

La joven no contestó, se acercó a la cama cuando Liv se corrió a un lado y oyó vagamente a alguien decir que los dejaban solos.

Todavía estaba pálido, pero había despertado. Era todo lo que había deseado por días y ahora estaba ocurriendo.

—Ari —susurró él con el ceño fruncido—. ¿Estás bien?

Reaccionando y encontrando la voz que se le había perdido, asintió y le tomó la mano.

—Estoy bien —compuso—, yo estoy bien.

—¿Segura? ¿Cómo está tu cabeza? ¿Dónde estabas?

—Estoy bien, ya pasó. Ya no siento nada.

¿Por qué le resultaba tan difícil hablarle cuando todo lo que había esperado había sido eso mismo, tiempo para decirle lo que sentía? Estaba conmocionada, quería hacer y decir tantas cosas al mismo tiempo que no era capaz de hacer nada en absoluto.

—¿Cómo te sientes tú? —preguntó con lágrimas en los ojos.

—No muy bien, ¿por qué lloras?

Trevor levantó una mano y la posó sobre su mejilla. Ari inclinó la cabeza para recibirla y también se la cubrió con la suya.

—No lo sé, tenía tanto miedo de perderte... Yo solo... estoy feliz de que estés bien.

Él sonrió con cariño.

—Todo fue mi culpa. Cualquier cosa que me sucediera a mí sería mi culpa, pero no me podría perdonar que algo te hubiese ocurrido a ti. Te amo, no quiero hacerte más daño del que ya te he hecho.

—No fue solo tu culpa, fue la de ambos. Estábamos discutiendo, fuimos imprudentes. Pero ahora mismo eso no importa —dijo rodeándole el rostro con las dos manos—, podemos discutir por esto más adelante, ahora tienes que recuperarte.

—¿No lo dices porque estoy aquí? ¿Me perdonas de verdad por lo que hice?

Ari arrugó la frente.

—¿Por lo que hiciste?

—Parecía que iba a darte un ataque de pánico en la autopista. No quise asustarte, estaba siendo un idiota, para variar.

—Ya lo sé, Trev.

—¿Sabes que estaba siendo un idiota? —preguntó divertido.

Ella también se rio.

—De sobra, pero lo que quise decir es que sé que no fue tu intención. También sé que no quieres lastimarme.

—Pero lo hago —murmuró Trev acariciándole la mano que tenía apoyada en la cama.

Ariadne suspiró.

—¿Por qué quieres discutir eso ahora? Estoy tan contenta por verte bien. Al menos por hoy, no dejemos que nada arruine esto. Tienes que estar tranquilo para recuperarte, has estado inconsciente por una semana.

Él negó con la cabeza.

—Solo voy a estar tranquilo cuando me perdones. Cuando me creas. Quiero que estemos juntos, Ariadne. Te quiero tanto.

—Yo también —susurró Ari agachando la cabeza—. Yo también te quiero, Trevor.

CAPÍTULO 32

Trevor sonrió al escuchar sus palabras. Trató de incorporarse, pero lo único que consiguió fue sentirse mareado casi al instante, y cayó de nuevo contra la almohada.

—¡Cuidado! —exclamó ella sosteniéndolo por los brazos—. Tienes que tener mucho cuidado, vas a provocar que se salten los puntos. Ya no hay más lugar para ser imprudente, Trevor, ya no.

Él ignoró todo lo que dijo antes, y a pesar de sentirse dolorido, conservó una sonrisa inmensa.

—Dilo de nuevo, quiero oírte decirlo.

Ari apretó los labios y desvió la vista hacia un lado. Trev le tomó una mano y la llevó a sus labios. Sabía que lo que antes había pronunciado había sido producto de un momento de debilidad. Así era ella, así era Ariadne, siempre con miedo a exponer sus sentimientos por temor a salir lastimada.

Sin que respondiera nada, él volvió a hablar.

—No tengas miedo a decirlo, Ari. Significas mucho para mí, lo sabes, ¿no?

Ella asintió e inhaló profundo. Cuando habló, también cerró la mano alrededor de la de él y lo miró a los ojos.

—Cuando te vi aquí, frío, inconsciente, creí que nunca iba a poder decirte lo que siento por ti. Olvidé todo lo que habíamos discutido antes, no me importó, solo quería que despertaras. Y después de lo que Jaques me dijo...

Trev sabía que no debía interrumpirla, pero no pudo evitarlo.

—¿Qué dijo Jaques, exactamente?

Ari se quedó muda y parpadeó, algo sorprendida por la intervención.

—Eso no es lo importante, lo que importa es que me ayudó a abrir los ojos. A reflexionar. Hizo que me diera cuenta de que me estaba cerrando a cualquier oportunidad por miedo. Y a pesar de que sé que yo también tenía algo de razón, no estaba siendo justa.

Fallando de nuevo, Trev quiso enderezarse para tenerla más cerca.

—Y eso está bien, me lo merecía. Fue mi culpa por ocultarte cosas y por no ser claro desde un comienzo con mis sentimientos. Pero a la que quiero es a ti, y no a Olivia. Quisiera poder demostrártelo de alguna forma.

Ella sacudió la cabeza y sorbió por la nariz, señal de que las emociones le estaban ganando.

—No tienes que hacerlo, yo te creo.

—¿Me crees? ¿De verdad? —Trev parpadeó y una sonrisa comenzó a asomar en sus labios.

Sin deshacerse de las lágrimas, Ari dejó escapar una pequeña risa.

—Sí, sí te creo. No quiere decir que haya olvidado todo de un momento a otro, pero creo que merecemos darnos una oportunidad.

Porque no podía hacer otra cosa, volvió a tomarle la mano y la besó repetidas veces.

—Te amo tanto. —Tiró de ella en un intento de aproximarla—. Ven más cerca, no puedo levantarme. ¿Tienes idea de todas las cosas que quiero

hacerte ahora mismo?

Ariadne se inclinó hacia adelante y le dio un beso fugaz en los labios.

—Pero no puedes. Tienes que hacer reposo. Tienes que cuidarte. Además, vamos a tomar las cosas con calma.

Las cejas de él se alzaron.

—¿Con calma? ¿Qué significa eso?

—Simplemente eso. No quiero apresurar nada. ¿No estás de acuerdo con que deberíamos ir más despacio?

—Pero si nos queremos... —titubeó Trev—. Si los dos estamos seguros de lo que sentimos, ¿cuál es el problema?

Ella se lo había imaginado. A veces tratar con Trevor era como hacerlo con un niño.

—¿Y cuál es el problema en ir despacio? No estoy hablando del sexo, Trev, no es eso a lo que me refiero. Estoy hablando de cosas más...

—Profundas —terminó por ella—. Lo sé, es que no le veo sentido. ¿Sigues teniendo miedo? ¿Es eso?

—El miedo no desaparece así como así. Confío en ti, y te quiero. Eres lo único que tengo, ya no me queda nadie más. No quiero volver a estar sola.

Eso lo convenció para dejar de discutir. Estiró un brazo y le acarició una mejilla.

—Está bien, como quieras, lo que te haga sentir más segura. Estaremos bien, Ari. Te lo prometo.

Trevor estaba aburrido, llevaba días ahí. Lo habían sacado de la UCI y pasado a una habitación normal, sin restricción de visitas y sin los ruidos intermitentes de las máquinas a las que había estado conectado. Quizá cuando uno estaba inconsciente era de mucha ayuda, pero los tres días que había pasado despierto casi se había vuelto loco. Ahora necesitaba salir, quería caminar, estirarse, comer algo más consistente y hasta respirar aire puro. No había llegado a comprender a Ari del todo hasta esos días. Estar allí dentro era una tortura para una persona acostumbrada a hacer rendir su día hasta el final. Por extraño que sonara, deseaba con todas sus fuerzas salir a correr en un parque como nunca lo hacía por falta de ganas o tiempo.

Lo único que le daba paz era saber que Ariadne estaba con él, y no en forma física, sino que estaban juntos, que su relación era firme. Y aunque fueran poco a poco, como ella deseaba, ya no había barreras que los separaran.

—¿Se puede? —Una voz lo distrajo y dejó de mirar las noticias en el televisor que tenía enfrente.

Olivia se asomaba por la puerta y esperaba que le diera permiso.

—Adelante —contestó con una sonrisa. En los últimos días había ido a visitarlo, pero nunca habían estado solos en el cuarto—. No te esperaba.

—Lo sé —dijo entrando y dejando la puerta arrimada como estaba antes. Al parecer, la privacidad no existía en un hospital, jamás le dejaban cerrar la puerta si estaba solo—. Es que vengo a despedirme.

—¿Despedirte? ¿A dónde vas?

—A casa, los niños me necesitan. Mi tía y Marcus los están cuidando, pero no puedo dejarlos solos tanto tiempo. Y yo también los extraño, nunca estuvimos tantos días separados.

—No, claro que no. ¿James también se regresa?

Olivia se sentó en una silla a su lado.

—No, se quedará un tiempo para ayudar en la empresa. Emilie quiso quedarse unos días más.

Trev hizo una mueca.

—Ella tendría que volver contigo. Sus hijos deben extrañarla. Y no me gusta saber que es por mi culpa.

Liv sacudió la cabeza.

—No es tu culpa. Estamos aquí porque nos preocupamos por ti, no podíamos dejarte solo en un momento así. Pero ahora que estás mejor y que sé que tienes a alguien que te cuidará mucho mejor que lo que ninguno de nosotros podría, puedo irme tranquila sabiendo que estás en buenas manos.

—Sí... ella es increíble —susurró Trevor.

—¿Estás... enamorado de ella? —aventuró Liv.

—Locamente.

—¿Tan así? —preguntó soltando una risa y luego volviendo a su expresión seria—. Eso es bueno, es lo mejor que te puede ocurrir en la vida. Además de tener un hijo, pero eso lo sabrás cuando ocurra.

Él la escuchó y la miró sin decir nada. Contempló su sonrisa y todo lo que

alguna vez lo había enamorado. Ya no sentía lo mismo, descubrió. La quería, siempre lo haría, pero no la amaba. No era un sentimiento romántico lo que le inspiraba.

—¿Eres feliz, Liv?

Ella no lo dudó.

—Sí —pronunció con decisión—. Soy muy feliz, Trev. Lo que tengo, lo que logré, es más de lo que alguna vez pude haber soñado.

—Me alegra mucho oír eso.

Olivia ladeó la cabeza y posó una mano en su brazo.

—Sé lo que estás pensando. Sé que crees que me arruinaste la vida, Trevor, y yo misma lo creí por un tiempo, pero eso no es cierto, mírame sino.

—Yo sé que eres feliz ahora, con James, por James. Pero lo que te hice... No creo que alguna vez pueda perdonarme por hacerte tanto daño. A ti, a tu familia. Pero en especial a ti. Yo te quería, ¿sabes? Pero fui un cobarde.

Olivia se puso de pie y él creyó que iba a marcharse sin decirle nada más, que quizá se arrepentía de lo que había dicho antes. Al contrario, se sentó en la cama, más cerca de él, y tomó una larga inspiración antes de hablar.

—Escúchame bien —comenzó apuntándole al pecho—. No estaría aquí si no te hubiese perdonado, sé que una vez hace mucho tiempo te dije que a ti no podía perdonarte, pero eso cambió. Mi corazón sanó. Comprendí que no había razón para seguir culpándote por todo lo que sucedió. Fue horrible, pero quedó atrás. Yo te amé, te odié y ahora te quiero. Te quiero como a un amigo, como a mi familia. Quiero a este Trev, esta nueva persona en la que te has convertido a lo largo de todos estos años que han pasado.

Se hizo un corto silencio en el que ninguno de los dos habló ni se movió. Trev no podía terminar de procesar todo lo que ella había soltado.

—Si yo te perdono y declaro olvidado para siempre lo que pasó hace más de diez años, no veo razón para que tú no lo hagas. Sigue adelante, *Trevvie*. Sé feliz. No te deseo nada menos que eso.

Entonces sí se puso de pie y le dio un beso en la frente. Le sonrió una última vez, a modo de despedida, y se giró para marcharse.

Estaba llegando a la puerta cuando Trev encontró su voz de nuevo.

—Liv —la llamó.

Ella se volvió y lo miró a modo de interrogación.

—¿Sí?

—Gracias.

Olivia asintió y le dedicó una última sonrisa antes de darle la espalda.

Ari apareció justo cuando ella cruzaba la puerta de la habitación y, por la expresión que tenía, Trev supo que había escuchado la conversación.

—¿Cuánto oíste?

Ari sonrió, tranquila y hasta complacida.

—Lo suficiente.

CAPÍTULO 33

Cuatro meses después

—Buenos días —musitó Trevor acercándose a la cama con una bandeja de desayuno.

Ari, que recién comenzaba a despertarse, se removió entre las sábanas y entreabrió los ojos ocultando un bostezo con la mano.

Él sonrió y colocó la bandeja sobre la mesa de luz que estaba a un lado de la cama, antes de subirse al colchón para cubrirla con su cuerpo.

—Despierta, dormilona, tenemos que levantarnos —susurró llenándola de besos, recostándose sobre ella sin llegar a aplastarla.

Ari abrió los brazos y los cerró a su alrededor. Trev disfrutó estando acurrucado sobre su pecho, tironeó del camisón para descubrir algo de piel y siguió besando desde su cómoda posición.

—Me quedaría así toda la mañana.

—Es lunes —gruñó Ari abrazándolo más fuerte—, odio los lunes. Y es tu culpa, holgazaneamos todo el fin de semana, luego no puedo levantarme.

Él alzó la cabeza para mirarla a los ojos.

—No he oído quejas al respecto en estos días. Llegué a creer que disfrutabas holgazanear conmigo en la cama durante dos días seguidos.

Ella soltó una risa y se sostuvo sobre sus codos.

—Porque lo hice, es lindo estar en la cama cuando uno tiene la compañía perfecta.

Trev esbozó esa sonrisa tan característica suya.

—Y la bañera, me dio la impresión que también te gustó mucho estar allí.

Ella asintió siguiéndole el juego.

—Y la cocina, tu cocina no está tan mal tampoco.

—De hecho —mencionó Trev levantándose—, te preparé el desayuno.

Tomó la bandeja y la colocó delante de ella sin dejar de observar su gesto de admiración. Hasta que este se transformó en uno de sospecha mientras examinaba el contenido del desayuno.

—¿Tú hiciste todo esto? —preguntó alzando una ceja y con la voz cargada de incredulidad.

—Por supuesto —respondió sin vacilar—. Llamé a la cafetería de abajo, ordené todo y lo coloqué sobre la bandeja cuando llegaron. Es la intención lo que cuenta, ¿cierto?

Ariadne se inclinó hacia adelante y lo besó en los labios.

—Por supuesto que sí, amor, pero no lo hagas demasiado —bromeó llevándose una taza de café a los labios—, podría acostumbrarme.

Trev la imitó y dio un sorbo antes de contestar.

—Eso es lo que pretendo. Imagínate. —Sonrió, y ella tuvo que apoyar la taza en la bandeja para no correr el riesgo de dejarla caer—. Podría despertarte así cada día por el resto de nuestras vidas. No puedo pensar en una mejor forma de hacerlo.

—Trevor... —susurró Ari.

Él se inclinó hacia adelante.

—Te amo, Ariadne. No quiero dormir sin ti ni un día más. Quiero despertar cada mañana contigo a mi lado. Sé que te prometí ir despacio, no te estoy proponiendo casamiento, solo... quisiera que repitamos los días de la semana lo que hacemos el fin de semana. No veo razón para que tengas que ir a dormir a tu departamento los días de trabajo. Es incómodo y sé que odias tanto como yo cuando tenemos que separarnos. Pasamos el día trabajando, quiero regresar a casa y relajarme contigo. Cenar, mirar televisión en el sofá, hacerte el amor y dormirnos juntos, abrazados.

Ari soltó un suspiro, y él vio algo de reconocimiento en sus ojos. Sabía que lo deseaba con las mismas ganas.

—Lo sé, te extraño mucho por las noches. Y cuando despierto y me doy vuelta para buscarte, me entristece darme cuenta de que no estás.

—Hay una solución simple para eso, cariño. Muy, muy, muy simple —respondió animoso viendo acercarse su victoria.

—No puedo pagar ni la mitad de la renta en un lugar como este, Trevor.

—No tienes que pagar nada. El departamento es mío.

—No sería justo, no me sentiría bien.

Trevor no la dejó continuar.

—Puedes comprar la comida, Ari, pagar algunas facturas, no lo sé, lo que sea. Podemos verlo sobre la marcha, lo que tú quieras y lo que te haga sentir mejor. Yo solo quiero tenerte conmigo.

Ella se levantó de la cama, y caminó alrededor del cuarto mientras bebía sorbitos de su café. Se veía nerviosa, indecisa. Le dio el tiempo que imaginó que necesitaba para pensarlo. Tal vez, solo tal vez, ese día le daría una respuesta.

Trev terminó de comer su dona sin perderla de vista en ningún momento; aguardó paciente hasta que ella volvió a su lado. Ari se hizo un lugar en su regazo y pasó los brazos alrededor de su cuello con una nueva expresión. Ya no se veía confundida, aunque sí algo nerviosa.

—Está bien —dijo—. Podemos hacerlo, podemos hacer esto.

Trevor entrecerró los ojos y solo para estar seguro tuvo que preguntar.

—¿Podemos...?

—Podemos vivir juntos, puedo mudarme contigo. —Sonrió y pegó su nariz a la de él mientras seguía hablando—. Siempre y cuando dejes que compartamos los gastos, me gustaría mucho despertarme contigo todas las mañanas y holgazanear juntos los fines de semanas sin pensar en que te extrañaré el doble cuando tenga que marcharme.

Él soltó una risa y la abrazó con fuerza por la cintura.

—Te amo, Ariadne. Me haces muy feliz.

—Lo sé —compuso ella en respuesta y le dio un beso en la mejilla—. Tienes el mismo efecto en mí.

—Entonces, ¿cuándo hacemos la mudanza? ¿Esta tarde? ¿Mañana por la mañana? Podemos cancelar mis citas y conseguir un camión de mudanzas.

Ari le concedió el deseo de elegir, era un momento demasiado feliz como para discutir nimiedades.

—Cuando tú quieras estará bien.

Él asintió y no dijo nada más. Solo la besó con avidez y pasión, una de sus tantas formas de demostrarle cuánto la quería. Trevor no tenía reparos para hacerle saber a ella y a todo el mundo de quién estaba enamorado.

Cuando se separaron por el sonido de un teléfono con una, ella se puso de pie sin ganas para acercarse a contestar, y Trev habló antes de que terminara de alejarse.

—Sabes, amor, sobre el casamiento...

—¡Paso a paso! —exclamó girándose con una mano en alto—. Paso a paso, Trevor.

Él sonrió, habría sido mucha suerte para una mañana.

Ariadne se sentó junto a Jaques y frente a Trevor en el escritorio de la oficina de este último. Ellos dos habían pasado más de una hora reunidos y al final la habían llamado para que se les uniera.

—¿Qué sucede? —preguntó desorientada porque la invitaran a sentarse con ellos. No era un día tranquilo en el que pudieran descansar y conversar. Era lunes y todos los lunes eran agobiantes.

El rubio apoyó un brazo en el respaldo de la silla en la que ella se había ubicado.

—¿Recuerdas lo que te dije hace unos meses? Él me debe un favor.

Ari prefería no recordar esos tiempos, pero no pudo hacer otra cosa sino reírse por la mención de la deuda. Ahora entendía por qué Trev no se veía feliz.

—¿Has encontrado una forma para que te lo devuelva?

Jaques sonrió satisfecho y se inclinó más cerca.

—Exacto. Resulta que mi asistente necesita un retiro obligatorio.

—¡Ella no es tan anciana, Jaques! —lo interrumpió con una mueca.

—Sí lo suficiente como para hacer que se retire y viva tranquila en su casa, gruñéndole a su marido y no a mí. ¿No lo ves? En el último tiempo he sido víctima de sus miradas agrias y sus contestaciones mordaces, no es la mejor forma de comenzar una larga jornada de trabajo. Además, era más una secretaria que una asistente. Ahora, voy a contratar una secretaria nueva.

Trevor resopló y Ari soltó una risa.

—¿Y entonces? ¿Ese es tu deseo? ¿Jubilarse a tu asistente? Me esperaba algo más grande, ¡ay Jaques! Creo que estoy decepcionada.

—Ya quisiéramos —compuso Trev hablando por primera vez—. No soy tan afortunado, amor.

—No sé por qué te quejas, es de lo más conveniente —explicó con su acento característico—. Mira, Ari, la licencia de Kassie está por acabar, el bebé ya tiene un mes y ella cree estar lista para volver.

—Lo sé —murmuró siendo consciente de la preocupación que le había generado el tema desde que el bebé de Kassie había nacido. Cada día estaba más cerca el momento en el que tendría que decidir entre buscar trabajo en otra empresa o aceptar el ofrecimiento de Trev de permanecer ahí, pero en un

puesto distinto. Ninguna de las dos ideas le parecía atractiva, le gustaba tanto su trabajo que el tener que dejarlo le causaba una pena enorme.

—Entonces... ¿no lo imaginas? Quise hablar con Trevor antes de hacerte una propuesta porque él aún es tu jefe y el mío —refunfuñó—, y lo último que quiero es causar alguna confusión. Pero ahora eso ya está arreglado y puedo hacerlo. ¿Qué me dices? ¿Aceptarías trabajar conmigo?

Ariadne estaba confundida.

—¿Como tu asistente? Eso sería más trabajar para ti que contigo.

—Yo no lo veo de esa forma, pero sí. Esa es mi propuesta. Lo hicimos muy bien cuando tuvimos que apañarnos solos durante el tiempo que Trevor estuvo en el pueblo. Contrataré una secretaria y tú tendrás el puesto de Asistente Ejecutiva. Manejo todo el departamento de finanzas, te aseguro que no vas a aburrirte.

Ari apretó los labios.

—No lo sé, nosotros somos amigos, Jaques. No quisiera arruinar eso.

Él puso una mano en su hombro al mismo tiempo que se levantaba de la silla.

—Eso no va a suceder, al contrario, creo que así formaremos un equipo mejor. Piénsalo bien antes de declinar, Ariadne.

—Gracias, Jaques —pronunció alzando la cabeza hacia él mientras lo observaba marcharse.

Cuando se quedaron solos, Trevor corrió su sillón hacia atrás y estiró los brazos hacia ella.

—Ven aquí conmigo un ratito —le pidió con suavidad.

Ella procuraba mantener algo de profesionalidad en el trabajo y dejar su relación personal puertas afuera de la empresa, pero en ese momento estaban a solas y no le importó sentir un poco de seguridad entre sus brazos.

Se sentó en sus piernas y apoyó la cabeza en el hueco de su cuello para descansar.

—Hay días en los que Fourneau es capaz de mostrar su inteligencia, ¿eh? —dijo Trevor pasando una mano por su cabello.

—¿Eso quiere decir que estás de acuerdo con lo que dijo? —inquirió mirándolo.

—Bueno, me gustaría que te quedes aquí como hasta ahora, podría proponerle a Kassie que cambie este puesto por el que Jaques acaba de ofrecerte, pero él tiene razón en lo que me dijo antes de que llegaras. De esta forma podríamos solucionar el problema que a ti tanto te preocupa.

Ella no necesitó que se lo explicara. No se sentía cómoda trabajando para él siendo su novia, y esa mañana había estado pensando que todo sería peor cuando los demás se enteraran de que iban a mudarse juntos. O quizá, se había dicho, el que su relación se volviera más seria calmaría un poco las habladurías por parte de las arpías que habitaban el edificio. Aun así, la oferta era una idea excelente si lo veía desde ese punto de vista.

—¿Y crees que podría funcionar? ¿Está bien para ti si trabajo con Jaques?

Trev hizo una mueca.

—Es un incordio a veces, pero no es mal tipo.

Ari sonrió.

—Es mi amigo, y nos ha ayudado mucho. Tienes que reconocerle eso.

—Lo hago —asintió, y cerró los brazos alrededor de su cintura cuando preguntó—: Pero ¿sabes cuál es la mejor parte, amor mío?

—Dímelo tú —pidió ella levantando una ceja y envolviéndole el rostro con las manos.

—Que vas a estar aquí, cerca de mí. Y cada día, cada vez que te extrañe puedo escaparme hasta tu oficina y secuestrarte por un ratito —compuso desprendiendo los tres primeros botones de su blusa y corriéndola a un lado para alcanzar su piel.

Ari movió la cabeza a un lado y le dejó el cuello despejado para que la besara.

—Me gusta tu idea. Es muy tentadora.

Trevor dejó un sendero de besos en la piel de su garganta y se acercó por detrás de su oreja, donde se detuvo y tomó el lóbulo con los dientes.

—Tú eres tentadora.

La besó en la comisura de la boca y luego en la del lado opuesto, pero cuando se acercó a esta última ella se movió para tocar sus labios.

—Te amo —musitó, y después de un corto beso apoyó la frente en la de él —. Te amo más cada día que pasa, no sé si eso es posible, pero es lo que siento.

—Tiene que ser posible, Ariadne, porque a mí me sucede lo mismo. Te amo, y esa es la verdad más pura de todas.

EPÍLOGO

Ariadne estaba sentada en la mesa con Anthony, el hijo menor de Emilie, en sus brazos. Con casi tres años era imparable excepto cuando tenía comida enfrente. Ruby y la madre del niño también estaban con ella, pero Ari había dejado de prestarles atención cuando el pequeño se le había acercado.

Adoraba a los niños, aunque no podía evitar que le recordaran a su hermanito. Había cuidado de él desde que había nacido, y por la diferencia de edad siempre le había gustado sentirse un poco más mamá y menos hermana. Lo había amado y siempre lo haría. Cada vez que pensaba en él se preguntaba cómo se vería ahora, cómo sería después de tantos años. Todo un hombrecito.

Le dio un beso al bebé en la cabecita y se obligó a dejar de pensar en todo eso que la ponía triste. Ese era un día de fiesta y estaba rodeada de personas que la habían aceptado en su familia con los brazos abiertos, que cuidaban de ella como si fuese una más. Hacía casi dos años que vivía con Trevor, y habían viajado varias veces al pueblo natal de él para acudir a cumpleaños, fiestas de aniversario y, por supuesto, a la famosa Fiesta de las Cerezas.

Había terminado por convencerlo de visitar a su familia más a menudo. Aunque también reconocía que el que Olivia le hiciera ver que lo había perdonado había influido mucho, lo había animado y borrado en cierta forma la culpa y todos esos remordimientos que lo mantenían alejado.

Rosie se sentó a su lado apareciendo casi de la nada, y la conversación entre Emilie y Ruby también se detuvo cuando se percataron de la recién llegada.

—Hola —dijo la pequeña pelirroja con una sonrisa que a Ari siempre le daba escalofríos.

—Hola, Rosie.

Ariadne se sintió agradecida por tener al niño en sus brazos; Rosie no le haría ninguna travesura malintencionada cuando su primo estuviera en medio. Ella era la única de la familia que había demorado en aceptarla, y a pesar de que se había disculpado por lo que había hecho antes, había algo en su personalidad, en su forma de observarla, que hacían que Ari sintiera que se le erizaba el vello cada vez que se acercaba.

Trev había dicho que era su forma de ser, que probablemente lo había heredado de Ruby y que no debía preocuparse, pero Ari no podía convencerse incluso después de haber comprobado que la niña estaba encaprichada con un nuevo vecino más cercano a su edad y que parecía haber olvidado su enamoramiento por Trev.

—Acabo de ver a Trevvie y a mi tío Fred al lado de los pasteles. Estaban hablando, ¿quieres saber de qué?

Emilie dio un respingo cuando la escuchó.

—¡Rosie! —exclamó algo nerviosa, lo que llamó la atención de las dos mujeres que estaban con ella—. No puedes andar contando conversaciones ajenas, eso no está bien. Ni siquiera tendrías que estar escuchando.

—¡Pero esto es importante! Trevvie...

—¿Acaso están hablando de mí? —La voz de Trevor las sorprendió a todas, y Em suspiró aliviada. Un alivio tan grande que no fue capaz de disimular.

—Rosie lo estaba —le apuntó la rubia, a lo que la aludida le sacó la lengua—. Aparentemente estabas hablando de algo muy importante con Fredric hace un momento.

Trev miró a Rose y ella le sonrió sabiéndose poseedora de un gran secreto. Ari también lo notó y alzó la mirada hacia él, que tenía las manos apoyadas en sus hombros. Trevor sacudió la cabeza a ambos lados como si no tuviera importancia, y Rosie aprovechó ese momento para escabullirse.

—Espero que no sea un secreto —mencionó Ruby poniéndose de pie—, porque en poder de mi hija dejará de serlo pronto.

—Instigadora del caos, ¿a quién podría haber salido? —replicó Trevor, divertido, sin preocuparse porque su secreto estuviese en manos peligrosas—. De todas formas, no será un secreto por mucho tiempo.

Emilie también se levantó, Anthony estiró sus brazos hacia ella.

—Mamá —la llamó, y ella tuvo que agacharse para limpiarle la boca y cargarlo.

Cuando Ari quedó libre, Trev extendió un brazo hacia ella y dejó la palma abierta, invitándola a posar su mano sobre la de él. Ariadne aceptó y se puso de pie, dejando que la condujera hacia donde quisiera.

Por un momento pensó que iban a bailar los acordes románticos que habían comenzado a sonar, el único tipo de música que se había escuchado en la fiesta de aniversario de James y Olivia, gentilmente organizada por Juliet, quien no perdía oportunidad para planear una fiesta, ni estando embarazada de siete meses... Pero eso no fue lo que ocurrió.

Era una fiesta al aire libre, en las cercanías de las plantaciones de los Gardiner. Una parte había sido acondicionada para el festejo, y poco parecía

el área de trabajo que era todos los días de la semana.

Él la llevó hasta la pista de baile y los colocó a ambos en el medio. Ariadne pensó que la acercaría para comenzar a bailar y se sorprendió cuando él sonrió nervioso antes de tomarle una mano y conducirla hasta su pecho.

—Te amo —le dijo mirándola a los ojos—. Más que a nadie, más que a nada.

Ella sonrió de regreso y dio un paso adelante para estar más cerca. Estaban entorpeciendo a las demás parejas al no moverse y quiso instarlo a comenzar a hacerlo.

—Yo también te amo, Trev. Muchísimo.

—Me haces feliz.

—Y tú a mí —contestó sin saber de qué iba todo eso, incómoda por estar llamando la atención al estar parados en medio de todas parejas bailando—. Hay muchos lugares en los que podemos hablar, Trev. Este no es uno de ellos, estamos molestando.

Haciendo caso omiso a sus últimas palabras, él le besó la misma mano que tenía junto a su pecho y, sin aviso, colocó una rodilla sobre el piso haciendo que el corazón de Ariadne se detuviera.

—Oh, Dios —dejó escapar con un jadeo.

Todo movimiento a su alrededor se detuvo. Las parejas dejaron de bailar y se instaló un silencio pétreo en la fiesta. Incluso las ramas de los árboles parecieron dejar de moverse para convertirlos a ellos en los protagonistas.

—He esperado dos años para esto —comenzó—, y aunque te esperaría toda la vida, decidí que hoy tenía que arriesgarme. Debajo de las estrellas y

las cerezas, con toda nuestra familia como testigo, y en nombre del amor que te tengo, Ariadne... —pronunció sacando una cajita del bolsillo de la chaqueta y abriéndola con el pulgar para dejar a la vista un anillo brillante—. ¿Me concederías el honor de convertirme en mi esposa?

Varios suspiros llenaron el aire y también algunos murmullos que se acallaron enseguida aguardando por la respuesta.

Ariadne necesitó un momento para procesar todo lo que veía y escuchaba. Pero para Trevor cada segundo se hacía eterno. Le dio un apretón a la mano que sostenía y trató de sonreír.

—Mi amor —susurró.

—Sí, Trevor —dijo al fin, y los demás soltaron el aliento que habían retenido—. Quiero ser tu esposa.

Trevor se puso de pie. Sin decir nada la abrazó por la cintura y la besó con un coro de aplausos de fondo.

—El anillo —se recordó en voz alta y se permitió separarse de ella para poder colocárselo.

Ariadne abrió la mano sin poder dejar de sonreír.

—Es hermoso, Trevor.

—Aquí lo es —musitó besándolo cuando estuvo en su mano—. Justo donde debe estar.

Los invitados los saludaron y abrazaron, contentos por ellos. Las mujeres vieron una nueva boda acercarse, y el señor Johnson se sintió feliz por ver renovadas sus esperanzas de convertirse en abuelo y perpetuar el apellido, cosa que no dejó de recordarles a ambos mientras los abrazaba.

Después de un rato, cuando los otros fueron regresando a sus mesas o se dispersaron, Trevor la invitó a bailar al compás de una suave melodía con la que podía disfrutar de abrazarla y olvidarse de todo.

Excepto una cosa.

—Mi prometida —dijo bajito.

—Sí, pero eso no cambia nada. Soy tuya hace mucho tiempo. Ni un anillo ni un papel harán que cambie lo que siento por ti.

Trev pasó los dedos por su espalda y se detuvo en la cadera.

—Lo sé, pero quiero casarme contigo, Ariadne.

—También yo —contestó sin poder borrar la sonrisa. Movi6 los dedos que tenía detrás de su cuello y los enredó en su pelo—. Quiero ser tu esposa.

Él inclinó la cabeza y apoyó la frente en la de ella mientras se movían.

—¿Esto es un sueño? Estoy tan feliz que siento que voy a despertarme en cualquier momento.

—Si es un sueño, entonces estamos soñando juntos porque yo me siento de la misma forma.

Después de un rato, Trevor buscó la forma de escabullirse de la fiesta. Terminaron sentados en el piso y apoyados en un árbol desde donde todavía podía observarse la fiesta y a los que allí quedaban.

Ari prefirió descansar la espalda sobre el pecho de él y sentirse cubierta con su cuerpo. Ninguno de los dos podía dejar de reír, tocarse o besarse a cada segundo.

—Quise preguntártelo tantas veces y no lo hice. Tenía miedo de que dijeras

que no y te alejaras de mí por no esperarte. Incluso hoy estaba aterrorizado — confesó.

—Habría dicho que sí, hace un año o un mes. Habría dicho que sí.

Él dejó escapar una mueca que ella no vio.

—Pensé en hacerlo cuando celebramos un mes de mudarnos juntos.

Ariadne asintió despacio.

—Bueno, tal vez entonces me habría negado, pero no te habría dejado, ese habrías sido tú. Los hombres y su tonto orgullo.

—Quizá —lo consideró—, pero no por mucho tiempo. Te quiero demasiado como para ser egoísta contigo.

Le dio un beso en la sien y la abrazó contra su pecho apoyando la cabeza en su hombro. La música todavía sonaba y la noche jamás había sido tan bella.

Los dos habían descubierto que en la vida con solo amar no alcanzaba, que el miedo podía ser su peor enemigo y que perder siempre era una posibilidad, pero nunca una opción.

—Ari —dijo Trev después de un rato en silencio—, ¿qué piensas sobre tener hijos?

Sabiendo que no podía verle el rostro, Ariadne sonrió y se mordió el labio para no empezar a reír.

—Paso a paso, Trev —contestó en un susurro—. Poco a poco.

Imaginaba que el día menos pensado se llevaría una gran sorpresa.